



ARCHIVO Y BIBLIOTECA
PABLO BLANCO ACEVEDO

Sector..... Anaq. N.o





OBRAS DE EDMUNDO DE AMICIS

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL ITALIANO

por

HERMENEGILDO GINER DE LOS RÍOS

De venta en casa de D. Agustín Jubera, y en las principales librerías.

PESETAS

1870-71. — <i>Recuerdos</i>	3
<i>La vida militar</i> . — <i>Bocetos</i> . (Primera serie)...	3
<i>La vida militar</i> . — <i>Nuevos bocetos</i> . 2. ^a serie)...	3
<i>Páginas sueltas</i>	3
<i>Retratos literarios</i>	3
<i>España</i>	3,50
<i>Efectos psicológicos del vino</i> . (Conferencia)...	1
<i>Italia</i> . Dos tomos.....	6
<i>Los amigos</i> . Tres tomos.....	9
<i>Poesías</i> , traducidas en verso castellano.....	3,50
<i>Turín, Londres y París</i>	2,50
<i>Impresiones de América</i> , acuarelas y dibujos...	3
<i>Ideas sobre el rostro y el lenguaje y pruebas fotográficas</i> . (Con 4 fotograbados de Laporta)...	3
<i>Constantinopla</i> . Dos tomos.....	5
<i>Novelas</i>	3
<i>Corazón (Cuore)</i> . Diario de un niño, con prólogo de Fernanflor.....	3,50
<i>Holanda</i> . (En colaboración con Muñiz Carro)...	4

Marruecos. Traducción de J. Muñiz Carro.. 3,50

OBRAS de EDMUNDO de AMICIS

EN EL

OCÉANO

VIAJE Á LA ARGENTINA

VERSIÓN CASTELLANA

de

H. GINER DE LOS RÍOS

PRECEDIDA DE UNA

CARTA-PRÓLOGO DEL AUTOR



MADRID

✠ AGUSTÍN JUBERA, EDITOR ✠

ALMACENES DE LIBROS

Calle de Campomanes, 10.

Es propiedad.
Derechos reservados.



Al valeroso comandante

Carlos de Amezaga

dedica este libro

en prueba de afecto y gratitud,

El Autor.

CARTA-PROLOGO DEL AUTOR

Al lector.

Querido lector,

El presente trabajo es el resultado de una labor de investigación que he realizado durante los últimos años de mi vida. He querido compartir con usted los frutos de esta labor, y espero que le sea de utilidad. El libro está dividido en tres partes: la primera trata de la historia de la literatura española, la segunda de la literatura universal, y la tercera de la literatura contemporánea. Espero que este libro le sea de utilidad y que le guste.

Después de haber leído este libro, espero que usted pueda apreciar la importancia de la literatura en la vida humana. La literatura es un reflejo de la vida, y a través de ella podemos conocer el alma de un pueblo. Espero que este libro le sea de utilidad y que le guste.



CARTA-PRÓLOGO DEL AUTOR

PARA LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Querido. Señor:

¿Qué prólogo quiere usted que haga para un libro que ya parece demasiado largo?

Un solo prefacio podría hacer, y lo haría con mucho gusto, si tuviese tiempo: querría volver á hablar de España; decir cosas que no dije en aquel pobre libro mío, el cual, después de *La vida militar* que hizo que me amasen los soldados italianos, es el que tengo en más: porque me conquistó la simpatía de una parte de sus compatriotas.

Quisiera sobre todo hablarle largamente de Madrid, de cuya villa, después de diez y ocho años, conservo memoria viva y luminosa, como la que se suele guardar de los más queridos amores juveniles. Tengo todavía en la palma de la mano la ciudad y se-

ría un impagable *cicerone*. En el tiempo que permanecí en Madrid, he sido el más infatigable *badaud*, el más incansable paseante que haya existido nunca entre el Palacio Real y Recoletos. He paseado tanto por la Puerta del Sol, que todos los desocupados que viven en aquellas aceras me conocían ya de vista; y daba tantas vueltas al redor del Congreso de los diputados esperando la hora de la sesión, que más de un guardia civil me miró muchas veces con ojo avizor y de sospecha.

No sé qué hay en el aspecto de vuestro Madrid, y en la gente, y en el cielo, y en el aire, que me provocaba inexplicable deleite el vagar sin reposo por calles y plazas, como si al volver de cada esquina fuese á tropezar con una gran fortuna.

¡Cuánto esfuerzo me costaba abandonar la calle de Alcalá para ir á escribir mi correspondencia política!

Porque ha de saber usted, que, no teniendo yo bastante dinero para permitirme el lujo de gozar de Madrid por cuenta propia, me habia comprometido para servir de corresponsal político de *La Nazione*, de Florencia.

Y usted se reiría de todo corazón, si leyese ahora las cuarenta larguísimas cartas

que escribí sobre el origen y la división de los partidos, sobre las crisis ministeriales, la discusión de los presupuestos, la guerra carlista, las elecciones generales. Digo que usted se reiría, porque reconocería inmediatamente bajo el fingido político al artista de veinticinco años que pugna y se estremece ante la necesidad de hablar de cosas que no le gustan y de las cuales no entiende, y que aprovecha todas las ocasiones para sacudir el yugo y hacer una escapada en el campo de la poesía y de la literatura.

No era á la verdad la lucha de los partidos ni los presupuestos lo que me atraía cotidianamente á la tribuna de periodistas del Congreso y al salón de conferencias, donde mi asiduidad fué parte para que algún diputado de oposición me mirase con desconfianza, creyéndome un agente secreto de Don Amadeo de Saboya; no, lo que me atraía era la elocuencia castellana; la armonía de esa bellísima lengua, que quería aprender en vivo; la variedad de los incidentes dramáticos; la interesante diversidad de carácter y pronunciación entre los diputados de las diferentes provincias; los chistes y las palabras mordaces, felicísimas é innumerables, que

cogía al vuelo en los coloquios privados.

Cierto que no comprendía bien por qué cayó Sagasta sucediéndole Topete, ni por qué Ruiz Zorrilla negase su aprobación al *presupuesto* del ministerio de Hacienda; pero en cambio había adelantado tanto en mis estudios, que sabía imitar á las mil maravillas los gestos y los gritos impetuosos del presidente Ríos Rosas, la onda irruptora de palabras de Romero Robledo; la majestuosa entonación de Castelar; el acento profético de Pi y Margall; el ademán elegante y correcto de Martos.

El estudio de la lengua constituía mi principal pasión, no descuidándolo un solo día de cuantos permanecí en España; mi más grande triunfo, el de que al conversar conmigo algún desconocido, me tomase por español: claro está que durante diez minutos... ¡El engaño no podía durar arriba de ese tiempo!

Y con el solo objeto de aprender nuevos modos, voces nuevas del uso común, devoraba diariamente una docena de periódicos, desde *La Epoca* á *El Combate*, desde *El Imparcial* á *La Correspondencia de España*. Jamás he desperdiciado la ocasión de trabar conversación con un obrero, con un muchacho, con una mujer del

pueblo, con un soldado, procurando recoger de sus labios uno de aquellos *idiotismos* originales que esculpen y pintan una idea (de los que tan rara vez se tropiezan en los libros), para anotarlos; y me parecía que había encontrado una piedra preciosa.

Sí, querido Giner: he amado á Madrid como á Turín y su lengua de usted como la mía, siendo la política el último de mis pensamientos.

La política, por otra parte, no me proporcionaba sino molestias; puesto que, estando en Madrid y viendo las cosas de cerca, no podía escribir á mi periódico, mas que la verdad con respecto á la precaria posición, mejor dicho, á la próxima é indefectible abdicación del rey italiano: y esta verdad precisamente, disgustaba á muchos en Italia, y me censuraban.

A seguir mis impulsos, yo no habría escrito de otra cosa que de poetas, músicos, trajes populares, de cosas bellas, en fin, y alegres; entre las cuales contaba los centenares de hermosísimos niños que jugaban en el Prado los domingos por la noche, y á quienes pasaba contemplando horas enteras—solo—, presa ya desde en-

tonces de esta adoración que tengo hacia la infancia.

¡Ah, Dios mío! Florecía la primavera; estaba en España; tenía veinticinco años: me parecé que era muy natural que viese una España toda color de cielo, toda color de rosa, como los críticos me han censurado luego. Y la veo todavía así, porque después de aquella primera poética impresión que recibí en los años del entusiasmo, no la he vuelto á ver, y la impresión dura inalterable.

Por esta razón es su país de usted aquel adonde se dirige con mayor frecuencia y más plácidamente mi pensamiento. A pesar de haber visto tantos, tan extraños y hasta tan bellos, mi sueño es siempre volver á España, y singularmente ver de nuevo á Madrid. Vivir otra vez, siquiera sea por tres ó cuatro días, aquella deliciosa vida de vagabundo, de *soñador*, de admirador de todo y de todos, que llevé hace dieciocho años.

¡Con qué emoción pasaría por aquellas calles é iría á llamar á la puerta de los antiguos amigos! A algunos acaso no encontraría; á otros les costaría trabajo reconocerme, pero...

Pero encontraría otros nuevos, ¿no es

verdad? Todos aquellos que, en la juvenil descripción que hice de su patria, han perdonado la ligereza, las lagunas, la insuficiencia artística, para no acordarse mas que de la simpatía profunda y del afecto vivísimo que inspiraron aquellas páginas.

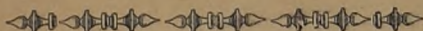
Con esta esperanza cierro esta carta, querido Giner, rogándole que la publique á la cabeza de su traducción, como un saludo y un acto cordial de gratitud que mando á mis lectores españoles, de los cuales el mayor premio á que aspiro es que digan al terminar la lectura:

“Sea el libro como fuere, es el libro de un antiguo amigo.”

Edmundo De Amicis.

Turín, Mayo de 1889.





INDICE

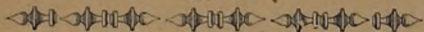
	Páginas.
DEDICATORIA DEL AUTOR	V
CARTA-PRÓLOGO DEL AUTOR PARA LA EDICIÓN ES- PAÑOLA	VII
I.—El embarque de los emigrantes.....	19
II.—En el golfo de Lyon.....	29
III.—Italia á bordo.....	45
IV.—A proa y á popa.....	61
V.—Caballeros y señoras.....	91
VI.—Rencores y amores.....	103
VII.—En el trópico de Cáncer.....	143
VIII.—El Océano amarillo.....	167
IX.—Los extravagantes de proa.....	191
X.—El dormitorio de las mujeres.....	211
XI.—El paso del Ecuador.....	227
XII.—El pequeño Galileo.....	249
XIII.—El mar de fuego.....	271
XIV.—El Océano azul.....	285
XV.—El muerto.....	313

XVI.—La jornada del diablo	337
XVII.—In extremis	357
XVIII.—¡Mañana!	389
XIX.—América	413
XX.—En el río de la Plata	433



EN EL OCÉANO





I

EL EMBARQUE DE LOS EMIGRANTES

CUANDO llegué, hacia la tarde, había ya comenzado el embarque de los emigrantes hacía una hora, y el *Galileo* (*), unido á la rampa del muelle por un puente móvil, seguía tragando miseria: una interminable procesión de gente, que del edificio situado en frente salía por grupos, donde un delegado de policía examinaba los pasaportes.

Como en su mayoría habían pasado una ó dos noches al aire libre, acurrucados como perros en las calles de Génova, estaban cansados y sin poderse tener de sueño. Obreros, campe-

(*) No es el *Galileo* de la Sociedad general de Navegación.

sinos, mujeres con niños al pecho, muchachuelos con la chapa de hoja de lata del Asilo pendiente todavía del cuello; llevaban casi todos una silleta de tijera al brazo, sacos y valijas de todas formas á la mano ó sobre la cabeza, bultos de cobertores y mantas, y el billete, con el número del cubil, apretado entre los labios. Pobres mujeres, con un niño en cada mano, sostenían gruesos bultos con los dientes; viejas campesinas calzadas con abarcas, levantándose la saya por no enredarse en las traviesas del puente, mostraban sus desnudas y secas piernas; muchos iban descalzos y llevaban los zapatos al hombro. De vez en cuando, por entre aquella miseria, pasaban señores vestidos con elegantes guardapolvos, curas, señoras con grandes sombreros adornados de plumas, y sosteniendo en sus manos ó un perrillo, ó una sombrerera, ó un fajo de novelas francesas ilustradas de la antigua edición Lévy.

Luego de pronto se interrumpía la procesión humana, y avanzaba, bajo una tempestad de palos y blasfemias, una manada de bueyes y carneros, que, al llegar á bordo, se desbandaban espantados, confundiendo los mugidos y balidos con los relinchos de los caballos de proa, con los gritos de los marineros y de los mozos de carga, con el estrépito enordecedor de la grúa de vapor que levantaba por los aires montones

de baúles y de cajas. Después de lo cual reanudábase el desfile de emigrantes: caras y trajes de todas partes de Italia, robustos trabajadores con apesadumbrados ojos, viejos harapientos y sucios, mujeres embarazadas, muchachas alegres, jóvenes de buen humor, aldeanos en mangas de camisa, chicuelos detrás de chicuelos, que, apenas sentaban su planta sobre cubierta, en medio de tanta confusión de pasajeros, empleados del barco, y otros empleados de la Compañía, y aduaneros, quedaban atontados, ó se perdían como en una plaza llena de gente.

A las dos horas de haber empezado el embarque, el vapor, siempre inmóvil como enorme cetáceo agarrado con sus dientes á la orilla, chupaba aún más sangre italiana.

*
* *



Según subían los emigrantes, iban pasando por delante de una mesa tras de la cual estaba sentado el comisario, que los reunía en grupos de á media docena, llamados *ranchos*, inscribiendo los nombres en una hoja impresa, que entregaba al pasajero más anciano, para que con ella fuese á pedir la comida á la cocina á las horas fijadas. Las familias compuestas de

menos de seis personas, se hacían inscribir con sus conocidos ó con el primero que llegaba; y durante esta tarea de la inscripción en todos se traslucía un vivo temor de ser engañados en la cuenta de las mitades y cuartas partes de puesto para los muchachos y los niños más pequeños: esa desconfianza invencible que inspira al campesino todo hombre con pluma en mano y registro delante. Surgían contestaciones, se oían lamentos y protestas. Después de esto, separábanse las familias: los hombres á un lado y las mujeres y los niños por otro, eran conducidos á sus dormitorios. Daba compasión ver descender penosamente á aquellas mujeres por las empinadas escalas, y penetrar á tientas en los vastos y ahogados dormitorios por entre los innumerables cubiles dispuestos en pisos como los nichos en que se colocan gusanos de seda, y unas preguntar afanosamente á un marinero, que no las entendía, por un ló extraviado; otras dejarse caer, sentándose en cualquier sitio, agotadas sus fuerzas y como aturdidas, y muchas ir y venir á la ventura, mirando con inquietud á todas aquellas compañeras de viaje, desconocidas, inquietas como ellas, confundidas también por la aglomeracion y el desorden. Algunas, que habían descendido al primer piso, viendo otras escaleras que se perdían en la oscuridad, se negaban á bajar más.

Desde la boca del puente, abierta de par en par, ví una mujer que sollozaba fuertemente, con el rostro en el cubil (mejor que camarote): oí decir que pocas horas antes de embarcarse se le había muerto casi de repente una niña, y que su marido había tenido que dejar el cadáver en las oficinas de Orden público del puerto, para que lo llevasen al hospital (tal vez para la autopsia). Las mujeres se quedaban abajo; los hombres, al contrario, una vez colocado su hatillo, subían y se apoyaban en las bordas. ¡Qué raro! Casi todos se encontraban por primera vez sobre un gran vapor, que debía parecerles un nuevo mundo, lleno de maravillas y de misterios; y ni uno solo miraba en derredor ó á lo alto, ó se detenía á considerar una sola de las cien cosas admirables que jamás había visto. Algunos se fijaban con mucha atención en un objeto cualquiera, la maleta, por ejemplo, ó la silla de un vecino, ó un número escrito sobre un cajón; otros roían una manzana ó engullían á mordiscos un panecillo, examinándole á cada bocado placidísimamente, como lo hubieran hecho sentados á la puerta del establo de su propia casa. Tal cual mujer tenía los ojos encendidos. Los jóvenes bromeaban; pero se comprendía á las claras que era forzada la alegría de alguno de ellos. La mayoría mostraba apatía ó cansancio.

El cielo estaba encapotado y comenzaba á oscurecer.

De pronto se oyen furiosos gritos hacia el lugar donde estaba la oficina de los pasaportes y se ve acudir gente. Súpose luego que era un campesino, con su mujer y cuatro hijos, á quienes el médico había reconocido atacados de la inflamación erisipelosa que se conoce con el nombre de pelagra. A las primeras preguntas se vió que el padre era loco, y, habiéndole negado el embarque, dió en todo género de extravagancias.

Sobre la rampa había un centenar de personas: parientes de los emigrantes, poquísimos; los más, curiosos, y muchos amigos y deudos de la tripulación, acostumbrados ya á tales separaciones.

Instalados todos los pasajeros, hubo en el barco una relativa quietud, que dejaba oír el sordo murmullo de la máquina de vapor. Casi todos estaban sobre cubierta, apiñados y silenciosos. Aquellos últimos momentos de espera parecían eternos. Finalmente, se oye gritar á los marineros á popa y á proa al mismo tiempo:—¡El que no sea pasajero, á tierra!

Estas palabras causaron un estremecimiento general en el *Galileo*. En pocos minutos todos los extraños descendieron, se levó el puente, se soltaron las amarras y levantóse la escala:

sonó un silbido y el barco comenzó á moverse. Las mujeres entonces prorrumpieron en llanto; los jóvenes que reían se pusieron graves, y no faltó hombre barbudo, que, si hasta aquel momento se mostró impasible, se pasase la mano por los ojos.

Con esta conmoción contrastaba extrañamente la tranquilidad de los marineros y empleados saludando á amigos y parientes agrupados en la rampa del muelle, como si se tratase de ir á Spezia á una excursión de horas.

—¡Expresiones!

—Te recomiendo aquel paquete.

—Dí á Luisa que haré su encargo.

—Échala en el correo en Montevideo.

—Quedamos conformes en lo del vino.

—Buen paseo.

—Que te vaya bien.

Algunos, que acababan de llegar, todavía tuvieron tiempo de arrojar paquetes de cigarros y naranjas, que fueron cogidos en el aire por los de á bordo; pero los últimos regalos cayeron en el mar. En la ciudad brillaban las luces. El vapor deslizábase poco á poco en la media oscuridad del puerto, casi furtivamente, como si se llevase carga de carne humana robada. Yo me llegué hasta la proa, metiéndome por entre lo más apiñado de la gente, que toda miraba hacia tierra para ver el anfiteatro de Génova, que pau-

latinamente se iba iluminando. Pocos hablaban en voz baja. Entre la oscuridad veía aquí y allá mujeres sentadas, con los niños oprimidos contra el seno, la cabeza apoyada entre las manos. Cerca del castillo de proa, una bronca y solitaria voz gritó en tono de sarcasmo:

—¡Viva Italia!—y levantando la vista ví un viejo alto que enseñaba el puño á la patria.

Cuando salimos fuera del puerto era de noche.

Entristecido por el espectáculo, volví á popa y bajé al dormitorio de primera clase á buscar mi camarote. Debe decirse que la primera bajada á esta especie de albergues submarinos semeja lastimosamente á una primera entrada en las cárceles celulares.

En aquellos estrechos corredores, impregnados de las emanaciones salinas del maderaje, del tufo de las luces de aceite, de olor á cuero y de perfumes de señora, me encontré en medio de un ir y venir de gente ocupada, que se disputaba á los camareros y camareras, con aquel villano egoísmo propio de los viajeros en la furia de la primera instalación. En aquella confusión, desigualmente iluminada, ví de pasada el semblante risueño de una hermosa rubia, tres ó cuatro negros barbudos, un sacerdote altísimo, y una amplia cara tostada de irritada camarera; y oí palabras genovesas, francesas, italianas y españolas.

Al volver un estrecho pasillo, tropecé con una negra. De cierto camarote salía la voz de un tenor que vocalizaba; y frente á aquél, encontré el mío, un jaulón de seis metros cúbicos, poco más ó menos, con un lecho de Procusto á un lado, un diván á otro, y en el tercero un espejo de barbería colocado sobre una palangana empotrada en la pared y junto á una luz en equilibrio, que se mecía como queriéndome decir: ¿Qué loca idea se te ha venido á las mientes de ir á América?

Sobre el diván relucía una ventanilla redonda, semejante á gran ojo de vidrio, en el cual me ocurrió fijar la mirada como si fuese ojo humano que me hiciera guiños con expresion de burla. Y, en efecto, la idea de tener que dormir veinticuatro noches en aquella caja sofocante, el presentimiento de la molestia y de los calores de la zona tórrida, y de los coscorrones que habría de darme contra las paredes en los días de mal tiempo, los mil inquietos pensamientos tristes que tendría que devorar allí metido por espacio de seis mil millas..... Pero de poco valdría arrepentirse ahora. Miré mis maletas, que me decían en aquellos momentos tantas cosas, las palpé como si acariciara á fieles perros, últimos restos vivientes de mi casa; rogué á Dios que no me hiciera arrepentir de haber rechazado las proposiciones de cierto empleado de

una *Sociedad de Seguros*, que había venido á tentarme el día antes de la salida; y bendiciendo en mi corazón á los buenos y leales amigos que estuvieron á mi lado hasta el último instante, arrullado por el querido mar de mi patria, me dormí.





II

EN EL GOLFO DE LYON

C UANDO desperté ya era entrado el día, y el vapor navegaba ahora en el golfo de Lyon. De pronto oigo los gorgoritos del tenor en el camarote de enfrente, y en el del lado una voz seca de mujer, que decía:

—¿Tu escoba? ¿Qué sé yo de tu escoba? ¡Búscala!—voz que revelaba no sólo una ira momentánea, sino un temperamento acre y duro, que despertó en mí vago sentimiento de viva conmiseración por el propietario del objeto perdido. Un poco más allá otra voz femenina cantaba el soporífero *coco* á un niño, con extraña cantinela y modulación tal, que no me pareció podría ser de criatura de nuestra raza; ocurrióseme si sería la negra que había visto la tarde anterior; su canto era entrecortado por

las voces apagadas y silbantes de dos camareras que litigaban en el pasillo á propósito de un trapo para limpiar. Puse el oído atento: bastaron pocas palabras para persuadirme de que si hay mujer en el mundo capaz de hacer frente á una camarera genovesa, tiene que ser una camarera veneciana. Entró un camarero con el café (la primera mañana todo se observa), chico guapote y desagradable, con el cabello tan untado de pomada que parecía gotear, lleno de respeto hacia sí mismo, y tan satisfecho de su propia belleza como un actor vanidoso. Preguntéle cómo se llamaba, y respondió con afectada modestia:

—Antonio—como si aquel *Antonio* fuese el falso nombre de un duquesito, disfrazado de camarero para alguna intriga amorosa. Apenas salió, salí yo también, apoyándome en las paredes, y al desembocar en el pasadizo central, ví la espalda del gigantesco clérigo de la tarde anterior, que se volvía á su camarote, y un paso más allá, por el agujero de una puerta, precisamente en el instante en que caía la cortina verde, dos blancas manos que estiraban una media de seda sobre una hermosísima pierna. Los pasajeros estaban todavía casi todos en sus jaulas, oyéndose derramar el agua en las palanganas, y gran ruido de cepillos y de manos que rebuscan en las maletas. A popa no

encontré mas que tres personas. El mar movido, pero de hermoso color azul; el tiempo claro. No se veía tierra.



El espectáculo, sin embargo, estaba en la tercera clase, donde la mayor parte de los emigrantes, atacados de mareo, yacían confundidos, tendidos sobre los bancos, en actitudes de enfermos ó de muertos, con las caras sucias y los cabellos enmarañados, en medio de hacinaamiento de harapos y mantas. Veíanse familias enlazadas, formando grupos que daba compasión, con aquel aire de abandono y desvarío propio de las gentes sin hogar: el marido sentado y dormido; la mujer, con la cabeza apoyada contra la espalda de su hombre, y los hijos sobre el entarimado, durmiendo, con la cabeza echada en las rodillas de aquél y ésta: montones de andrajos, donde no se veía cara alguna, y sólo descubría el brazo de algún niño ó las trenzas de alguna niña. Mujeres pálidas y desgrednadas se dirigían hacia las puertas de los respectivos dormitorios bamboleándose y agarrándose donde podían. Lo que el Padre Bartoli llama noblemente la angustia y el desprecio

del estómago, debía haber hecho ya la gran limpieza, deseada por todo buen comandante, de las malísimas frutas que engullen en Génova los emigrantes pobres y de los sacramentales atracones que se dan en las casas de comida, los que tienen algún dinero. Los mismos que no padecían, revelaban aire abatido y aspecto más bien de deportados que de emigrantes.

Parecía como si la primera experiencia de la vida inerte y molesta del vapor, hubiese apagado en todos ellos el valor y las esperanzas con que emprendieran la travesía, y que en aquella postración de ánimo, sucesora de la agitación de la salida, se hubiera despertado en ellos el sentimiento de todas las dudas, de todas las amargas y fatigas de los últimos días de vida en la casa, ocupados en vender las vacas y el palmo de tierra que poseían, en ásperas discusiones con el dueño y con el párroco y, en fin, las dolorosas despedidas.

Mas lo peor estaba abajo, en el gran dormitorio, cuya puerta se abría cerca del castillo de popa: asomándose á ella, percibíanse en la media luz cuerpos sobre cuerpos, como en los barcos que traen á la patria los cadáveres de los emigrantes chinos; y subía de aquella profundidad, como de hospital subterráneo, un concierto de lamentos, de ansias y de toses, que daba tentación de desembarcar en Marsella.

La única nota amena de aquel espectáculo era los pocos intrépidos que sobre cubierta salían de la cocina con las *escudillas* colmadas de potaje entre las manos, para írselo á comer en paz en sus sitios respectivos; algunos, haciendo prodigios de equilibrio, lo lograban; otros daban un paso en falso y caían de bruces sobre la escudilla, desparramando salsa y menestra por todos lados, en medio de una furia de maldiciones.

*
* *

Oí con placer la campanilla que nos llamaba á la mesa, donde esperaba contemplar más alegre cuadro.

Nos reunimos cerca de cincuenta personas, sentados á una larguísima mesa, en medio de vasto salón, sobrecargado de dorados y de espejos é iluminado por muchas ventanitas, en las cuales veíase bailar el horizonte del mar. En el momento de sentarse, y algún minuto después, los comensales no hicieron mas que mirarse recíprocamente, velando bajo simulada indiferencia la escrutadora curiosidad que siempre inspiran las personas desconocidas con las cuales sabe uno que tiene que vivir en inevitable fa-

miliaridad. Como el mar estaba un poco agitado, faltaban varias señoras.

Inmediatamente eché de ver en el fondo de la mesa el sacerdote gigante, cuya cabeza sobresalía por cima de la de todos sus vecinos: una cabeza de ave de rapiña, pequeña y calva, con los ojos ribeteados de chamberguilla, y puesto aquel conjunto sobre un cuello interminable; y me saltaron á la vista, mientras desdoblábamos la servilleta, sus manos, por lo desmesuradas y flacas, con unos dedos que semejaban tentáculos de pulpo: la figura en fin de un Don Quijote sin poesía.

Hacia el mismo lado, algo más acá, reconocí á la señora rubia que encontré la tarde anterior. Era hermosa, como de treinta años; de ojos demasiado azules y naricilla caprichosa; fresca y muy animada, vestida con elegancia, demasiado vistosa quizá; dirigía á todos los comensales, como si los conociese, una vaga y sonriente mirada de bailarina; y no sé por qué juraría que la media de seda negra entrevista por la mañana debía ser suya. El propietario legítimo de aquella seda era sin duda un señor como de cincuenta años, sentado á su izquierda: semblante resignado y benévolo, rodeado de una peluca doctoral, con dos ojillos menudos entreabiertos, en cuyas pupilas brillaba cierta sonrisa de astucia, más ostentosa que verdadera, y que

debía serle habitual. A su mano derecha había dos muchachas que parecían parientes ó íntimas amigas; una de ellas, vestida de color verde mar, me impresionó por su cara chupada y palidísima, que aun resaltaba todavía más bajo una masa de cabellos negros y lustrosos, que hacían el efecto de la cabellera de una muerta: llevaba colgada al cuello una gran cruz negra. Venía luego una matrimonial pareja originalísima; eran esposos seguramente, muy jóvenes, los dos pequeños, que comían con la cabeza baja y se hablaban sin mirarse, fastidiados y como si estuvieran cohibidos por los comensales.

No daría más de veinte años al uno ni más de diecisiete á la otra, y hubiese apostado á que no habían pasado quince días desde que comparecieron en el juzgado municipal: probablemente se trataba de una monjita y un seminarista, que advirtieron á tiempo su respetiva falta absoluta de vocación, y que no tenían maldita la necesidad de contrariar sus instintos.

A uno de los lados del esposo se ostentaba una matrona con el pelo mal teñido, el seno tan abultado que le llegaba hasta la barba, la ancha cara como aquella con que los caricaturistas pintan á la luna de mal humor, firmado todo bajo la boca y sobre ella por señales indelebles del uso de un depilatorio demasiado

caústico. La señora hallábase enteramente atenta á comer á conciencia, haciéndose servir sin cesar de uno de aquellos convoyes aéreos que se mecían sobre nuestras cabezas como lámparas, ora la pimienta, ora la mostaza, como si quisiera acomodarse el estómago echado á perder, y aclararse la voz ronca, que probaba de vez en cuando con un golpecito de tos, más ó menos natural y voluntaria.

A la cabecera de la mesa se sentaba el comandante, una especie de Hércules, rechoncho, y huraño, de rojos cabellos y encendida cara; el cual ya hablaba con voz rígida, en puro genovés, al pasajero que tenía á su mano derecha, ya en impuro español al señor que tenía á su izquierda: viejo, alto y enjuto, de largos cabellos blanquísimos y de ojos vivos y profundos, dándose cierto aire á los últimos retratos del poeta Hamerling.

*
* *

No conociéndose todavía los más de los pasajeros, apenas si se oía alguna que otra conversación en voz baja, acompañada del continuo vibrar de las suspendidas vinagreras, é interrumpida á cada paso por el golpe seco con

que algún comensal detenía sobre la mesa una manzana ó una naranja que se escapaba, cuando una frase española dicha en alta voz y acompañada de un coro de risotadas, hizo volver á todos la cabeza hacia el fondo del salón.—Es un grupo de argentinos—dijo mi vecino de la izquierda.

Al volverme para mirarlos, desvió mi atención la cara varonil y hermosa de mi vecino de la derecha, cuyo metal de voz todavía no había oído.

Era un hombre como de cuarenta años; parecía por su aspecto un antiguo soldado; de cuerpo fornido, pero que conservaba cierta esbeltez, y pelo gris. Su frente arrogante y los ojos inyectados de sangre me hacían recordar á Nino Bixio; pero la parte inferior del semblante era más suave, aunque triste y como contraída por cierta expresión de desprecio que se armonizaba perfectamente con la bondad de la boca. No sé bien por qué asociación de ideas pensé en una de aquellas nobles figuras de garibaldinos del año 1860 que había conocido en las inolvidables páginas de César Abba, y tuve firme en mi cabeza la idea de que habría hecho aquella campaña, y que debía de ser lombardo.

Mientras le miraba, mi vecino de la izquierda golpeó con el tenedor en la mesa, diciendo: —Es inútil... si como, reviento.

Era este un hombrecillo delgado, con cara de dolor de estómago y una gran barba negra, demasiado larga para él, y que parecía encolada como las de los muñecos que saltan al destapar las cajas de resorte.

Le pregunté si se sentía mal. Me contestó con la rápida familiaridad de los enfermos á quienes se les habla de su dolencia.

No se sentía mal, ó por decir mejor, no experimentaba propiamente mareo. Padecía una enfermedad particular, más moral que física, que era una aversión invencible al mar, una airada y triste inquietud que se apoderaba de él al subir al vapor, y que no le abandonaba hasta la vuelta, aun cuando el mar estuviese siempre como un lago y el cielo como un espejo. Había hecho varias veces la travesía del Océano, porque su familia hallábase establecida en la República Argentina, en Mendoza; y con todo, lo mismo padecía en la última que en la primera: durante el día un mal-estar y agitación febril, y de noche, un insomnio incurable, atormentado por las más negras imágenes que pueden pasar por la mente humana. A tal punto sentía odio por el mar, que era capaz de estar siete días seguidos sin mirarlo, y siempre que en un libro encontraba una descripción marina la saltaba. Jurábame finalmente, que si se hubiera podido ir por tie-

rra á América, hubiese preferido un año de coche á tres semanas de travesía por agua. A tal extremo llegaba. Un médico amigo suyo le había dicho en broma, pero él lo creía firmemente, que aquella violenta aversión al mar no podía derivar de otra cosa que de un presentimiento misterioso de que había de morir en un naufragio.

—¡Quítese usted esas ideas de la cabeza, abogado!—le dijo su vecino del lado opuesto.

El abogado movió significativamente la cabeza, señalando con el índice el fondo del mar.

Viendo que ya contaba con un conocido á bordo, le pedí informes. ¡Qué bien lo había adivinado! Mi vecino de la derecha, en efecto, debía de ser lombardo: él le había oído hablar lombardo con un amigo en el muelle de Génova: un antiguo garibaldino sin duda; el comisario se lo había dicho por la mañana.

—Pero ¿cómo lo sabe usted?—me preguntó.

Y yo me enorgullecí de mi facultad de adivino.

Por su parte, él continuó dándome noticias. La familia que estaba colocada en el fondo de la mesa, compuesta de padre, madre y cuatro hijos, era una familia brasileña que iba al Paraguay. El joven del bigotillo negro que se sentaba al lado del brasileño más pequeño, creía que fuese un tenor italiano (era mi vecino

de habitacion) que iba á cantar á Montevideo. El que en aquel momento hablaba alto á nuestro mismo lado de la mesa era un pícaro y extravagante panadero piamontés que, habiéndose hecho rico en la República Argentina, volvía ahora para siempre, después de haber estado una temporada en su patria, donde no parecía que había tenido la triunfal acogida que se esperaba; desde la noche antes habíale oído contar su historia á un camarero y echar pestes contra Italia, á la cual no dejaría sus huesos. En este punto interrumpió sus palabras, y me dijo en voz baja:

—Mire aquel brazo.

Señalaba á la muchacha pálida, la de la cruz al cuello, en que ya me había yo fijado. Miré y sentí casi repugnancia: aquello no era brazo, sino un pobre hueso blanco que salía de un sepulcro. Y al mismo tiempo observé sus ojos velados, y casi desvanecidos, con expresión de tristeza y de dulzura infinitas que parecía lo miraban todo y no veían nada. Y noté asimismo que también el garibaldino la miraba fijamente, con los párpados entreabiertos, quizá para esconder el sentimiento de compasión que le inspiraba.

La compañía, pues, presentaba una variedad bastante satisfactoria para un observador. Entre otros, llamó mi atención una cara extraña, bron-

ceada, de un hombre como de treinta y cinco años, de fisonomía grave y vagamente melancólica, del cual no pude apartar la vista por algún tiempo, hasta que el abogado me dijo que era un peruano; parecíame que la forma oblonga de la cabeza y la boca grande y la barba rala, correspondiesen á las descripciones que se leen en las historias de aquellos Incas misteriosos que siempre habían atormentado mi fantasía.

Me lo figuraba vestido de lana encarnada, con una venda arrollada á la cabeza y los pendientes dorados, atento á fijar sus pensamientos con los hilos multicolores de una cuerdecilla de nudos, y detrás de él veía brillar las gigantescas estatuas de oro del palacio imperial de Cuzco, circundado de jardines resplandecientes con sus frutos y flores de oro también. Y muy al contrario de esto, el tal peruano era un propietario de una fábrica de cerillas de Lima, que conversaba prosaicamente sobre su industria con el comensal que tenía enfrente.

A los postres las conversaciones se animaron algo. Oí que el comandante contaba una aventura de cuando era capitán de barco de vela; aventura cuyo desenlace, á juzgar por los gestos, debió ser una solemne distribución de bofetadas que él hizo en no sé qué puerto extranjero á no sé qué pillastre que le había faltado al respeto. En el fondo de la mesa los argen-

tinos provocaron varias veces sonoras risotadas divirtiéndose, por lo que me pareció, con un comisionista francés de cabellos grises, el eterno comisionista que se encuentra en todos los vapores, el cual respondía con la desenvoltura imperturbable de un viejo truhán, difundiendo profusamente las ingeniosidades del repertorio acostumbrado, que todos sus colegas saben de memoria. Mientras servían el café, el vapor hizo dos ó tres movimientos más fuertes, y entonces se levantó de la mesa, atrayéndose todas las miradas, una bella señora argentina, que todavía yo no había visto; pero como salió tambaleándose apoyada en el brazo de su marido, no pude cerciorarme de la «gracia maravillosa en el andar» que los escritores de viaje atribuyen á las mujeres de su país. Pude advertir, sin embargo, por la curiosidad admirativa de todos los ojos que entre las señoras del *Galileo* ya se le debía haber reconocido la primacía estética, y que difícilmente sería destronada en el transcurso del viaje.

Poco después todos los demás se levantaron, tornaron á mirarse de pies á cabeza de reojo, como á la entrada, y luego se desbandaron por la popa, por los fumaderos y por los cuartos, mostrando ya en el semblante el fastidio de las seis horas que les había de separar hasta la comida.

*
* *

Yo no me aburría, sin embargo: un sentimiento inundaba mi alma, nuevo y agradabilísimo, que en ninguna parte ni bajo ninguna otra condición puede experimentarse sino en un vapor que atraviesa el Océano: el sentimiento de una absoluta libertad de espíritu. Podía decir, en suma: por veinte días estoy separado del mundo habitado; estoy seguro de no ver á otros semejantes míos mas que los que tengo en derredor, los cuales son para mí todo el género humano; por veinte días estoy desligado de todo deber y servidumbre social, y seguro que ningun dolor me vendrá del mundo exterior, porque ninguno puede llegarme por parte alguna.

Mil desventuras pueden amenazarme, ninguna puede alcanzar hasta mí. Europa entera quizás se trastorne, yo no lo sabré. Veinte días de horizonte sin límite, de meditación sin perturbaciones, de paz sin temor, de ocio sin remordimiento. Un largo vuelo sin fatiga á través de un desierto inacabable, ante un espectáculo sublime, sumérgido en un aire purísimo, hacia un mundo desconocido, en medio de gen-

tes que no me conocen. Prisionero en una isla, es verdad; pero en una isla que me lleva y que me sirve, que se desliza bajo mis pies, y hace penetrar en mi sangre la palpitación de su propia vida; y que, al fin y al cabo, representa un fragmento vivo de mi patria.





III

ITALIA Á BORDO

OMO receta contra el aburrimiento, tenía una carta de presentación para el comisario, escrita por un amigo de Génova, el cual le suplicaba que me facilitase las observaciones que quisiera hacer en el *Galileo*.

Antes de que llegásemos á Gibraltar fuí á visitarle. Tenía su habitación sobre cubierta, cerca de la cámara del comandante, en uno de los dos grandes pasadizos que van de popa á proa; al cual, por el continuo ir y venir de gente, llamaban los empleados la Carrera, ó el *Corso de Roma*.

Le encontré en un cuartito blanco, adornado con retratos fotográficos, y lleno de objetos pequeños de comodidad y de chucherías, que le daban el aire de nido doméstico, bien distinto

del de nuestras desnudas celdas de alquiler. Era un simpático joven, rubio, que vestía con gracia la modesta divisa de oficial de á bordo, y dejaba traslucir en la seriedad de su semblante, regular é inmóvil, una penetrante facultad de observación y un fino espíritu cómico. Me llevó en seguida á su despacho, colocado de la otra parte de la *carrera*. Además de administrador y depositario del correo, era en el vapor algo semejante á un juez, que velaba por el buen orden y dirimía las contiendas que pudieran surgir entre los pasajeros de tercera clase.



Pocas palabras bastaron para hacerme comprender que tendría durante el viaje un campo de observación bastante más vasto de lo que me había imaginado. Por efecto de la aglomeración en que se veían obligados á vivir, y de las grandes diferencias de índole y de costumbres que había entre ellos, y aun del estado de ánimo extraordinario en que se encontraban, aquella multitud de emigrantes daba lugar, en el transcurso de pocos días, á una multiplicidad de casos psicológicos y de hechos de que no hay ejemplo en tierra, en el espacio de un año y

tratándose de una población cuatro veces mayor.

En los primeros días no me hubiera sido posible formar idea. Era preciso esperar á que se sosegasen y se hiciesen unos á otros, á que nacieran relaciones, simpatías, envidias, contrastes, y á que se fuese elevando la temperatura. Era forzoso dar tiempo á los de buen humor para adquirir su pequeña celebridad, á los cabezas para formar su auditorio, á las «bellezas» para ser conocidas, á los chinchosos de ambos sexos para encontrar material que trabajar y que revender después. Luego, la vida de á bordo tomaría el carácter y giro de la vida de un gran pueblo, donde todos los habitantes, ociosos por necesidad ó por hábito, pasasen el día por las calles y comiesen juntos en la plaza pública. Yo podía, pues, imaginar qué especie de crónica cotidiana había de resultar. Y diciendo esto, el comisario sacudía la cabeza con ligera sonrisa, que hacía adivinar los tesoros de paciencia que debía emplear por su parte, y la extravagancia de las escenas á que tenía que asistir.

*
* *

Veíase sobre la mesilla un montón de pasaportes, cuyo resumen me enseñó. El *Galileo*

llevaba mil y seiscientos pasajeros de tercera clase, de los cuales más de cuatrocientos eran mujeres y niños: sin comprender los hombres de la tripulación, empleados, etc., que llegaban casi á doscientos. Todos los puestos estaban ocupados. La mayor parte de los emigrantes, como siempre, provenía de la alta Italia, y de cada diez, ocho, del campo. Muchos Valsuzines, Friulanos, agricultores de la baja Lombardía y de la alta Valtellina: campesinos de Alba y de la Alejandría italiana, que iban á la República Argentina, más que nada por la siega, ó sea para ahorrar trescientas pesetas en los tres meses, navegando cuarenta días. Muchos de Val de Sesia, muchos también, de aquellos hermosos pueblos que forman corona en nuestros lagos, tan hermosos que parece que á nadie haya de ocurrírsele abandonarlos: tejedores de Como, sirvientes de Intra, segadores del Veronés. De la Liguria el contingente usual, que en máxima parte lo dan las circunscripciones de Albenga, de Savona y de Chiavari, dividido en bandos, con viaje pagado por un agente que los acompaña, y al cual se obligan á satisfacer una cierta cantidad en América, dentro de un tiempo convenido. Entre estos había varias de aquellas membrudas transportadoras de pizarras para los tejados, de Cogorno, que pueden apostar sus fuerzas con las de los hombres más vigorosos. Toscanos en

número reducido: algún trabajador de alabastro, de Volterra, fabricantes de figurillas de Lucca, agricultores de los alrededores de Firenzuola, entre los cuales, como ocurre con frecuencia, este ó el otro habría abandonado el azadón para sentar plaza de músico ambulante. Iban artistas, ó mejor, para hablar con propiedad, tocadores de arpa y de violín de la Basilicata y de los Abruzos, y de aquellos famosos caldereros que van á hacer sonar su yunque y su martillo por todo el mundo. De las provincias meridionales eran casi todos pastores de ovejas y cabras del litoral Adriático, particularmente de tierra de Barletta, y muchos hijos de la de Catanzaro y de Cosenza.

Además comerciantes vagabundos napolitanos; especuladores que por evitar los derechos de importación, llevaban á América la paja en bruto para trabajarla allí; zapateros y sastres de la Garfagnana, cavadores del Biellese, campesinos de la isla de Ustica. Hambre y vigor en suma de todas las provincias y de todas las profesiones, y muchos hombreitos sin profesion tambien, aspirantes á indeterminados empleos, que van á caza de fortuna con los ojos vendados y las manos vacías, constituyendo la parte más insana y menos afortunada de la emigracion.

El mayor número de las mujeres llevaba consigo la familia; pero otras muchas iban solas,

ó acompañadas de una amiga; y entre éstas varias de la Liguria, que emigraban en busca de servicio como cocineras ó camareras; otras en busca de marido, animadas por la menor concurrencia con que tendrían que luchar en el nuevo mundo; algunas que se expatriaban con fines más amplios y más fáciles... Con todos estos italianos hallábanse mezclados suizos, algún austriaco, pocos franceses de la Provenza. Casi todos se dirigían á la Argentina, pocos al Uruguay, poquísimos á las repúblicas de la costa del Pacífico, sin faltar tampoco los que no sabían á punto fijo dónde se encaminaban: primeramente al continente americano, sin más; después que llegasen, ya verían...

Un fraile, en fin, iba á la Tierra del Fuego.



La compañía, por consiguiente, era variadísima y prometía mucho. Y no resultaba sólo un nutrido pueblo, como me hacía observar el comisario, sino un pequeño Estado. En la tercera clase estaba el pueblo; la burguesía, en la segunda; en la primera la aristocracia: el comandante y los oficiales ó empleados superiores

representaban al Gobierno; el comisario, la magistratura; y la función de la imprenta estaba desempeñada por el registro de las reclamaciones y de las aprobaciones abierto en el comedor; á más de que los mismos pasajeros, á veces, y no sabiendo cómo entretener el tiempo, fundaban un periódico diario.

—Verá y oirá cosas de todos géneros—me dijo,—y la comedia irá creciendo en interés hasta el último día.

Entretanto me preparó para la representación, enseñándome algunos curiosísimos documentos llenos de ingenuidad campesina: cartas de recomendación que algunos emigrantes le habían entregado así como al comandante, escritas en su favor por los parientes ó por otras personas totalmente desconocidas para ambas autoridades superiores en el buque.

—«Señor comandante del vapor, le recomiendo mucho á Fulano de Tal, natural de mi pueblo, bravo agricultor, intachable padre de familia y mi buen amigo...»

Algunos llevaban semejantes cartas, firmadas por un desconocido, hasta para las altas autoridades de Montevideo y de Buenos Aires. Se les habían presentado pasajeras guapotas y sonrientes con cartas de recomendación, evidentemente apócrifas, de su padre ó de un tío, como medio indirecto de pedir protección, dejando

comprender que no serían sordas á la voz de la gratitud...

—«Recomiendo á usted con todo mi corazón á mi hermana, que siendo joven y yendo sola en medio de tanta gente, podría verse expuesta...»

En fin, desde el primer día había encontrado en su oficina una cartita emborronada con lápiz, sin nombre; una ciega declaración de simpatía, con la expresión de una vaga esperanza de que *él* reconocería la cara de *ella* en medio de todas las demás, *por el sentimiento*; pero que por Dios no dijese nada, que guardase el secreto y perdonase la imprudencia. *Amor, alma del mundo*. Este el gran asunto en aquellos largos viajes trasatlánticos. Fuese por efecto del ocio, que dejaba demasiado en libertad la fantasía ya excitada por las muchas conmociones de los días antecedentes, ó por un particular influjo fisiológico de la atmósfera marina, unido á una tendencia desusada á la ternura, nacida del sentimiento de la soledad, era un hecho, me dijo el comisario, que la «población» del vapor le daba qué pensar y qué hacer precisamete por esta parte, y que ella, por consiguiente, sería forzosamente la frase dominante en la gran sinfonía que habría de oír tocar durante tres semanas. Y concluyó, sonriendo:—¡Si yo supiera escribir un libro!



Y, sin embargo, en los primeros días atrajo mucho más mi atención el espectáculo del arca que el de los animales. Y creo que suceda lo mismo á cualquiera que viaje por vez primera en uno de aquellos colosos que cambian sangre y oro entre los dos mundos. En un principio se confunde la cabeza en aquel laberinto de pasos, rincones, nichos, y en aquel ir y venir de la gente de la tripulación, de ocupaciones y vestidos distintos, que salen por unos agujeros y se meten por otros sin cesar, y por unas puerterillas ocultas, como las de una cárcel ó las de un ministerio: parece que no es posible que se necesite tanta complicación de arquitectura y de servicios para gobernar y hacer caminar el barco. Y, no obstante, cuando uno comienza á reflexionar, entonces se admira la perfección á que ha llegado poco á poco el ingenio humano en el arte de anudar juntamente, de sobreponer, de ensamblar unos en otros todos aquellos escondrijos de oficinas, almacenes, cuartos de dormir, laboratorios de todas clases, en cada uno de los cuales se ve, al pasar, alguien que escribe, cose, plancha, coci-

na, lava ó golpea con el martillo, casi escondido, con el espacio apenas necesario para moverse, como un grillo en su jaula; y que, á pesar de esto, se desenvuelve con libertad como si hubiere nacido y vivido siempre allí dentro, suspendido entre el Océano y el cielo. La máquina desmesurada que todo lo mueve es el núcleo, y la popa y la proa son como los arrabales de aquella especie de ciudad fortificada, de aquel *castillo central*, la cual está formada por los dormitorios de segunda clase, los cuartos de los oficiales, de los maquinistas, del médico y de los cocineros; por los hornos, la cocina, los baños, la repostería, las pequeñas calderas, los depósitos de víveres, los cuartos roperos, los de los faroles y los del correo en fin.

Y esta ciudad del centro, atravesada por dos largas vías laterales, animada y ruidosa, llena de olores de carbon, de aceite, de alquitrán y de fritura, está cubierta por vastísima terraza, como plaza colgante, á la cual el fuste enorme del palo mayor y las dos gigantescas chimeneas que se elevan entre las grandes trombas de viento y las altas grúas de las lanchas, y en el fondo, la tribuna del comandante con su larga terraza aérea, dan un aspecto monumental muy extraño, que alimenta la fantasía como la imagen de misteriosa ciudad.

Desde esta terraza, ocupada en gran parte

por los pasajeros de tercera, se domina toda la proa, un trozo de arca de Noé, otra vasta plaza, cuajada de pasajeros, que tiene todo á lo largo á ambos lados las cuadras de los bueyes y de los caballos, los jaulones de los palomos y de las gallinas, las de los carneros y de los conejos; en el fondo el lavadero de vapor y el matadero, y adelante los aljibes de agua dulce y los acuarios marinos; en el medio la casita de la hostelería y la bocaporta de los dormitorios de mujeres, cerrada por una superposición extraña de techos de cristal, que sirve de asiento á las bellas; y dominando todo esto, el palo trinquete, que dibuja sus encordaduras y sus escalas negras sobre el cielo. El último se levanta el castillo de proa, que cubre los dormitorios de los marineros, la fábrica de hielo y el hospital, formando otra plazoleta que acaba en punta, donde otra muchedumbre se aprieta entre los cabrestantes y las cadenas de las áncoras, y otras bocaportas y otras trombas de viento, como sobre el bastión de una fortaleza avanzada; desde la cual el extremo opuesto del vapor, con su amplio castillo sombreado por cortinas, y poblado de señoras, se ve pequeño, confundido, muy alejado, hasta parece casi increíble que forme parte del mismo cuerpo.

Y estas no son más que las partes exteriores del coloso; debajo se agita otro mundo, desco-

nocido para el pasaje: almacenes interminables de carbón; torrentes de agua dulce; provisiones de víveres como para una ciudad asediada; depósitos enormes de cabos, de velas, de almohadillas; un laberinto de vanos semi-oscuros, atestados de equipajes, de pasadizos, por donde no se puede caminar sino encorvado, de escalerilla; que se pierden en las tinieblas; de escondrijos profundos y húmedos á los que no llega siquiera el bullicio de la muchedumbre que se agita encima, y donde creería uno hallarse sepultado en los subterráneos graníticos de una fortaleza, si el crujir de las paredes no advirtiera que palpita en derredor una vida inmensa, y que el edificio es frágil, camina y se balancea.

*
* *

Así, observando parte por parte el *Galileo*, y hojeando los pasaportes con el comisario, pasé los tres primeros días, que del golfo de Lyon hacia allá fueron hermosísimos; pero, al llegar la mañana del cuarto, en el Estrecho de Gibraltar hallamos una niebla tupida que no nos dejó ver ni la roca, ni la costa de España, ni la de Africa, y nos hizo difícil el paso. Difícil, no por la razón que tenía inquietas á muchas mu-

jeros de tercera clase, las cuales—me dijo el comisario—imaginaban que el vapor tenía que enfilarse una especie de canal abierto entre las rocas, por donde no podría pasar sino rozándose, con peligro de hacerse trizas, como pasan las barcas por la abertura de la gruta azul de Capri; sino porque á causa de la niebla y del gran número de vapores que allí se encuentran en aquel vestíbulo del Océano, donde casi se besan los dos continentes, era muy fácil un abordaje que podía enviarnos á todos á fondo, sin dejarnos tiempo siquiera para recitar el acto de contrición.

Fué, pues, necesario proceder con grandísima cautela. Y entonces presenciábamos una escena admirable, de la cual hubiérase podido sacar un gran cuadro intitulado en genovés: *A fuffetta* (el terror pánico), solemne y cómico á la par.

El *Galileo* caminaba lentísimamente dentro de la densa niebla, que por todas partes interceptaba la vista á muy corta distancia de la borda; todos los que hacían cabeza en la marinería, así como la misma gente de mar, estaban alerta; el comandante, en pie sobre su tribuna de mando, enviaba sus órdenes por la bocina, abajo, ó á uno ú otro lado; la máquina de vapor lanzaba á cada instante su voz de alarma, una especie de grito ronco y lastimero, como anuncio de desgracia. Y á la derecha, á la iz-

quierda, delante, detrás, respondían otros sonidos estridentes y siniestros de vapores invisibles; algunos, lejanos, que parecían rugidos de los leones del Africa; otros, muy inmediatos, como de barcos que estuviesen á punto de embestirnos; otros, poco frecuentes y débiles; otros, continuos y afanosos, como gritos humanos que amenazasen y suplicasen juntamente.

Y á cada sonido, todos los mil y seiscientos pasajeros, aglomerados en pie sobre cubierta, se volvían vivamente de la parte de donde procedía el sonido, con los ojos espantados, conteniendo la respiración; muchos acudían á aquella parte, dando aire de curiosidad al miedo, pero la cara tétrica y descompuesta los delataba: esperaban á cada instante ver la proa de un coloso viniéndose nos encima. No se oía una voz entre tanta gente, no se veía fisonomía que sonriera. Instintivamente las familias se oprimían; estos se iban agrupando cerca de las lanchas colgadas, aquellos miraban de reojo los salvavidas suspendidos en distintos sitios; todos dirigían sus miradas alternativamente al comandante, como á la imagen de un santo protector, y en derechura sobre aquella niebla de mal agüero que podía guardar en su seno la muerte. Uno solo parecía indiferente sobre el castillo de popa, y era mi vecino de mesa, el abogado, que, sentado de espaldas al

mar, iba leyendo. Estaba ya para admirar su heroísmo, cuando me desengañé viendo que el libro bailaba en sus manos.

Más de una hora duró aquella fúnebre música de señales, y con ella el medroso silencio á bordo, y el lento andar del vapor, como el de un explorador que avanza en acecho de la flota enemiga. ¡Hora eterna!

Por último ya no se oyeron mas que algunos silbidos lejanos; el vapor comenzó á caminar con más rapidez, y el comandante, bajando del entrepunte, agitando el pañuelo, dió la señal de libertad. Dábamos vuelta entonces al cabo Espartel, y el *Galileo* hacía su entrada en el Atlántico, en medio de una corte de saltadores delfines, saludados por los emigrantes con estridente concierto de gritos y silbidos.

Casi de pronto se desvaneció la niebla, y apareció á nuestra izquierda la costa de Africa: una cadena de montes en lontananza con cristalina transparencia. Y el Atlántico nos mecía con sus olas amplias y plácidas, semejantes á vastísimas alfombras azules franjeadas de plata, sacudidas por millares de manos invisibles, y que se suceden unas á otras sin fin; á través de ellas el *Galileo* extendía, al pasar, interminable rastro de blanca estela.

No era distinto el nuevo mar de aquel otro de donde salíamos; y, sin embargo, nos incitaba

á levantar la frente como si el espíritu fuese más libre, la vista penetrase más lejos con sus miradas, invitándonos á beber el aire en amplias bocanadas, con nuevas sensaciones de placer, como si ya trasportase los fuertes perfumes de las grandes florestas de la América latina, á la cual volaba directamente nuestro pensamiento con un vuelo de seis mil millas.

El cielo estaba muy terso, y sobre el horizonte pendía un casco de luna, casi desvanecido en la suavidad del azul.

Parecía que aquel Océano, en quien casi todos habíamos pensado hasta entonces con inquietud, murmurase:

—Venid: soy inmenso, pero bueno.

22/25



IV

Á PROA Y Á POPA

Dos días después, podía decirse que todo estaba en orden á proa, y comencé mis observaciones.

Cuando subí al lado del comandante, á eso de las ocho, que era la hora del almuerzo, la proa ofrecía el aspecto mixto de un mercado de pueblo y un campamento de gitanos que hubieran deshecho las tiendas. Cada grupo de emigrantes había tomado posiciones, en ellas pasaba la mayor parte del día, siendo los sitios respetados por todos, según tradicional costumbre. Donde quiera que se pudiera estar sentado sin estorbar el paso, en todos los rincónillos que formaban las torres de jarcias y los montones de heno y de mercancías hacinados en la

obra muerta, se había metido, como nidada de gatos, un bando de conocidos ó una familia, con sus sillas, cojines ó mantas; y algunas se hallaban tan bien acomodadas, que se podía haber pasado por delante de ellas diez veces seguidas sin descubrirlas: ¡la gente pobre se adapta á todos los huecos como el agua!

Una parte de los pasajeros todavía mojaba las galletas en el café, con las escudillas de lata sobre las rodillas; algunos lavaban sus cacerolas en los pequeños depósitos ó distribuían agua dulce á su *rancho* en aquellos característicos conos truncados pintados de rojo y verde; otros estaban acurrucados á lo largo de los parapetos, en las posturas peculiares á los campesinos, habituados á descansar sobre la tierra, ó paseaban con las manos en los bolsillos, como los domingos en la plaza de su pueblo, mientras las mujeres, con los cabellos sueltos por la espalda, se peinaban delante de espejos de veinte céntimos, aviaban á los muchachos, prestándose unos á otros cepillos, jabones, toallas; daban de mamar á los niños, remendaban ropas, lavaban prendas en cuatro gotas de agua, todas afanosas, visiblemente angustiadas por la estrechura del espacio y por la falta de cien y cien utensilios.

Entre la multitud apiñada y negra veíanse girar altos gorros azules, tocas verdes de muje-

res calabresas, anchos sombreros de fieltro de los campesinos de la Alta Italia, cofias montañesas, papalinas rojas, *italianillas*, coronas de rayos de alfileres de las campesinas de la Brianza, cabezas blancas de viejos, negras cabelleras salvajes y una variedad admirable de rostros cansados, tristes, sonrientes, atónitos, siniestros, no pocos de los cuales hacían creer que en verdad la emigración se lleva del país los gérmenes de multitud de delitos.

Pero estando tranquilo el Océano y el aire límpido y fresco, muchos se mostraban alegres. Y podía ya notarse que, sosegada la agitación de la salida, la cual había absorbido todos los pensamientos, *el eterno femenino* había recordado su eterno imperio aun allí mismo; y no sólo esto, sino que, por efecto de la escasez, su valor había aumentado... como en América.

Pocos hombres miraban al mar; los más pasaban revista á los pasajeros. Los jóvenes sentados sobre las bordas, con una pierna colgando por fuera y los pelos revueltos hacia la nuca, tomaban posturas y ademanes de arrogante seguridad marinera, hablando fuerte, modulando la risa para atraer la atención, y mirando casi todos hacia la bocaporta del dormitorio *femenino*, donde se habían recogido, como sobre un palco, muchas jóvenes bien peinadas, con lazos en la cabeza, vestidos cla-

ros, pañuelos vistosos atados con gracia: la parte *empresadora* ó conquistadora, si se quiere, parecía corresponder al bello sexo de tercera. Entre todas sobresalía una bella muchachuela — campesina de Capracotta, — con una carilla regular y dulce como de virgen (mal lavada), á la cual sentaba admirablemente un pañuelo que llevaba cruzado al pecho, cubierto de rosas y claveles de color púrpura, que parecían verdaderos, y resaltaban con mucha brillantez. También noté dos muchachas, morena la una y rubia roja la otra, dos graciosas caras con mucho desenfado, puestas con cierta coquetería urbana, que discurrían muy animadamente, prorrumpiendo de cuando en cuando en estrepitosas carcajadas, después de haber fijado la mirada, ora en un pasajero, ora en otro, como si pasasen revista á los tipos ridículos de la «emigración».

El comisario, que allí se apareció mientras yo las observaba, me dijo que eran lombardas, é iban solas; supuestas coristas; dos diablos que prometían darle no pocas desazones durante la travesía. Y como yo no comprendiese á qué clase de desazones se refería, me reveló una de las mayores plagas de la vida de á bordo en aquella irrupción de emigrantes: los celos de las mujeres casadas.

¡Una cosa tremenda! Las mujeres honradas,

con sus niños en el regazo, tenían guerra á muerte declarada á tales aventureras impúdicas; que tiraban á *hechizar* á sus pobres maridos desocupados, aprovechándose de aquella confusión de gentes; y surgían de esto contiendas rabiosas en las que tenía él que entrar como conciliador. ¡Ah! más tarde las oirá. Degradadamente en aquella travesía había varias docenas de la clase, que parecían haberse unido para su desventura.

Me indicó otra muchacha, una especie de mujer-cañón, sentada detrás de aquellas dos, con la cabeza alta, vestida de negro, cara de leona, morena, no fea, pero.... ¡Dios me libre! la cual tenía una coquetería particular: la soberbia, el puntillo de sobresalir y de hacerse desear con la ostentación de un desdén de príncipe hacia la gente, de un pudor ultradelicado, temerosa de ser profanada con el aliento sólo; y que amenazaba á todos asegurando que tenía en Montevideo un pariente periodista que hacía estremecerse al mismísimo gobierno. La primera noche ya había ido á pedirle justicia contra un campesino, que, al pasar á su lado, le había rozado contra una gruesa bolsa de cuero, que llevaba á la bandolera, y preguntándole en la conversación que á qué iba á América, había contestado altaneramente:

—A tomar el aire.

Pues bien: esto era un desorden fingido; pero había también verdaderos desarreglos, ó arreglos: tanto monta.

El comisario me habló después de otras cosas. Buscó con la vista un momento, y me señaló familias ó personas sueltas acurrucadas en el último rincón, separadas de la multitud, todas los cuales, por su actitud, por sus vestidos raídos, pero de telas y corte señorial, mostraban ser gentes obligadas á marcharse á América por algún revés inesperado de la fortuna, que les había arrojado de la abundancia á la miseria, hasta el punto de no contar con dinero suficiente para tener un pasaje de segunda clase. Entre otros, había ños cónyuges, con una muchachilla de diez años, que estaban de pie, aislados, muy cerca de la cuadra de los bueyes, mostrando tal embarazo que ni á sentarse se atrevían: los dos próximamente de cuarenta años, macilentos y de tristísimo aspecto. Eran comerciantes. La mujer, alta y delgada, con los ojos irritados como si acabara de salir de reciente enfermedad, había pasado todo el primer día en el dormitorio, entre las campesinas, llorando sobre la cabeza de su hija, y sin comer.

—Miserias—dijo el comisario.—en todas partes se encuentran; ¡pero en el mar parecen más tristes!

Por el contrario, mirando hacia abajo, precisamente al pie del entrepuesto de mando, había hecho un maravilloso descubrimiento: una de las figuras más bellas que en el mar como en la tierra había visto, vivas, pintadas ó esculpidas desde el día primero en que recorrí el mundo. El sobrecargo me aseguró que era genovesa. Estaba sentada sobre un banquillo; á su lado, un viejo que parecía su padre, echado en el suelo. Ella lavaba la cara á un chiquillo, sin duda hermano suyo. La muchacha, grande, rubia, tenía el semblante de una regularidad y pureza de líneas verdaderamente angelicales, los ojos rasgados y claros, la tez blanquísima; perfecta de cuerpo, excepto las manos, demasiado largas; vestía juboncillo blanco suelto y falda azul que oprimía dos caderas de mármol. Por el vestido, á pesar de su exquisita pulcritud, se veía que era pobre; mostraba dignidad señorial en toda su persona, mixta sin embargo, de una apariencia tan ingénua, y una gracia tan sencilla en sus ademanes y movimientos, que no desdecían de la humildad de su estado. Su contemplación despertaba en quien la admiraba la idea de una niña de diez años crecida de repente en pocos días. Varios pasajeros la echaban unos ojos que querían comérsela, y otros, al pasar, volvían la cabeza hacia ella. En el tiempo que nosotros estuvi-

mos mirándola, ni una vez siquiera volvió su vista, ni dió la menor señal de advertir que la admiraban, manteniendo su cara una tranquilidad tan inmóvil, tan transparente estoy por decir, que hizo imposible la más vaga sospecha de que aquella actitud fuese mero artificio. Era en todo tan distinta de la multitud circunstante, que parecía solitaria en medio de un espacio libre, y á pesar de que la gente la oprimía por todas partes.

¿Cómo se encontraba allí aquel *gentil milagro*?

Su fama debía de ser ya grande en el vapor, porque hubo un momento en que vimos asomarse á una ventanilla, y mirarla con aire de admirador habitual, nada menos que al cocinero de tercera clase, con su gorra blanca y su carona brusca, rechoncha, de amapola, y de extraordinaria altivez, en cuyo semblante aparecía la conciencia de ser para los emigrantes el más importante personaje del vapor, reverenciado, temido, cortejado como un monarca.

—También esta—dijo el comisario moviendo la cabeza,—sin quererlo, me dará que pensar.

Y todo se volvía augurio de un mal viaje.

Si bien había, pues, alguna cosa sonriente, el espectáculo en su conjunto oprimía el corazón.

Ciertamente, que en tan gran número, muchos de ellos hubieran podido seguir campando honrádamente en la madre patria, y emigran por salir de una medianía, de que sin razón estaban descontentos; muchos otros también que, dejando en su casa colosales deudas y una reputación perdida, no iban á América á trabajar, sino por ver si había mejor aire que en Italia para el ocio y la truhanería. Pero la mayor parte, preciso es reconocerlo, eran gentes forzadas á emigrar por el hambre, después de una lucha inútil durante años enteros bajo las garras de la miseria. No dejaba de haber de aquellos trabajadores adventicios del Vercellese, que con mujer é hijos, matándose á trabajar, no logran reunir quinientas pesetas al año, cuando encuentran trabajo; de aquellos labradores de Mántua, que en los meses fríos pasan á la otra orilla del Po á recoger tuberosas negras, con las cuales, cocidas en agua, no se sustentan, pero consiguen no morir durante el invierno; y de aquellos arrieros de la baja Lombardía, que por una peseta diaria, sudan horas y más horas, fatigados por el sol, con la fiebre en los huesos, metidos en el agua corrompida que les envenena, para poder campar con polenta, pan

enmohecido y tocino rancio. Había asimismo de aquellos aldeanos del Pavese que, para vestirse y proveerse de instrumentos de labranza, hipotecan sus propios brazos, y no pudiendo trabajar todo lo que el pago de su deuda exige, renuevan el arrendamiento al fin de cada año bajo condiciones más duras, reduciéndose á una esclavitud famélica y sin esperanza, de la cual no tienen otra salida sino la fuga ó la muerte.

Muchos había de aquellos calabreses que viven con un pan de lentejas silvestres semejante á un amasijo de serrín y lodo, y que en los años de malas cosechas comen las hierbas de los campos cocidas sin sal, ó devoran crudas las puntas tiernas de las matas, como el ganado; y de aquellos gañanes de la Basilicata que andan todos los días cinco ó seis millas para llegar á las tierras de labor, llevando á la espalda los aperos, y duermen con el cerdo y con el asno sobre el santo suelo, en horribles zaquizamíes sin chimenea, iluminados con trozos de madera resinosa que les sirven de teas, sin probar un pedazo de carne en todo el año, mas que cuando por algún incidente se les desgracia una bestia. É iban también muchos de aquellos pobres comedores de pan negro de centeno y agua con sal de las Puglias, que con una mitad de su pan y ciento cincuenta pesetas al año, deben mantener la familia en la

ciudad, separada de ellos, y en el campo donde se revientan, durmiendo sobre sacos de paja, metidos en nichos excavados en los muros de una cueva en donde gotea la lluvia y penetra el viento. Había, por último, buen número de los varios millones de pequeños propietarios de tierras, reducidos por un impuesto *único en el mundo* por lo gravoso, á condición harto más infeliz todavía que la de los mismos proletarios, viviendo en sitios tan selváticos que muchos mendigos los rehusarían, y tan miserables, que «ni siquiera podrían vivir higiénicamente si fueren obligados á ello por ley».

Todos estos no emigran por espíritu aventurero. Para cerciorarse, bastaría ver cuántos cuerpos de sólida osamenta, á quienes las privaciones arrebataron la carne, había en aquella muchedumbre, y cuántos semblantes fieros que revelaban bien á las claras el combate prolongado y sangriento sostenido antes de abandonar el campo de batalla. No bastaba para atenuar la compasión el aducir la antigua acusación de blandura y de pereza lanzada por los extranjeros á los cultivadores de la tierra italiana; acusación destruída tiempo ha por una solemne verdad, proclamada asimismo por los extranjeros, de que, tanto en el mediodía como en el septentrión, ellos *prodigan tanto sudor sobre el terruño que no es posible más; y no sólo*

proclamada, sino probada por los muchos países que les solicitan y les prefieren. ¡Eran acreedores á una profunda y absoluta piedad!

Y tanto más dignos de ella, teniendo en cuenta que muchos guardaban ya en el bolsillo ruinosos contratos, pactados con los acaparadores, que acechan la desesperación en las cabañas, y la compran: ¡cuántos no serían aferrados á la llegada por otros malvados traficantes y exprimidos tiránicamente años enteros; cuántos otros no llevarían quizá en su cuerpo, mal nutrido y agotado por la fatiga, el germen de una enfermedad que les haría sucumbir en el nuevo mundo! Era inútil procurar no pensar en las causas remotas y complejas de aquella miseria, ante la cual, como dijo un ministro, «nos encontramos tan profundamente entristecidos como impotentes»; en el empobrecimiento progresivo del suelo, en la agricultura abandonada por la revolución, en los impuestos gravados por necesidad política, en las herencias del pasado, en la concurrencia extranjera, en la peste. Bien á mi pesar, resonaban en mi mente, como un estribillo, aquellas palabras de Giordani: «Nuestro país será bendecido cuando se recuerde que también los campesinos son hombres.» No podía apartar de mi corazón que en aquella miseria tenían á su vez gran parte de culpa la maldad y el egoísmo huma-

nos: tantos señores indolentes, para quienes el campo no significa sino un lugar de esparcimiento caprichoso para unos cuantos días del año, y la vida miserable de los labradores una queja convencional de humanitarios utopistas; tantos usureros sin ley ni corazón, tanta caterva de empresarios y traficantes, que quieren hacer cuartos á toda costa, sin sacrificar nada y pisoteándolo todo: feroces despreciadores de los instrumentos de que se sirven, y cuya fortuna no es debida á otra cosa sino á una infatigable sucesión de avaricias, de durezas, de pequeños latrocinios y de pequeños engaños; á migas de pan y á céntimos, disputados en cien partes y por treinta años seguidos á quien es ni para comer tienen bastante.

Y luego acudían á mi mente otros mil, que, tapándose con algodón los oídos, se frotan las manos y sonríen; y pensaba que hay algo peor que estrujar la miseria y despreciarla: el negar que existe, mientras aulla y solloza á la puerta.

*
* *

Hubiera querido bajar entre aquellas gentes y hablar con alguno; pero creí preferible esperar un día en que hubiese menos confusión.

Para desentenderme de estos pensamientos pesimistas fui á pasar una hora en la *plazoleta*, espacio que se hallaba al lado izquierdo del vapor y comprendido entre el castillo central y el de popa. Le habían dado el nombre de *plazoleta*, porque abriéndose sobre ella las puertas del salón, de la sala de fumar y de la despensa, se formaban en este punto continuamente corros de pasajeros; y, como estaba resguardado de los vientos alíseos, que soplaban por la popa, acudían también las señoras á bordar y á leer. Y en efecto, le daban un cierto aire de *plazoleta* de teatro los cuartos que había de un lado, semejantes á las casitas movibles de la escena, con sus ventanillas con persianas, y el paso cubierto que allí desembocaba como una vía pública. Allí íbase á ver el camino recorrido y los grados de longitud, escritos día por día, sobre una pizarra, colgada de la puerta del salón; allí venían generalmente los empleados á tomar la altura del sol, allí afluían las primeras noticias de la pequeña crónica cotidiana.

Era un rinconcillo donde se fumaba saboreando el cigarro con gusto, como en un café, con cierta ilusión de estar en tierra y de hacer vida urbana. Alguna vez caía de improviso una porción de agua que regaba los bordados y los libros á las señoras, obligándolas á desaparecer;

pero, al poco rato volvían. Allí, en fin, en los primeros días, se habían conocido recíprocamente los más del pasaje.



Cuando me acerqué aquella mañana, se me presentó por sí mismo, con simpática desenvoltura, una persona, en quien hasta entonces apenas me fijara antes y que después había de ser mi compañero más agradable hasta la terminación del viaje.

Era de Turín, agente de una casa-banca de Génova; iba á la Argentina todos los años; uno de aquellos hombres que en media hora se dan á conocer á fondo: figura de galán joven cómico, bien vestido, con el pelo blanco y el bigote negro, cara seria que excitaba la risa, ojos de estudiantillo, cerebro lleno de volantes, con buen humor inalterable y charla facilísima; echándola de toscano, sin afectación; atormentado por curiosidad de comadre, sin ocuparse de otra cosa que de la gente de alrededor, avisado y perseverante como viejo policía para indagar y descubrir la vida ajena y muy hábil para sacar materia de entretenimiento para sí y para los demás, sin despertar nunca las sos-

pechas de nadie... El conocía la vida y milagros de varios pasajeros, con quienes una ó dos veces había ya hecho la travesía del Océano; y al cabo de diez minutos de conversación, comenzó á preguntarme familiarmente, señalando á unos y otros:

—¿Sabe usted quién es aquel? ¿Conoce á aquella señora?

No pude prestarle oído inmediatamente, sin embargo, porque otro personaje atrajo mi atención: el tipo de una raza de gente original, que aun no conocía yo.



Era el panadero que maltrataba á Italia, pavoneándose en medio de un corro de pasajeros, orgulloso de su panza de reciente adquisición, como de una insignia de señorío. Iba vestido como capataz bien acomodado, y llevaba un grueso anillo de oro en la mano derecha: su mirada era falsa, la nariz petulante, la boca vanidosa. Por el semblante y la conversación se adivinaba al antiguo emigrante miserable, que, habiendo hecho fortuna, pero siguiendo tan ignorante como antes, cree al

volver á su país, que no tiene mas que enseñar la bolsa y decir despropósitos delante de la botica, de lugares y cosas lejanas, mezclando baladronadas y mentiras, para hacerse elegir concejal, nombrar alcalde, y montarse sobre sus convecinos, que él se figura unos estúpidos porque no se han movido de sus casas.

El tal molinero había tenido seguramente un solemne desengaño, y le dolían las quemaduras que su amor propio recibiera; y debían escocerle fieramente, bajo la grosera jovialidad de que hacía gala. Tres meses, decía, le habían bastado para convencerse de que no podía respirar el aire de su pueblo. Al cabo de los veinte años creyó encontrarse con alguna *transformación*, con algún progreso; en lugar de esto, acababa de hallar por el contrario, las ideas de antaño, con todas las añejas preocupaciones, con la rancia vida mezquina, y una maldita hambre!... Cien perros alrededor de un hueso, y gracias, cuando había algún hueso. Además ninguna iniciativa para los negocios, un caminar con pies de plomo para todas las cosas y siempre con mil estorbos, una desconfianza de avaros corrompidos, una absoluta carencia de *caballerosidad*. Y diciendo esto echaba unas miradas oblicuas á los italianos que le escuchaban, como complaciéndose en herirlos en su orgullo nacional.

Pero, era preciso oír aquel vocabulario: era la primera muestra que oía de la lengua extraña, hablada por nuestra gente del pueblo cuando lleva muchos años de estancia en la República Argentina; donde, al mezclarse con los *hijos del país*, y á los conciudadanos de regiones distintos de Italia, casi todos pierden una parte de su dialecto propio y adquieren algo de italiano, para llegar luego á confundir italiano y dialecto con la lengua local, poniendo desinencias provinciales á las radicales españolas y viceversa, traduciendo literalmente frases propias de los dos lenguajes que en la versión cambian de significado ó no conservan ninguno, y saltando más de cuatro veces en el transcurso de un período de una á otra lengua como si delirasen. Lleno de estupor le oí decir *si precisa molta plata, — gastar capitales, — son salido con un carigo di trigo, etc., etc., etc.*

Y en esta horrible jerga seguía dando firme contra el Congreso de los diputados, contra el gobierno *atrasado*, contra el pueblo *de mendigos*, y por último, contra los monumentos artísticos, diciendo que, al pasar por Milán, había encontrado el Duomo más pequeño que como su mente le recordaba. Cantaba por el contrario la magnificencia y belleza de las llanuras americanas, haciendo un amplio y grotesco gesto de paisajista ofuscado. Pero se revolvía contra

Italia otra vez, intercalando en el discurso,— ¡Edad Media, Edad Media!—palabras que sin duda había atrapado en alguna crónica de periódicos provincianos.

El agente de cambio, que estaba oyéndole conmigo y riéndose en sus barbas, y que sabía por experiencia la casta de semejantes patriotas, díjome que, cuando estaban en América representaban el papel contrario; esto es, se quejaban de todo, apoyando su orgullo en la lejana patria, frente á la cual juzgaban incivil, ignorante, deshonorado el país que les había dado hospitalidad y en donde se habían hecho de oro.

Pero, de pronto, truncó esta conversación para decirme que había conocido á un hombre extravagante, aunque agradabilísimo entre la gente de la tripulación, viejo marinero jorobado, encargado de la vigilancia de los dormitorios de mujeres; cargo delicadísimo, que requería en el empleado, no solo la garantía de una edad archimadura, sino la ausencia absoluta de todo mérito estético en su figura, que pudiese herir un corazón femenino. Este menudo jorobado encanecido, que por la noche debía separar los dos sexos, y cuidar de que ninguna mujer saliera de su dormitorio, era un compuesto muy extraño de filósofo y bufón, queregonaba continuamente sentencias sobre las mujeres, tor-

mento de toda su vida, con una solemnidad de predicador y á veces con giros tan difíciles en sus palabras, que no se comprendía absolutamente nada de lo que quería decir. De buena gana le hubiera interrogado yo mismo, porque me hubiera divertido grandemente.

Y en este otro—me preguntó,—¿se ha fijado usted?—y me señaló á aquel *bello* camarero de primera clase tan reluciente de pomada, que en aquel momento pasaba con un cubo en la mano, dirigiendo lánguidas miradas á las señoras. Era este una especie de Ruy Blas marino, que miraba hacia arriba, estudiando en todas sus maneras el medio de dar á entender que á pesar de la humildad de su condición social, vivía consolado á bordo por milagrosos y misteriosos éxitos; y entretanto, hacía de sultán ante dos camareras, una genovesa tierna, y otra veneciana fresca, que se roían las entrañas de celos, y se insultaban todas las mañanas en los pasillos, con la cofia ladeada y puestas en jarras, sin atender á los campanillazos de las señoras.

*
* *

En aquel punto pasó frente á nosotros un pasajero, el genovés que se sentaba en la me-

sa á la derecha del comandante, un honrado gordinflón de cincuenta años, con un solo ojo y barba como cerdas de cepillo; al pasar hizo al agente seña con la mano, que no comprendí. Luego subí al castillo. Pregunté qué quería decir aquella seña.

—Quiere decir—me contestó el agente—; que hoy habrá en la comida macarrones al jugo!

Y me hizo el boceto del retrato de aquel señor. Era un negociante desahogado establecido en Buenos Aires; un infeliz como otros muchos, que, gozando á bordo de una inmejorable salud, no pueden ni discurrir, ni leer, ni pensar, se aburren de un modo increíble, y llevan consigo siempre un fastidio que los abate, les tortura y les mata. Este, para reanimarse algo, se había dedicado á la gastronomía, á la que tendía él ya por naturaleza; había trabado relación con el cocinero; era el primero que desde por la mañana sabía ya lo que comeríamos de noche, é iba llevando la noticia por todas partes; entraba en la cocina veinte veces al día, se ponía á ver pelar los pollos, conversaba con los pinches, visitaba los hornos, se entendía con el repostero y con el hostelero de proa, bajaba á los almacenes de víveres, bebía diez vasitos de vermouth para abrir el apetito, hablaba poco, pero siempre de comi-

das, y cuando no se ocupaba de ello, se estaba horas enteras en su nicho, con las manos cruzadas por detrás de la cabeza, los ojos espantados como un hipnotizado, bostezando á manera de león, con bostezos enormes y lastimeros, uno tras otro sin interrupción, y dando que pensar (admitida la creencia de no sé qué pueblo, de que á cada bostezo sale de la boca del hombre el alma de un antepasado) que habría exhalado hasta el alma del mismísimo Adán.

—¿Conoce á otros?— pregunté.

—¿Y cómo no?—Puro argentino. *¿Y cómo noo?* (cantando): todos los italianos se lo apropián.—Mas esta vez, tratándose de personas muy inmediatas á nosotros, bajó la voz, y me dijo al oído que mirase en el ángulo de la plazuela, á la izquierda. Entre las señoras había una como de cuarenta años, de grandes y escudriñadores ojos, ajada, vestida elegantemente; un rostro singular: visto desde alguna distancia, cuando sonreía, enseñando sus hermosos dientes blancos, parecía bello y bondadoso y era atractivo; pero, al acercarse, veíanse aparecer rasgos duros, pequeñas arrugas repulsivas, y una de aquellas bocas amargas de ambiciosos desilusionados y de envidiosos, que revelan el hábito de una despiadada maledicencia.

A su lado se sentaba una muchacha secucha

que aparentaba tener quince años, rubia, deslavazada, con el vestido corto: su cara inclinada sobre la labor, no decía nada. La señora leía un libro, pero con tan poca fijeza, que á cada paso ó á cada palabra que cerca ó lejos oyese, levantaba la cabeza. Eran madre é hija —me dijo el agente;—habían viajado con él el año pasado en el *Fulmine*: la madre llevó á su hija á Alemania para perfeccionarse en el piano: nacidas en Italia, oriundas de España, se habían establecido en la Argentina. La madre tenía una lengua de *hacha*, capaz de promover una asonada en el vapor; roída hasta tal punto por la envidia de los trapos, que cada nuevo vestido de señora que aparecía á bordo era para ella como una *puñalada* en el costado.

—¿Qué le parece á usted la hija?

No me parecía nada: una figura de colegiala raquítica, sin sangre en el cuerpo y á quien le sentaría muy bien jugar con las muñecas.

—¡Ah! qué pifia!—exclamó el agente—usted me perdona.—Y me llevó hacia otra parte de la plazoleta para poder hablar con más libertad.

Aquella seca criaturilla en que nadie paraba su atención era un verdadero caso psiquiátrico, digno de estudio para los alienistas. En el viaje del año anterior en el *Fulmine* iba un empleado á bordo amigo suyo, guapo muchacho que conversaba á veces con la madre, y que

en todo el viaje quizá no había cruzado veinte palabras con aquella agua mansa feúcha, que le miraba con la más imperturbable indiferencia. Pues bien, allí dentro habíase encendido uno de esos amores que estallan solamente á bordo, en el silencio del camarote, en medio de la soledad del Océano, donde las almas á veces se aferran á las almas, con igual furia que la que los náufragos ponen para asirse á las tablas flotantes.

Apenas desembarcaron en Génova, madre é hija partieron para Alemania, y el marino recibió al día siguiente una carta de ocho páginas llena de una pasión tan furibunda, de frases tan abrasadoras ¡pero qué frases!, gritos de amor que estremecían, un *tú* brutal en cada línea, cascadas de insensatos adjetivos, palabras que eran mordiscos, besos y sollozos, un lenguaje increíble y que no es posible reproducir—¡á los trece años!, —y mezclados con esta lava, muchos disparates gramaticales y desatinos ortográficos, y entre dos hojas... un mechón de cabellos. Y mirándome fijamente, añadió: De cabellos. ¡Pero Dios sabe en dónde tenía su cabeza cuando se los cortó! ¿Ha comprendido?—Es de notar: una carta sin dirección para la respuesta, una carta sin fines ulteriores, por consiguiente, que no había sido otra cosa que un desahogo irresistible del alma y del cuerpo, martirizados por veinte días de silencio y de impos-

tura. Yo me volví para mirar á la muchacha, y se me escapó el decir:— ¡Es imposible!

Pero el agente hizo un gesto como si hubiese negado la luz del sol. Era cierto. Un *documento humano*. He ahí todo.



Mientras concluía de decir estas palabras, acercábase el garibaldino, que venía de proa. Al pasar á mi lado, se me ocurrió preguntarle, así, por simpatía:—¿Ha estado usted entre los emigrantes? Se quedó como maravillado de que le dirigiese la conversación, y me indicó que sí, deteniéndose, pero de lado, como quien quiere gastar pocas palabras. El agente, que creía adivinar en aquel señor una antipatía instintiva hacia los hombres de su índole, se separó.

Insistí preguntando:—¿Ha visto á esos pobres campesinos?

—Los campesinos—respondió lentamente, mirando al mar—son embriones de burgueses.

No comprendí de pronto el sentido de sus palabras.

—Tienen el mérito único—continuó sin mirarme—de no enmascararse con la retórica patriótica y humanitaria. Por lo demás... el mis-

mo egoísmo de fieras domesticadas. El vientre, la bolsa. Ni siquiera el ideal de la redención de su clase. Cada uno de ellos quisiera ver más miserable á todos los demás, con tal de campar él mejor que antes. Que vuelvan los austriacos, pero á enriquecerlos, y estarán con ellos.—Y continuó después de una pausa:

—Que hagan buen viaje.

—Y sin embargo,—le hice observar—cuando están en América, recuerdan y aman á su patria.

Y apoyándose en la borda y vuelto hacia el mar, replicó:—La tierra, no la patria.

—No lo creo así—respondí.

Se encogió de hombros; y luego, sin otros preámbulos, con el tono de quien habla con el fin de librarse, una vez para siempre, de un importuno, más que por necesidad de confiarse á él, abrió su ánimo con pocas, rápidas y secas frases. Ni él tampoco en último término se condoía de la patria. Se había quedado ésta muy por bajo del sueño por el cual tanto había combatido.

Una Italia de declamadores y de intrigantes, apestada todavía por los antiguos vicios, hidrópica de vanidad, privada de un ideal grande, ni amada ni temida por nadie, acariciada y abofeteada, ora por uno ora por otro, como mujer pública, sin más virtud que la paciencia del asno. De lo alto á lo bajo no veía mas que

una corrupción universal. Una política dispuesta siempre á lamer la mano del más fuerte, sea quien sea; un escepticismo atormentado por el secreto terror del sacerdote; una filantropía no inspirada en los generosos sentimientos de los individuos, sino en los temerosos intereses de clase. Sin fe sólida en nada ; ni siquiera en la monarquía! millones de monárquicos incapaces de defender con valor, en caso de necesidad, su bandera, prontos á ponerse boca abajo ante el gorro frigio apenas le viesen en lo alto. Una pasión furibunda en todos por llegar, no á la gloria, sino á la fortuna; la educación de la juventud encaminada á este fin; cada familia convertida en una razón social, sin escrúpulos, capaz de acuñar moneda falsa con tal de empujar á sus hijos; y las muchachas dirigidas por el camino de los hombres, perdiéndose de día en día en la educación y en la vida de las mujeres todo espíritu de poseía y de gracia. Y mientras, la instrucción popular, una pura apariencia que no sirve sino para sembrar orgullo y vanidad, aumentar la miseria y cooperar al vicio. La mitad de los hombres que dieron su vida por la redención de Italia, si resucitasen, se hubieran saltado la tapa de los sesos. Dicho esto, volvió la cabeza al otro lado.

—No es exacto—le dije.—De los desengaños que todos hemos experimentado, nosotros

mismos tenemos la culpa, al imaginar que la libertad y la unificación de Italia habían de producir una inmediata y completa regeneración moral, extirpando milagrosamente la miseria y el delito. No confrontemos el estado presente con el ideal, del cual todos los pueblos poco más, poco menos están igualmente distantes y lejanos; comparémosle con el pasado. Este era tan vergonzoso y horrendo, que el solo hecho de haber salido de él, de cualquier modo, nos debe confortar por completo. — No — me respondió.

Le pregunté si iba á la Argentina, si tenía allí familia. Iba, en efecto, á la República del Plata, y no tenía allí á nadie de los suyos.

Le ví entonces por vez primera una cicatriz detrás de la oreja izquierda, profunda, como de una herida de bala de pistola.

Le pregunté si había hecho la campaña de 1866, no pareciéndome por la edad que pudiera haber hecho la de 1860.

También ésta la había hecho, á los diez y seis años. Interroguéle, mirándole atentamente, si había sido herido. — Jamás — respondió.

Pero en aquel momento mismo se volvió, y sorprendiéndome con los ojos fijos detrás de su oreja; me echó una mirada indagadora, enrojeciéndose ligeramente sus mejillas, y cruzando por sus ojos como un relámpago de indignación. Luego, con ceñuda expresión y con brus-

co además, que claramente quería significar: —Déjeme usted en paz, —volvióse á mirar al horizonte. Aquella mirada habíame revelado, un secreto de su vida: un momento terrible, al cual, sin duda, había sido arrastrado por prolongadas amarguras, y tras una grave transformación ocurrida poco á poco en su alma, que había sido sana y llena de fecundo poder como su cuerpo de soldado y de atleta.

Quizá todo entusiasmo y sentimiento se había apagado en él; pero el escepticismo en que cayera, no era innoble, porque sufría y amaba todavía el bien, del cual nada esperaba: eran ruinas pero de un edificio de oro. Comprendí, que ni conmigo ni con nadie era capaz de entrar en relación, y le dejé solo, mirando al mar.



También yo fuí á mirar el Océano en otro sitio, porque desde el día de la salida no se había presentado de aquel modo: todo él poblado de hermosas y alegres ondas, que surgían mórbidas é iluminadas con cien matices verdes y azules, de cristal, de terciopelo, de raso, coronadas de mechones y penachos de plata y de blancas crines rizadas, de mil menudos iris

brillantes á través de finísimo polvo de gotitas, sobre las cuales se elevaban aquí y allá surtidores blancos muy altos, que eran como los gritos de placer de aquella muchedumbre que danzaba al sol bajo las caricias del alíseo.

Se veía la onda hincharse casi hasta la altura de la obra muerta y desaparecer luego en un momento; una amenaza que se resolvía en una broma, para volver á levantarse luego como para decir una palabra y quedarse indignada de no poderla decir, dando lugar á otras ondas que acudían, nos miraban y se deshacían también súbitamente con su secreto. Y hubiéramos estado horas y más horas contemplando aquel formarse y disolverse continuo de cadenas de nevados montes, de valles profundos, de provincias solitarias y fantásticas; formadas, dispersas, rehechas y deshechas sucesivamente como puede serlo la faz de un mundo por el capricho de un Dios. Todo este hervor no tenía lugar mas que en torno nuestro; lejos, por todo el horizonte, estaba el mar como inmóvil, de riente azul, y salpicado de manchas blancas, que parecían las velas de innumerable flota que acompañase nuestra marcha.





V

CABALLEROS Y SEÑORAS

CON aquel agente de banca, que era una gacetilla viva, conocí pronto, aun sin quererlo, á casi todos los pasajeros de primera clase: al día siguiente vino á sentarse á mi lado á la mesa, en el sitio del abogado, que aún estaba en cama. Hacía los conocimientos por docenas: la noche antes había entablado conversación con los recién casados que ocupaban el camarote inmediato al suyo, y como había notado que eran tan tímidos y poco desenvueltos en público, se proponía alentarlos un poco. Apenas se sentó preguntó al marido, que estaba sentado frente á él, si había descansado; á lo que el interrogado respondió: — *Bien, gracias,* mirándolo inquieto.—Sin embargo—repuso el

agente con el aspecto más natural, mirando á él y á ella,—me ha parecido que esta noche el mar estaba agitado.

Los vecinos sonrieron, y ellos, ruborizándose, se pusieron á observar los cubiertos de la mesa y otras menudencias con profunda atención, pero mi vecino no pareció notarlo é instaló en seguida su Linterna Mágica hablando bajo y de prisa sin dejar de hacer honor á la cocina del *Galileo*:—El cura alto era un napolitano que vivía hacía treinta años en la República Argentina, á la cual volvía después de un breve viaje á Italia, según decía (pero cabían dudas) para ver al Papa. Le había oído contar su historia una noche; llegó á la Argentina sin camisa, había sido párroco en colonias agrícolas naciéntes, en varios Estados de la República, en tierras casi deshabitadas, por donde llevaba el viático á caballo, galopando noches enteras con el Santísimo Sacramento al cuello y el revólver al cinto, y decía que fué atacado varias veces, teniendo que defenderse á tiros; y que se había dado el caso de que, encontrándose con algunos viajeros en noches de luna, éstos, asustados por su gigantesca sombra negra, escaparon á todo correr. Creía que había tenido en la misma estima su bolsa que el alma de sus feligreses, y que cobró matrimonios y entierros á precios altísimos; y tan cierto debía de ser esto, que se

vanagloriaba de haber hecho una buena pacotilla y no hablaba mas que de *pesos y patacones*, con un movimiento inquietante de la mano á guisa de abanico, y con marcado acento del puerto bajo italiano que no logró alterar treinta años de hablar español.

Del tenor sabía poco; debía tener una hermosa voz, pero con algunos gallos; fuera de esto, un pavo real como todos; desde el primer día andaba enseñando á los viajeros un periódico sucio y viejo con un artículo de revista de teatros, en el que se leían subrayadas las palabras *este artista posee las llaves del corazón humano*; llaves, decía el agente, que le hacían pensar en las de las casas de sus oyentes, pero podía engañarse. Creía que estaba preparando un concierto vocal é instrumental para la noche del paso del Ecuador.

Algo más conocía á la señora rubia de las medias negras, nacida en la Suiza italiana, casada con un italiano, profesor de no sabía qué, en Montevideo: había hecho con ella dos años antes la travesía desde Génova á la América latina; era una criatura amabilísima, tierna como el pan, con cabeza de chorlito, hermosa y sin sustancia como una dalia; una verdadera niña de treinta años, á quien la situación de los hombres solos, en largos viajes por mar, inspiraba un sentimiento de piedad amorosa y atre-

vida. Al hacer de vez en cuando una excursión á su patria, había alegrado con sus carcajadas infantiles y consolado con su dulce piedad siete ú ocho vapores, y gozaba de cierta celebridad simpática entre *las Sociedades de navegación*. En el viaje de dos años antes, le había ocurrido, entre otras, una aventura cómica con un diputado argentino, que también se encontraba casualmente con nosotros en el *Galileo*. Era éste un señor gracioso y amable, pero sumamente arreglado y que no podía tolerar el desorden en sus cosas; ocupaba un camarote sobre cubierta, y mientras jugaba en el salón ó paseaba por la proa, la señora suiza y otra amiga suya habían tomado la costumbre de ir á ponérselo todo patas arriba, para que se desesperase al ordenarlo de nuevo; y la cosa había salido bien varias veces. Pero un día en que la suiza se había arriesgado sola á hacer la revolución habitual, llegó de improviso el argentino, se puso hecho una fiera, y cerró la puerta del camarote para obligarla á que pusiera cada cosa en su sitio; pero, como los objetos revueltos habían sido muchos, el trabajo de ordenación fué largo; y habiéndose levantado durante él una borrasca efecto de inesperadas ráfagas de viento, la señora se vió obligada á estar reclusa allí muchas horas, mientras que abajo su marido la llamaba á voces por los corredores y pedía

que se largase una lancha al mar para recogerla, sin notar la burlona conmiseración de que era objeto. Sin embargo, todo acabó bien y en este viaje parecía que el señor y la señora no hacían demostración de conocerse.

Yo me volví hacia el extremo de la mesa para mirarlo. Era un moreno de treinta y ocho á cuarenta años, con perfil enérgico y lentes: tenía en efecto el aspecto de un hombre que no permite que se viole impunemente su domicilio. En cuanto al profesor, marido de la señora, decía el agente que era un hombre original, apasionado por los estudios de mecánica náutica, aun cuando tenía aspecto más literario que científico. Pasaba el día en profundas meditaciones sobre la máquina, los timones, las poleas, sobre el más pequeño aparato del vapor, pidiendo á los oficiales explicaciones minuciosas sobre ellos, y luego iba á repetir las en la proa por el gusto de repartir al pueblo «el pan de la ciencia», mientras le mordían el suyo en la popa.

Pero en aquel momento yo estaba observando á un señor que se sentaba al lado del argentino, modelo de rubio desteñido, con unas patillas que parecían dos sauces llorones de pelo como esos que se ven en los escaparates de las barberías, que dirigía á uno y otro lado sus ojos de besugo, mirando desconfiado y sin ha-

blar á nadie. Pregunté al agente si sabía quién fuera. Lo sabía: un caso raro; sospechaba que fuese un ladrón fugitivo; estas voces corrían en el *Galileo*; era un francés; no podía decir cuál de los pasajeros, leyendo el *Figaro*, que llegó á Génova el mismo día que zarpamos, había creído encontrar cierta asombrosa semejanza entre aquella facha extraña y desconfiada, y las señas que daba el diario parisiense del cajero de una casa de banca de Lyon, fugado tres días antes, dejando en la caja un vacío como de máquina pneumática. El agente pensaba hacer sus investigaciones, y en el último caso, esperaba descubrir el secreto á la llegada, cuando la policía hiciera su visita á bordo.

De la pareja matrimonial sentada frente á éste no había pedido aún informes: eran mis dos vecinos de camarote, los del *cepillo*: la señora, como de cuarenta años, baja, mirada sin expresión y perpetua sonrisa forzada en sus delgados labios; no era fea pero sí de esas personas cuyo carácter se refleja en la fisonomía y las cuales á primera vista inspiran repugnancia por causa del mal que deben hacer á los demás, y compasión por el que ellas mismas deben sufrir: el marido tenía facha de comandante de caballería retirado; parecía de ánimo fuerte pero domado por una naturaleza más vigorosa aún que la suya y trabajado por sorda

é inmutable aflicción. No se hablaban nunca, como si no se conocieran, y jamás excepto en la mesa estaban juntos; pero mi vecino había observado que ella le dirigía terribles miradas de soslayo cuando le parecía que fijaba sus ojos en alguna señora: al cariño muerto había sobrevivido los celos del orgullo. En una palabra una pareja mal aparejada, como dos presidiarios unidos por una cadena, entre los cuales debía existir profundo odio y algún misterio.

*
* *

A quien conocía más que á todos era al capitán, buen marino, rudo é irascible, dueño de un caudal riquísimo de interjecciones y juramentos genoveses, que prodigaba al personal subalterno de la tripulación; verdaderas letanías de improperios pronunciadas en un crescendo de efecto irresistible; orgulloso del vigor de sus puños, de los cuales se venía sirviendo durante veinte años de honroso mando. Tenía una idea fija: la absoluta severidad en materias de moral y la expresaba con esta frase que era su muletilla: *«no quiero porquerías á bordo»*; deseaba que en su buque reinase la castidad de

un monasterio y creía conseguirlo dando en ocasiones lecciones memorables. En uno de los últimos viajes descubrió una noche que dos pasajeros de distinto sexo, á quienes no unía la ley civil ni la eclesiástica, se habían dormido en un camarote de cubierta, y mandó clavar una gran tabla en la puerta, dejándolos allí, hasta que al día siguiente de haber llamado con furia, se habían visto obligados por el hambre á salir *coram populo* medio muertos de vergüenza. Había estado á punto de enfermar de rabia en la última travesía en la cual llevó de Buenos Aires á Génova toda una compañía lírica y un cuerpo de baile de ciento veinte pier-nas, para sujetar al cual no hubiera habido en el buque tablas y clavos bastantes, y toda su amenazadora elocuencia en su dialecto no pudo impedir que el *Galileo* fuese durante aquel viaje un paraíso mahometano que hacía ocho millas por ahora. En condiciones ordinarias, cuando no se veía agobiado por el número y por la audacia del enemigo, era riguroso hasta el punto de no tolerar ni siquiera que se cortejase con discreción; sino que se alababa de hacer conservar á cada uno los límites que debía, sin faltar en nada á las leyes de la urbanidad, y de saber decir las cosas sin ofender. Cuando un pasajero asediaba mucho á una señora, lo llamaba aparte y le indicaba con el mayor res-

peto:—Usted perdone, pero comienza esto á ser asqueroso; *no quiero porquerías á bordo.*

Aparte de esto, era un buen hombre.

*
* *

El anciano respetable que estaba á su lado, «el señor Hamerling», era un chileno, un hombre rico á quien llamaba la gente *el que horada una montaña*, porque había hecho aquel viajecito desde su país (treinta y cinco días en el mar) para ir á Inglaterra á comprar perforadoras, sin detenerse en Europa desde el desembarque al embarque mas que dos semanas justas. Serio como lo son en general los chilenos y de modales aristocráticos, frecuentó los primeros días el círculo de los argentinos; mas habiéndole molestado éstos en una discusión sobre la cuestión eterna de los confines meridionales de ambas repúblicas, se separó de ellos y no hablaba mas que con el comandante y con el capellán.

*
* *

Mi vecino no conocía por entonces á nadie más, pero seguía la pista á un joven toscano,

barbilampiño y peripuesto que se sentaba en la mesa frente á la mujer del profesor, sobre la cual posaba sus ojos abiertos, hasta el punto de que á veces se quedaba el tenedor en el aire en medio de su camino, entre el plato y la boca, como si el tenedor, al par del dueño, también participase de tanta admiración. Tenía éste el aspecto de un Don Juan hambriento que hiciera su primera excursión larga fuera de casa; pero estaba dotado, bajo aquellas apariencias de galán joven que comienza su carrera, de una gran audacia; y al par que cortejaba á la suiza, á la cual debía haber conocido en tierra, hacía excursiones á proa, especialmente de noche, dando resoplidos como relinchos de potro cerril, con peligro próximo de que los emigrantes le sacudiesen el polvo á los trajes nuevos que se cambiaba dos veces al día.

*
* *

Al decir esto el agente hizo rodar una naranja casi hasta el plato del novio y alargó repentinamente la mano, diciendo:—¿Tiene usted la bondad?... Pobre novio, justamente en aquel

momento, aprovechando la confusión del fin de la comida, dejaba caer su brazo derecho debajo de la mesa, al mismo tiempo que la novia tenía escondido del mismo modo el izquierdo. Ante aquella repentina petición, las dos manos reaparecieron vivamente sobre la mesa, separadas, sí, pero demasiado tarde; «la casta púrpura» había revelado ya el secreto.

*
* *

—Son demasiado felices—me dijo el agente; —quiero amargarles la existencia. Poco más tarde se fué, y media hora después, cuando subí á cubierta, lo ví en el castillo central hablando con un cura de segunda clase, es decir, que viajaba en segunda. Pero ésta, casi vacía, no debía ofrecer gran pasto á su curiosidad. Había dos clérigos ancianos que leían casi siempre el breviario; una señora vieja y sola, con anteojos verdes, que se pasaba el día hojeando una colección de antiguos periódicos ilustrados, y una familia numerosa, toda vestida de luto, que formaba en medio del buque un grupo negro y triste, inmóvil por espacio de horas

enteras. Solamente los dos niños menores hacían de vez en cuando una excursión hasta el castillo de popa, donde la señorita de la cruz negra los acariciaba tiernamente con sus descarnadas manos de enferma.





VI

RENCORES Y AMORES

EN salpicón de agua que recibí en plena cara por la mañana, al alba, cuando abrí la ventanilla para respirar, me obligó á estar en cama todo el día con un turbante mojado en la cabeza, meditando sobre la brutalidad del *gran padre Océano*: el bofetón había sido tan fuerte y tan bien dado, que me hizo pegar con la parte posterior del cráneo en la pared opuesta del camarote, donde caí sin sentido en medio de un lago de agua con la boca llena de sal.

Este accidente me impidió hacer hasta la mañana del noveno día mi primera visita á los emigrantes. Ruy-Blas me anunció, al presentarme con toda dignidad el café, que el tiempo era hermoso; pero más que la infusión,

me despertó el acostumbrado concierto matutino que formaban los gorgoritos del tenor y el maullido del niño brasileño, acompañados por las notas del piano que debía tocar el hermoso ejemplar de la señorita de la carta. Entre estos rumores llegó á mis oídos una discusión iracunda que venía del camarote contiguo, ocupado por la señora del cepillo y su marido.

¡Miseria humana! No comprendía mas que alguna palabra suelta, pero el acento y la aspe-
reza de aquellas dos voces obstinadas en su odio y animadas por un sentimiento menos ardiente y más triste que la ira, revelaban la costumbre de la disputa que nacía de una nonada, casi involuntaria, como el rebose imprevisto de pensamientos y de sentimientos malignos, á los que daban suelta por no morir ahogados. El diálogo lo interrumpían risas sardónicas y palabras sin terminar, repetidas varias veces ya por uno, ya por otro, en el mismo tono, como un estribillo injurioso y por algunos ¡calla! ¡calla! silbados más que pronunciados, en los que no se distinguía ya la voz del hombre de la de la mujer, y que parecían desgarrados por los dientes. Era como una lucha sorda de alientos envenenados, cien veces más penosa de oír que los gritos y los golpes.

¡Qué terrible cosa el odio conyugal dentro de aquel calabozo en medio del Océano: aque-

llos dos seres entrelazados para morderse, y que llevaban de un mundo á otro el infierno que los destrozaba! De repente callaron y pocos minutos más tarde, al salir yo, salían ellos también vestidos de punta en blanco y aparentemente impasibles; pero al llegar á las dos escalerillas que subían á la cubierta, se dirigieron, uno á la de la derecha, otro á la de la izquierda, sin mirarse. En el corredor me tropecé con el joven toscano peripuesto que estaba de centinela, y al pasar delante de la puerta de la señora suiza me pareció ver brillar por la abertura un ojo azul. Luego encontré al agente, que me dijo, *ex abrupto*:—Sabe usted que esos recién casados me cargan. Había oído por la noche á la novia rezar sus oraciones, y luego.... mil molestias. Entre otras cosas, á ratos perdidos, estudiaban la gramática española: conjugaban los verbos á media voz, interrumpiéndose de vez en cuando para darse besos: justamente la noche anterior había escuchado un pasado remoto insoportable; quería cambiar de camarote y tenía nuevas noticias que darme respecto á otros personajes, pero le rogué que las dejase para más tarde y me fuí inmediatamente á la proa para mezclarme con los emigrantes y entrar en conversacion con ellos.

Era la hora de la limpieza; la proa estaba llena de gente y el cielo claro; todo parecía pro-

picio, pero no tardé en notar, que mi empresa era menos fácil que lo que había creído. Al pasar por en medio de la gente sentada, cuidando de no pisar á nadie, oí decir á mis espaldas: ¡Paso á los señores! y al volverme encontré la mirada de un hombre del campo, que la sostuvo con aire que confirmaba atrevidamente el sentido sarcástico de su exclamación. Poco más allá, extendí la mano para acariciar á un niño, y su madre lo retiró hacia ella con mal modo, sin mirarme. No puedo decir la pena que esto me produjo.

Yo no había pensado en el estado de ánimo en que era natural que se encontrase la mayor parte de aquella gente, cuando todavía vivían tumultuosamente en su memoria los recuerdos de la vida intolerable, para cortar la cual tuvieron que abandonar la patria, y cuando ardía aún en ellos el resentimiento contra la abigarrada falange de propietarios, recaudadores, capataces, abogados, agentes y autoridades, designados por ellos con el nombre genérico de *Señores*, y á todos los cuales creen conjurados en daño suyo, como autores de la miseria que padecen. Para ellos yo era un representante de aquella clase. Tampoco reflexioné que en aquel estado de ánimo debiera serles particularmente odioso un habitante del pequeño mundo privilegiado de popa, imagen de aquel á que habían

tratado de sustraerse, y que los acompañaba también en el mar como un vampiro que iba á chuparles la sangre hasta en América. Esto supuesto era imposible que comprendiesen el sentimiento respetuoso y benévolo que me animaba, y creí imprudente trabar conversación así de pronto con ninguno. Si lo hubiera hecho me habrían creído impulsado por una curiosidad cruel de oír contar desgracias, ó me hubiesen tomado por un intrigante ó por un empresario entrometido que se embarcara en el *Galileo* con el fin de acaparar trabajadores sin tener que sufrir la molestia de la concurrencia. Todas estas reflexiones hicieron desvanecerse de repente mis esperanzas.



Entonces tiré mi cigarro y comencé á dar vueltas mirandola arboladura y las jarcias, como si solamente me ocupase del vapor, pero con el oído atento. Ya se habían formado, como sucede siempre, muchos grupos compactos entre emigrantes de la misma provincia ó de la misma profesión. La mayor parte eran hombres del campo, y no me fué difícil percibir el asunto predominante de sus conversaciones: el triste estado de la clase agrícola en Italia;—excesiva

conurrencia de trabajadores en beneficio de los propietarios y de los colonos; —jornales miserables; — víveres caros; — impuestos exorbitantes; — largas temporadas sin trabajo; — malas cosechas; — ricos avarientos y ninguna esperanza de mejorar su condición.

Estas conversaciones tenían de ordinario la forma de relatos; relatos de miserias, de injusticias y de tunantadas. En una reunión en la que parecía que dominaba una nota de amarga alegría, se regocijaban de la rabia que sentirían los *Señores* cuando, encontrándose sin brazos, se vieran obligados á doblar los jornales ó á arrendar sus tierras por un pedazo de pan. — Cuando nos hayamos marchado todos — decía uno, — les tocará á ellos morir de hambre; y otro: — No pasan diez años sin que *se arme* la revolución; pero los que pronunciaban las frases más atrevidas hablaban más bajo; y después de haber mirado alrededor, porque muchos temían, como supe luego, que hubiese á bordo un servicio de policía secreta por cuenta del gobierno. Había grupos de labradores calabreses con sus abrigos de capucha y sus abarcas; pero de éstos, pocos hablaban.

En otros grupos se trataba del mar y de la América y se conocía fácilmente á los que habían estado allí por la atención con que los demás los escuchaban y por la voz alta y el tono

de seguridad con que peroraban: porque es increíble cuánto puede la vanidad aun en aquellas angustias y cuán fuerte es el deseo de darse á conocer, de levantarse un pedestal, aunque sea entre aquella pobre muchedumbre, para demostrarse superiores á la miseria que les rodea y en la cual están sumidos.



A los que se oía hablar con más frecuencia era á los Ligures, que casi hubieran podido conocerse sin oírlos por su aspecto resuelto y semi fanfarrón nacido de la conciencia de su espíritu comercial y marinero y los cincuenta años de emigración de su raza. Se daban aires de encontrarse en el vapor tan cómodos como en su propia casa. Los montañeses, por el contrario, casi todos inmóviles y taciturnos como aterrados por la vista de aquel inmenso plano uniforme tan distinto del estrecho interrumpido é íntimo horizonte de sus sierras, gargantas y cordilleras. Entre los muchos que estaban de pie extáticos como autómatas, ó acurrucados como fieras, había otros espíritus ligeros y alegres á quienes las novedades y el contacto con la multitud excitaban como el vino, los cuales

vagaban de un grupo á otro, dirigiendo la palabra á todas partes y sonriendo á la gente y al mar, como si supieran que iban á encontrar montes de oro á su llegada.

Por las muchas parejas de hombres y también de mujeres que charlaban tranquilamente sentados uno frente á otro como en la puerta de su casa, fumando ó dedicados á labores, se comprendía que ya habían comenzado á formarse esas intimidades de viaje, algunas de las cuales continúan ó se reanudan después de muchos años en América, siendo las predilectas porque llevan toda la vida el sello que las hizo nacer, la necesidad de comunicarse mutuamente las expansiones y darse recíprocos alientos en vista de un incierto porvenir.

Las mujeres formaban grupos con los chiquelos en brazos como en las plazuelas y rinconadas de las calles. Cerca de la *cambusa*—la hostería de la tercera clase—ví á las coristas lombardas riendo con desenfado teatral, en medio de un grupo de jóvenes suizos, los cuales quizá, con intención política, usaban todos gorra de paño rojo y suplían con mímica muy elocuente su falta de conocimiento de la gramática milanesa. Encontré á la boloñesa gorda con su inseparable bolsón en bandolera, perseguida por mil miradas curiosas, paseando sola con pasos de *prima donna* en escena, contem-

plándose continuamente los pies con un gesto de náusea para evitar manchárselos. En efecto, la cubierta llena de trozos de papel, de cáscaras de manzana, de migas de galleta, de un poco de todo, tenía la apariencia de un campo en que hubiese vivaqueado un regimiento; y en general, la fisonomía y el vestido de los soldados no discordaba del aspecto del terreno; por el contrario, muchas caras parecía que conservaban intactas las escamas del día de la partida; pero guardé en mí, al verlas, las palabras de censura que se me escapaban, porque pensé que los emigrantes alemanes encuentran en Bremen, antes de embarcarse, comida, alojamiento, y baños para descansar del viaje por tierra, mientras que los nuestros duermen por las aceras de las calles hasta el instante de ir á bordo.



Me dirigí al lado de los depósitos de agua dulce. La hermosa genovesa continuaba allí con su cuerpo blanco y su falda azul, cosiendo, limpia y fresca como una flor, entre su padre y su hermanito; pero los admiradores se habían aumentado: ahora tenía á su alrededor y á di-

versas distancias, una docena de pasajeros que la acariciaban con los ojos, bromeando unos con otros y hablándose al oído con guiños y ojeadas que no dejaban duda sobre la índole á que pertenecían las sensaciones de su admiración; otros se acercaban, se alzaban sobre la punta de los pies para verla, y volvían á marcharse; era ya famosa y parecía estar destinada á ser el gran éxito de la sociedad de proa, pero su celebridad no la había hecho cambiar en nada. De vez en cuando levantaba sus plácidos ojos azules como si en lugar de hombres hubiese tenido delante árboles y con la misma graciosa dulzura volvía á bajar la cabeza sobre su labor, ofreciendo de nuevo, como sin saberlo, á aquellas miradas, su bellísima nuca blanca y el soberbio apretado nudo de sus doradas trenzas.

¡Ah, pobre cocina de la tercera clase! Al volverme hacia la ventana de ella, ví la faz encarnada del cocinero con la frente arrugada y los ojos fijos: indudablemente ardía una pasión entre las cacerolas; la salud pública estaba en peligro; al observarlo, ví que su mirada, separándose de la joven, tomaba una expresión más terrible, y siguiéndola dí con mis ojos en la cara de uno de los admiradores que me distrajo del cocinero.

Era un joven quizás de menos de veinte años, delgado é imberbe, con dos hombros que pare-

cían dos perchas; un aspecto entre maestro de escuela y escribano de esos que van á América en busca de empleo: sentado sobre un barril, tenía la vista fija en la joven, con expresión de amor tan ferviente, de adoracion tan humilde, que hubiera arrancado una mirada compasiva á una mujer de mármol; parecía estar solo á bordo, y llevaba un cinturón de cuero amarillo que debía contener todo su capital. Lo observé un rato y le ví siempre con los ojos fijos, húmedos, animados por una ligera sonrisa triste, como de lástima de sí mismo, y con todo su cuerpo inmóvil en la actitud de quien se contenta con admirar sin esperanza alguna, y hubiera estado allí por toda su vida. En todo aquel tiempo la joven no pareció fijarse en él, que languidecía allí solitario, como el anacoreta estilita sobre su columna; y el calor de su ignorada pasión se perdía en el espacio como el humo del *Galileo*.

*
* *

De allí salí al castillo de proa, que estaba lleno de gente; al llegar oí decir á mi lado, *ya vienen aquí al teatro*. Aquel *vienen* era naturalmente por mí; mi acogida aquí fué peor que en los otros sitios, con miradas atravesadas volvién-

dome la espalda y no solo con esto: *sub terris tonuisse putes.*

Pensé, y no me engañaba, que aquella era una especie de *montaña roja* donde se reunían los emigrantes de ideas más revolucionarias; los que necesitaban separarse para tener conversaciones arriesgadas, y que desde allí, como desde un centro de descontentos, debían nacer las protestas contra el rancho y las conspiraciones contra el reglamento. Había fachas atrevidas, de mal cariz, y se notaban actitudes de matones de reemplazo.

Debían ser solteros ó pertenecer á la categoría muy numerosa de los emigrantes que dejan en su casa á la mujer, después de dos ó tres años de matrimonio, ya porque se vean obligados á emigrar por las necesidades nacientes de la familia, ó porque al hacer el primer experimento de la vida conyugal les ha molestado, y pretenden escapar por ese camino.

En un grupo reconocí al viejo alto que había enseñado el puño á la patria la noche de la salida. Un tipo de aventurero delgado, con los ojos inyectados en sangre, las cuerdas del cuello que parecía iban á romperle la piel. Vestía un muy usado gabán verde, que parecía de desecho de un cómico, y la cabeza descubierta dejaba flotar sus rizos grises. Hablaba alto con acento toscano y accionaba con el índice

extendido. Desde lejos oí la palabra *hambrones*, y recibí una mirada de alto á bajo, como una estocada á fondo, que me hizo alargar el paso.

Junto á la puerta del torno tocaba un gaitero, pero el viento arrebatava las notas, y nadie hacía caso. Algunos, sentados en círculo sobre las tablas, jugaban á las cartas, y en la extrema punta del buque, sobre el tajamar, se veía en pie la extraña figura de un saltimbanqui de cara larga, huesuda y aceitunada, iluminada por dos grandes ojos verdes; los cabellos negros le caían sobre los hombros y cruzaba sobre el pecho sus brazos remangados, en uno de los cuales tenía tatuadas las iniciales A. S. y una cruz; y al verlo así, rígido y triste en aquella soledad, ya levantándose, ya descendiendo como si bailase en el aire siguiendo el fuerte movimiento de la proa, parecía la imagen personificada de todas las tristezas y de todas las miserias acumuladas en aquellas tablas; el símbolo vivo de la existencia errante y del destino incierto de todos.

No encontré allí más que una mujer, una anciana sentada en una tabla al lado de su marido, también viejo. Ambos tenían los brazos cruzados sobre las rodillas y la cabeza apoyada en ellos, de modo que no se les veía la cara sino los cabellos canos y ralos, los cuellos rugosos, que demostraban haber pasado ya de los setenta, extendidos en actitud de abandono y

de cansancio mortal. ¿Qué iban á hacer en América? Tal vez á reunirse con sus hijos. Nada había visto hasta entonces á bordo más digno de compasión que la vejez avanzada, y casi tocando en la muerte, de aquellos dos que emigraban á la tierra de la lucha y del porvenir. Me incliné para verlos: dormían. A pocos pasos de ellos, de pie junto á la borda, encapuchado y solitario, estaba el fraile que iba á la Tierra del Fuego; una cara impassible de cera con los ojos profundos.



Al bajar del castillo de proa me encontré frente á frente con el médico, un napolitano parecido, como se parecen dos gotas de agua, á Giovanni Nicotera; pero con los ojos y los modales de otro; porque eran deslavazados y flemáticos, caso no raro de extraordinaria semejanza física entre personas de naturaleza opuesta.

Bajé con él á la enfermería, especie de salón oblongo alumbrado por lo alto y con dos filas de literas alrededor. Había un niño con sarampión, un niño hermosísimo, de cabellos rubios y rizosos, encarnado por la fiebre; á su lado, en

pie, una campesina de los alrededores de Nápoles, una mujerona, que apenas vió al médico se echó á llorar enjugándose las lágrimas con el envés de las manos. El doctor examinó á la criatura y dijo á la madre en tono de censura:—La enfermedad sigue su curso; no hay por qué inquietarse, debe desechar esa idea; y me explicó que algunas mujeres le habían amargado el alma diciéndole que si ocurría una desgracia arrojarían el niño al mar, y este pensamiento la desesperaba; después preguntó en alta voz, dirigiéndose á otra parte.—Y usted ¿cómo está?—Entonces ví aparecer en una de las literas bajas la cabeza de un viejo macilento que, á pesar de la oposición del facultativo, echó fuera las piernas y se sentó al borde de su cama; estaba vestido y respondió con voz imperceptible:—No me encuentro muy mal. El médico lo examinó y movió la cabeza; tenía una pulmonía grave y debía haberse metido en cama el día después de la salida.

Era un labrador de Pinerolo que iba á la Argentina á reunirse con un hijo suyo. Le pregunté en qué parte de la República estaba, y me dijo que no lo sabía. Su hijo menor había partido á la Argentina tres años antes, dejándolo en casa con otro que había muerto; el ausente le escribió que se fuese con él, enviándole un bono para el pasaje, pero sin enviarle la direc-

ción, porque trabajaba en los caminos y cambiaba de alojamiento; mas le había indicado la manera de encontrarlo; y al decir esto, el pobre viejo metió su descarnada mano en un bolsillo del pecho y sacó un manojo de cartas sucias y rotas que comenzó á repasar con los dedos temblorosos. En aquel momento un brusco movimiento del vapor le hizo dar un fuerte golpe con la cabeza calva sobre el techo de su litera; se pasó la mano para sentir si se había hecho sangre, y continuó repasando los papeles: sobres rotos, cuartillas con números—tal vez las últimas cuentas con el propietario, —un recibo, un calendario; por último, encontró medio plieguecillo arrugado, en el que, con caracteres gruesos, llenos de borrones y casi ilegibles, estaba escrito el nombre de un pueblecillo de la provincia de Buenos Aires, en el que en el número tantos de la calle de tal, le daría hospitalidad una familia piamontesa, donde iría á buscarlo antes del mes un compatriota, su compañero de trabajo, que lo llevaría al lugar en que estuviese su hijo, su Carlos. Con aquellas indicaciones, viejo, enfermo, ignorante de todo, había partido en dirección á América.—Temo—me dijo el médico al salir—que haya emprendido su viaje demasiado tarde.



Y quiso que fuese con él á ver «el nacimiento». En un rincón de la proa, formado por una jaula de pavos y un tonel arrimado á la obra muerta, bastante apenas para contener un saco de carbón, había hecho su vivienda una familia de cinco personas, y pasaban allí el día pegadas entre sí y á las paredes de tal manera, que se creía que se habían metido allí por broma. Era una familia de campesinos de las cercanías de Mestre, compuesta de marido y mujer aún jóvenes, y ella en cinta, en meses mayores; dos gemelos varones de seis años, y una niña como de nueve, con la cabeza vendada. Ésta hacía media delante de todos; los chiquillos, rubios, estaban como prisioneros entre las piernas de su padre, que fumaba la pipa apoyando las espaldas en la borda y con un brazo extendido hacia su mujer que le remendaba la manga. Pobres, pero limpios; seis rostros que dejaban ver un aire de bondad y resignación serena; al acercarse el médico, el marido se levantó sonriendo y le dijo que la chica estaba mejor: se había herido dos días antes al caerse por la escalera del dormitorio.—¿Y cómo anda la cocina?—le preguntó el médico. El campesino iba diariamente á la co-

cina, como otros emigrantes, á mondar patatas y á partir judías bajo la dirección de los pinches, que le recompensaban su trabajo con un vaso de vino. — Va bien—contestó,—al menos se bebe.

Y el cuasi cocinero era un hombre original. Después le preguntamos y nos contó su historia: Un tío suyo le había dejado una tierrecilla con la cual podía medio vivir, trabajando por dos; pero como tenía mala suerte, todo le salió mal; la tierra estaba hipotecada; además, ciento diez pesetas de contribución, dos malos años al principio; por último, allí se había roto el alma cinco años sin poder salir adelante; y vaya, que su mujer ayudaba al trabajo como un hombre; pero eran cinco bocas, y tres no servían. Reventarse, estar lleno de deudas, no comer sino maíz y siempre maíz y ver que los chicos estaban cada día peor; luego una grave enfermedad de la muchacha, y finalmente un rayo que le mató la vaca; entonces, ¡adios mi dinero! lo había vendido todo; quería ver si en América se podía ir tirando de la vida; buena voluntad y valor no le faltaban, pero tenía mala estrella. En esto dijo con viveza:—Niños, saludad, que viene la señorita.

Y me admiró ver adelantarse en medio del bullicio de la proa á la señorita de la cruz negra con su vestido color verde mar, apoyada en el

brazo de su amiga, más pálida y delgada que nunca.

Se acercó á la familia, preguntó en veneciano á la niña cómo estaban, pasó la mano por la cabeza de los gemelos, sacó del bolsillo un paquete que debía ser de frutas ó confites, y se lo dió con la gracia fatigada de los enfermos y con su sonrisa melancólica y dulcísima.

El médico, llamándome aparte, me decía entre tanto, que también la señorita era de Mestre y que había reconocido durante el embarque á aquella familia de campesinos; era hija de un ingeniero viudo que dirigía los trabajos de un ferrocarril en el interior del Uruguay hacía dos años, é iba con su tía, que tenía uno más que ella, para verlo por última vez.

Iba á pedir la explicación de estas palabras, cuando la señorita tosió y no tuve que concluir la frase. Al mismo tiempo el médico me indicaba una mujer sentada allí cerca, sola, que miraba á aquella familia con ojos vidriosos y como asustados, en los que aparecía el rastro de un sentimiento de envidia y el pensamiento fijo de un afecto perdido. También aquella era veneciana é iba á reunirse con un hermano suyo en Rosario, porque dos meses antes, en una riña, le habían matado su marido á puñaladas.



¡Y toda esta miseria, pensaba al volver á popa, es italiana! ¡Y cada vapor que sale de Génova va cargado de ella; y salen también de Nápoles, de Mesina, de Venecia, todas las semanas y todos los meses, hace docenas de años! Y aun, por el viaje al menos, podían llamarse afortunados los emigrantes del *Galileo*, en comparación de tantos otros que en épocas pasadas, por falta de puestos allá abajo en la estiva iban como bestias, sobre cubierta, en la que vivían semanas enteras mojados y sufriendo frío mortal; y otros, que habían estado á punto de morir de hambre y de sed, en buques desprovistos de todo, ó de morir envenenados por el bacalao averiado ó el agua corroímpida. Muchos murieron. Y pensé en los que, embarcados por agencias infames con dirección á América, habían sido desembarcados traidoramente en un puerto de Europa, donde tuvieron que implorar la caridad; ó que habiendo pagado para viajar en vapor, los habían embarcado en buque de vela, pasando seis meses en el mar; y en los que creyendo dirigirse al Plata, donde les esperaban sus parientes y un clima como

el de su país, fueron arrojados en la costa del Brasil, donde los diezmaba el clima tórrido y la fiebre amarilla.

Pensando en todas estas iniquidades y en los millares de conciudadanos míos que en las grandes ciudades extranjeras ganan la vida con los más degradantes oficios, en los rebaños de hambrientos histriones que esparcimos á los cuatro vientos, en la trata miserable de niños y en otras cosas, experimenté un amargo sentimiento de envidia contra todos los que pueden andar por el mundo sin encontrar á cada paso los dolores y las miserias de su propia sangre.



Pero para dulcificar todas las amarguras Dios había puesto á bordo dos comisionistas franceses, el uno de París, un buen muchacho aunque algo afectado, una cara que me parecía haberla visto antes en una obra ilustrada de Darwin en el capítulo de las cotorras; del otro he hablado ya: un marsellés como de cincuenta años con busto de patagón y piernas cortas, una de ellas torcida, que arrastraba, y facha de Napoleón I, grueso, tan grande que hacía doble-

mente bufas las continuas y enormes necesidades que salían de su boca.

Se las daba de corresponsal mercantil del *Diario de los Debates*, pero nadie lo creía; echándoselas de literato, citaba siempre un libro solo, que era su Evangelio, y del cual no había leído de seguro más que el título, el Diccionario de Littré, *una obra que durará por los siglos de los siglos*; además se alababa de conocer á fondo Italia y hablaba un italiano capaz de hacer escapar á los perros. Lo más gracioso era que no habiendo tenido en Italia, como se comprendía por su conversación, sino aventuras de esquina, hablaba *ex cathedra* del bello sexo italiano, haciendo mil sutiles distinciones fisiológicas y psicológicas á lo Stendhal, acerca de las señoras de nuestras grandes ciudades, como si hubiera hecho sus estudios sobre lo más selecto de todas las aristocracias en calidad de embajador de Francia.

Por otra parte, tenía un modo de raciocinar en todas las cosas bastante común en la clase media desacomodada de Francia, con frases hechas y subterfugios; de cuyas frases puede juzgarse tomando como tipo la siguiente ingeniosísima, en respuesta á un argentino que aseguró que la cerveza era nociva:

—*He asistido al entierro de muchos que no la bebieron.*

Su fuerte por supuesto eran las aventuras galantes, que contaba entre la burla y la fanfarronada con gestos de cómico, siempre de pie, y que terminaba crujendo los dedos y haciendo una pirueta sobre un talón para colocarse frente á frente del que le oía, con un *et voilá*, como el titiritero que pide un aplauso.

*
* *

Aquella mañana nos divertimos él y su colega, que se sentaba frente á mí en la mesa, con una discusión nacida no sé cómo á propósito de lo que se gastaba en París para comer bien en uno de los llamados *marchands de vin*. Como la atención de los comensales interesara á las pocas palabras el amor propio de los dos interlocutores, el parisiense irritado llegó á decir con tono compasivo que el que le contradecía no conocía París.

El marsellés contestó como si le picase una víbora:

—He hecho veinticinco viajes á París, caballero.

—Y yo,—contestó el otro levantándose en medio de un silencio general—¡¡yo vivo en París!!

Pero el gesto, el acento, el ademán fueron tan solemnes, que provocaron una carcajada estrepitosa, que casi sofocó la contestación del marsellés enfurecido:

—... Usted toma la cosa en un tono que..... Nosotros nos burlamos..... por lo mediano de París..... Thiers, que ha salvado dos veces la Francia.....

Pero el otro estaba tan orgulloso con el triunfo de su *yo vivo en París*, que no replicó, contentándose con dirigir algunas palabras á sus vecinos, entre las cuales oí éstas:—Thiers, una grosera figura de polichinela.....

Después de lo cual, todos se levantaron de la mesa riendo.



Aquel día, que hacía un tiempo hermosísimo, dos horas antes de comer estaba sobre cubierta toda «la buena sociedad», á excepci3n de los argentinos, que á la saz3n solían tomar una especie de *lunch*, con sus exquisitas carnes en conserva, de las cuales llevaban verdadero almacén á bordo. La cubierta tenía el aspecto de vasta terraza en casa de baños. Pasajeros que se balanceaban en las mecedoras de rejilla, ho-

jeando los tomos amarillos de Charpentier; muchos paseaban de dos en dos. El viejo chileno iba arriba y abajo con el cura napolitano que agitaba en el aire sus largas manos como para coger al vuelo billetes de Banco, y cada vez que pasaba á su lado oía una de sus frases predilectas:

— *Yo creo que con un capital de doscientos mil patacones...* — *Vea usted la venta de las cédulas hipotecarias provinciales...*

En el fondo, hacia la parte del timón, se destacaba la señora rubia con un lazo en el pelo apoyada contra la borda mirando al mar al lado del imberbe toscano; se veía que hablaban de cosas indiferentes, del mar, de América; pero aunque no se miraban se podía adivinar también, por la ligera sonrisa que inundaba sus rostros, que aquella conversación *indiferente* no era mas que el acompañamiento exterior de un duo íntimo, muy bien entonado. Busqué con la vista al marido, y lo encontré más abajo escuchando la explicación de un marino sobre el mecanismo del sextante de anteojo.

En uno de los largos bancos del centro estaban la señorita de Mestre y su tía. Fué la primera vez que me fijé bien en esta señora, ejemplar nada raro de un error de la naturaleza, que había encerrado alma femenina en cuerpo de varón, de cara ancha y huesuda, de ma-

nos gruesas, de ruda voz. Todo lo femenino de aquella pobre joven parecía haberse resumido en sus pequeños ojos grises, que estaban llenos de bondad y de dulzura, y en los que se adivinaba claramente que tenía conciencia de aquella desagradable discordancia entre su cuerpo y su espíritu, y que hacía tiempo se hallaba resignada á no gustar y á vivir aparte, casi fuera de los dos sexos, tratando de pasar inadvertida; pero justamente aquella tímida resignación y aquella sombra como de vergüenza que velaba sus ojos, inspiraban un sentimiento mixto de piedad y simpatía, que en algunos momentos la hacía parecer completamente distinta de lo que era.

En esto ví con admiración que el garibaldino se acercaba á sentarse junto á la sobrina, saludando respetuosamente, pero con una confianza que revelaba relaciones ya de algunos días.—Era la vez primera que la veía hablar con una persona viva. ¿Cómo podían haber trabado conocimiento? La señorita decía de vez en cuando algunas palabras, paseando sus ojos claros y perezosos por el horizonte, y él escuchaba en actitud de condescendencia y de respeto mirando al suelo. Desde aquel instante me imaginé que el ligero aliento que salía de aquella boca pálida debía resucitar en el alma de aquel hombre los afectos muertos y enterrados;—pero por enton-

ces no aparecía indicio alguno en su rostro acre, á pesar de su expresión respetuosa é inmóvil.

Á la otra parte del banco estaba leyendo mi vecina de camarote, vestida con excesivo lujo para un vapor; pero el movimiento inquieto de sus diminutos pies hacía ver que no seguía la lectura con el pensamiento. Sin embargo, la batalla de la mañana no había desterrado de su boca la constante sonrisa nerviosa que indicaba una fuerza indómita en la lucha doméstica: la potencia de deshacer á alfilezazos por espacio de treinta años consecutivos el corazón y el cerebro de su marido. ¿Qué podrá haber entre ellos: un «error de la carne» como entre aquella pareja conyugal de *Germinal*.—Ninguna falta de uno ó de otro podría ya suponer que fuese causa suficiente para explicar el odio que los separaba, porque el marido, que no parecía malo, habría perdonado, y ella no parecía tener un alma tan delicada que llevase abierta por toda la vida la herida de una traición; y no obstante hubiera jurado que aquellas dos criaturas no se habrían reconciliado jamás, y que el camino que seguían juntos los conducía al delito.

Pero lo que más llamaba la atención entre aquella gente era la familia brasileña marido y mujer, con tres hijos grandezuelos y uno de pecho que llevaba en brazos una negra, pechugona como una hotentote. Todos reunidos en

grupo en el banco del palo de mesana, tan callados que parecían estatuas y paseando sus ojazos negros sobre las personas que pasaban: diríase que todos eran movidos por el mismo resorte. El padre y la madre estaban juntos como si estuviesen celosos uno de otro, y ofrecían el aspecto de gente rica pero *asilvestrada* en una de esas *fazendas* ó haciendas del interior del Brasil, verdadero hormiguero de esclavos negros todavía á la sazón del viaje que cuento, rodeadas de interminables campos de café y de azúcar, á los cuales no se llega sino después de muchos días de camino á través de espesos bosques.

En el banco de enfrente estaba bordando con la espalda al mar la señorita pianista, y pude observar la gracia con que manejaba las pequeñas *tijeras* y el arte fino con que miraba por largo tiempo á todos, sin que nadie pudiera encontrar su mirada, y sin que en sus ojos fríos brillase la más ligera expresión de curiosidad.

Su madre, entretanto, hablaba con el agente de cambios, que estaba en pie delante de ella, y por la sonrisa de éste se adivinaba que la señora estaba desollando con la más delicada ferocidad á una ó á varias personas del pasaje.

Un relámpago de envidia que cruzó por sus ojos, me anunció la aparición de la señora argentina, á quien no se había visto en dos días,

presentándose sencilla y elegante, apoyada en el brazo de su marido con un paso y una sonrisa de convaleciente que no ocultaba la satisfacción de que todos la mirasen. Era, en efecto, un magnífico ejemplar de la opulenta belleza de la sangre criolla; negros el cabello y los ojos, velados éstos por largas pestañas, la tez morena y caliente de tono, como dicen los pintores, y al propio tiempo de maravillosa frescura y lozanía: gallarda y garbosa ondulación en el andar, que adelgazaba y aligeraba á la vista la plenitud hermosa de sus formas, y en su mirada, en su manera de pisar, en sus modales, se revelaba la alegre altivez de la *porteña*, á la que se reconoce la primacía entre el bello sexo de la América latina, y la atrevida seguridad de la mujer que ha nacido en una sociedad de lucha y de aventuras, la cual la respeta á ella sola y la educa desde niña, para soportar valerosamente los reveses de la fortuna.

Con paso lento, con alegre desenfado de señora de la casa, dió la vuelta á la cubierta como á un salón de baile y fué á sentarse al lado de la brújula; de la verdadera brújula, aquella que, por fortuna de todos ellos, ella no podía hacer perder.

Entretanto se iban formando y deshaciendo grupos de pasajeros, y de este modo me encontré un momento en compañía del genovés tuer-

to que llevaba en su rostro la expresión de fastidio infinito, sobre el cual flotaba solamente la idea de la comida como rayo de luz sobre un charco. Le pregunté qué le parecía la cocina del *Galileo*; movió la cabeza, meditó un momento, y con la misma solemnidad con que podía haber dicho me parece que la Rusia abusa de la tolerancia europea, respondió:

—Diré á usted, yo soy franco; me parece que se abusa de las salsas; esta es al menos mi opinión.

Estimaba, sin embargo, al cocinero, que había servido en el Hotel Feder; era una especialidad en los platos de dulce, y ganaba doscientas cincuenta pesetas al mes. Guapo muchacho, se ofreció á presentarme á él. Yo dejé para otro día la presentación.

—Precisamente—dijo entonces mirando al reloj—voy á dar una vuelta; hoy deberá poner pastel de Foie-gras. Y dejó su sitio al abogado *Marófobo*, que pasaba en aquel momento, fuera de sí, como siempre, y que se detuvo al oír al comisionista marsellés alabar el mar con las sabidas frases de fábrica:

—*Pero mire usted: ¿no es bello? ¿no es imponente? ¿no es soberbio? Yo, lo que es yo ¡adoro el mar!*

El abogado se encogió de hombros irritado.

—¡Hermoso el mar! ¡Qué idea tan estrambóti-

ca! El hombre encuentra hermoso, como un imbécil, todo lo que hay en este planeta que es su casa: hermosas las montañas y hermosas las llanuras, hermosísimo el cielo sereno, el cielo tempestuoso hermosísimo, bellos los sitios en que hay vegetación, bellos los en que no la hay... esto es estúpido para mí; el mar es sólo un inmenso pantano.... Y ahora ¿qué sucede?

Se había oído un golpe de la hélice más fuerte que los demás.—Y miró alrededor con desconfianza. Pero lo gracioso era que al hablar del mar no lo miraba nunca; á lo más le echaba una ojeada rapidísima por encima de la borda, como un soldado asustado levanta los ojos sobre el enemigo que avanza contra la fortaleza.

—No tenga usted cuidado—le dije,—el mar está bueno.

—Usted dispense—contestó marchándose.—
¡El mar bueno! En menos de una hora podríamos estar todos de rodillas encomendándonos el alma.

En aquel momento llegó el agente de cambio á darme parte de un descubrimiento. La señora gruesa de cara encendida, sentada allí cerca, que por las mañanas estaba siempre de mal humor y por las noches invariablemente expansiva... se había descubierto el misterio: bebía como una esponja. Se decía que era una domadora que tenía en Chile su colección de fieras.

Positivamente guardaba en su camarote una selecta bodega de licores dulces de todos los colores y de todos los países, que tomaba desde el medio día en adelante, sin interrupción, en una colección de copitas diminutas que se había hecho fabricar, verdaderos pájaro-moscas de la cristalería, con las cuales trataba de ocultarse á sí misma su vicio. Se lo había dicho la madre de la pianista. Ella y su doncella tomaban todas las tardes juntas, y con regularidad asombrosa, sendas turcas, y cuando estaban en punto, trababan conversación con el primer recién llegado y decían cosas dignas de oírse. Cuando viniesen los calores tendrían que ver. En aquel momento estaba hablando con un pasajero alto, en el que no me había fijado nunca: una figura de viejo errante á quien se veía bajo la nuca una señal encarnada.

Tampoco aquel carecía de su leyenda correspondiente. Susurrábase que era un antiguo capitán de Marina, un lobo marino; y aquella señal el rastro de una tentativa que habían hecho sus marineros, muchos años antes, para ahorcarlo en alta mar. El grupo prorrumpió en una carcajada, y el «ahorcado» se volvió. Desde entonces se le designó con aquel apodo.

Había ya otros: á un pasajero que no hablaba con nadie se le llamaba «el incendiario», porque tenía la nariz remangada y las orejas tan separadas como la de la cabeza del *hombre de*

lincuente de Lombroso. El francés de quien se sospechaba por lo del *Figaro* se llamaba desde luego «el ladrón», y otro, no sé por qué, se designaba comúnmente con el título de *Director de la Sociedad del Esputo Inodoro*. A pesar de esto, en la primera ocasión en que se conocían, todos se daban la mano unos á otros como buenos amigos.

—Mire—dijo de repente el agente,—la suiza y el toscano han desaparecido; voy abajo á dar una vuelta. Le objeté que lo que sospechaba era imposible, porque abajo estaban las camareras.

—Al contrario—contestó—son centinelas avanzadas para anunciar la llegada del enemigo con un estornudo,—y echó á correr.

Yo busqué de nuevo al profesor y lo ví á pocos pasos de mí meditando profundamente acerca de la aguja imantada. Se nos acercó en el momento en que volvía el agente con el aspecto de un cazador que ha cobrado una pieza.

—Parece que hay un poco de movimiento—le dijo aquel plácidamente refiriéndose al mar.

—Sí—respondió el agente—movimiento de cabeceo...—Con estas cariñosas bromas se pasaba el tiempo.

Del mar no se gozaba sino al anochecer, cuando los pasajeros (excepto dos ó tres amantes de la soledad) se habían retirado. En aque-

lla hora, cuando sobre el cielo, aun con alguna claridad al occidente, se recortaba el mar por una línea negra purísima, y cuando por estar todo oscuro como un mar de pez no llamaba la vista sobre punto determinado, agradaba abandonarse á ese vaivén de pensamientos sueltos ó pedazos de pensamiento, que semeja el movimiento de las imágenes del sueño, al compás de los golpes iguales de la hélice. Pero los pensamientos toman en aquella hora el mismo color que el mar ante aquella inmensa extensión de agua, que no presenta señal alguna del hombre ni del tiempo: el objeto de nuestro viaje, nuestros intereses, nuestro país, todo se nos ofrece tan lejano, tan confuso, tan pequeño, tan miserable... ¡Y cuando se piensa que tres días antes de salir nos ha llegado al alma el saludo frío de un conocido que hemos encontrado en la vía Barbaroux!...

¡Qué lástima! En este momento esos nos parecen recuerdos de otra existencia que renacen apenas un momento para caer y ahogarse en el abismo interminable que se abre en rededor nuestro, y nos abandonamos al mar en una nave imaginaria que camine y camine sin descanso, más allá de las últimas tierras; por el inmenso Océano Austral, desde el cual todos los continentes se presentarían á un Microme-

gas como agrupados, como retirados en el otro hemisferio, por temor á su soledad.

Pero en aquella soledad se pierde y se aterra la fantasía y vuela con impetuoso deseo á encontrarse entre la raza humana, en medio de los seres amados, en la habitación donde se reúnen éstos, iluminados por una luz que brilla en nuestra fantasía como un sol; pero sus rostros no sonríen; en ellos se pinta una inquietud pensativa; y la idea de que cada vuelta de la hélice aumenta la enorme distancia que nos separa de los nuestros, nos entristece.

¿Enorme distancia? Para amenguarla en nuestro concepto tratamos de empequeñecer el planeta comparándolo con el Universo. Una gota de agua sobre una molécula de barro. ¿Qué distancia pueden interponer entre ella los infusorios? Pero el pensamiento vuelve forzosamente á la comparación del mundo con nosotros mismos, y el sentimiento de admiración renace. Si nos separa una distancia inmensa, ahuyentemos, pues, la imagen de aquellos amados semblantes, volvamos á pensar en el mar, adormezcamos nuestro pensamiento sobre aquellas aguas infinitas.

¡Qué hermoso mar y cuánta paz! ¡Y, sin embargo, cuántos horrores no ha presenciado esta soledad solemne! Ha visto pasar los aventureros ávidos de oro afilando sus armas para

las carnicerías infames del Nuevo Mundo; rebeliones de esclavos ahogadas en sangre en las bodegas de los buques negreros; largos martirios de tripulaciones hambrientas; horribles naufragios en medio de las tinieblas; agonías desesperadas de familias enroscadas en lo más alto de la arboladura, y gritando el nombre de Dios, con la cara hacia el cielo, ahogado por las olas. Y esto nos pudiera suceder á nosotros si reventase una caldera esta noche, dentro de una hora, dentro de un minuto. Estremecidos, nos representamos entonces el lento descender de nuestro cadáver de zona en zona, á través de mil mundos diversos de plantas, de peces, de crustáceos, de moluscos, en una vertical de ocho mil metros hasta la fría oscuridad de aquella extensión interminable de fango vivo y de esqueletos microscópicos que forma el fondo del mar...

De la vida el enigma
moviéndose murmura allá en el fondo...

¿De quién son estos versos? ¡Ah! De mi amigo Panzacchi. ¿Qué estará haciendo? Y en esto recordamos la visión de una noche de fiesta del Círculo de los Artistas de Turín como un círculo luminoso corriendo sobre el mar á la par que el vapor, en el cual giran y brillan cien fisonomías conocidas, pareciendo que se perci-

ben sus risas y sus voces. De repente se apaga: todas las amistades, todas las alegrías, todas las obras humanas, son relámpagos, sueños, la realidad eterna no es mas que esta formidable masa de aguas que rodea cuatro quintas partes de la tierra, y esta tierra, espantosa cabeza con la coronilla de hielo y de fuego, el encéfalo que huye gritando y llorando hacia el infinito. ¡Oh misterio y prodigio! ¡Si pudiéramos quedarnos aquí en una isla por espacio de siglos, con la frente entre las manos, pensando y pensando, con tal de llegar á comprender, sólo una vez, aunque fuese por el espacio de un relámpago!...

¡Dos! ¡Cinco!... Estos gritos de un grupo de lombardos que jugaban todas las noches á *la mora* en el castillo central me sacaron de mi absorción.

A aquella hora en el salón de abajo se jugaba al dominó ó al ajedrez; los pasajeros que dormían sobre cubierta recibían á sus amigos en los camarotes iluminados, y bebían Burdeos ó cerveza, y en la proa, alrededor de la hostería, formaban cola los pasajeros que se presentaban con su bono, debidamente firmado por el sobrecargo, para tomar una taza de café, una copa de ron, medio litro de vino con que festejar la terminación del día; fuí á la proa á vagar un poco, como malhechor protegido por la oscuridad, entre la cual aparecían como sombras, grupos

de mujeres con los niños dormidos en el regazo, hombres que bebían solos y aparte, muchachos que erraban entre la muchedumbre con aspecto de perros de caza, escudriñando con los ojos por todos los rincones. Y aquella noche asistí por primera vez á la separación de los dos sexos, que se hacía bajo la vigilancia del marinerillo jorobado, que era el encargado de mandar á las mujeres al dormitorio. Habían transcurrido desde el día de la salida, nueve, de vida claustral al aire libre. Los afectos matrimoniales se habían reanimado un poco, y, además de las legítimas, formáronse otras parejas en las que aquel modo de vivir producía el mismo efecto que en los otros; pero el jorobadillo canoso separaba á todos por igual, sin consideración á los derechos legales; y cada noche á las diez se presentaba con linterna en mano, puntual é inexorable como el viejo Silva y comenzaba á registrar los rincones desligando abrazos y cortando coloquios amorosos con su frase sacramental:—¡A la cama, mujeres! ¡A la cama, muchachas! Era una escena muy cómica; las parejas se resistían; separadas aquí, iban á reunirse más allá, entre el matadero y el lavadero, á la sombra de cualquier cosa, detrás de las jaulas, en los pasos cubiertos, en todos los sitios donde no llegaba la luz del farol, y el pobre jorobado seguía su paseo repitiendo:—Vamos, mu-

jeres; vamos, muchachas, que es la hora; y algunas veces para congraciarse con las rétrasadas exclamaba:—¡Vamos, señoras!

Al cabo de un cuarto de hora las mujeres desfilaban por entre dos hileras de hombres, como en una procesión, y desaparecían una á una en el vientre del buque por las escotillas de los dormitorios. Algunas volvían atrás para que sus maridos diesen un beso más á los niños ó para estrechar otra vez la mano á los nuevos amigos; otras se detenían para llamar á los chicos que se quedaban rezagados:—Juanito... Basilio... niña... chiquitín... muchacho... Genarillo... y la linterna sostenida por el jorobado iluminaba las miradas lánguidas de muchachas guapas, los ojos brillantes de los jóvenes, las caras de los maridos descontentos, á quienes el reglamento pesaba mucho.—¡Vamos! ¡Vamos!—continuaba gritando el jorobado;—un poco más ligeras, señoras. Por último, se escondió hasta la cola del cortejo, pero el jorobado, que conocía á su gente, volvió á echar una ojeada por la proa, seguro de encontrar aún algún amorcillo escondido, algún pecado mortal acurrucado en la oscuridad, y lo encontró, en efecto, como lo encontraba todas las noches.

Una vez barridos los últimos restos del amor, el viejo jorobado se detuvo con su linterna delante de mí y, enjugándose la frente con la ma-

no, echó un suspiro y exclamó:—¡Ah, qué oficio este! Pero sobre su ruda cara de buen diablo se leía al mirar por la escalera cierto sentimiento de lástima por todas aquellas miserias y quizá por aquellos deseos que había tenido que encerrar por orden superior.

—Es una obligación molesta ¿eh?—le dije para entablar conversación y oír una de sus sentencias filosóficas.

Me miró á la cara alzando un poco la linterna y, después de reflexionar un momento, me respondió sentenciosamente:

—Cuando un hombre se encuentra en la posición que me encuentro yo para juzgar el mundo como se presenta á bordo; á pobres y ricos, y las cosas que suceden en el mar, unas que hacen llorar y otras que hacen reír, lo mismo de mujeres que de hombres (pero todavía más de las mujeres), créame usted, caballero, se forma uno una idea, que no se admira de nada, y le da lástima de todo.

Y dicho esto, se alejó. Poco á poco desaparecieron también los hombres, y el vapor quedó callado como desmesurado animal que se desliza adormecido por encima de las aguas sin dejar oír mas que las pulsaciones regulares de su corazón monstruoso.





VII

EN EL TRÓPICO DE CÁNCER.

AL día siguiente debíamos pasar el trópico de Cáncer;—así me lo anunció el camare-ro por la mañana al despertarme, bajando los ojos, porque entre sus coqueterías, era una, ba- jar los ojos cuando hablaba, como para no dejar leer en su alma la alegría de su último triun- fo amoroso.

¡El trópico de Cáncer! Era el anuncio des- agradable de que aun teníamos que recorrer cerca de tres mil millas de zona tórrida antes de sentir la fresca caricia de los alíseos del otro hemisferio, y sólo al pensarlo me parecía sentir correr dos gotas calientes por mis mejillas. Me asomé á la claraboya. ¡Qué cosa más admirable el Océano tranquilísimo, todo de rosa y plata, cubierto de diáfano velo de vapores á los que el

sol naciente daba el aspecto de ligerísimo polvo luminoso, y á pocas millas, en medio de aquella inmensa belleza, un buque de gran porte que parecía inmóvil, con todas sus blancas velas tendidas como gigantesco cisne con las alas abiertas, nos miraba. Abrí é inundó mi frente y mi pecho una bocanada deliciosa de aire marino, que corrió por mis venas y me estremeció como el hálito de un mundo rejuvenecido.

El buque era un velero sueco que venía probablemente del cabo de Buena Esperanza; el primero que encontrábamos desde Gibraltar. Durante algunos minutos estuvo ante mis ojos entre la blanca claridad de aquel alba encantadora, simpática como el saludo de un amigo; luego desapareció, y entonces el Océano me pareció más solitario y más silencioso que antes; pero siempre benigno, como no lo había visto nunca, y con una belleza tan plácida que hacía sospechar en el horizonte las orillas de un jardín infinito. Era una de aquellas mañanas en que en el pasaje se dirigen unos á otros sobre cubierta con la cara sonriente y tendiéndose la mano como si el primer soplo del aire les hubiese llevado una buena noticia.

Pero aquel buen tiempo desapareció en pocas horas; el cielo se cubrió de nubes, el aire se hizo ardiente y pesado como si hubiéramos

dado un salto desde la primavera al estío; habíamos entrado en esa gran masa de vapores, antiguo terror de los navegantes, que el calor ecuatorial levanta en el Océano y amontona en toda la zona intertropical y que las afortunadas creaciones de Julio Verne ven cuando viajan por el cielo como una faja oscura que rodea nuestro planeta, semejante á las rayas de la faz de Júpiter. El plácido mar de aquella mañana había sido la última sonrisa de la zona templada, acariciada por el último soplo de los alíseos. Estábamos navegando por la región de la niebla, de los aguaceros y del fastidio, y sus efectos se mostraron inmediatamente en los pasajeros de tercera clase. El agente vino á buscarme al salón.

—Venga usted, venga usted—me dijo—á ver algo como la Casa de Tócame Roque; comienza el espectáculo.

*
* *

Un grupo de mujeres se había pronunciado con motivo de la distribución del agua dulce, de la cual, además de los litros fijados para cada rancho, debía dar un marinero determinada cantidad á las mujeres que la pidiesen para su uso

particular. Era el caso que algunas se quejaban amargamente de que les hubiera sido negada el agua, mientras que se les había concedido á otras. Pero la cuestión estaba muy enmarañada; era la explosión de resentimiento, que germinaba hacía tiempo contra una injusticia que se suponía interesada y habitual. Las viejas decían que se daba preferencia á las jóvenes coquetonas; éstas aseguraban, por el contrario, que las preferidas eran las viejas con dinero que *untaban* al distributor; otras se quejaban de que las mejor tratadas eran las señoras, por puro servilismo. ¡Las señoras! pobres diablos que no tenían de tal, mas que el vestido viejo y los recuerdos. Las que protestaban con más rabia se habían reunido junto á la cocina, en un ángulo, en el cual pendía de un gancho una ternera abierta. Cuando yo llegué estaba ya allí el comisario ó sobrecargo rodeado de quince ó veinte chancletonas, encarnadas como pavos, que hablaban á la vez en tres ó cuatros dialectos distintos, señalando con el índice acusador al marinero que tenía barba de capuchino, impasible en medio de aquel jaleo como una estatua entre un torbellino de viento.—¡Pero si no entiendo una palabra!—respondía con su acostumbrada placidez el comisario;—hacedme el favor de hablar una á una, y las miradas de alguna de las más jóvenes se dulcificaba un momento

al observar de cerca las sonrosadas mejillas y blancas manos de aquel guapo mozo, pero en los ojos de otras relampagueaba la ira lívida que estalla en las mujeres del pueblo siempre que disputan, aunque sea por cosa de poco monta, con personas de clase superior, y que nace de un cúmulo de rencores antiguos y confusos, extraños á la cuestión del momento.

—Nosotros también hemos pagado—se oía decir;—ya es tiempo de que esto acabe. Y las cuestiones la sostenía el rumor sordo de una porción de hombres que, aun divirtiéndose en su interior como en un espectáculo, instigaban el descontento por espíritu de clase, y tal vez también por cierta jactanciosa conciencia de futuros ciudadanos de una República. Por último, el comisario logró imponer silencio, y habló una de aquellas mujeres; yo no veía mas que su desmelenada cabellera y el índice amenazador que cortaba el aire llevando el compás de una voz de carraca, cuando un estruendo de exclamaciones cubría aquella voz.

—¡No es verdad!

—¡Que se calle!

—¡Embustera!

—¡Yo lo diré!

—¡Es una vergüenza!

Y en aquel dale, dale, comenzaban á llorar

los niños y ellas estaban á punto de emplear las uñas...

*
* *

De repente se oyó en el otro lado un grito agudísimo de mujer; acudió gente junto al palo de trinquete, y en pocos momentos se formó bulla en medio de la cual se oyeron carcajadas y partió una noticia que, al propagarse rápidamente, contagiaba las risas y hacía venir gente de todas partes, tanto, que en pocos momentos fué aquello un vaivén y una carcajada constante desde las cocinas al castillo de proa, pero eran unas risas fuertes y desvergonzadas, acompañadas de guiños de inteligencia y de expresivo tacto de codos y encogerse de hombros que decía bien á las claras la naturaleza del incidente cómico que provocó la algarada; y fué tal la curiosidad que despertara aquellas risas, que las mismas revolucionarias, olvidando sus querellas, se dispersaron á un lado y á otro para preguntar lo sucedido.

Lo sucedido era que dos peces voladores al pasar sobre el vapor habían tropezado ambos casi al mismo tiempo en la jarcia, cayendo so-

bre cubierta; y mientras uno fué á dar entre las ruedas de un torno, el otro había ido á caer cabeza abajo en el cruce del pañuelo de cuello de una muchacha, precisamente entre las dos floridas prominencias, como si hubiese tenido intención de proseguir su camino. Cuando la apiñada muchedumbre se abrió un poco, la muchacha corrió á esconderse detrás del madero, y un emigrante burlón llevó el pez desvergonzado, pregonando no sé qué cosa á manera de las explicaciones de los que enseñan colecciones de fieras, hasta que el sobrecargo le hizo callar; pero las burlas y las risas no dejaron de durar todavía largo rato, y los dos peces, pasando de mano en mano, brillantes como de plata, admirados y comentados en infinitas conversaciones, sirvieron para aplacar un poco la irritación naciente de las «clases trabajadoras».

*
* *

Entretanto ya ví entre la multitud una porción de pasajeros de primera, el marsellés, el toscano, el tenor, que debían tener la costumbre de hacer sus excursiones como explorado-

resá la tercera clase. Llamaba sobre todo la atención la cara de Napoleón hidrópico del marsellés, el cual rondaba en la puerta del dormitorio de mujeres, bamboleándose sobre las piernas en arco su gran busto de patagón. Luego supe por el agente de cambio que desde el primer día del viaje había iniciado una serie de visitas al bello sexo emigrante, con intenciones de seductor, á las que aludía guiñando un ojo.—¿Tiene algo que hacer por allá, sabe usted? Y había tratado de facilitarse el camino ostentando con los hombres una especie de simpatía nacional con sus puntas y ribetes de socialismo; pero parecía que á más de encontrar poca correspondencia en la mayor parte, había sido saludado por otros con apóstrofes que ponían los pelos de punta. Las personas de ánimo amable y cultas, en las que es innato y está fortificado por la educación el sentimiento de la igualdad, no pueden formarse una idea de cuán común es en nuestra burguesía democrática el desprecio casi inconsciente del pueblo, y cuán pocos son los que saben hablarle sin humillarlo, hasta cuando quieren atraérselo fingiendo que lo tratan de igual á igual.

Visto, pues, el mal éxito de sus primeras tentativas, el marsellés había ido retrasando sus visitas y reducido el objeto de éstas á una sencilla «investigación artística» de la belleza. Y,

en efecto, descubría de vez en cuando una hermosura, de la cual hacía la descripción en la mesa, jactándose de distinguir los diferentes tipos de Italia y formulando sentencias acerca de la nariz toscana, la boca véneta, los «encuentros» lombardos, con una presunción imposible de imaginar; porque más de uno le había ya probado que tomaba la Calabria por el Valle de Aosta, y decía otros disparates colosales; pero él continuaba dando impertérrito lecciones á todo el mundo. «La boca de la mujer toscana... El tipo genovés, señoras... He observado que el ángulo facial napolitano... Hay un matiz, yo lo aseguro...» Era una risa oírlo; pero aquella mañana, durante el almuerzo, no fué él bastante siquiera para alegrar á los comensales, que sentían los primeros influjos del trópico, y cuyo mal talante formaba gracioso contraste con los vestidos claros y los chalecos blancos que aquel verano improvisado había hecho aparecer. Solamente durante algunos minutos nos recreó con una discusión acerca de las teorías de Malthus, á la cual lo provocaron en broma los argentinos, principalmente con motivo del eterno problema de si la emigración es un remedio suficiente al excesivo crecimiento de la población de un país.

Sin ningún conocimiento de Malthus, pero pretendiendo pasar por estar al cabo de todo,

sostenía con ímpetu que la emigración despoblaba los Estados; que Europa dentro de cien años estaría medio desierta con los osos y los lobos en las puertas de las capitales. Los otros aseguraban que no; que eran *locuras*; que no sólo en todos los países exceden los nacimientos á las defunciones, sino que en los países abandonados, multiplicándose más fácilmente la especie por efecto de la facilidad de los matrimonios, que produce la favorable proporción entre los medios de subsistencia y el número de habitantes, sucedía que los vacíos se llenaban siempre con exceso; y lo probaban diciendo que en los pueblos donde más se emigra, no se experimenta á la larga una sensible disminución de la miseria—*¡No es posible!*—respondía el marsellés con arrogancia. — *¡Pruébeme eso!*—Pero ellos con la rapidez y la memoria admirable que les distingue, citaban: «También en los años de las mayores emigraciones, dice Malthus, el pueblo inglés no cesó de verse acosado por la necesidad». — *¡Malthus no ha dicho eso!*—¿Cómo? ¿Cómo?—El, no obstante, sin insistir ni desdecirse, sostenía la bandera. — Stuart Mill— continuaban los otros— ha dicho que la emigración no dispensa de la necesidad de combatir el aumento de población. ¿Convenís en que ha dicho esto?—Y lo otro, francamente.—*Precisamente eso, señores...*—Y ni conocía á Stuart

Mill, ni tampoco á Malthus; y se obstinaba, en medio de las risotadas de sus contradictores, que comprendían el juego. Esta fué la nota alegre del almuerzo.

El horizonte nubloso, el mar gris, el calor que comenzaba á hacer relucir las frentes, fueron causa de que todas las demás bocas permanecieran cerradas desde el principio hasta el fin. La señora rubia era la única que conservaba la cara fresca como una manzana colorada, soltando un doble chorro de palabras en los oídos del marido, que estaba á su izquierda, y en los del tenor que estaba á su derecha, y exhortando al mismo tiempo de vez en cuando al bueno del toscano que se sentaba en frente para que no tuviese celos de su nuevo amigo.

Ella fué la que excitó una corriente de hilaridad que cruzó por todos los corros soñolientos que se formaron en el castillo durante la hora solemne de la quilificación. Corría de boca en boca desde la mañana, un inocente despropósito, que revelaba cuán incompletas y confusas eran las ideas geográficas que bajo aquella cabellera de oro bullían. El agente le había dicho al encontrarla :

—Señora, hoy pasaremos el trópico de Cáncer.

Y ella le había contestado con jovialidad:

—¡Oh, por fin! al menos veremos algo.



Yo no comprendía, sin embargo, cómo podían las gentes aburrirse á bordo: aun más, me regocijaba la presencia de los aburridos, por la misma razón que se goza con más intensidad del sentimiento de la salud, rodeado de gentes que sufren el mareo. Y aquel día no podía faltarme el espectáculo: entre la una y las cuatro especialmente, que es la hora más terrible, comencé á ver caras difíciles.—Este se descompone por momentos, y será preciso barrerlo de sobre cubierta.—No era el fastidio que Leopardi llama «el más grande de los sentimientos humanos», sino una imbecilidad que daba compasión, la cual se manifestaba en una pesadez general en los párpados, en las mejillas, en los labios, como si las caras fuesen de carne cocida. Entre los más martirizados, me encontré al genovés, que estaba asomado á la claraboya de la máquina, y en cuya fisonomía no se veía ni el más leve reflejo de su moribunda inteligencia.

—¿Qué hace aquí?—le pregunté;—¿cómo no está usted en la cocina?—Acababa de salir entonces: ninguna novedad. Los macarrones para mañana.... quizá; pero no estaba seguro. Y

me explicó por qué se había quedado allí mirando largo tiempo el movimiento monótono de la varilla de un émbolo: una teoría sobre el aburrimiento completamente original suya.

—He observado—decía—que el aburrimiento se deriva de no poder menos de pensar en cosas desagradables. Por consiguiente, para dominarlo, no hay mas remedio que no pensar, como hacen las bestias. Ahora bien, yo me coloco aquí, inmóvil, mirando el ir y venir de este émbolo. Poco á poco, en menos de veinte minutos, me pongo en un estado de completa estupidez, y no me aburro más. No hay remedio.

No pude contener la risa; él, sin embargo, permaneció grave, y volvió á mirar al émbolo con el ojo dilatado y fijo de un muerto. Iba á decirle que para espantar el aburrimiento hubiera sido mejor bajar á ver la máquina, pero pareciéndome que se hallaba ya casi en el estado apetecido, me abstuve, y bajé solo.

*
* *

Todos los días, al pasar por allí me había venido á las mientes una observación: quizá de los mil setecientos pasajeros del *Galileo* no

había diez en situación de decir qué era la máquina, ni siquiera sentían curiosidad por saberlo. Así que, de este y otros cien prodigios mecánicos del ingenio humano, con los cuales nos vanagloriamos, somos muy poco menos ignorantes que los salvajes, á quienes despreciamos porque los ignoran. Y, sin embargo, no solamente para el ignorante que no puede formar otra idea que la de una caldera gigantesca y un laberinto misterioso de ruedas, sino también para el que adquirió algunas nociones en los libros, es un placer nuevo y grande cuando por vez primera se decide á vestirse la blusa azul del maquinista y bajar á aquel infierno tenebroso y sonoro, del que jamás había visto otra cosa que el humo que se disipa en el aire.

Cuando se llega al fondo y se levanta la cabeza para mirar hacia arriba, por donde sólo entra una penumbra de la luz del día, parece que se ha descendido desde un tejado á los cimientos de un alto edificio; en presencia de todas aquellas escalerillas de hierro empinadísimas que se alzan una sobre otra, de aquellos grilletes horizontales que giran sobre nuestras cabezas, de aquella variedad de cilindros, de tubos colosales y de combinaciones de todas clases, agitados por una vida furiosa y formando todos como un monstruo espantoso de metal que ocupa con sus miembros visibles y ocultos

casi una tercera parte del vapor, se queda uno extático contemplando aquella maravilla, humillado de no comprender, de sentirse tan pequeños y débiles ante aquel prodigio de fuerza. Crece aun más la admiración cuando se penetra en el volcán que da vida á todo ello, entre aquellas seis desmesuradas calderas de acero, separadas por cuatro calles que se cruzan, semejantes á barrio cerrado y lleno de fuego, donde muchos hombres negros y medio desnudos, con caras y ojos encendidos, y tomando á cada momento tragos de agua, trabajan sin descanso en alimentar treinta y seis bocas enrojecidas, que en veinticuatro horas devoran cien toneladas de carbón, el soplo de seis colosales trombas de viento que rugen como gargantas de león.

Parece que se vuelve á la vida cuando al salir de allí, chorreando sudor, nos encontramos en el departamento de la máquina donde poco antes, sin embargo, nos parecía estar como sepultados.

Y, á pesar de todo, la impresión dura largo rato en nuestra fantasía. Es inútil que el maquinista se empeñe en explicarlo todo. Aquel movimiento vertiginoso de émbolos, de balancines y de turbinas, que los engrasadores sortean con una paciencia de abandono que estremece; aquel ruido ensordecedor que producen

juntamente el estrépito metálico de las manivelas, los silbidos de las válvulas atmosféricas, el sordo rumor de las bombas de aire y los golpes secos de las excéntricas; aquel ir y venir de espectros con luces en la mano, que suben y bajan por las escaleras, aparecen en las tinieblas, reaparecen por encima y por debajo, haciendo brillar por todas partes acero, hierro, cobre, bronce, é iluminando al pasar formas extrañas, movimientos incomprensibles, pasos y profundidades desconocidas, todo esto nos confunde en la cabeza las pocas ideas precisas con que contábamos al bajar.

Nos sentimos con mayor confianza ante la poderosa grandeza de los mecanismos; pero poco á poco va cediendo este sentimiento al ver con cuánta minuciosidad los cuidan y los vigilan los maquinistas, y con qué atención tan inquieta están oyendo si en aquel concierto uniforme de sonidos desentona la nota más tenue, y si entre los olores habituales se advierte algo que se parezca á quemado; y cómo corren á tocar las distintas piezas si la temperatura de los metales supera el grado ya conocido, á ver si por algún sitio aparece un indicio de humo sospechoso, á mantener constantemente la lluvia de aceite que cincuenta lubricadores destilan continuamente á todas las articulaciones del tremendo cuerpo. Porque aquel cuerpo terrible,

que afronta y vence las tempestades del Océano, es delicado como un organismo humano, y el desorden más pequeño del más diminuto de sus miembros lo perturba todo, y exige remedio inmediato. A un cuerpo vivo semeja en efecto, sediento como los hombres que le alimentan, por el fuego que arde en sus entrañas, y forzado á engullir sin tregua un torrente de agua del mar, que él le devuelve en fuentes humeantes; y toda aquella complejidad de mecanismos es como un torso titánico, cuyos esfuerzos convergen en el impulso formidable de larguísimo brazo de hierro que hace girar el gran tornillo de bronce que hiende las ondas y lo mueve todo.

Se mira, y vienen á nuestra mente las antiguas liburnias, parecidas á los más recientes jabques, con sus tres pares de ruedas de paletas, movidas por bueyes, ¡y se imagina uno con orgullo el estupor que sentiría un antiguo y el grito de asombro que lanzaría su pecho!

No podría, sin embargo, calcular nunca el esfuerzo que aquella maravilla ha costado á sus semejanteros: un siglo de tentativas infructuosas, otro siglo de transformaciones continuas, una legión de grandes ingenios que gastó su vida entera para obtener un perfeccionamiento, que otro posterior hizo caer en el olvido; y además de esto, el martirio de Papin, el suici-

dio de John Fitch, el marqués de Jouffroy reducido á la miseria, Fulton insultado, Sauvage enloquecido: largo séquito interminable de injusticias y de miserables luchas, que hacen dudar, leyendo la historia de los grandes inventos, si basta el ejemplo del genio y de la constancia heroica de quien llevó á cabo aquellos, para consolar la conciencia humana de la ignorancia obstinada, del feroz interés, de la envidia infame que los ha combatido, y que, á haber podido, les hubiese muerto.

Todo esto dice con sus cien voces ásperas y afanosas aquel admirable coloso, quizá destinado á parecer también á nuestros lejanos nietos, tosco y débil aparato de principiantes.

*
* *

Al subir encontré en la meseta de la escalera al cura grande, que indicándome con la mano la máquina, me puso estirado el índice de la otra delante de la cara como un cero. No comprendí. Quiso decirme que la máquina del *Galileo* había costado un millón.

Le dí gracias, separando el dedo, y me encontré sobre cubierta en el momento oportuno

para ver por vez primera á mi comisario en el ejercicio de sus funciones de juez y en una *causa* curiosísima. Entraba en aquel punto en su oficina la gruesa buñolera de proa, con cara de leona herida, y con su inseparable bolsón colgado. Como la puerta no estaba tapada mas que por una delgada cortina verde, se oían algunas palabras. ¡Pobre comisario! Pronto pude formarme idea de la santísima paciencia que necesitaba poner en ejercicio en semejantes sesiones. La querellante comenzó con voz instigada por la ira, llena de soberbia y de amenazas.

Sólo comprendí que se trataba de una queja por supuesta injuria, y que ésta versaba sobre una suposición que había hecho un pasajero acerca del contenido de su bolsa misteriosa. Refería el hecho, pedía el castigo del culpable é intimaba al comisario á cumplir con su deber. Este la llamó al respeto de su cargo y le recomendó calma, prometiendo que pediría informes. Con estas palabras, su voz se suavizó algo, y me pareció oír que comenzaba á hacer un relato, con entonación sentimental, que paulatinamente fué elevándose hasta llegar á lo dramático. Sí, era su autobiografía, una de tantas: una familia distinguida; un pariente periodista, que á todos les había puesto á raya; la madre, el padre, una buena educación, y luego desgra-

cias, la injusticia de la suerte, una vida intachable.... De pronto, la crisis inevitable: un mar de lágrimas. Entonces oí que el comisario la consolaba.

Entretanto se había ido formando alrededor de la puerta un grupo de hombres y mujeres de la tercera clase, entre los cuales se destacaba una cara bufa de campesino, á quien le faltaba la punta de la nariz, y que debía ser el reo, por lo que se disculpaba.

—Al fin y al cabo... yo no he dicho que estuviese seguro; yo... no he hecho mas que suponer....

Era el reo. En efecto, al asomarse á la puerta el comisario, dijo:

—Soy yo,—y entró.

*
* * *

Instantáneamente oyóse una erupción de improperios boloñeses, que echaron á rodar la *familia distinguida*.

—¡Villano!—¡Sin educación! Poca vergüenza! etc., etc.

Oyéronse primero las tres voces juntas, y luego solo la del culpable. ¡Diantre! La causa del litigio era en efecto el contenido hipotético

de aquella famosa bolsa, sobre la cual hacía nueve días que todos los graciosos de proa se volvían el juicio, haciendo las más extravagantes conjeturas del mundo. Pero la palabra criminosa no llegó á nuestro oído. Se oyó, sí, que el comisario reprendía al campesino, amenazándole con los grillos y la cadena; que éste se disculpaba, y la buñolera refunfuñaba todavía; después de lo cual el uno salió con la cabeza baja, y la otra con la frente alta; y yo, levantando la cortina verde, ví al juez tendido en el diván con las manos en las caderas, sofocado por un acceso de risa y por el esfuerzo que había hecho para contenerla.

¿Cuál era, pues, la suposición? Qué debía contener aquella bendita bolsa... ¡Oh! ¡Imposible adivinarlo! Una de las más bufonescas extravagancias que puedan pasar por la cabeza de un burlón impenitente; una ocurrencia que hubiera provocado la risa al más austero moralista, y á quien el autor de las *Baruffe chiozzotte*, salvando el respeto, podría haber puesto su nombre. También tuve yo que pedir auxilio al diván. Pero, hube de levantarme en seguida porque entraba otra mujer á quejarse de una voz que habían echado á volar, en perjuicio suyo.

—¡Pobre comisario!—le dije al salir;—la jornada comenzó mal, pero amenaza concluir peor.

—¡Eh, esto no es nada!—respondió con su dulce resignación. Y echando una ojeada al termómetro:—Ya verá—repuso—cuando estemos á treinta y seis grados.

Y rehaciendo la cara de juez, se volvió á la recién llegada.

*
* *

También el calor había trastornado las cosas en la popa, como pude ver muy bien de noche. En verdad era para sentir compasión. Entre aquellos cuatro gatos, que diez días antes no se conocían, que al cabo de otros diez se separarían para siempre, y que parecía que debían pensar todos á una en las personas queridas y en los intereses que habían dejado en Europa ó que les esperaban en América, allí, sobre aquellas cuatro tablas suspendidas en el abismo, se había ya urdido una intrincada trama de antipatía y enemistades: piques nacionales entre el chileno y los argentinos, entre el peruano y el chileno, entre italianos y franceses; piques también entre los italianos de distintas provincias; celos miserables de ambición entre las señoras; una sentina de bajas y vergonzosas pasioncillas, que se manifestaban en atravesadas

miradas y en ostentaciones recíprocas de desdén ó de aversión.

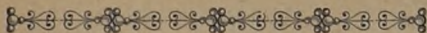
La mitad de los viajeros hubiera metido los dedos por los ojos á la otra mitad. Y no cuento las porquerías. Y esto lo mismo entre los de tercera que entre los de primera clase. En verdad que si el *Galileo* se hubiera ido de pronto á fondo, no habría ahogado una gran carga de *nobles sentimientos*. Las dos solas personas que, á juzgar por lo que se veía, habrían merecido sobrenadar, eran la señorita de Mestre y el garibaldino, que también aquella noche estaban sentados juntos hablando. Las relaciones, me dijo el agente de cambio, nacieron de que él había sido compañero de armas de un hermano de la muchacha, herido en Bezzecca, y muerto en un hospital de Brescia. Ciertamente, él tenía que vivir con el pensamiento por cima de las miserias, de las pasiones de los demás, pues que su cara expresaba un olvido tan completo de sí mismo, de la vida, de la gente, un desprecio tan alto y frío de toda bajeza, que nadie se aproximaba á él, como si todos hubiesen olido un enemigo instintivo.

Ella estaba hablando; él escuchaba respetuoso, pero impasible.

Y me impresionó vivamente por todo aquel día el modo cómo se separaron ya muy tarde: veo todavía, ante aquella blanca aparición, ante

aquel semblante de muerta sobre el cual no brillaba mas que la esperanza en otra vida, levantarse é inclinar la cabeza aquel bello y desdenoso coloso, marcado con el sello distintivo del suicidio.





VIII

EL OCÉANO AMARILLO

LEGANDO á este punto, me encuentro sobre la cubierta de la carta de Berghaus, en la cual todos los días apuntaba algún recuerdo, las palabras: «11º día; golpe apoplético espiritual.» Y me viene á las mientes un hecho psicológico singular, que experimenté aquel día, y que temprano ó tarde, en una larga travesía, ocurre á todos, creo, una vez pasada ya la novedad primera de la vida á bordo. Una hermosa mañana, al subir por primera vez sobre cubierta, cae sobre vuestra alma un aburrimiento inesperado, como una maza descargada sobre la nuca: una palidez repentina en todo, un disgusto inexplicable de aquella vida y de aquel espectáculo, el sentimiento de ahogo de quien,

durmiéndose al aire libre, se despertara con las muñecas atadas, bajo las bóvedas de una prisión. En tal estado creéis estar navegando desde tiempo inmemorial, como los pasajeros del barco fantástico de Edgardo Poe; y la idea de tener que pasar todavía dos semanas sobre aquellas cuatro tablas y entre aquellas gentes que perecen de tedio, os aterra. No, no es posible resistir tanto; antes de llegar le acometerá á uno una enfermedad cerebral extraña, no conocida hasta hoy. ¡Dios eterno! ¡Cómo librarse de aquel suplicio! ¡Escribir! Pero el barco, como otros han dicho ya, hiere al escritor en una de sus facultades más delicadas, que es el sentimiento de la armonía: el rumor de la hélice le hace repetir veinte veces en una página la misma palabra. ¿Leer? ¡Pero si para obligaros á escribir habéis metido todos los libros en los baúles destinados á la cala! Seriamente, se os ocurre tomar un narcótico, ó intentáis entonteceros con cognac, ó hacer la experiencia del genovés con el émbolo de la máquina. ¡Oh! ¡quién pudiera encontrar algo nuevo! ¡Cien pesetas por el *Correo Mercantil* de esta mañana! ¡Una libra de sangre por una isla! Una revolución á bordo, una tempestad, el mundo en universal convulsión, algo en suma con tal de salir de este horrible estado, al menos por un solo día!



Presentábase el mar aquella mañana en uno de sus aspectos más feos y más odiosos: inmóvil, bajo una bóveda baja de nubes hinchadas é inertes; de color amarillento sucio, con una apariencia viscosa, como si todo él fuese cieno, fango, lodo, tierras grasientas en las cuales un arpón de pesca hubiera de quedar clavado como una estaquilla en cola; parecía que no habría peces que pudieran deslizarse, y sí sólo bestias deformes é inmundas de aquel mismo color. Quizá presentan un aspecto semejante las llanuras de la región occidental del mar Caspio cuando están cubiertas por las erupciones de los volcanes de fango. Si fuese verdad que este inmenso mar, salado como la sangre, y dotado de una circulación, de un pulso y de un corazón, no es un elemento inorgánico, sino un desmesurado animal vivo y que piensa, hubiera dicho aquella mañana que revolvía en su mente los más disparatados pensamientós, delirando en un estado de sopor como un bruto embriagado. Pero ni siquiera hacía surgir la idea de la vida, una ráfaga de viento, ni una contracción, ni una arruga en su superficie. Era la imagen de aquel rincón del Océano desierto,

por mucho tiempo inexplorado, que se extiende entre la corriente de Humboldt y la que va en contra de ella por el centro del Pacífico, colocado fuera de las grandes vías de navegación, donde no se ve ni vela, ni ballena, ni gaviota, ni alción; de cuyos confines todo huye y todo indicio de vida desaparece; y si el viento y la tempestad arrojan á él alguna vez un barco perdido, parecele á los navegantes que han caído en aguas de un mundo muerto.

*
* *

Afortunadamente estos accesos de tedio son como el dolor en un codo: terrible, pero breve.

Mucho contribuyó á librarme de él el comandante, que aquella mañana, en el almuerzo, estaba en vena de charlar y con muy buen humor, aunque poco lo daba á entender su entrecejo de pequeño Hércules de cabellos rojos. Como siempre, aquel era su rato mejor. Después de examinar los cálculos astronómicos de los oficiales, de medir en su carta y de computar el camino recorrido y el que restaba por recorrer, si en las últimas veinticuatro horas había hecho una buena singladura el *Galileo* y no ocurría novedad desagradable á bordo, se sentaba á la mesa frotándose las manos, y mante-

nía animal conversación. También en estos días no dejaba de dedicar, por vía de exordio, alguna invectiva marinera contra los camareros, tanto por no perder la costumbre cuando por dar advertencias saludables. A uno de ellos, que le pedía excusa, contestóle:—*¡Vé, lárgate, impostor!*—A otro le amenazaba con darle dos bofetadas. A un tercero:—*¡Mira, sabes que si me desato en improperios!...* Y amenazaba darles de cachetes y puntapiés, particularmente á Ruy-Blas, el cual respondía con finísima sonrisa, como si dijera:—*¡Ponte como una furia, tirano! Tienes el poder, pero no el amor.*—En verdad, para una mesa á la que se sentaban señoras, tal lenguaje era un poco demasiado,.... subido de color. Pero, por nuestra parte se lo perdonábamos, pensando en los muchos comandantes de otras naciones que son unos cumplidos caballeros en la mesa, y beodos furiosos en su cuarto; y que, tratando de fiar la vida á alguien, es preferible un rústico que no bebe á un caballero borracho.

*
* *

Aquella mañana, como siempre, largó un sofión á derecha y un bufido á izquierda, y

luego comenzó á comer y á hablar lentamente. Recuerdo aquella conversación, toda ella de carácter marino puro, por la cruel tortura en que puso al pobre abogado mi vecino. La señora gorda, la supuesta domadora de fieras, fué la primera que llevó la conversación por camino desagradable, preguntando al comandante, con una inoportunidad en que se transparentaba el aguardiente matutino, cuál era la causa más frecuente de los naufragios.

El comandante, con la boca atascada de pan, le contestó que se contaban cincuenta ó más maneras de naufragio: estallidos de calderas, incendios, vías de agua, huracanes, ciclones, tifones, rocas, bancos de fondo, abordajes, etcétera, etc. La mitad de los naufragios se podía afirmar, sin embargo, que procedían de ignorancia profesional, de imprevisión, de abandono, de defectos de construcción de los barcos: en suma, de causas inevitables. Un año con otro contábanse al pie de seis mil naufragios entre barcos grandes y chicos; y esto sin comprender en la estadística á China, Japón y la Malasia.

El abogado á las primeras palabras se turbó é hizo como que no escuchaba; pero veíase que, contra su deseo, una malhadada curiosidad le obligaba á prestar oído. Y fué todavía peor cuando la señora, con uno de esos saltos raros que las mujeres dan en la conversación, salió

preguntando al comandante qué creía que se sentiría y se vería al bajar al fondo.—Qué se siente—respondió el comandante,—no lo sé yo. Qué se ve... Por un rato se ve algo de luz, una luz velada, lívida; luego.... se encuentra uno como en una claridad crepuscular, dicen, de un color rojo... siniestro; y luego... buenas noches: una oscuridad completa, una gran disminución de temperatura hasta *cero grados*. Se hiela uno de frío. Pero—repuso volviéndose al abogado y como para consolarlo—puede ocurrir también que no haya oscuridad absoluta, pueden presentarse accidentes de fosforescencia... poco alegres, de todas maneras.

El abogado comenzaba á dar señales de impaciencia, murmurando:—Vaya una conversación á propósito para á bordo... me marchó... valiente educación de patanes...

Entonces el viejo chileno, el genovés tuerto y el comandante comenzaron á citar y á describir naufragios célebres, cada vez más horribles, con aquella indiferencia por la muerte que suele bajar al alma por el canal alimenticio cuando uno se sienta á una buena mesa: y fueron presentándose desde la famosa balsa de la *Medusa* hasta el *Atlas*, desaparecido entre Marsella y Argel, sin que se haya tenido la menor noticia. El comandante recordó los vapores ingleses *Nautilus*, *Newton-Colville* y otro, que partic-

ron de Danzig para Ingraterra en Diciembre de 1866, y se evaporaron como tres sombras sin saberse ni dónde, ni cuándo ni cómo.

El abogado dejó de comer.

Pero el comandante siguió. Con la elocuencia que todos despliegan hablando de un hecho en el que arriesgaron su vida, se puso á describir una espantosa tempestad que le había cogido en las costas de Inglaterra, cuando mandaba todavía un barco de vela, y llegando al momento supremo, imitó con una nota de falsete y con gran exactitud, el grito largo y desesperado del timonel:—*¡Nos vamos á fooooooooondo!*

Al oir estas palabras el abogado se puso en pie, tiró la servilleta sobre la mesa y se fué con paso precipitado masticando juramentos; gracias que no llegó ninguno dirigido al comandante, el cual no hizo alto, por fortuna, porque muchas veces le ocurría al abogado levantarse antes que los demás. ¡Pobre abogado! Apenas si había salido cuando *ex abrupto* se cambió conversación, como si hasta entonces no se hubiese hablado más que por mortificarlo. Tomó la palabra el comandante dando á la cháchara aquel colorido vario y extraño, aquel giro desordenado, que sólo emplea el comandante de un vapor trasatlántico; para quien los lugares apartadísimos en que toca y en los que vive toda su vida, están como unidos, confun-

didos, y compactos, siempre presentes á su pensamiento. De la última representación de *Fra Diavolo* en el teatro Paganini de Génova, saltó á una cuestión que había tenido el mes anterior en San Vicente de Cabo Verde, con una negra de mamas de cabra, que fabricaba flores con plumas de pájaros; enlazó no sé qué aventura doméstica del proveedor de carbón en Gibraltar con una fruslería del puerto de Río Janeiro; y de un almuerzo á que había sido invitado en las Palmas de las Canarias, se pasó á un empleado embrollón de la aduana de Montevideo. Le oía como quien oye á un hombre milagroso que viviera al mismo tiempo en tres continentes, y para quien no existiese ni el espacio ni el tiempo. Y observé que únicamente conservaba en la memoria fijas y claras las personas con quienes tenía que tratar en los puertos de los tres mundos; y en cambio las innumerables que embarcaban y desembarcaban de continuo, pasaban por su mente como por su vapor, sin dejar en él otro rastro que una pálida reminiscencia. Tenía un conocimiento *sui generis* de los diferentes países, el conocimiento que se puede adquirir mirándolos desde la puerta: conocía al dedillo, por ejemplo, los precios del mercado de legumbres, y nada absolutamente de la historia y de la forma de gobierno. Y así, por ejemplo, de las varias lenguas

no poseía sino los sustantivos y los verbos de cierta categoría, las monedas de cobre, valga la frase, de la conversación, y una sola gramática para todas. Al juzgar las cosas del mundo mostraba una cierta ingenuidad de colegial adulto que va á sociedad una vez al mes; conocimientos y opiniones fuera de juego, muy distanciadas unas de otras y de una sola faz; precisamente como las ciudades á las que él arribaba, de las cuales no veía sino el panorama marino. Su última anécdota fué sobre una pendencia que tuvo en 1868 con un tratante de granos de Odesa, resuelta, como de costumbre, con generosa distribución de mojicones, — de los buenos. — ¡Y cuidado que le di buena manta! — dijo. Luego cesó en su charla hablando únicamente con sus vecinas, haciendo un elogio serio y razonado de su esposa, mujer económica, amante de la casa, llena de buen sentido, que quisiera haberla encontrado y haberse casado con ella diez años antes.

Al levantarse de la mesa y salir del salón se detuvo, como tenía de costumbre cuando estaba satisfecho de sí, para ver desfilar á los pasajeros, á quienes hacía una ligera inclinación de cabeza, con aspecto de benévola gravedad. Como estaba muy inmediato á él, cogí al pasar una severa mirada que lanzó á la señora rubia, cuyo comportamiento quizá comenzaba ya á chocar

con sus rigurosos principios de moralidad marítima, y más en aquel momento, en que le duraba el calor de la apología que acababa de hacer de su mujer. La señora pasó riendo sin advertir nada; y casi al mismo tiempo me quedé atónito al verle levantar su gorrilla y hacer una genuflexión con ademán respetuoso á la señorita de Mestre, que pasaba cogida al brazo de su tía. Después que pasó, volvióse á los más cercanos diciéndoles gravemente: — « Esa muchacha... es un angel. »

Apretaba bien el calor á aquella hora, y casi todos permanecieron buen rato en el castillo á la sombra de la cortina: y, por mi parte, tuve ocasión de observar mejor que en la tarde anterior las transformaciones que se habían verificado en los últimos días en las relaciones personales de los pasajeros. ¡Una delicia! Personas que en la semana anterior habían dado pruebas de no poderse aguantar, se hallaban ahora unidas en conversación que parecía amistosa; otras, que en un principio estaban cosidas una á otra, ahora se miraban con repulsión. Una larga navegación es como una breve existencia aparte, en la cual las amistades nacen, maduran y caen con la misma rapidez con que se suceden unas á otras las estaciones en el barco, donde en tres semanas se pasa de la primavera al otoño. La certeza de separarse á la

llegada para no volverse á ver más, fomenta las confidencias, decide á plantar sin cumplimientos á los amigos nuevos al primer rozamiento; la felicidad de hacerse pasar por algo distinto de lo que uno es y por más de lo que es, estimula á buscar amistades, y es causa de otras tantas rupturas, porque como cada cual hace con nosotros lo mismo, apenas descubrimos el engaño, se acabó. Por estas razones las amistades de á bordo bailan una contradanza continua. Además, nada hay que haga cometer tantas villanías como el tedio. Al décimo día, algunos, más que aburrirse, van á mendigar humildemente la conversación de quienes la tarde anterior ofendieron con una evidentísima demostración de antipatía. Entre otras parejas nuevas ví al cura napolitano que paseaba con un joven argentino, que había sido uno de los que más impenitente y ostensiblemente se habían burlado de él, y á quien oía en el momento con marcada deferencia sus disertaciones sobre *las emisiones fiduciarias y de numerario* de no sé qué institución de crédito de Buenos Aires; y en el otro lado de cubierta, el parásito *reungido* del molinero, que se había colgado no sé cómo al viejo chileno, se quejaba en alta voz de la *falta de limpieza* de los vapores italianos, no sin ver en su cara severa una expresión de náusea, que anunciaba un peligro inminente de *volver la peseta*.

La gran novedad estaba, sin embargo, detrás del timón: el marido de la señora suiza en colloquio por vez primera con el diputado argentino, á quien parecía explicarle el mecanismo del *surcómetro*. Era por extremo cómica la atención profunda que éste aparentaba prestarle, sin dejar por esto de volver de hito en hito la vista, con un lento movimiento de cabeza, hacia la antigua violadora de su domicilio, que paseaba entre el toscano bronceado y el tenor radiante, deshaciéndose en dengues y sonrisas, pero con el ojo atento á los otros dos (atónita, se comprende), contenta de aquella inesperada aproximación.

Al pasear hacia arriba y hacia abajo pasaba por delante de la menuda pianista, que estaba sentada á un lado; y ésta, cada vez que pasaba, la envolvía en su mirada de los pies á la cabeza, larga, profunda, y que dejaba vislumbrar curiosidad, envidia sensual y todo género de apetitos comprimidos de pequeña fiera encadenada; tras de lo cual, su semblante volvía á recobrar la habitual expresión de impassibilidad monacal. Su madre entre tanto, que estaba sentada entre ella y la señora del cepillo, iba cortando á retazos con los ojos y con la lengua un nuevo vestido color de lila á la esposa, en verdad un poco mal vestida, la cual volvía las espaldas, siempre unida al brazo de su esposo, y á pie firme, delante de la «domadora», que parecía pinchar-

les con bromas embarazosas, columpiando sobre una mecedora su mal disimulada manera de ser

A todos dominaba por fin, con su penetrante mirada de policía, el agente de cambio, apoyado contra el palo de mesana, con los brazos cruzados sobre el pecho, en actitud del hombre que espera un suceso. Todos los demás en pie, ó sentados de dos en dos, conversaban sobre el aburrimiento, bostezando á más y mejor; y el mar, rígido y amarillento, era fondo adecuado á todas aquellas caras fastidiosas y soñolientas. Entre los muchísimos cuadritos, borrados los unos por los otros, que presentó el castillo durante el viaje, no sé por qué quedó vivo en mi memoria, pintado con color de tierra, el de aquel día y el de aquel instante.



En un momento dado, el cuadro se animó y la pintura se cambió en escena de comedia. El toscano dejó plantada á su compañía casi bruscamente, y se fué derecho á proa, con un propósito en el semblante como de represalia amorosa; un minuto después la señora suiza y el tenor se separaron: éste se sentó aparte ó hizo como que leía un libro; ella se dirigió hacia su marido; el argentino se separó, haciéndole á

ella un saludo diplomático. El agente de cambio se presentó á mi lado como una aparición. —No deje escapar—me dijo—una hermosa operación de estrategia de á bordo; usted, que escribe, debe observar estas cosas. El toscano se ha retirado del combate. El tenor está de reserva. La señora hace una falsa maniobra frente al enemigo. ¡Oh! ¡voto á Dios! Ayer me la pegaron; pero lo que es hoy no pasa.—En efecto, la señora hacía mil mohines al marido, apoyábase sobre su brazo, le hablaba al oído, como si le pidiera explicaciones sobre el *surcómetro* y la cara del melenudo profesor estaba admirable: revelaba un sistema completo de filosofía, que debía ser ya antiguo en él: entornaba los párpados, como gato que acecha, y torcía toda la cara hacia un lado, enseñando la punta de la lengua, con una mueca plácida por todo extremo, la cual dejaba entrever, sin embargo, una cierta astuta intención de burla, como si en el fondo de su corazón se riese de ella, de sí mismo, del otro, de todos los demás, del mundo entero. El tenor entretanto había desaparecido. Y la señora pasábase una mano por los ojos y cubría con el abanico pequeños bostezos poco espontáneos, como dando á entender que tenía gana de ir á dormir—¡Alerta!—dijo el agente.—Ahora viene el movimiento decisivo.—Apenas esto dijo, cuando la señora se separó

de su marido, y lentamente, poniendo carita de sueño, atravesaba para bajar.

—¡Eh!—exclamó el agente;—el momento está bien elegido. No hay de seguro ni un perro en aquellos hornos de abajo... ¡Pero está la justicia de Dios! Y corrió hacia abajo también él. Ni uno siquiera de todos estos movimientos se había escapado á aquella serpiente de cascabel, madre de la pianista, la cual contaba al oído sus observaciones á la vecina, la señora del cepillo; y ambas á dos, echando chispas por los ojos, se levantaron á la vez y se pusieron en marcha... Era inútil. La suiza volvía á subir ocultando la rabia bajo su graciosa sonrisa, y con un libro entre las manos, como si hubiese bajado sólo con objeto de cogerlo; y dos minutos después, por la otra escalera, presentábase el tenor, solfeando y mirando al mar, con afectada indiferencia que revelaba una rabia canina. A los pocos pasos avanzaba el agente, satisfecho, haciéndome desde lejos una señal con la mano abierta y con el pulgar en la nariz. El tenor se aproximó diciéndome:

—¡Hermoso mar! ¿eh?

*
* *

El mar estaba horrible; pero él era un hombre divertidísimo. Yo le había conocido á la latitud

de las islas Canarias, y habíale hablado dos ó tres veces. Tendría sobre treinta y cinco años, pero por su aspecto parecía más joven: una cara de primer oficial de sastre, con dos bigotes negros enroscados hacia arriba, y dos ojos que siempre estaban diciendo:—¡Soy yo!—pronunciación amanerada, paso de conde Almaviva. Miraba el horizonte con aire triunfante, como si el Océano Atlántico fuese un inmenso teatro que lo aclamase.

Hablaba de geografía, de literatura, de arte, de política, con cierta desenvoltura disimulada; siempre á punto de soltar un despropósito, pero sabiendo contenerse á tiempo, después de haber echado una mirada de desconfianza al interlocutor. En literatura ó en política usaba de un artificio curioso. De pronto, y sin tener nada que ver con la conversación, exclamaba solemnemente con los ojos clavados en el horizonte:—¡Guillermo Shakespeare!—y se pasaba una mano por la frente, como si siguiera el curso de una meditación; pero nada: no era mas que un nombre que se le venía á la boca, como una burbuja de aire. O bien, si se hablaba de un personaje histórico, de Napoleón I, por ejemplo:—¡Ah!—exclamaba torciendo la cara;—no me hablen de Napoleón I: ¡por amor del cielo!—como si sobre aquel asunto tuviese un gran tesoro de

ideas propias, inmutables, sobre las cuales ni siquiera admitía discusión. Y no se le sacaba ni una palabra más. En fin, para resumir todo el vasto sistema de sus ideas y de sus simpatías intelectuales, solía decir:

—Yo tengo siempre tres libros sobre la mesa de noche: Dante, el *Fausto* y... — La primera vez dijo la Biblia; pero luego se olvidó, y otro día dijo, en lugar de la Biblia, *Los misterios del pueblo*, de Eugenio Sue. En el vapor no le ví en la mano mas que *Los amores de la emperatriz Eugenia*. Un rasgo final. Decía que había sido voluntario con Garibaldi; pero cuando se hablaba de hechos concretos, jamás indicó campaña alguna en particular; hablaba de estas guerras con cierta vaporosa indeterminación, como se habla de los sucesos de la más remota antigüedad, casi de los pertenecientes á la edad fabulosa. En suma, un hombre de humor jovial. No se excitaba mas que hablando de un empresario de Bolonia, el odio de toda su vida, repitiendo siempre la misma frase:—Le haré escupir el corazón.—El, por el pronto, ya había escupido las ganas en aquel día.

*
* *

Después de las dos, aquellos sitios se desocupaban. El tenor bajaba al salón á cantar al piano,

el profesor iba á la cámara del centro á dar lecciones de ciencia varia al pueblo bajo, los argentinos á jugar á las cartas, los demás á bañarse, á dormir, á escribir ó á perfilarse. Yo seguí aquel día á la señorita de Mestre, que iba con la tía á visitar, como de costumbre, á su familia de emigrados con un paquete de fruta y dulces. Apenas puse el pie en la proa, observé qué simpatía tan grande gozaba ya entre aquella gente. Al presentarse, aun los campesinos más rústicos se apartaban, y todos miraban atentamente las venas azules de aquel sutil cuello, sus finas manos, la gruesa cruz negra destacándose sobre el vestido color verde mar, que no dibujaba curva alguna, y no dejaba de tener su gracia. Ni en la cara de las mujeres más maldicientes y descocadas, que hablaban de ella á sus mismas espaldas, veíase la sombra de un pensamiento maligno. Y no era respeto por la señora, sino por la triste sentencia que llevaba escrita en el semblante, y por la resignación dulce con que la sobrellevaba, sin perder nada de la bondad y de la gracia juvenil que nacen en el feliz amor de la vida.

Una palabra que á su paso oí murmurar me estremeció, por si ella también la había oído:— Ahí está la tísica.—Pero no la oyó.

Los muchachos le salían al encuentro, y ella les regalaba pasas y almendras, acariciándoles

en sus mejillas. Por inadvertencia, un emigrante plantó su pie sobre la falda, y se la descosió de un lado, descubriéndose un palmo de falda blanca. Mientras se arreglaba el desperfecto, acercóse á ella el doctor, y los tres bajaron á la enfermería.

*
* *

Bajé tras ellos. Iba á visitar al viejo campesino piamontés, enfermo de pulmonía.

El pobre se había puesto bastante peor. Acurrucado en su oscuro agujero, con larga barba gris que le hacía más flaco, tenía el aspecto de un muerto estirado en su caja, á cuyo ataúd se hubiese quitado las tablas de un lado. Al presentarse la señorita, á quien ya conocía de otras veces, contrajo su boca como la contraen los niños y los viejos extenuados al romper á llorar. Y dijo con un nudo en la garganta:

—¡Ah, lo siento por mi hijo!

Fácilmente advertí que aquellas palabras habían oprimido el alma de la muchacha, que inmediatamente se apresuró á responder con voz alterada, pero fingiendo espontaneidad:—No, no. ¿Qué es lo que decís? Volveréis á ver á vuestro hijo. Hoy tenéis mejor cara. Cuidado con que

no se extravió la dirección. ¿Dónde la habéis puesto?... (La tenía en la chaqueta al pie de la cama). Está bien. El doctor nos prestará atención. ¿Queréis que yo la conserve? ¿que os la devuelva luego cuando estéis ya bueno, á la llegada del vapor? ¿Queréis que la coja?

El viejo hizo un movimiento afirmativo. Se inclinó, buscó en la chaqueta, sacó el paquetito, encontró el papel que ya conocía, y le dobló con mucho cuidado, poniéndole en una cartera de cuero que cerró y volvió á meter en su bolsillo. El enfermo, que observaba con suma atención y complacencia todos aquellos movimientos, murmuró con un hilo de voz apenas perceptible:

—¡Ah! es usted demasiado buena, demasiado buena.

—Ánimo— le contestó ella, ofreciéndole su mano,— volveré prontoporaquí. Hasta la vista. Ánimo.

El viejo le tomó la mano, se la besó dos ó tres veces, derramando gruesas lágrimas y la acompañó con la mirada hasta la puerta; después dejó caer la cabeza en la almohada con profundo abandono y desaliento, como si no debiera levantarla más.

La muchacha subió sobre cubierta con su tía, acercándose á su familia de labradores, arrinconada en el sitio de costumbre, entre la jaula de los pavos y las cubas, como un nido de

pájaros. Ya habían dado á su rinconcillo, pequeño como la cáscara de una nuez, cierto aire casero, colgando de las cubas un espejillo redondo y tendiendo encima una toalla para que los librase de los rayos del sol. La cabeza de uno de los gemelos, sentado sobre la tarima, servía de apoyo á las manos del labrador, y la calamo-cha del otro, encorvada bajo el pedazo de peine que manejaba su madre, aparecía más redonda que nunca; mientras, la muchacha lavaba un pañuelo en un barreño, puesto sobre una maleta desfundada que servía de mesa de trabajo. Al acercarse la señorita, el padre se levantó, quitándose la pipa de la boca, y las seis caras sonrieron. Oí al pasar alguna palabra.

—*¿Siempre bien?*

—*Como Dios quiere*—respondió el campesino.—*Pero tiene miedo ésta de que le ocurra antes de llegar...*

Y entonces la mujer, con semblante inquieto:—*¿Cree usted, amita, que me harán pagar también el pasaje por lo que nazca?*

La pregunta debió resultar muy cómica, porque fué causa de que viera sonreír por vez primera á la muchacha. Sin embargo, pasó como un relámpago. Dijo que no con la cabeza,—que no creía,—y sacó del bolsillo un pañuelo de lana, encarnado, para el cuello, que puso en manos de la niña, diciéndole:

—Tú te lo pondrás este invierno..... cuando me.....

Pero ¿qué diablos pasaba por los aires? En pocos minutos habíase oscurecido el cielo; las nubes estaban tan bajas que casi tocaban las puntas de los palos, como si de repente hubiese anochecido. A ambos lados del vapor, envuelto en húmeda niebla, no se veía mas que un pequeñísimo espacio de mar gris é hinchado, que comenzaba á sacudirnos fuertemente lanzando chorros sobre cubierta por todas partes. Los más creyeron que estábamos en plena borrasca. El oficial de guardia gritó desde el entrepuente del comandante:—Un chubasco: ¡Adentro todo el mundo!—Apenas dijo la última palabra, un violentísimo golpe de agua descargó sobre nosotros, como si lloviera á cántaros, inundándose la cubierta en un momento; todos huyeron como locos á cobijarse bajo los pasadizos cubiertos y en el castillo de proa; gritaban las mujeres, saltando todos desesperadamente los reguerillos, los charcos, las olas, y precipitándose por las escalerillas de los dormitorios como si el barco fuera á hacerse pedazos. Pero como las puertas de los dormitorios eran estrechas y se agolpaban todos, surgían luchas airadas por querer ser los primeros á fuerza de codazos y empujones, desencadenándose una tempestad de juramentos y de gritos bajo la furia crecien-

te del aguacero que empapaba cabellos, trenzas y chaquetas, armando gran estrépito sobre los cristales y sobre los puentes y sacudiéndolo y bruñéndolo todo. Aquella infernal confusión hízome pensar con espanto en lo que ocurriría si se presentase un instante de peligro. No era mas que el primer saludo que nos enviaba la zona tórrida, gran rociadora del mundo, en cuyas aguas hacía dos días que navegábamos. Duró sólo algunos minutos. La bóveda oscura de nubes se elevó, y rasgándose por varios puntos como otras tantas ventanas, dejó caer sobre las aguas, todavía oscuras, aquí y allá y sacudidas por hazes, girones de lluvia, una variedad nunca vista de manchas de luz y de lívidos reflejos, blancos, verdes, dorados, que dieron al Océano la apariencia de muchos mares unidos, y como si cada uno de ellos estuviese iluminado por un astro diferente: ¡la imagen extraña y triste de un mundo en que principiase el desorden del fin!





IX

LOS EXTRAVAGANTES DE PROA

TROS varios chubascos descargaron sobre nosotros al día siguiente, y gracias al último pude yo hablar por vez primera con la señorita de Mestre, que estaba á mi lado en el comedor cubierto de la derecha, donde se había refugiado, destemplada y tiritando de frío. Sus primeras palabras, los primeros movimientos de su rostro, vistos tan de cerca en medio de la multitud que nos oprimía, me revelaron su alma mejor que todos sus ademanes anteriores.

Ciertas contracciones involuntarias de sus labios blancos y ciertas íntimas vibraciones de la voz, dejaban adivinar bajo aquella graciosa compostura grande vigor en su corazón; sentía una piedad ardiente por las miserias humanas, cuyo espectáculo se le hacía intolerable y

le amargaba la vida; un amor violento por todos los que sufrían, el cual habíale inspirado no sé qué idea de socialismo religioso, confusa para su mente, pero que abrasaba su alma hasta consumirla. Era la primera vez de su vida que veía al alcance de su mano mucha miseria y muchos dolores acumulados, por decirlo así, y palpitantes; estaba perturbada en lo más profundo de su espíritu.

No comprendí del todo su pensamiento, porque, ya sea por dificultad de expresión ó por cansancio, nunca acababa las frases, y las últimas palabras volaban como arrebatadas por el viento.—Nunca se hace bastante en bien del que sufre—dijo;—y sin embargo... es lo único que hay que hacer en este mundo... ahí está todo.—Si las fuerzas de su cuerpo le hubiesen acompañado, su vida la consagraría al ejercicio de algún sublime apostolado de caridad, y en él habría muerto: lo decía la expresión tiernísima de su boca, y la de su frente enérgica, por la cual de vez en cuando cruzaba una sombra ligera, como el pensamiento del egoísmo y de la miseria humana, que ella debía haber adivinado más que experimentado en su breve existencia. Y, no obstante las grandes semejanzas, me pasaba por la mente, al mirarla, el rostro blanco é inspirado de una de aquellas muchachas nihilistas que pintó Stepniak, devoradas

por el ardor de su fe y prontas á morir por ella.

Hablaba con los ojos fijos en el horizonte, con voz dulcísima hasta lo inefable, acariciando con una mano su cruz negra; y aquel pobre hábito de niña enferma que salía de su boca, parecía también más tenue y compasivo ante el soplo inmenso de vida que á su frente le enviaba el Océano. ¿Tenía conciencia de su estado? Pensé que sí al ver la indiferencia que demostraba, como si ya viviera en otro mundo, por las compañeras de viaje y por los demás pasajeros de primera, á todos los cuales confundía constantemente, preguntando:—¿Quién? ¿Cuál? y haciendo un esfuerzo verdadero para acordarse de ellos. ¿Vivía resignada?... Traté de descubrirlo poco después, mientras hablaba con la hermosa muchacha genovesa, á quien había traído como regalo un pequeño estuche de cuero con los utensilios de costura. Busqué en sus ojos, en el momento en que la miraba, si la vista de aquella juventud hermosa, firme en su flor y resplandeciente de vida, despertaba en ella algún sentimiento, por fugaz que fuera, de envidia, el pensamiento triste del parangón. Nada. La gran renuncia estaba ya hecha, sin duda. El amor y el deseo de la vida, habíanse ido antes que ella y estaban ya en el sepulcro.

En aquel mismo punto oí á mis espaldas un vivo crujir de faldas y una vibrante risotada.

Era la señorita rubia, vestida de color celeste, empolvada sólo por una parte y perfumada como un ramo de flores, que venía por vez primera á visitar la proa, en compañía del segundo, hombre lleno de jovialidad, sonrosado, de dos metros de alto, con quien parecía estar ya en familiaridad. Pasó cantando y mirando á uno y otro lado; pero bien se veía que no veía nada de nada, y que para ella la popa, la proa, las máquinas, los emigrantes, la miseria, el Atlántico y el Mediterráneo, eran cosas todas igualmente insignificantes para ella, que no le distraían ni un momento de su gozosa conciencia de hermosa sin seso, libre y feliz, en el pleno ejercicio de sus funciones. Y pude observar también entonces, el sentido penetrante que tienen los hombres del pueblo para juzgar en el acto á las mujeres del «señorío». No la habían visto nunca, pero la reconocieron en el olfato; y no se movían de su sitio, de intento, los socarrones, para que el vestido celeste rozara sus rodillas, imitaban al pasar ella el ruido que se hace al sorber una ostra, ó se besaban la palma de la mano.

Hicieron calle, pero de mala gana, á la señora del cepillo, que iba detrás, sola, llevando un paquete en la mano, vestida con elegancia estrepitosa. Dos días hacía que había tomado el partido de imitar á la señorita veneciana, y distri-

buía confites y fruta á los muchachos. Pero ¡Santo Dios! tenía el aire de una inspectora, la sonrisa helada; y mientras ofrecía con la mano el dulce, no quitaba ojo para evitar los contactos: toda su persona revelaba la ralea burguesa mezclada con la envidia hacia el que está sobre ella y el desprecio para el que está más bajo, capaz de cometer una bellaquería por entrar en relación con una marquesa, y de reducir á media ración el pan de sus hijos por arrastrar terciopelo por la calle. Los chiquitines aceptaban, pero las miradas que los grandes le dirigían expresaban la más cordial aversión. Mientras la seguía con los ojos por entre la multitud, ví adelantarse con su niña á aquella tal señora «decaída», de las terceras clases, que el comisario me había hecho conocer desde los primeros días: más estropeada y peor que entonces, y de aspecto más miserable por el vestido de seda negro, ajado y sucio que llevaba.

Hay en medio de la desventura, humillaciones pequeñas que dan más compasión que la desventura misma. Ambas á dos, madre é hija, tímidamente y después de quién sabe cuántas dudas, se acercaron á uno de los filtros de agua, y avergonzándose un tanto y después de mirar en torno suyo, se inclinaron á sorber en los grifos de hierro, adoptando postura análoga á la de las bestias en el abrevadero, como

hacían todos los demás: mas como vieron que la señora suiza volvía hacia allí, se separaron con la cabeza baja, desapareciendo entre la multitud. Algunos emigrantes que advitieron á aquella escena, riéronse en alta voz en son de burla. La señora rubia, entretanto, á una señal del segundo, se había parado á contemplar á la genovesa, cuya fama de «belleza virtuosa» debía haber llegado ya á sus oídos. Y creo yo que la encontró hermosa. Pero en su mirada sonriente y benévola ví relampaguear cierta expresión compasiva: la lástima con que un arriesgado y afortunado industrial miraría á un rico inepto que tuviese guardado en su caja durmiendo fuertes capitales. Luego se fué, saludando con una señal á su marido, que estaba en lo alto—sobre la terraza del entrepunte de mando—examinando la estructura del farol rojo.

*
* *

¡Pobre genovesa! El sobrecargo al pasar por allí para cerciorarse de la rotura de los caños de un filtro, me puso al corriente de una historia deplorable. En torno de esta hermosa y buena muchacha, se había ido formando gran círculo de antipatías y rencores que no la de-

jaba en paz un momento. Todos los adoradores á quienes ó no había mirado ó habían sido rechazados por sus ojos ó con un acto de disgusto, se venían convirtiendo en enemigos, y este continente suyo, digno é inmutable, les exacerba poco á poco hasta odiarla.

Decían que era «estúpida como un guardacantón», un pedazo de carne sin sangre, todo manos y pies, acolchada de algodones por delante, y que tenía ¡unos dientes! Al despecho de los hombres habíase unido la envidia de las mujeres, rabiosas de ver que siempre tenía al retortero cien «imbéciles» en adoración. La bolonésa y las dos coristas, especialmente, le lanzaban unas miradas capaces de marcarla con fuego. Habían comenzado por llamarla, por sarcasmo, la princesa; luego dijeron que toda aquella modestia de monjita era mera hipocresía; y por fin echaron á volar contra ella todo género de imposturas. No pueden referirse las inmundas conversaciones con que la difamaban, la torpeza de las observaciones que sobre su persona se hacían, en voz alta, provocando risotadas insolentes, cuyo significado no podía ocultársele. Era una verdadera flor en medio de un muladar. La hubieran insultado en su propia cara, le habrían puesto las manos encima, nada mas que para envilecerla, si no hubiesen temido á las autoridades de á bordo.

El mismo cocinero se había vuelto loco, y ya no enseñaba por su ventanillo mas cara que la cara horrible de sultán ofendido. Por dos ó tres días el toscanillo de primera clase no se había separado, hecho un moscón, hasta llegar á entrar en relaciones con el padre; y todos aquellos canallas habían dado por concluído el contrato, y terminado el asunto; luego, sin embargo, sin saberse por qué había desistido de pronto. El único que permanecía devoto y más enamorado que nunca, hasta la médula de los huesos, ¡pobrecillo! era aquél joven flaco, que llevaba una bolsa de cuero á la cintura que parecía un modenés, escribano de profesión — solo — del cual se había encaprichado públicamente una fea tuertecilla de tercera clase, de cabellos colorados y cara excoriada, en quien ni se fijaba siquiera.

Su pasión, que había llegado á la estupidez, servía de pasatiempo á todos: lanzábanle suspirones asnales por las espaldas y le cantaban:

eres muy chico
para enamorar.

Tan trastornado estaba, que no advertía nada, permaneciendo horas enteras en su puesto, con un codo apoyado en la rodilla y la barba en la mano, mirándola, como en éxtasis; feliz cuando

aquellos ojos azules y límpidos, moviéndose en derredor se encontraban con los suyos por pura casualidad. Allí mismo estaba ahora, cuando el comisario hablaba de él, inmóvil, con una expresión en su rostro y en sus ojos que dejaba comprender que por una sola palabra hubiera dado su bolsa de cuero, su pluma, el pasaporte, América, el universo entero. Daba lástima. Seguramente, antes de llegar, acabaría de perder la cabeza haciendo alguna majadería gorda.

*
* *

Este era el «enamorado», personaje que jamás falta á bordo, como decía el comisario, dándose con frecuencia el caso de varios: entiéndase, enamorados de corazón, pues los otros son innumerables. En el *Galileo* había, sin embargo, rica colección de tipos originales bastante más extraños; cada uno de los cuales, en aquellos doce días, había tenido ocasión de brillar y de adquirir determinada celebridad en la república de proa. Había cabezas alegres y personajes graves. Estos estaban con preferencia en el castillo de proa, que era una especie de Monte Aventino, donde se replegaban los espíritus pendencieros y los filósofos de tétrico humor;



y el más popular entre ellos era el viejo toscano del verde gabán, que enseñara el puño á Génova la tarde de la salida.

Tenía este tal el diablo en el cuerpo; desde la mañana á la noche declamaba con voz ronca, moviendo por el aire el índice amenazador y, su auditorio iba de día en día creciendo: hubiese querido iniciar la revolución social en el *Galileo*; predicaba contra los señores de popa; incitaba á los pasajeros á protestar contra la inmundicia de los dormitorios y la suciedad del alimento, y á veces, para dar ejemplo, arrojaba al aire su ración lanzando invectivas contra las cocinas.

El auditorio aprobaba, pero comía, y entonces fuera de sí les increpaba á todos llamándolos «vendidos» y «esclavos». Uno solo había que no bajaba su cabeza ante él: uno que se sospechaba era contrabandista, pequeñuelo, seco, con un gran mechón negro sobre la frente y dos ojos de halcón, que se había conquistado por sí mismo, y gozaba con mantenerla viva en derredor de su persona, tenebrosa reputación de gran delincuente, cargado de misteriosos homicidios y dispuesto á todo; algo así como un Capitán Fracassa del delito; habilísimo en recitar su papel, tanto que todos le temían por más que no hubiera retorcido á nadie ni siquiera un pelo, y las mujeres se lo señalaban unas á otras con

el dedo diciendo que llevaba un largo puñal debajo de la chaqueta, y que antes de terminar el viaje haría seguramente algún degüello. Paseaba por entre la gente con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza erguida, y no quería que nadie fijase la mirada en su cara. Si alguno osaba hacerlo, parábase de pronto, plantando sus ojos en el temerario y como preguntándole si estaba ya cansado de vivir; todos, algo por miedo, algo también por prudencia, volvían la cabeza á otra parte. Aparte de esta pretensión, satisfecho de su gloria sanguinaria, á nadie molestaba, mostrando hacia el viejo toscano el desprecio que siente el hombre de armas por el hombre de toga.

Con estos dos formaba trinidad en el castillo de proa la original figura del saltimbanqui, de largos cabellos y brazos tatuados, al cual nadie había oído el metal de la voz; tanto que se decía si era mudo: y era capaz de estarse cinco horas inmóvil en la punta extrema del vapor, con aquellos ojos verdes fijos en el aire, como si mirase á una estrella solamente perceptible para él, y absorto en visiones celestiales.

Las gentes de buen humor, al contrario, casi todas se guarecían en el cuerpo central, que ofrecía mayor espacio á sus chocarrerías, y era como la plaza de un lugar, sitio de paso, muy cómodo para corros y murmuraciones.

Aquí en el ángulo de la izquierda, cerca de la tribuna del comandante, había conversación y jarana desde la salida hasta la puesta del sol. El gracioso de la compañía era un campesino de Monferrato, el mismo que se había permitido hacer la escandalosa suposición sobre el bolsón de la buñolera: una cara de pendencia, con media nariz. No era secreto para ninguno de los de tercera clase cómo la había perdido: un guardia borracho le había cortado la punta de la nariz de un sablazo, provocado por él, estando también beodo, cierta noche en una callejuela de su pueblo; pero la parte cómica estaba en que á la mañana siguiente, esperando sacar partido de aquel desnarigamiento, había recurrido, para que le resarcieran de los daños, á las autoridades, á las cuales el policía se había guardado muy bien de participárselo; resultado del recurso fué que pasó algunos días en la cárcel, después de muchas idas y venidas al tribunal competente, y de pagar cien pesetas de multa.

Era uno de esos que equivocan le oficio: era payaso de nacimiento: contraía y alargaba el hocico como una bestia; bailaba bailes grotescos de su invención; remedaba á la gente de un modo maravilloso, y al pasar alguna autoridad de las de á bordo, saludaba siempre con ademanes de fingido respeto que hacía reventar de risa. Después de éste, el que mayor

fama tenía era un hombrecillo con la cabeza pelada, con un orzuelo abultado en un ojo; un ex portero que no se separaba de una jaula con dos mirlos, á los cuales cuidaba mucho, contando con venderlos en Buenos Aires á ochenta pesetas cada uno: negocio intentado ya por otros varios. Debía su popularidad á cierto tesoro pornográfico que había heredado de un pariente: un grueso cuaderno todo lleno de caricaturas obscenas, de charadas mal sonantes ó de anécdotas, que, leídas con las páginas dobladas, eran trozos de las vidas de los santos, y con las páginas abiertas indecencias espantosas.

Llevaba siempre consigo un grupo de *dilettanti* de inmundicias que leían cien veces al día las mismas porquerías, tirándose sobre los bancos de tanto reír, y llenándoseles de lágrimas de placer los ojos. Luego levantaba él su frente como feliz autor aplaudido. Un tercero, era cocinero de una casa de comidas, tipo frecuentísimo á bordo: el sabihondo que, habiendo estado en América una vez, se arroga gran superioridad doctoral sobre sus compañeros de viaje, explica á su modo todos los fenómenos marinos y celestes, habla de mecánica naval, cuenta del Nuevo Mundo como de su patria propia, y á todos endilga consejos, y llama villanos ignorantes á los que no lo creen: el comisario le había sorprendido una vez explican-

do el movimiento de rotación de la tierra, con una manzana en la mano, soltando tal cúmulo de desatinos, que era para hundirse el barco. A ratos perdidos tocaba también la ocarina.

Por fin hallábase un barbero veneciano, que se distinguía por su habilidad en imitar el ladrido del perro de un payaso que ladra á la luna: un ladrido lamentoso que desgarraba los nervios, pero que hubiera engañado á todos los perros de Italia. Todos los «especialistas», sin embargo, habían ya salido á luz y habían sido obligados á lucir sus habilidades; un viejo jardineiro se acurrucaba detrás de una jaula é imitaba el anhelo rabioso de uno, para el cual *poder* no es *querer*, con una perfección insuperable; un verdadero artista, decían, que era tenido en gran predicamento. Allí jugaban á la brisca, á cara y cruz á la lotería, y se estaban cantando horas enteras; jugaban á la gallina ciega gentes que peinaban canas y á las cuatro esquinas como si fueran niños. El gran espectáculo era cuando, poseído de un estío loco, venía hacia proa el saltimbanqui tatuado, y caminaba con las piernas por el aire, y hacía la serpiente ó la rueda en medio de una salva de aplausos, siempre con torva expresión, como si aquello lo hiciera por castigo; después de lo cual íbase sin pronunciar palabra, tal como había venido.

Diríase que aquella alegría más parecía re-

buscada que espontánea, y casi una especie de embriaguez en ayunas que se procuraban las gentes para ahuyentar los recuerdos tristes y los malos presentimientos; pues veíase verdaderamente que cogían al vuelo y con furor el más mínimo pretexto para aturdirse en la bacanal. A veces arrojábanse cien personas contra la borda, y se arremolinaban formando precipitadamente un corro, levantando un ruido infernal de gritos, silbidos, berridos y gallos, que se extendían por todo el barco produciendo inquietud en los marinos de la tripulación; y todo era porque se había caído al mar un sombrero, y porque uno de ellos se había untado de negro la nariz al caer sobre la compuerta de una carbonera.

Cuando por casualidad cruzaba por entre ellos una mujer ó una muchacha que no perteneciera á ninguno, era un coro de chasquidos de la lengua, de graznidos de pájaros, de voces onomatopéicas con todo género de entonaciones y significados, que obligaba á la desgraciada á echar á correr. La criada negra de los brasileños, sobre todo, al pasar por allí para ir á comer ó á dormir á su cámara de tercera, enseñando lo blanco de los ojos y de los dientes como para morder, suscitaba una música tal de versos de amor tan brutales, que parecía oírse el vocerío de un serrallo en celos. Por nuestra

parte, el hecho era el mismo. Y en efecto, si prescindimos del barniz (el que lo tenía) de la buena educación y de la cultura, ¿había acaso tan gran diferencia entre el castillo central y el de proa?

¡Con qué facilidad se hubieran encontrado los tipos gemelos y las analogías de las conversaciones! Es increíble cómo nos conocían y con qué fundamento de verdad murmuraban á nuestra espalda, descubriendo el lado ridículo de todos nosotros. Por modo indirecto lo veníamos todos á saber. Conocían algo de la índole y hábitos de cada uno por los camareros de á bordo y por los criados particulares de los pasajeros; y estaban al corriente de nuestra pequeña crónica cotidiana, como ocurre en las tiendas y en las guardillas con respecto á los vecinos de los pisos principales; y lo que no sabían lo adivinaban y lo comentaban todo. No pocos tenían apodos entre ellos; á otros les imitaban la manera de andar y la voz. Volviéndose hacia atrás de improviso, al pasar por allí, siempre se sorprendía á tres ó cuatro que guiñaban, ó sacaban la lengua, ó recomponían precipitadamente el semblante descompuesto por alguna mueca bufona. Aquellas eran nuestras horcas caudinas.

Precisamente la noche de que hablo, todo el vapor se alegró de una burla superlativa, dedi-

cada á uno de aquel grupo: un pasajero de tercera, que habiendo pagado el suplemento, comía en segunda, pero pasaba el día entre los concurrentes al castillo central. Un hombrecillo de mediana edad, con la cara arrugada como manzana cocida, un pobre diablo vestido como un sacristán y que se daba humos de burgués acomodado; pero simple é inocentón como un niño, y acariciado de todos porque poseía gran caja de botellas de vino que llevaba á América, y que defendía celosamente de toda acechanza como un depósito sagrado.

Por la mañana, subiendo sobre cubierta, había fijado su atención sobre el cuadrante telegráfico del puesto del comandante que trasmite las señales á la máquina; y como en este sitio estaba el cuarto oficial que comía en la segunda mesa con él, le preguntó para qué era aquél mecanismo.

Este le respondió que era el telégrafo.

El buen hombre se quedó estupefacto. — ¡El telégrafo! — exclamó. — ¿Para telegrafiar?

El oficial comprendió enseguida: era éste un genovés chiquitillo, fino como la triaca, gran maestro de burlas y siempre serio.

— Para telegrafiar — respondió; — claro está. ¿Para qué puede servir? Por medio de un hilo movable estamos en comunicación continua con la obra muerta submarina, y mandamos noti-

cias al armador de cuatro en cuatro horas.

El hombrecillo expresó su admiración: luego repuso tímidamente, teniendo ya en sus adentros formado su idea:—Y es claro... no servirá más que para uso del vapor.

—Por un favor especial—respondió el oficial—también puede servir para los pasajeros.

—Entonces—exclamó el otro con efusión—de buena gana mandaría un telégrama á mi mujer. Le contuvo un momento la idea del gasto; pero comprendiendo que por ser un favor se atenderían á la tarifa ordinaria, lleno de alegría se fué á escribir al despacho.—Estoy bien. Mar bueno. Mitad camino. Te abrazo, etc.,—Y preguntó si su mujer podía responder.—¡Sí, seguramente podía responder!—Porque la conozco—dijo él;—es mujer que se quitará el pan de la boca por enviarme alguna palabrita.—Quería pagar; pero el oficial no quiso: era preciso calcular antes los céntimos adicionales; por la tarde pagaría, allá sobre las cuatro, cuando volviera á ver si la respuestah abía llegado.

Se fué el pobre diablo contentísimo, dejando la hoja escrita. Vuelve á las tres: nada. A las tres y media: nada. A las cuatro: encuentra diez benditas palabras:—Gracias. Bien. Dios te acompañe. Pido por tí. Vuelve pronto.

Fuera de sí, la leyó dos veces seguidas, besa el telegrama, y se empeña en pagar.—¡A qué!

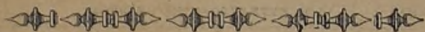
—le dice el oficial.—Es una miseria que no merece la pena hablar de ello. Y además, haré pasar el despacho como del servicio. Mas bien, puesto que usted tiene buenas botellas, destaparemos una á la mesa, y... en paz.—¿Y porqué no? ¡Descorcharemos una, dos!... Hay que estar alegres. ¡Ah! ¡la ciencia del hombre á qué extremo ha llegado!—Para acabar, en pocas palabras: á las cuatro, las dos botellas fueron destapadas á la mesa, y bebidas, y el pobre hombre se entusiasmó tanto, que hizo descorchar una tercera, una cuarta, y, toda la caja tan obstinadamente defendida hasta entonces, fué consumida. La noticia, entretanto, habíase ido difundiendo, y al salir del comedor, excitado, rojo, triunfante, subió al castillo central para hacer el quilo, y fué recibido con una rechifla carnavalesca. Al pronto, no comprendió la burla; pero cuando llegó á penetrarse del motivo, mientras todos esperaban verlo caer acongojado, se echó á reir de compasión, y volviéndose hacia el departamento de los de segunda, exclamaba:—¡Ignorantones!... ¡Bestias!... ¡Asnos!...—¡¡Feliz é imperturbable en medio del concierto de ladridos, de aullidos y de cantos de gallo que le acompañaban!!

Ocurría esta escena ante uno de los aspectos más estupendos, que pueden ofrecer el Océano y el cielo, en la región de los trópicos.

Habiéndose desgarrado poco antes del ocaso, el denso velo de vapores que nos envolvía hacía tres días ya, descendían los rayos del sol sobre el mar como si un enorme rubí, arrojase en las aguas tranquilas un haz de destellos purpurinos que cegaban; parecía que un torrente de lava encendida corriera á incendiar el *Galileo*. Y cuando el sol tocó en el horizonte, las nubes, encendidas de los más pomposos colores, comenzaron á transformarse lentamente, presentando mil formas maravillosas, que nos tenían con la boca abierta, embelesados con sus cambios:—¡Qué lástima!—exclamábamos todos, como si se desvaneciera un sueño encantador. Aparecían montes de oro, de donde se precipitaban ríos de sangre, fuentes inmensas de metales en fusión, pabellones sublimes, resplandecientes por debajo con una luz tan celestial, que al fijar en ella la mirada, la mente vacilaba un momento, esperando con sentimiento de ansiedad, la última visión de Dante: los tres círculos de tres colores y de un sólo contenido, la efigie humana, ante la cual

faltó fuerzas al alta fantasía.





X

EL DORMITORIO DE LAS MUJERES

Y mar, mar, y siempre mar. Era cosa de pensar si las tierras habían desaparecido de la superficie del globo, y si navegábamos sobre el océano universal, sin arribar nunca á punto alguno. No eran ya las aguas amarillentas de los días anteriores; sino el cielo blanco, el sol blanco, un mar que parecía una inmensa chapa de plomo, y sobre el vapor, todo cuanto se tocaba, abrasaba. Y no era lo peor el calor ardiente; era el tufillo de aire corrompido y enfermizo el que desde la puerta abierta de los dormitorios de los hombres subía á bocanadas hasta la cubierta; un olor tan hediondo que daba compasión el considerar que procedía de humanas criaturas, y espantaba pen-

sar lo que hubiera sucedido si estallaba á bordo una enfermedad contagiosa. Y, sin embargo, nos aseguraron que no iban más pasajeros que los que la ley consiente que se embarquen en relación con el espacio. ¡Eh, qué importa si no se respira! La ley es injusta. Permite que se ocupe sobre los vapores italianos un espacio mayor casi en una tercera parte de lo que se concede á los vapores ingleses y norte-americanos; y no está allí presente para comprobar si el estado que las autoridades dan como bueno á la salida, se mantiene luego durante todo el viaje; impidiendo, por ejemplo, que se embarquen en otros puertos más pasajeros que los sitios vacantes que restan, y que se metan pasajeros sanos en lugar reservado á los enfermos, y que se improvisen dormitorios al aire libre... ¡Cuánto queda por hacer todavía en estos hermosos vapores que el día de la salida se ven relumbrar como palacios de príncipes!

¡En casi todos ellos los marineros y fogoneeros están como perros, la enfermería es un escondrijo, los lugares que debieran estar más limpios dan horror, y para mil y quinientos viajeros de tercera clase no hay ni siquiera un baño! Y digan lo que quieran los higienistas que han fijado el número necesario de metros cúbicos de aire, la carne humana va demasiado amontonada; y el que antes se hiciera peor, no

excusa; todavía hoy es una cosa que da compasión y produce ira.

Entre tanto, según iba elevándose la columna termométrica, crecían para el comisario las ocupaciones y los fastidios; y principalmente de parte del dormitorio de las mujeres, donde tenía que bajar á menudo de día y de noche para restablecer el orden y velar por la limpieza. Aun sin tener en cuenta otras ocupaciones, este espectáculo obligatorio, hubiera sido bastante para apartar de semejante cargo á cualquiera persona honrada. Imagínense dos pisos bajo cubierta, con dos vastísimos almacenes, iluminados por una luz de bodega, y en cada uno de ellos tres órdenes de nichos puestos unos sobre otros, todo alrededor por las paredes y en el centro, y allí, cerca de cuatrocientas personas entre mujeres y niños de pecho ó ya destetados, y treinta y dos grados de calor. En un nicho bajo veíase durmiendo una mujer en cinta, con un niño de dos años, sobre ella una vieja setentona, y sobre ésta una jovencilla en la flor de su edad; más allá extendíase una calabresa junto á una señora que había caído en la indigencia; más adelante una aventurera de ciudad, que se daba coloretes en la oscuridad, codeándose con una campesina temerosa de Dios, que dormía con el rosario entre las manos. Visitando los dormitorios de noche, se

veían colgar de los camarotes cabelleras grises, trenzas rubias, fajas de niños pequeños, horribles canillas seniles y bellas piernas de muchachas; y un montón harapiento de mantones, vestidos, faldas de todos colores, naturales y adquiridos, imaginables y posibles, como banderas del ejército infinito de la miseria; y sobre el entarimado, una confusión de botinas, zuecos, zapatos viejos, ligas, botitos, calcetas, que hacía pensar con angustia en el sinnúmero de cuestiones y de camorras preparadas para el día siguiente á la hora de levantarse. Muchas mujeres no dormían.

El comisario avanzaba acompañado de mil desordenadas conversaciones, interrumpido por risas comprimidas, por llantos de niños, por suspiros de muchachas, por gemidos de mujeres ahogadas de calor, y murmullos de viejas que, no pudiendo cerrar ojo, masticaban *padre-nuestros* y *avemarías*. De vez en cuando era llamado por una mano ó por una voz muy queda, que le obligaba á inclinarse ó á levantarse sobre la punta de los pies para escuchar un lamento ó una protesta.—Señor comisario—le decía una al oído—ponga usted remedio: hay una muchacha en el número 25 que es un escándalo; tengo aquí debajo dos muchachillos; dígale que esté, como es debido: ¿ó en qué lugar estamos? —Otra quería que les advirtiese á las dos veci-

nas de encima que no sacasen los pies fuera y que hablasen con decencia. Las viejas, especialmente, lo atormentaban en pro de la buena moral, y denunciaban con gran rabia y gran misterio á las culpables.—Piense en ello usted, señor comisario. Ustedes no ven nada, perdóne. En el número 77 está aquella rubia que todas las noches sale envuelta en la manta y no vuelve hasta las cuatro. Es una indecencia que debe concluir.—Otras pretendían cambiar de lugar, porque les había tocado una vecina asmática, ó porque la muchacha que tenían al lado, sin duda, esparcía un olor á almizcle que volvía tonta la cabeza. A todas tenía que aquietarlas:—Veremos, ya procuraré, dormid entretanto, tranquilizáos y no os impacientéis.—Y así, avanzando al pálido resplandor de los faroles, tropezaba con madres dormidas que oprimían á sus hijos contra el pecho, respirando afanosamente, con la cara contraída por un sueño doloroso y lleno de espanto; senos juveniles no descubiertos por casualidad; bocas sin dientes entreabiertas en el sueño, como si gritasen; ojos que brillaban en la sombra con una sonrisa que hacía una oferta.

Y á veces, en las galerías, encontraba caras sospechosas, que inmediatamente eran sometidas á un interrogatorio.—¿Dónde vais á estas horas?—Arriba (naturalmente) por una

necesidad.—¿Con esos ojos tan llenos de pasión? Cinco minutos tenéis nada más, y luego os tomaré el pulso.—Un poco más allá deteníase á hacer una amonestación; —¡Os lo advierto por última vez; si mañana no os mudáis la camisa, os la hago trizas! ¡No os da vergüenza?—Y la reprendida algunas veces respondía la verdad, desgraciadamente:—¡No tengo otra, señorito!—Y adelante, de galería en galería; en un lado ponía sobre el colchoncillo la cabeza de una niña desnuda que salía demasiado fuera; en otro, hacía callar á dos comadres charlatanas que se insultaban en voz baja por una cuestión que había surgido durante la mañana al repartirse la galleta; cuatro pasos más abajo, animaba á una pobre mujer sola que, dominada por la melancolía, lloraba sobre la almohada, diciendo que tenía el presentimiento de no encontrar ya á su marido en América. Y á fuerza de pasar y repasar, conocía el modo de dormir de todos.

La boloñesa, que estaba acostada de lado, tocaba casi con su anca enorme en el nicho de encima: la bella campesina de Capracotta se revolvía como una ardilla; aquel par de atufadas de coristas dormían con las piernas y los brazos caídos de un lado y de otro, como los palos de una X; y la señora «decaída» se había extendido encima el pobre vestido de seda

negra, como paño fúnebre de su antigua fortuna.

La más hermosa y tranquila también en el sueño era la muchacha genovesa, que reposaba descuidada, estirada, tapada enteramente, como una estatua de reina extendida sobre su tumba de mármol. La vista de todas aquellas miserables vejeces, de todas aquellas madres sin pan y sin hogar, durmiendo sobre el Océano, á miles de millas de la patria abandonada y de la tierra prometida, alejaban de la mente todo pensamiento sensual, aun delante de tantas desnudeces ostentadas ó inconscientes que se ofrecían á los del sobrecargo. Pasaba por allí como el médico por el hospital, no menos inaccesible á todo género de tentación de lo que lo fuese aquel pobre viejo desmadejado de marinero, que le acompañaba con la linterna en la mano. ¡Infeliz jorobeta! Para él, que no iba protegido por la dignidad del cargo, el oficio era bastante más duro; tanto más, cuanto que apenas salía el comisario, se quedaba solo en el dormitorio, con el cubo del agua y el jarro, á disposición de todas las sedientas.—*Ven acá, viejo — ¡A mí, hombre de perdición! — ¡Agua! — ¡Agua! — ¡Agua!*—esto, en todos los dialectos de la madre Italia.

A su presencia disputaban en alta voz, burlándose del reglamento, y se reían de él; y cuando las reprendía, le replicaban en toda re-

gla; alguna, por desprecio, le enseñaba la cara donde se dan las bofetadas con el pie; al levantarse, sobre todo cuando se trataba de pescar la ropa en medio de aquel barullo, le hacían perder la cabeza, y entonces escapaba á correr huyendo como de un enjambre, y se refugiaba sobre cubierta, sudando y afanoso. Y precisamente aquella mañana, á la hora crítica, lo encontré delante de la puerta del dormitorio, con el alma angustiada.—¿Qué hay?—le dije,—os ponen la sangre verde, ¿no es verdad?—¡Ah! me respondió, arrojando con desaliento los adminículos de su oficio.—¡No puedo más!—¿Y pasa esto en todos los viajes?—le pregunté.—¡Ah no, gracias á Dios!—replicó.—Hay viajes,... á veces por casualidad, cae una carga de buenas mujeres. Otras veces..... ésta, por ejemplo, que es una avalancha de mujeres sin educación, una verdadera carga de calamidades.—Luego, recomponiendo su filosófica apostura y levantando el índice, me dijo confidencialmente al oído:—Oiga, no se case. Y volviéndome la joroba, se fué.

*
* *

En esa misma mañana había ocurrido en el dormitorio un gran escándalo, que no llegó á

mis oídos hasta más tarde, estando con el comisario en el puesto del comandante, viendo la gran danza de las muelas de mediodía; asemejábase al espectáculo que se presencia en ciertas fiestas de santuarios campestres, donde se reúnen cien familias á merendar en la pradera al aire libre: una confusión como de campamento; multitud de grupos de hombres, de mujeres, de muchachos, sentados, arrodillados, acurrucados en mil diferentes posturas, en alto, en bajo, sobre todos los salientes y en todos los agujeros, con los platos en la mano, entre las piernas y sobre los pies, con las cabezas cubiertas con pañuelos, con delantales, con gorros de papel, con las faldas remangadas, hasta con cestillos, con objeto de librarse del sol que quemaba; y en medio de los grupos, entre la hostelería y las cocinas, un ir y venir presuroso de innumerables cabos de rancho, con panes bajo el brazo, con los jarros y las escudillas en la mano, perseguidos por mil ojos, llamados por mil manos, apostrofados por mil bocas. Junto al sobrecargo estaba el garibaldino, contemplando la multitud con reposada y nada benévola mirada, y á su derecha la señorita de Mestre y la tía, apoyadas en la borda, preocupadas, observando á la muchacha genovesa, que estaba debajo. Esta cortaba la carne al hermano, daba de beber á su padre, y ofrecía á otras dos mujeres y á un muchacho, que per-

tenecían á su rancho, ora un objeto, ora otro, con la gracia de siempre; pero no con la acostumbrada serenidad. No comía y le temblaban las manos.

La señorita observó que tenía los ojos encendidos, y temiendo que fuese por haber llorado, preguntó al comisario si sabía por qué.

Lo sabía, é hizo relación del suceso. De aquel enjambre de odios que por varios días le habían silbado al oído, habíase finalmente levantado una cabeza que le había mordido en el corazón. Al volver á bajar aquella mañana al dormitorio, después de haber acompañado sobre cubierta á su hermano, se encontró con una multitud de mujeres aglomeradas delante de su camarote, donde había pegada con miga de pan una tira de papel cortada de un periódico indecente, en la cual habían escrito con lápiz en gruesos caracteres una docena de palabras. Apenas lo leyó, se echó las manos á la cara prorrumpiendo en amargo llanto. Era una docena de adjetivos desnudos y crudos, que se pueden imaginar pero no escribir. Entonces las mujeres que allí estaban, que no habían pensado en arrancar el papel, diéronse á consolarla á su manera, y una de ellas, por encargo de una tercera, le sopló al oído el nombre de la culpable, una bribona vil, una hedionda; había pegado aquella infamia á la escapada, en un momento en que

en el dormitorio no había casi nadie, pero no tan de prisa, sin embargo, que no la viera un muchacho que parecía estar durmiendo, que fué el que contó la cosa á su madre.—Llevalle el papel al comandante —le decían.—Haced que el comisario la llame.—La pondrán presa.—La pondrán en berlina en el puente.—La condenarán en el tribunal de América.—La genovesa despegó el papel sollozando, y se estuvo esperando á que pareciese la calumniadora. Bajó ésta al poco rato, y era la bizquilla casposa de pelo rojo, encaprichada del escribanillo y celosa como una bestia. Al oír:—Allí viene, la genovesa, corrió á su encuentro, seguida de las comadres, hambrientas de presenciar una escena de mal género. Ella se había puesto pálida, levantando la cabeza, sin embargo, en actitud provocadora.

Pero la buena muchacha no hizo mas que presentarle el papel, diciéndole con temblorosa voz:—¿Qué os he hecho yo? La rapidez con que la otra se apoderó y rasgó el cuerpo del delito era una confesión involuntaria, que hacía doblemente inútiles sus excusas. La genovesa, sin añadir una palabra más, subió turbada y llorosa otra vez sobre cubierta, y á nadie se quejó. Enterado el comisario del asunto, llamó á su oficina á la reo, que juraba y perjuraba que era inocente, contentándose por esto con amenazar-

la con los grilletes, y que para otra vez la arrojaría al fondo de la bodega, para que la royeran los ratas.

La señorita, que había oído la relación sin separar la vista de la muchacha, repitió lentamente, como para sí misma, con su acento veneciano:—¿Y bien, qué os he hecho yo?—Y los ojos se le llenaron de lágrimas.

El comisario había recogido algunas noticias sobre aquella muchacha y su familia. Era de Levante. Su padre, que tenía una tenducha de no sé qué cosa, por malos negocios se había decidido á ir á América, donde le llamaba un primo suyo que caminaba con fortuna; pero encontrándose sin una peseta, vióse obligado á retrasar la salida hasta el año siguiente; y el dinero para el viaje se lo había reunido, céntimo á céntimo, su hija, ora vendiendo todas sus bagatelas, ora asistiendo por la noche á una señora alemana enferma y planchando durante el día en los establecimientos de baños. Una gran señal negra que tenía en una mano, y que se veía desde el puente, debía de ser de una quemadura.

Fuese sospecha ó casualidad, en aquel punto levantó la cara, y, comprendiendo que hablabamos de ella, se puso encendida como la grana; pero, tranquilizada por la mirada dulce de la señorita, clavó en ésta sus grandes ojos azules,

aún humedecidos, sonriéndose. Bajó luego su cabeza para atender al hermano, y ya no vimos mas que el montón de oro de sus trenzas y el hermoso cuello sonrosado.

La señorita tocó con el abanico el brazo del garibaldino, y, señalándole la muchacha, le dijo con su voz dulce y triste:—He ahí la virtud, señores.

Esto fué para mí como una revelación sobre la naturaleza y fin de las conversaciones que debía sostener con él, y deseando ver hasta qué punto llegaba en su obra, me volví á mirar el semblante de su compañero; él habíase ya vuelto hacia el mar, donde todos los pasajeros de tercera clase, puestos en pie como á una voz, miraban, levantando gran vocerío.



Aparecía una vela en el horizonte sobre nuestra derecha. El oficial subalterno del despacho, que estaba de guardia, la había ya señalado hacía tiempo. No se veía mas que una manchita blanca de forma trapecial, coloreada por un rayo pálido de sol, en medio de la inmensidad gris; y un chubasco lejano, sirviéndole de fondo negro en el cielo y en las aguas, le daba una

blancura vivísima, al mismo tiempo que la hacía parecer cosa más mísera todavía, el semblante airado y amenazador del Océano.

¡Y, sin embargo, no es posible decir cuánta vida, qué imprevista alegría difundía en la soledad infinita aquella humilde enseña de la humanidad: como si el mundo habitado hubiera dado un gran paso hacia nosotros! El oficial hizo traer las banderolas del alfabeto náutico, y apuntó su anteojo. Cuando estuvimos más cerca el barco de vela saludó primero con la bandera.

El *Galileo* devolvió el saludo.

Entonces comenzó entre el vapor y el velero un precipitado diálogo, que el oficial traducía en alta voz para nosotros, y que los emigrantes seguían con los ojos en silencio como si lo entendieran.

Era un barco italiano detenido en aquel punto por las calmas ecuatoriales.

Lo primero que nos dijo fué el nombre del armador: Antonio Paganetti.

Luego: — procedente de Valparaíso y encaminándose á Génova.

—¿Cuántos días lleva de viaje?

— Dos meses.

—¿Y cuánto inmóvil?

— Dieciocho días.

—¿Qué poco! — exclamó el oficial.

—Suplico que comuniquen nuestra presencia al representante de nuestro armador en Montevideo. Ninguna avería. Todos buenos.

—¿Necesitan algo?

—Gracias.

—Buen viaje.

—Buen viaje.

¡Qué grande, veloz y alegre nos pareció el *Galileo* en comparación de aquel pequeño barco inmóvil, con diez ó doce hombres quizá de equipaje, condenado á flotar como una cosa muerta, quién sabe por cuánto tiempo aún, bajo los terribles rayos del sol ecuatorial! Con un sentimiento de compasión lo vimos empequeñecerse poco á poco, convertirse en un punto blanco y esconderse por fin detrás del horizonte; pero compasión egoísta, semejante á la que sienten los viajeros que desde los vagones amplios y cómodos de un tren que marcha á toda velocidad ven al pasar el carrujillo bamboleándose por fangoso camino del campo y arrastrado por tísico caballejo. De este contraste surgió una corriente de buen humor, que fué extendiéndose de proa á popa, y duró hasta la noche.

Aquel era el día de las novedades. Al comer, antes de sentarse, el comandante dijo en alta voz:—Señores, tenemos á bordo un pasajero más.

Muchos no comprendieron.

—Un hermoso niño—añadió—que apenas tiene una hora y tres cuartos, de edad.

Todos se alegraron riendo y comentando el hecho. Por una ligera alteración que noté en el semblante de la señorita de Mestre, comprendí que debía haber dado á luz la campesina de su pueblo.

—Ha nacido en el hemisferio boreal—concluyó el comandante;—pero le bautizarán en el otro. Mañana pasamos el Ecuador.





XI

EL PASO DEL ECUADOR

AL día siguiente, desde por la mañana temprano, no se hablaba á proa mas que de la novedad del niño y del paso del ecuador: del Ecuador, del *Icuador*, del *Cuador*, del *Cuator*, porque cada cual estropeaba la palabra á su modo.

*
* *

Del nacimiento hablaban principalmente las mujeres, ansiosas por saber si bautizarían al niño y cómo, quiénes serían el padrino y la ma-

drina, que debían ser dos señores, según el uso: le bautizaría el cura larguirucho de primera, ó uno de los dos de segunda, ó el fraile? ¿Y dónde, si no había ni capilla ni altar? ¿Y los regalos? Todas estas cosas, en la vida recogida del barco, tomaban importancia de negocios de Estado. El sobrecargo me enteró de que la campesina de Mestre era *grandemente envidiada* por todas las mujeres en cinta, de tercera, y tanto más cuanto más avanzadas en el embarazo; porque es tradición de cortesía marinera, que las púerperas á bordo sean tratadas con grandes miramientos; y las otras, viendo pasar tazas de caldo, cuartos de gallina y copitas de Marsala, pensaban con pena que ellas, estando en tierra, no tendrían igual fortuna.—¡Eso se llama ser afortunada!—decían. Si con sólo un esfuerzo pudiera anticiparse el suceso algunos días, lo hubieran hecho con toda su alma. Las había que estaban seriamente incomodadas.



En cuanto al Ecuador, todos hablaban de él. Pero, en este punto, importa dar algunos pasos atrás para explicar bien qué efecto causaba el mar en toda aquella gente. Primeramente les era antipático. Los ignorantes no admiran el

mar, porque tienen poco ó nada que escribir con el pensamiento en aquella inmensa página en blanco, y la inmensidad sencilla no es bella mas que para el que piensa. No recuerdo haber oído nunca entre aquellos emigrantes ni una exclamación admirativa para el Océano. Ante el agua se quedan siempre con la primera idea que ésta despierta á toda criatura humana, á saber: que es el elemento de la asfixia. Luego, y tuve ocasión de comprobarlo, desde la salida del estrecho, para la mayor parte, aquel grande Océano habia sido una desilusión, porque no habían visto en él mayor extensión de agua que en el Mediterráneo, cuando todos ellos imaginaban, que al entrar en sus aguas verían ensancharse el horizonte desmesuradamente, como sucede al que sube de una colina á una montaña.

Y no sólo por esta razón. En la mente del pueblo, á la idea de los grandes mares van unidos todavía restos de las antiguas creaciones fabulosas de la antigüedad y de los tiempos medios; y ya que no los monstruos alados, los *kraken* de una milla en redondo y los peces cantantes, muchos esperan ver cuando menos ballenas, pólipos enormes ó luchas terribles entre peces espadas, y olas como montañas; y viendo luego aquel mar siempre quieto, y sin que aparezca siquiera ni el hociquillo de pececitos diminutos, al cabo de dos semanas de

navegación se encogen de hombros diciendo:— Es un mar como otro cualquiera.— Y en cuanto á interesarse y tomar gusto por otras cosas, no pueden, ó porque las ignoran, ó porque no creen en ellas ó las entienden á medias. Yo hice la siguiente observación: que casi todas las conversaciones que sosteníamos en la popa, sobre el mar, sobre la navegación, sobre las tierras, las cuales cambiaban poco á poco de asunto, según cambiaban uestra situación geográfica, y nos eran impuestas, por decirlo así, por el grado de latitud, casi todas, digo, transmitiéndose de boca en boca y de clase en clase, tenían su eco uno ó dos días después (como ocurre con los acontecimientos de las ciudades y los pueblos), en los corros de proa, desde donde volvían hasta nosotros en forma fragmentaria, cogida por los empleados al pasar.

Pues bien, parece increíble las transformaciones extrañas que las noticias y las observaciones científicas experimentaban en el tránsito. De la antigua Atlántida, de la cual se había hablado á la latitud del mar de los Sargazos, se trataba entre los de tercera clase como de un mundo que hubiese desaparecido pocos años atrás, y que alguno de nosotros se vanagloriase de haber visto. A la latitud de la Senegambia, habiendo hablado de negros, decían los emigrantes que el *Galileo* filaba á toda veloci-

dad por huir de la costa, donde había un pueblo de terribles salvajes, que cazaban los barcos para comerse á los pasajeros, y no pocas veces lo lograban. Sobre el mismo Ecuador, días antes iban ya prediciendo que sufriríamos horas de calor horrible, que llegaría á fundir las velas y el lacre de las cartas, y un sol tan ardiente que á más de uno se le volvería el juicio, y caerían accidentados, á docenas. Pero lo más singular del caso, era que el paso de un hemisferio á otro, que á todos debería persuadir de la redondez de la tierra, antes bien les ofrecía una prueba en contrario; que les afirmaba más en la antigua incredulidad; porque al fin, ahora llegaban á ver que todo era llano; y no había mucho de qué regocijarse con los que mostraban estar persuadidos de la verdad; puesto que no pocos se imaginaban que, una vez pasado el Ecuador, iría el vapor descendiendo lentamente, viéndose entonces cómo iba dando vueltas en derredor del globo, como una hormiga sobre una bola.

Otros muchos no creían nada de todo lo que oían decir. Por la mañana, mientras el marido de la suiza (dotado de la estupidez más incurable, cual es, como dice un gran hombre, la que se contrae sobre los libros) estaba explicando el Ecuador á un grupo de emigrantes, con una fraseología néciamente científica que no podían

comprender: —... el hogar eléctrico del globo... el regulador de las evaporaciones de ambos mundos... el lugar donde el mar mezcla sus dos sangres...—ellos miraban con curiosidad en derredor y á lo alto, y no viendo nada extraordinario, se volvían á mirarle á él con malos ojos, y con trazas de decirle que acabase de reirse á su cuenta. Pero lo que les preocupaba sobre todo hacía varios días, era el haber oído decir que de la parte de allá del Ecuador se verían estrellas nuevas, y que una de éstas, el alfa del Centauro, era de todas las estrellas la más inmediata á la tierra. Quizá pensaban que se presentaría tan grande como la luna.

Desde la mañana de aquel día tan esperado, en plena luz solar, hombres y mujeres recorrían el cielo con sus ojos, con la idea de ver milagros. Una mujer preguntó al comisario si en aquella otra parte del mundo, donde íbamos á entrar, la luna y el sol eran los mismos que entre nosotros se veían. ¿Qué es esta *raya* que divide el mundo en dos partes? ¿Se podía creer lo que decían, que nadie tendría hora precisa? ¿Era cierto que en el año que se va á América se pierde una estación? ¿Y dónde va á parar esta estación? El comisario se ingeniaba para explicárselo; pero los había que no atendían para nada á las explicaciones solicitadas antes con empeño; como si fuese tiempo perdido.

Otros, para entenderlo, tendían con toda su fuerza el arco de la inteligencia, y luego renunciaban á comprenderlo, haciendo acto de resignación. El sentimiento último de la mayoría era una vaga sospecha de que todas aquellas maravillas fuese un montón de embrollos que *los señores* les propinaban para dárselas de sabios, ó ya que no esto, que sus explicaciones, fuesen esfuerzos de fantasía; y que, por lo demás, todo permaneciese envuelto en las sombras de impenetrable misterio. Gran parte de ellos hubiese creído mejor en los tres monjes legendarios del Asia, que desde hace quince siglos caminan en línea recta siempre, buscando el lugar donde nace el sol. Desanimaba el pensar que un millar quizás de aquellos mil seiscientos ciudadanos de uno de los países cultos de Europa, no tuviesen, respecto de la tierra y del cielo, conocimientos más amplios ni más exactos de los que hubiésemos encontrado, cinco siglos ha, en otros mil individuos de la misma clase; y que exista en el mundo una cierta cantidad irreductible de ignorancia: que se puede encauzar y hasta comprimir como una masa de agua en mil formas diferentes, pero que no se puede disminuir de volumen.

*
* *

No importa: el paso del Ecuador era una fiesta para todos, especialmente por la distribución extraordinaria que se había anunciado de tres litros de vino por *rancho*: y también porque, habiendo dado el comandante orden de abrir la bodega y dejar sacar los equipajes, para muchos era un verdadero gozo proveerse de ropas y arreglar un poco sus propios harapos, reducidos á estado miserable por la humedad de la zona tropical.

Además de que el anuncio de los fuegos artificiales para por la noche ponía á toda la chiquillería en ebullición. La gran operación del baldeo matutino fué hecha con insólito vigor, y á la hora del almuerzo se vieron varias muchachas con pañuelos y cintitas nuevas en el pecho y en la cabeza, mamás peinadas con más cuidado que los demás días, hombres con corbatas extraordinarias, afeitados, con camisas sacadas de la colada, cuellos de los cuales habían caído las escamas. La muchedumbre se había endomingado; las mujeres, en homenaje al nuevo santo, no trabajaban, y la mayor parte de los hombres, reunidos en grupos numerosos

y animados, mostraban claramente en su cara la premeditación de una borrachera para aquella noche.

Entre tanto, muchos andaban solícitos alrededor de la oficina para asegurarse á tiempo de cualquier avance de la comida de gala de primera clase, y en las cocinas de tercera había también una agitación, un ir y venir desusado, del cual se podía argumentar que aquel día el cocinero y sus ayudantes habrían hecho gran tráfico de platos de contrabando. Dos fuertes aguaceros, caídos con una hora de intervalo entre uno y otro, pero cortísimos, no hicieron mas que excitar el buen humor de la multitud: luego el cielo se aclaró, y el mar, por momentos azul, por momentos violáceo, movido en largas y lentas ondulaciones, parecía prometer que no turbaría la jornada.

Y fué fiesta también para nosotros. Para mí comenzó después de almorzar en el camarote del segundo, con el cual pasé una hora agradableísima, junto con otros dos oficiales y con el marsellés, bebiendo buen champagne, debido á una discusión sobre Guillermo Watt. Hablando de la mala fortuna de los inventores, al marsellés se le había escapado decir que Watt había muerto en la miseria. El segundo lo había negado; había muerto en la holgura, cargado de honores y rodeado de amigos ilustres.

—¡En la miseria, Señor mío! En la más espantosa indigencia!— En la riqueza, os digo.— ¡Sin un céntimo, sin un céntimo!—De aquí la apuesta, y había dado sentencia inapelable una *Historia de las máquinas de vapor* que había á bordo, escrita precisamente por un marsellés, el cual desmentía, sin miramiento ante todo el mundo, á su conciudadano. ¡Qué originales tipos aquellos tres oficiales del *Galileo*, sin excluir aquel morenillo astuto del despacho! Todos más jóvenes de espíritu de lo que su edad hiciera creer, y con cierta sencillez de solitarios, rarísima de encontrar en el mundo, hasta entre los mismos solitarios. Cada uno de ellos tenía un estudio ó un arte entre manos, con el cual mataban el tiempo en aquellos viajes continuos: el Segundo estudiaba el alemán, el tercero pintaba marinas, el cuarto había empezado recientemente á tocar la flauta. Y cada cual tenía una colección interminable de anécdotas de viajes, que contaba de un modo particular, lentamente, diciendo de la manera más natural del mundo las cosas más extrañas, como gente acostumbrada á hacer vida común con la parte más aventurera y más rara del género humano: y esto cuando se encuentra en condiciones de vida y de ánimo excepcionales. ¡Habían hecho travesías llenas de peripecias, durante las cuales el registro de nacimientos y de unciones había estado en mo-

vimiento continuo; cuarentenas durante las que era cosa de morir de fastidio; horas de guardia en noches de tempestad, de las cuales era para salir con la cabeza blanca! ¡Y habían visto pasar á bordo miserias, amores, miedos, caras irregulares, familias gitanescas!

Curiosa era también la confusión, ó mejor dicho el desate de ideas que tenían en la cabeza con respecto á la política de los dos países entre los cuales viajaban: ¡ellos! que, al regresar á Génova se encontraban dos meses retrasados en la lectura de los periódicos de Italia y volvían á salir antes de haber podido comprenderlos, para llegar otra vez á la Argentina, en ayunas cincuenta días de los hechos de allí. Y más curiosa era ver su condición respecto á las propias familias.

El Segundo nos divirtió mucho explicándonos, con la copa en la mano, cómo, teniendo mujer hacía año y medio, le parecía aún ser un esposo de pocos meses.

Había salido de Génova ocho días después de su boda, y no había visto á su mujer mas que á intervalos de dos meses, y por tan cortos espacios de tiempo, que entre ellos no había podido haber familiaridad; de modo que siempre que llegaba era recibido con un poco de la emoción de la primera vez y tratado con cierta gracia respetuosa y llenade turbación, casi como

un extraño: lo cual mantenía inmóvil en el horizonte la luna de miel.

Y él mismo nos enseñó el retrato de su mujer, con el aire de quien hiciera ver en confianza la fotografía de una señorita con la cual estuviera en relaciones.

—¡*Tipo genovés!*—le dijo el marsellés mirándola.—Es de Palermo—respondió él.—¡*Imposible!*—¡Ah, qué risotada! Tal risotada, que esta vez tuvo que fingir que había él dicho su *imposible* por broma.

*
* *

Todos estaban alegres, aun cuando el capitán había dado á entender que no quería la broma usual de bautizar con las botellas á quien pasaba la línea por primera vez: una *novatada* que acababa siempre mal. Por otra parte no había personajes apropiados para ello. Hasta el genovés del lente se acariciaba la barba de crin de cepillo con aire menos aburrido que de costumbre. Detenía ora aquí, ora allá á este ó el otro, exclamando:—Pechugas de pollo con vino de Madera.—Había arrancado al cocinero una porción de secretos y decía que tendríamos una comida espléndida y discursos.

El agente de cambio, con el cual dí un paseo, me anunció un brindis del marsellés; lo había oído ensayarlo en el camarote. Me refirió al mismo tiempo que la noche antes había ocurrido una escenita, á causa de aquella lengua de escorpión de la madre de la pianista; la cual, habiendo insinuado al presunto «ladrón» que debía haber desmentido las voces calumniosas que respecto de él corrían á bordo, este había ido en busca del capitán para preguntar en voz alta qué voces eran aquellas y quién las había hecho correr, amenazando con estocadas y pistoletazos; pero parecía que accediendo á sus ruegos, había prometido estarse quieto hasta el otro hemisferio. Cuando subimos al castillo de popa nos encontramos á aquella fiera *escupe veneno*, que parecía gozar de haber por fin conseguido producir un escándalo, y ambos á dos notamos una animación jamás vista en la insípida cara de su hija, algo así como el reflejo de secreta complacencia; á la cual buscó la causa en vano, el agente con una mirada larga, giratoria, sospechando que viniera por el aire otro tijeretazo. Al pasar por delante de la despensa vimos á los esposos derechos delante del banco bebiendo rosoli aguado. El agente los saludó. El esposo dijo tímidamente: — Estamos festejando el Ecuador. — ¡Eh! me parece que festejan todos los paralelos — replicó el otro con tono de des-

pecho y mirándoles con fijeza á los dos.—Y ellos se taparon con presteza la cara con las copas.

Luego fuimos á beber una copita de Chartreuse á la puerta del camarote de la domadora, la cual recibía á los amigos con los ojos flotando en la dulzura, y decía que hubiera querido que el viaje durase un año; de tal suerte encontraba la compañía bien combinada, educada, cortés, agradable y otra porción de adjetivos azucarados que parecían salir de muchas copas que debía haber ya trasegado durante la jornada.

Cuando desde allí volvimos á subir al castillo, encontramos novedades: la señora argentina, verdadera reina del barco, con una corte de admiradores en derredor suyo, vestida con un traje color vainilla que hacía resaltar maravillosamente su cálida y florida encarnadura de criolla, radiante la faz como si estuviese satisfecha de entrar en la mitad del mundo, que era la suya; y la señora suiza, que paseaba por primera vez con su antiguo diputado sin que nadie hubiera observado en qué día ni de qué modo habia sobrevenido la reconciliación. Media hora de su conversación descosida, saltarina, vacía, toda llena de pequeñas tonterías color de rosa y de risitas descocadas de modistilla, nos persuadió de que se sentía feliz por haber vuelto á poner su garra blanca en el Parlamento de Buenos Aires. Y también parecía satisfecho

el marido de sus excursiones profesionales entre los emigrantes, porque estaba recogiendo del Segundo nuevas nociones geográficas con una carta marítima extendida delante de sus anteojos. En todos los ojos parecía relampaguear una confusa esperanza, como la que suele verse en la cara de las gentes el último día del año, como si todos confiaran en que en el hemisferio inferior les esperaba mejor fortuna que aquella que habían tenido en el otro.

*
* *

Y la alegría aumentó todavía á la hora de comer, en que, excepción hecha del garibaldino y de la señora de la escobilla, que permaneció silenciosa y sin comer, con la mira evidentísima de hacer un desprecio visible á su marido, todos charlaron calurosamente, como en una gran comida de buenos amigos. Y se tuvo la gran sorpresa aquella noche de oír la voz de los cónyuges brasileños, los cuales, tomando parte en la conversación de los argentinos y excitados poco á poco por el amor patrio, describieron con elocuencia admirable, que nos hizo callar á todos, las bellezas de su país, la gran bahía de Río Janeiro, coronada de sus montes de fi-

lón de azúcar y sembrada de islitas cubiertas de palmeras y de helechos gigantes, con vastísimos bosques espesos semejantes á apretadas columnatas de catedrales sin cuento, poblados de monos y panteras, recorrido por bandadas de papagayos verdes y encarnados, envueltos en nubes de piedras preciosas y de flores con alas y de coleópteros luminosos.

Como la conversación se prolongara sobre el mismo asunto, todos los pasajeros que habían visitado el Brasil se pusieron á relatar y á describir á una vez; y toda la flora y la fauna brasileñas fueron puestas de arriba abajo, y pasaron por encima de la mesa los tapiros y los cocodrilos de los inmensos ríos, los enormes sapos que ladran, los monstruosos murciélagos que desangran á los caballos, las horribles serpientes que chupan el seno á las mujeres, y las ranas que cantan en las copas de los árboles, y las tortugas de dos metros de largo, y las grandes hormigas de San Pablo que se comen fritas los indígenas; y como á la descripción se uniera la armonía imitativa, fué aquello una batahola de mugidos, de graznidos y de silbidos que parecía que nos encontrábamos en medio de un bosque de los trópicos, y algún momento se experimentaba cierta sensación de espanto.

Los únicos que no sentían nada eran los esposos, quienes, aprovechando la distracción de

lós que hablaban, pasábanse con cuidado el brazo alrededor del talle, saeteados por los ojos de la pianista; y la señora rubia, la cual distribuía miradas ardientes al argentino, al peruano, al toscano, al tenor, con una prodigalidad en verdad un si es no es demasiado llamativas; tanto que el capitán, al fin, dejó escapar de sus labios su frase de admonición:—Esta señora empieza á estomagarme.

Pero fué tranquilizado por el brindis del marsellés, el cual se puso en pie, y echando hacia adelante el busto patagónico y levantando por encima de la cabeza la copa de champagne, dijo con grave acento:—*¡A la salud de nuestro bravo comandante... por la Sociedad de navegación... por la Italia, señores!*—Y todos aplaudieron, excepto el molinero. Y yo le perdoné en aquel momento el insulto que hacía á mi lengua y el que se imaginaba haber hecho á mis conciudadanas.

*
* *

Cuando nos levantamos de la mesa subimos al puente de mando, precedidos del cuarto piloto que llevaba una brazada de cohetes, de ruedas y de candelas romanas.

Con trabajo estábamos allí todos, y yo fui empujado hacia la izquierda, delante del sobrecargo y en medio del «ahorcado» y del «director de la Sociedad de expurgo inodoro».

La proa estaba ya de bote en bote; pero como el cielo se había cubierto de densas nubecillas y sólo enviaban una luz velada los tres faroles blanco, encarnado y verde, que lucían como si fueran tres ojos á los dos extremos del puente y en el tope del palo, toda aquella muchedumbre quedaba casi en tinieblas; y de aquella oscuridad salían, con cien sonidos distintos, cantos de borrachos, risotadas de mujeres y gritos de chiquillos, que parecían salir de una multitud diez veces mayor. Parecíame encontrarme bajo la azotea de una casa municipal en la noche de una manifestación carnavalesca contra el alcalde. Cuando se encendió el primer fuego de bengala, se oyó un estallido de vivas y se vieron mil seiscientos semblantes iluminados, un gran gentío apiñado sobre las carlingas y los parapetos, acurrucada sobre el techo de la repostería y sobre las cofas, cogido fuertemente al cordaje, que había trepado sobre las banquetas, sobre las sillas, sobre los toneles, sobre el lavadero; y de aquel modo no quedaba descubierto ni un palmo de tablado, y hasta los contornos del buque estaban tapados por las personas; de modo que toda

aquella multitud parecía suspendida en el aire y como si volase lentamente por encima del mar como un enjambre de espectros.

*
* *

En medio del profundo silencio de admiración alzábanse algunas aisladas voces de los burlones con exclamaciones de broma, admirativas, especialmente.—Después reinó silencio en todos, y se volvía á oír distintamente el silbido de los cohetes y el ruido cadencioso de la máquina. Chispas de fuego caían en el mar tranquilo como balsa de aceite, al que no encrespaba ni una ráfaga de viento, y los cohetes se desvanecían en el inmenso cielo silencioso, casi estallaban y sin hacer ruido, como si fuese en el vacío.

A cada aparición de luz se me presentaba entre la muchedumbre alguna cara conocida; ora el soberbio rostro de la boloñesa que les llevaba de la cintura para arriba á todas sus vecinas; ora el semblante extático del escribanillo, ya la negra faz de los brasileños encerradas en un círculo de rostros encendidos; allí abajo, la cara redonda de la campesina de Capracotta; junto al carnicero, el rostro impassible del

fraile, y en el fondo, en el castillo de proa, la máscara misteriosa del saltimbanqui. Y se veía que había allí parejas estrechadísimas á las cuales la irradiación imprevista de una girándula obligaba á corregir con presteza su postura, y las risas sofocadas, las voces de reproche y los chillidos que se escapaban al mismo tiempo, acusaban una gran labor de pellizcos y de palmaditas audaces y obstinadas.

—Esta noche—dijo el sobrecargo—el pobre jiboso tendrá que sudar sangre.



Entretanto, las luces de bengala teñían sucesivamente todas aquellas caras, de púrpura, de blanco, de verde, y á cada nuevo estallido de cohete sonaban más fuerte los gritos: — ¡Viva América! ¡Viva el *Galileo*! — y más rara vez ¡Viva Italia! Y por encima de las cabezas se veían moverse sombreros, pañuelos, copas, y muchachos al cuello de las madres que agitaban los brazos desnudos, verdaderas imágenes vivas de la despreocupación infantil de aquella alegría del pueblo, la cual sofocaba por un momento tantos dolores. Al fin, los fuegos terminaron, y el barco volvió á quedar negro; pero sin que

cesase la fiesta, profundizamos gritando y cantando en las tinieblas del otro hemisferio.

Pero la alegría sin causa de aquella muchedumbre, en aquel confín de un nuevo mundo, en aquella soledad, de noche, me dió más lástima de la que jamás me produjera su tristeza; me parecía una luz siniestra que lanzaba ella misma sobre su miseria, y me oprimía el alma.

¡Oh miseria errante de mi país, pobre sangre sacada á las arterias de mi patria, hermanos míos lacerados, hermanas mías sin pan, hijos y padres de soldados que han combatido y combatirán por la tierra en la cual no pudieron ni podrán vivir, yo no os he amado jamás tanto, jamás como aquella noche he comprendido que de vuestros padecimientos, de la desconfianza amenazadora con que nos miráis algunas veces, somos culpables nosotros; que de los defectos y las faltas que os echamos en cara en el mundo, estamos llenos nosotros también, porque no os amamos bastante, porque no trabajamos como debiéramos por vuestro bien! Y jamás he experimentado tanta amargura como en aquel momento en que no podía dar por vosotros mas que palabras. Pensé en el último sueño de Fausto: abrir una nueva tierra á miles y miles, y verla florecer de mieses y de caseríos bajo los pasos de un pueblo trabajador,

libre y contento. Por esto sólo importaría vivir: porque la patria y el mundo sois vosotros, y mientras vosotros lloréis sobre la tierra, todas las felicidades de los demás serán egoísmo, y todas nuestras jactancias mentira.

20.5.25



XII

EL PEQUEÑO GALILEO

DESPUÉS de aquel día de jolgorio y franca-chela, como sucede siempre, volvió á caer el fastidio sobre el barco más pesado que nunca, acompañado de un calor fuertísimo y aumentado por el espectáculo de un mar de color repugnante, el cual daba la imagen de aquello que se dice de que el mar sería, si no hubiera impedimento para la prodigiosa multiplicación de ciertos peces, una espantosa y pestilente carnaza de merluzas y de arenques en putrefacción.

Oprimidos por aquel tedio, y todavía entontecidos por los desórdenes del día antes, la mayor parte de los pasajeros de tercera no se levantaba ni siquiera cuando los marineros, al hacer el acostumbrado baldeo con las bombas,

cruzaban por todas partes, regándolos con chorros de agua violentos: se dejaban regar con los ojos cerrados, como perros decrépitos. Todo el buque pareció durante muchas horas sumergido en un profundo letargo, y aun me disgusta, después de tanto tiempo, el recuerdo de aquel día como si fuera el de la cara de un muerto. Me parece ver en la sofocación del mediodía al genovés, que, abatido por el aburrimiento, se acerca á mi camarote y me pregunta:—¿Vamos á ver matar?—¿Cómo? ¿A quién matan?—A un buey. —Él lo sabía siempre el día antes, é iba á ver la matanza para sacudir el mal humor. ¡Oh, eternas horas pasadas con la nariz pegada al ventanillo del camarote, mirando con ojos estúpidos aquel mar de la pereza y del sueño! Dicen que el tiempo es oro, y yo hubiera dado un siglo de aquel oro por cinco céntimos. Y mar, y mar, y mar. Aquel Mediterráneo de allá arriba se me representaba pequeñísimo, como un pequeño lago azul sofocado por las montañas, y que no daba ni la más ligera idea del de acá; y aquel continuo no ver mas que agua y más agua me hacía pensar en la horrible sospecha de si habríamos perdido el rumbo y estaríamos navegando en derechura hacia el polo antártico, para ir á topar contra los hielos eternos. Afortunadamente, vino á distraerme Ruy Blas, el cual, mirándome con

un ojo estragado que quería hacer adivinar una noche de aristocrático libertinaje, me dió una buena noticia. El bautizo estaba anunciado para las cuatro.

*
* *

Todo estaba ya arreglado. Bautizo é inscripción en el registro civil se harían en la cámara náutica, colocada junto al timón, debajo del puente del capitán. El cura napolitano administraría el susodicho bautizo de necesidad, al cual debía estar acostumbrado, porque en sus primeros años había viajado por aquellas campiñas solitarias de los Estados lejanos de la Argentina, donde, como no había iglesias y conservaban los habitantes diseminados una grosera tradición de la religión católica, sucedía que, al paso de un sacerdote, corrían á pedir el bautismo hasta jovenzuelos á caballo. Ahora se había ofrecido sin pedir *patacones*, y ya un camarero le había visto aquella mañana sacar una estola y una sobrepelliz, que llevaban marcadas las huellas indudables de un servicio largo y lleno de aventuras. Al chiquillo se le pondría, según costumbre, el nombre del buque, Galileo, el cual tenía ya una docena de

muchachos homónimos esparcidos por el mundo. La madrina sería la señorita de Mestre. Para padrino se había ofrecido el capitán, pero el diputado argentino lo había inducido á cederle aquel cargo por la razón de que, estando el chiquillo destinado á la ciudadanía de su país, le tocaba á él darle la bienvenida al Nuevo Mundo, como representante de la República.

*
* *

Este acto de amabilidad delicada, le reconcilió con los pasajeros, los cuales hasta entonces habían acusado á él y á los demás argentinos de estar en contra de los europeos y de formar agrupados rancho aparte. Yo, sin embargo de que no los conocía mas que hacía pocos días, los había observado á todos desde el principio con vivísima curiosidad, porque eran para mí los primeros ejemplares de su pueblo, el cual es sin duda alguna, de todos los de América, aquel que más importa ó que más debiera importar conocer á un italiano. El diputado era el de más edad, y hasta creo que el que hacía cabeza de toda la brigada: alto, cara valerosa y fina de hombre avezado á las lu-

chas de la vida política y de la vida social, el cual lanzaba á través del lente una mirada audazmente conquistadora de votos electorales y de *síes* femeninos. El marido de la señora era un abogadillo rubio, secretario de no sé qué ministro plenipotenciario de su país, con dos ojos grises movidísimos, agudos como punzones, que cuando os miraban con fijeza parecía que os veían hasta por debajo del cráneo, hasta por dentro del pecho y hasta en vuestro librito de memorias.

Había también dos jovencillos morenos, muy elegantes é insignificantes, los cuales no parecían preocuparse mas que de la lencería finísima y limpísima de la cual hacían alarde, y de sus pobladas cabelleras, artísticamente arquitecturadas, negras, pero con aquel negro fuerfísimo andaluz-argentino, que es un verdadero ultraje á las cabezas mezcladas de blanco y de negro. El más original de todos era el quinto, un mozo de unos treinta años, de cara audaz y de voz áspera, un tipo de domador de caballos salvajes, propietario de una vasta *estancia* de la provincia de Buenos Aires, en la cual pasaba dos años de cada tres, en medio de treinta mil vacas y veinte mil ovejas, haciendo la vida del *gaucho*; de la cual iba luego á reponerse en París, donde devoraba una á una toda una ganadería de mil cabezas. Un rasgo común á los

cinco era la finura de la boca y lo pequeño de la cabeza, que todos llevaban siempre muy alta; pero la costumbre hereditaria que otros han observado en los argentinos, de apoyarse al andar más sobre las articulaciones de los dedos de los pies que sobre los talones, digo la verdad, no la observé. Estudiadamente elegantes, y cuidadosos sobre todo de la hermosura de la persona, lo eran mucho los cinco. Y corteses, pero de una cortesía más sonriente, por decirlo así, que la de los españoles, menos ceremoniosa que la de los franceses, unida á cierta soltura de modales y de palabras propias de los hombres que entran en la vida independiente apenas salen de la infancia, y que crecen sin preocupaciones y sin frenos, llenos de fe en sí mismos y en la fortuna, en medio de una sociedad agitada, desordenada, juvenil. Estas sus condiciones de ánimo se manifestaban en una expresión del semblante á la cual no sé encontrar mejor parangón que ese particular aire de atrevimiento del hombre á caballo que ve delante de sí un vasto horizonte libre. Y á todo esto, una maravillosa facilidad para emitir juicios sobre los pueblos, instituciones y costumbres de Europa, que habían visto al vuelo; juicios sobre una percepción más aguda que profunda, y una gran variedad más bien de lecturas que de estudios, recordada con pronti-

tud y citada con arte. Y no tanto en los juicios como en la preferencia manifiesta dada al argumento del discurso, mostraban viva simpatía hacia el carácter y la vida franceses, que se derivaba de una analogía incontrastable de calidad en la inteligencia y el ánimo; todos tenían á París en la punta de los dedos y las maletas llenas de periódicos de los *boulevards* y de retratos de artistas de la *Ópera* y de la *Comédie*. De otros países conocían bastante bien las casas de juego y los establecimientos balnearios, y sobre todo los teatros de música, de los cuales hablaban con apasionamiento de adolescentes, pero haciéndome entender que nada tenían que envidiarnos respecto de eso, porque ellos hacían ir á toda Europa á cantar y bailar en su casa.

Cuanto á Italia, no logré descubrir, bajo la necesaria cortesía de la frase, su verdadero sentimiento. Les complacía nuestra emigración, como un concurso de buenísimos trabajadores, y señalando á los emigrantes, decían:—Todo eso es otro tanto oro para nosotros.—Traednos toda la Italia con tal de que os quedéis con la Monarquía.

Y se comprendía que para ellos, como para los revolucionarios franceses del siglo pasado, una pobre criatura humana sujeta á la monarquía parecía digna de la más sincera conmiseración.

ción, y que nosotros los europeos debíamos considerarnos como una especie de hombres que nacen viejos, arrastrándose en medio de las tristes sobras de un mundo muerto y hasta un poco hambriento por profesión.

Debajo de estos sentimientos relampagueaba un orgullo nacional vivísimo, el orgullo de un pueblo pequeño que ha vencido á la gran España, humillado á Inglaterra y extendido los confines del mundo civilizado, barriendo la barbarie de un país inmenso para dar hospitalidad y vida á gentes de todas las lenguas y de todas las razas. El hecho es que dos veces por semana, cuando menos, festejábamos entre ellos alguna fecha gloriosa de la revolución argentina con una profusión de vinos de champagne, que era una hermosa prueba de los buenos frutos de sus victorias. Pero entre su orgullo nacional y el de los europeos me parece que existe una diferencia notable, y es que, mientras nosotros lo fundamos en el pasado y sobre él volvemos siempre para alabarnos, ellos casi nunca hablan del pasado, y en cada una de sus frases se refieren al porvenir con el *ritornello* de la infancia: «Cuando seamos grandes.»—Y en todos ellos aparecía profunda, firme, lucidísima, no la esperanza, sino la certeza de ser con el tiempo un pueblo enorme, los Estados Unidos de la América latina, resonando esplendoroso

desde el valle de las Amazonas hasta los últimos confines de la Patagonia. Y su conciencia de que han de ser llamados á ese primado, se podía reconocer también en el estudio que ponían en todas ocasiones para demostrar la originalidad de su pueblo, no sólo respecto á los viejos padres españoles (de los cuales hablaban con una ligera entonación de sátira como de gente de la cual afortunadamente se habían desembarazado bajo todos aspectos, no sintiendo influjo alguno suyo de ninguna especie), sino también respecto á los demás pueblos latinos de América: los chilenos, peruanos, bolivianos, brasileños, de cada uno de los cuales hacían resaltar las deficiencias intelectuales y morales y los lados ridículos, con mal disimulada ironía, que delataba un sentimiento de rivalidad de alto á bajo, no dulcificado por el de la fraternidad. Todos estos discursos los hacían en lenguaje fluído y caluroso, interrumpido por una risa cordial y de chispazos casi involuntarios de sinceridad, que revelaba una naturaleza capaz de pasiones generosas, violentas y hasta una gran movilidad de afectos, nacida de una necesidad sedienta de devorar la vida en todos sus modos, siguiendo con todas sus fuerzas el ímpetu de todos los deseos. Una sola cosa habría yo deseado en alguno de ellos, y era una expresión más abierta de piedad en la voz y en los

ojos al hacer los relatos que nos ofrecían de ciertos episodios inhumanos de su historia; un no sé qué de más afable y triste que no hiciese sospechar una mala huella en su naturaleza por la larga tradición de las guerras del desierto y de las guerras civiles, horribles todas. Pero, en el conjunto, la primera impresión era agradabilísima y propia para hacer doblemente viva la curiosidad de escudriñarles más adentro. Por la primera vez me encontraba yo delante de gente verdaderamente nueva para mí, lo cual no me había ocurrido nunca en Europa. En medio de la gran comunidad de conocimientos é ideas que había entre nosotros, reconocía yo en ellos las huellas de una educación enteramente diversa de la mente y del espíritu; los sentimientos peculiares de una gente acampada en los últimos confines de la civilización, en la extremidad de un continente casi despoblado, en una especie de soledad de ejército invasor, y las impresiones de una naturaleza de una hermosura diferente de la nuestra, más vasta, más primitiva y más formidable. Y me admiraba también de aquella lengua suya española, como desnuda y aligerada de la corteza literaria, acentuada de un modo nuevo para mí, adornada con palabras desconocidas y extrañas, y cantada con aquel lejano recuerdo de melodía india, que me traía á la imaginación caras color de

cobre, y cabezas adornadas con plumas. Pero más que la lengua, me admiraba su increíble facundia extraordinaria, la facultad imitativa de las entonaciones y del gesto, especialmente cuando se engolfaban en las descripciones de sus grandes montañas y de sus llanuras interminables. Aquel abogadillo rubio, más que los otros, describía la caza del caballo salvaje como un actor que recitase trozos clásicos, sin sombra de afectación ó de artificio aparente, con un vigor de movimientos y una música de palabra maravillosos. Y en todos noté el don de un hermoso metal de voz y un arte ó una facultad natural exquisita para modularla, en la señora particularmente, la cual tenía un timbre de plata y notas de cabeza graciosísimas que, á oírlas con los ojos cerrados, se hubiera creído que eran de una niña.

Visto el extraño efecto acústico que me había hecho una noche el nombre del Estado de Jujuí pronunciado de aquella manera, ella, por juego, iba buscando otros nombres indios de montes y de ríos de su país, que me repetía uno tras otro riendo de mi asombro. Rínguirica, Paranapicavá, Ibirapitámini... Parecían trinos de ruiseñor.

Para ellos, el viaje de América á Europa era, lo que para nosotros, una excursión de Génova á Liorna; lo habían hecho ya muchas veces: porque, cualquiera que sea el sentimiento que tienen de sí mismos y el concepto que guardan de nosotros, Europa es siempre para ellos la antigua madre, la gran patria de su inteligencia, y los atrae. El diputado, pues, contaba ya ocho viajes trasatlánticos; de modo que la red de sus amores debía extenderse ahora sobre un bosque de buques... Todavía joven, tenía el pasado de una larga vida también como hombre público, porque antes de los treinta años (debía frisar en los cuarenta) había sido ya redactor jefe de un gran periódico, alto funcionario de un ministerio, director de un Banco y enviado por el Gobierno á París con una comisión financiera. Y no era una excepción entre la juventud de su país. Decía, con razón, que su país estaba en manos de los jóvenes, porque la República quería que corriese por las venas de todos sus servidores, la savia primaveral que hervía en las suyas.—Vosotros—decía—hacinados en un campo reducido y sobrecargados de historia, de leyes y de tradiciones, tenéis que caminar poco á poco y conducidos por los viejos; pero nosotros, jóvenes de trescientos años, que tenemos por patria una tercera parte de la América del Sur y que debemos ganar apresuradamente el

tiempo perdido en la lucha con los salvajes y en la guerra de transformación social, de la cual apenas hemos salido, es menester que andemos á la carrera y guiados por la poca edad, por la impaciencia y por la audacia.—Y se chanceaba *del abuso* de la vejez que se hace en Europa.—Parece que, entre vosotros, las canas son el título necesario para ciertos cargos. Tenéis enfermedades que dan derecho á ciertos honores. ¿Qué sé yo? La gota lo hace todo. Vuestra juventud se atasca en un esperar interminable, y os encontráis en los oficios que requieren más vigor intelectual y de nervios, precisamente á la edad en que hay menos vigor. Desperdiciáis todas vuestras fuerzas en subir, y, cuando llegáis á la cumbre, suena la hora de la muerte.

*
* *

En aquel momento apareció la camarera á anunciar la hora del bautizo. El diputado escapó al camarote para cambiar el gorro de seda por una tapadera de cabeza, más sacramental. Yo me encaminé hacia la cámara náutica. A proa había ya movimiento, especialmente entre las mujeres, que querían todas subir al castillo central para ver; tanto que los marineros tuye-

ron que ponerse de centinela en las escalas á fin de evitar que se aglomerase demasiada gente encima. Habia un vocerío, una curiosidad por todas partes, como si se tratara del bautizo de un príncipe heredero, y nadie se paraba en la amenaza de un aguacero solemne que comenzaba á hacer el ambiente sombrío.

Entré con otros dos ó tres en la cámara náutica, que estaba ya llena, y encontré con trabajo un poco de sitio. Delante de una mesa estaban de pie el capitán, que debía ejercer de funcionario del Estado civil, y el Segundo y el sobrecargo, que hacían de testigos; en derredor, todos de espaldas á la pared, la señora rubia, la argentina, la esposa, la madre y la hija pianista, la brasileña con la criada negra, y una docena de hombres, entre los cuales estaba el garibaldino con su acostumbrado semblante cerrado y triste. La ventana del fondo que daba al castillo estaba en frente llena de caras de mujeres de la tercera clase, que formaban escala y brillaban de contento por haber conquistado los primeros puestos; y detrás de ellas se oía el murmullo de la muchedumbre. Sobre la mesa estaba el rol de la tripulación y el diario de á bordo, abiertos; un azafate con un vaso de agua y un salero, y ejemplares impresos de fes de bautismo.

Todos guardábamos cierta compostura pen-

sativa. Aquella cámara singular, tapizada de cartas marítimas, que relucía aquí y allí con instrumentos náuticos, con aquellas veinticuatro letras mayúsculas inscritas como epitafio enigmático sobre las banderas de señales—aqueel grupo de personas tan diversas y extrañas que se balanceaba un tanto, por ligero vaivén—aquellos oficiales inmóviles y graves —aqueel susurro de una muchedumbre que no se veía, y aqueel horizonte oscuro del Océano que cortaba el vano del ventanillo, despertaban en conjunto un sentimiento de estupor y de respeto que se expresaba con un cuchicheo contenido.

Después de algunos momentos llegó el largo cura con una estola y una sobrepelliz que parecían haber servido para bautizar á los primeros navegantes del Atlántico, y la atención de todos se dirigió hacia él. Entró, encorvándose, sin mirar á nadie, y una vez junto á la mesa, y después de haber hecho la señal de la cruz, comenzó á murmurar, con los ojos cerrados, en medio de profundo silencio, los exorcismos de costumbre para el agua y para la sal.

Después echó una cucharada de sal en el vaso, lo agitó y, mojando el dedo, bendijo á los presentes. Las mujeres hicieron la señal de la cruz. El cuchicheo comenzó de nuevo.

Como tardaba en llegar el chico, el capitán mandó al sobrecargo que fuera á ver qué pa-

saba. Como quiera que se había agravado el viejo enfermo de pulmonía, la recién parida había sido trasladada de la enfermería á un camarote vacío de los de segunda clase. El trayecto que había que hacer era de pocos pasos. El sobrecargo volvió en seguida diciendo:

—*Viene ya.*

Venían en efecto muy cerca por la escala el padre, con aire de triunfo, afeitado, con la camisa limpia y con el chiquillo en brazos; la señorita de Mestre con su vestido de costumbre, verde mar, sujeta de una mano por el argentino, y detrás de ellos, con asombro mío y de todos los demás, la recién parida, pálida pero sonriente, sostenida por la cintura por el marinero jorobado.—No ha habido manera de contenerla —murmuraba el marinero,—ha querido venir á pesar de las amenazas del médico: ¡testaruda! empeñada en hacer aquí lo que en su casa, donde á los dos días, ella se ha puesto siempre á hacer sus quehaceres.

El último venía uno de los dos gemelos con media vela en la mano.

Un murmullo acariciador de compasión y de simpatía acogió al pequeño Galileo, que dormía plácidamente, con la carita sonrosada, envuelto en una manta azul, con una gorrita blanca á plieguecitos y una medalla al cuello.

Apenas hubo entrado, la señorita cogió al

niño de los brazos de su padre y se lo presentó al capitán con aquella sonrisa triste y duleísima, y no hubo ni uno, según creo, que dejase de notar el contraste lastimoso de aquel pequeño ser que empezaba la vida, con aquella pobre y buena criatura, para la cual todo estaba á punto de terminar.

Todos por un momento la miraron á ella sola, que á su vez contemplaba al chiquillo con la cabeza inclinada, mostrando en los ojos todos los tesoros de maternidad que se llevaría á la tumba.

El capitán, con su claro acento del barrio de Pré y con entrecejo como si leyese un acta de acusación, dió lectura al acta de nacimiento inscrita en el rol del buque:

«—El año de mil ochocientos, etc., á las, etc., del día, etc., á bordo del barco llamado *Galileo*, inscrito en la matrícula de Génova, etcétera... el señor médico, Fulano de Tal, nos ha presentado á nos, capitán que manda el referido buque, á presencia de los señores Tales y Cuales, un recién nacido del sexo masculino, el cual ha dado á luz la señora...»

Dibujóse una sonrisa en los labios de todos cuando se oyó leer que el punto nativo de aquel pobre niño era *á los 4 grados latitud Norte, longitud Oeste, meridiano de París, 28'48.*

«—..... En fe de lo cual, nos — continuó el capitán — hemos extendido la presente acta, que ha sido inscrita al pie del rol del barco y que ha sido suscrita... »

El capitán y los dos oficiales firmaron el acta en el rol y en los tres ejemplares impresos que habían de ser entregados en el consulado italiano de Montevideo, en la capitania del puerto de Génova y al padre; luego pasaron la pluma á éste, el cual, con trabajo, con la frente inundada de sudor, garrapateó tres veces su nombre.

En aquel momento el vapor dió un brusco balanceo á un lado, y la madrina vaciló; el argentino la sujetó por un brazo, y yo leí en sus ojos la impresión de penoso estupor que experimentó al tocar aquel brazo sin carne. El cielo se había puesto más oscuro y el mar más lívido; algunas gotas caían sobre la cubierta.

El cura adelantó.

Al oír los nombres puestos, se santiguó, y, colocada su enorme velluda mano sobre la cabeza del chiquillo dormido, mientras el argentino le ponía la derecha sobre el pecho, le echó con el vaso los tres chorreones de agua, diciendo:

—*Galileo Pedro Juan, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.*

Y después: — *Galilee Petrus Johannes, vade in pacem et Dominus sit tecum.*

Todas las mujeres de la ventana contestaron: — *Amén.*

Entonces dijo el *Agimus*:

Yo, entretanto, observaba á la madre, la cual giraba sus pupilas sobre el niño, sobre los oficiales, sobre los instrumentos náuticos, sobre aquella extraña capilla, y prestaba el oído al crujido de la rueda del timón y al silbido lejano de los obenques agitados por el viento, dirigiendo de vez en cuando una furtiva mirada al oscuro mar; y parecía agitada por una viva inquietud, como si hubiese algo de profano y casi de funesto en aquella función hecha de aquel modo, tan á la ligera, en aquel sitio y con aquel tiempo.

— *Ave María, gratia plena, Dominus tecum* — terminó el cura.

— *Sancta María, mater Dei, ora pro nobis* — contestaron las mujeres.

En aquel mismo momento, un relámpago vivísimo iluminó la cámara, y se oyó el largo mugido de un buey; el vapor dió un salto; la parida se echó á llorar.

— *Amén* — dijo el cura.

— *Amén* — contestaron desde fuera.

Todos se volvieron hácia la mujer preguntándole lo que tenía y dándole ánimo. Ella se en-

jugó los ojos con el envés de la mano y preguntó:—¿Por qué no le han puesto la sal en la boca?

Tuvieron que darle razones y explicárselo: era un bautizo de necesidad, que no se podía hacer por completo, porque no se estaba en la iglesia y que se completaría en América; que estuviese tranquila; el sacramento era válido lo mismo.

Entonces besó con expresión al niño, se tranquilizó, dió las más sinceras gracias y todos salieron.

Llovía ya fuerte. Sin embargo, al pequeño cortejo, seguido del garibaldino, le costó trabajo abrirse paso por entre el gentío para llegar hasta el camarote de segunda; el jorobadillo tuvo varias veces que abrir camino con los codos, y al niño gemelo se le quitó la vela; todos querían ver, no al recién nacido, sino quiénes eran el padrino y la madrina, para formarse una idea de la importancia de los regalos que tocarían á la afortunada parida. Al ver á la señorita, algunos palmoteaban. De repente se oyó una voz alta y ronca:

—¡Paso, paso, señores!... Hoy lo tienen en la pila, y cuando sea grande lo dejarán morir de hambre... ¡Bribones!

Era el viejo tribuno del gabán verde que estaba sobre la escotilla del dormitorio de muje-

res. Muchos se destacaron repentinamente del grupo de curiosos. Otros clamaron contra él; otros le hicieron coro. Pero la gritería festiva de los chiquillos ahogó sus voces.

Apenas puso el pie en el camarote, la parida se dejó caer sobre su baúl aniquilada; el padre puso al niño en una litera, y el padrino y la madrina sacaron los regalos. Y entonces comenzaron las exclamaciones de admiración y de agradecimiento, á dos voces.

—Pero ¿qué hace? ¡Ustedes se toman mucha molestia! ¡Es demasiado! ¡Más, alto! ¡oh! ¡pero qué santa criatura! Pero ¿esto es todo para mí? ¿Y esto otro también? ¡Oh! ¡santo Dios bendito! —y el padre en un rapto de agradecimiento hacia el recién nacido, inclinóse hacia la litera y exclamó:

—¡Quisiera matarme, quisiera sudar sangre por tí entrañas mías!

Pero con acento tan del corazón, que prometía sinceramente una vida de trabajo y de sacrificio por aquella criaturita nacida entre el mar y el cielo, á mitad de camino entre la perdida patria y una tierra desconocida, sin mas bienes en el mundo que los brazos y el valor de su padre!...

Y después...—¡Cállate, vieja loca!—gritó brutalmente á la mujer, que lloraba, y le echó los brazos al cuello.

La señorita entonces se volvió hacia el gari-

baldino que estaba con la cara pegada al ventanillo, é indicándole aquel abrazo, le hizo con el índice un signo de vituperio, y después dijo afectuosamente, sonriendo:

—Esa es la familia.

Él no respondió.





XIII

EL MAR DE FUEGO



PERO el bautizo, lo mismo que la fiesta del Ecuador, no fué mas que una corta tregua á la irritación que serpenteaba á proa por efecto del creciente calor; en particular, entre las mujeres, la cuales estaban cada día más aburridas de aquel género de vida tan distinta de todas sus costumbres. Desde hacía varios días había estallado la enfermedad contagiosa del pequeño latrocinio, y con ésta, la fiebre general de la sospecha; las toallas, las zapatillas, los trapos viejos desaparecían como por encanto; los despojados creían reconocer sus ropas entre las manos de la una y de la otra, y á cada momento se veían acudir al sobrecargo dos desgredadas temblorosas, con muchachos de la mano, con el cuerpo del delito debajo del brazo, se-

guidas de los maridos y de los testigos, á pedir justicia, y entonces se verificaban procesos y debates en toda regla. Se trataba de un pañuelo, al cual la ladrona le había quitado la marca; de una bota á la cual se le había quitado la cintilla con el nombre del zapatero.

La acusada negaba invocando á Jesús y á la Virgen; la robada se aferraba más y más echando fuera el resto del calendario; era menester llamar á dos peritos que examinaran la marca deshecha ó un remendón para la bota. Pero la piemontesa recusaba los peritos napolitanos, la napolitana no los quería de la alta Italia, los maridos tomaban el partido de sus mujeres, los testigos y los curiosos tiraban cada cual á su provincia.

Había disputas interminables entre montañeses testarudos, que repetían cien veces la mismísima razón, con la mismísima frase, y gentes del llano, lenguaraces que vomitaban torrentes de palabras. A veces, hasta no se entendían y era necesario nombrar un intérprete. Otras veces era menester ordenar un registro de las ropas. Las acusadas se echaban á llorar, los chiquillos á gimotear, los maridos á amenazarse. —¡En tierra nos veremos, canalla!—¡Yo te tiraré á las calderas de la máquina, pingajo de horca!—¡Yo le daré tus tripas á los peces, so perro!—Una mujer acusaba á la otra de andar

en tratos por la noche con los marineros; la otra acusaba á la primera de irse á dormir con los señores de primera.—¡Si á tí todo el barco te conoce!—¡Y á tí no te lava toda el agua del mar!

El pobre comisario se devanaba los sesos para comprender y para pronunciar sentencias justas; pero cualquiera que fuese su manera de juzgar, siempre se quejaban de injusticia. Si condenaba á una napolitana ó á una siciliana, decían las otras:—¡Ya, la otra es de las provincias vuestras! Si condenaba á una de las *provincias suyàs*, todas las del norte chillaban:—¡Ya se sabe; esas tienen siempre manera ¡y qué manera! de hacer que les den la razón! Y era inútil que se tratara de persuadirlas.—Pero oid, recordad que ayer mismo dí la razón, porque la tenía, á una paisana vuestra.—Nada; se la había dado porque era una muchacha guapa, ó porque era una mujer sola, ó porque, porque... llevaría alguna segunda intención. Y de una parte y de otra se levantaba un coro de murmullos.—¡Ya... no somos italianos!—Nosotros no hablamos genovés.—Ya se sabe; ahora son los de allá abajo los que mandan.—Era una cosa que causaba profunda pena, á tanta distancia de la patria, ver salir en todo litigio las antipatías de familia, oír con qué palabras, tan diabólicamente ingeniosas, se mordían en

su amor propio municipal, desenterrando re-criminaciones y rencores muertos hace tanto tiempo entre nosotros y avivándolos por dentro, hasta el punto de llevarlos frescos á América; y después de cada litigio los dos partidos se separaban enemigos, llenos de despechos que transcendían luego á proa á sus compatriotas de ambos sexos; los cuales poco á poco iban dividiéndose en dos campos, y se miraban con enojo, y se insultaban, huyéndose alternativamente como por miedo de que se les pegara la miseria ó afectando abrocharse la chaqueta ó llevando la mano al bolsillo, cuando pasaban cerca unos de otros como para salvar el portamonedas ó el pañuelo. ¡Oh miseria! El sobrecargo, por muy solícito que fuera, no tenía tiempo para escuchar las querellas de todos, y por mucha paciencia que tuviese, debía morderse más de una vez la segunda falange del índice. La gorda boloñesa, cuya altivez subía con la temperatura, quería hacer registrar todo el barco, porque le habían quitado un peine de concha, y amenazaba con hacer que desacreditase á la *Sociedad de navegación* su hermano el periodista, en cuanto desembarcara en América.

La pobre señora del vestido de seda estaba desesperada porque le habían robado un pequeño alfiler de plata, recuerdo, según decía, de su hermana; pero no se atrevía á recurrir al

sobrecargo, por temor á alguna venganza; y había mujeres, que no tanto por temor como por mostrar una desconfianza injuriosa á sus vecinos, dormían con toda su ropa amontonada entre los brazos y entre las piernas, aun á riesgo de provocar la calumnia del adulterio, por el falso contorno... ¡Una verdadera locura en resumen!

Y todavía las cuestiones que nacían de hurtos, verdaderos ó mentidos, eran las menos difíciles. Lo peor era que la irritación había despertado en todos una delicadeza de amor propio extraordinaria, que se empañaba con media palabra ó media sonrisa; tanto que á cada momento se presentaba alguno al sobrecargo á quejarse de alguna falta de respeto, y la comisaria tenía que convertirse en una especie de tribunal para caso de dignidad ó de buena educación. El marinero jorobado decía que ya no se podía vivir.

—Dicen que hay aquí ladronas—exclamaba, (porque no hablaba nunca mas que de las mujeres);—pero si no se embarcasen las ladronas, no se costearía ni siquiera los gastos del carbón: ¡qué Dios las confunda!

Al ver cómo se iban poniendo las cosas, era de esperar de un momento á otro algún alboroto serio. Ya la noche antes, después del bautizo, dos pasajeras se habían tirado á la greña, ca-

llando, como señoras bien educadas en un rincón oscuro del dormitorio. Y la noche del día después tocó algo peor al escribanillo. Habiendo dejado escapar una palabra de indignación contra dos emigrantes que hacían obscenidades precisamente á espaldas de la genovesa, provocando la risa de todos, aquellos le pusieron la mano encima y estaba para pasarlo mal, cuando pasó por allí casualmente el garibaldino y lo libró en el instante que ya tenía la corbata deshecha. Todos estos eran efectos del *hogar eléctrico del mundo*, y el sobrecargo seguía diciéndome:—Tendremos cosas peores.

Libre el escribanillo, el garibaldino subió al castillo central, desde donde lo había yo visto, y pasó por junto á mí. Hubiera querido pedirle pormenores; pero su cara fría y dura me detuvo como siempre. Mientras los primeros días cambiaba algunas palabras conmigo, ahora apenas hacía un signo de saludo, y algunas veces ni siquiera la señal. Parecía que el aburrimiento creciente que producía en cada cual aquella reducida sociedad forzosa del vapor, exasperaba en él la aversión á sus semejantes que ya llevaba en el corazón. Cuanto más adelantaba en la familiaridad, siempre taciturna y respetuosa con la señorita de la cruz negra, tanto más solitario y reservado se hacía, como si aquella agradable compañía oscureciese, en vez de serenar, su fi-

losófia. Ahora ya no hablaba con nadie. Pasaba horas enteras á popa, apoyado en la obra muerta, mirando la estela del *Galileo*, como si fuese una hoja escrita interminable que se desenvolviera delante de sus ojos narrando la historia del mundo. Y su desdeñoso y selvático carácter había producido en los demás el efecto acostumbrado; antipatía primero, y ostentación de otro tanto desprecio; luego, cuando la constancia de su conducta demostró que se derivaba de su carácter y no de su propósito, un sentimiento de respeto y de timidez, el cual se revelaba en la prontitud instantánea con que la mirada de los pasajeros subía á los palos ó huía por el mar, cuando él, discurriendo con la señorita, dirigía los ojos hacia ellos, para ver si lo miraban, y con qué cara.

Hasta parecía que había nacido en todos cierta simpatía hacia aquel ogro orgulloso, el cual no sólo no hacía nada para captársela, sino que parecía hacer todo lo posible para producir el sentimiento contrario. Era porque la tristeza, cuando va unida á la hermosura y á la fuerza, seduce como indicio de un noble desprecio, por las fáciles satisfacciones que pueden dar una y otra; además de que en toda su persona y en aquella profunda claridad de los ojos que viene directamente del alma, se veía la virtud más admirada y más temida en este mundo:

El valor.

Por mi parte, cuanto más se apartaba de mí, más deseaba conocerlo. Experimentaba hacia él ese sentimiento de benevolencia que nace de la estimación y de la sugestión, que hace intolerable la indiferencia de aquel que es objeto de ella, y os haría descender á un acto de humildad por superarle. Y este sentimiento se hace vivísimo á bordo, donde está cada vez más despierto con la presencia continua de la persona, y donde la indiferencia que ésta demuestra puede ser fácilmente notada por los demás y envileceros en su concepto. Cuando él estaba ausente, procuraba yo mismo persuadirme de que su alma y su vida no debían corresponder á su aspecto y á mi imaginación, y de que si lo conociera á fondo, no haría mas que añadir una desilusión á las miles de que se halla tegida la historia de nuestras amistades. Pero cuando lo veía era inútil; habría sido capaz de jurar que aquel hombre no había cometido jamás una acción innoble, que despreciaba sinceramente toda vanidad humana, y que, si ahora todavía era capaz de dar la vida, sería sin pensamiento alguno de ambición, por una idea generosa. Sufría su superioridad como una fuerza magnética, y mientras sentía con ello cierto descontento y casi una humillación, me parecía que experimentaría un consuelo dándoselo á enten-

der y hasta confesádoselo claramente. Pero su semblante era una puerta tapiada para todos.

Y parecía indiferente también á los más grandes espectáculos de la naturaleza. No le vi pasar ni siquiera un relámpago por la cara aquella noche, ante la puesta de sol más espléndida y más extraña que habíamos visto desde que entramos en la zona tórrida. El cielo se había serenado por Oriente y por Occidente, y el sol, que estaba para sumergirse en el mar de brasas, enorme, como si se hubiera acercado muchos millones de leguas á la tierra, hallábase atravesado hacia la mitad por una cinta de nubes sutilísima y negra, terminando por uno y otro lado en el contorno del disco, de modo que el globo parecía dividido en dos hemisferios paralelos; pero tan claramente y con tanta duración, que producía la ilusión de un prodigio. Y al mismo tiempo se extendían por el aire, á una altura desmesurada, ocho maravillosos rayos de otra luz como velada, pero de colores muy vagos, que pasaban lentamente por varios matices, del blanco al rosa, al verde claro, y permanecieron después que el disco había desaparecido, cubriendo una tercera parte casi de la bóveda del cielo, como si una inmensa mano luminosa quisiera agarrar la tierra. Pero nos maravillábamos más cuando al volvernos, á una indicación del capitán, vi-

mos otros ocho rayos desmesurados á la parte opuesta, reflejo de los primeros, menos luminosos, pero matizados con las mismas tintas, que parecían los albores de un sol desconocido que surgiese de las aguas, apenas se hubiera escondido el otro. Y el mar brillaba con todos los colores del cielo, que parecía hacer sobrenadar millares de perlas.

Sólo el animal aquel de abogado — él sólo — no miraba; antes bien, volvía la espalda al ocaso como para despreciar á la naturaleza: para él, el sol que bajaba al mar era un sol odioso, como reverbero de la mala compañía que frecuentaba.

En medio del silencio general de admiración, él se lamentaba con cólera con el Segundo del descuido *cri-mi-nal* de la *Sociedad de Navegación*, que no le tenía al corriente de los progresos del acta de salvamento. Ochenta de cada cien náufragos, decía, se ahogan, revientan, por culpa de quien les embarca. ¿Por qué la *Sociedad* no ponía en sus vapores el número de salvavidas que estaba prescrito? ¿Por qué no teníamos mas que diez botes, que apenas bastaban para salvar á la cuarta parte de los pasajeros? ¿Por qué no se ejercitaban los marineros en construir en pocos minutos armadias de salvamento? ¿Por qué no tenían bombas Gwyn? ¿Por qué no adoptaba el doble puente del capitán Hurst? ¿Por qué

no se proveían de *life-boats* de Peake y de escabeles náuticos de Thompson? ¡Ellos eran, los de la *Sociedad de Navegación*, quienes ahogaban á millares de caballeros y hacían morir de hambre á los inventores, acogiendo con un encogimiento de hombros, desdeñando por avaricia todas las proposiciones de nuevos medios para salvar la *pre-cio-sa* vida del hombre!

Aquel perrillo de aguas asustado tenía una erudición sorprendente en la materia, y era un verdadero licenciado en tales asuntos. El agente de cambio, que todo lo sabía, me manifestó una sospecha suya: que el pobre hombre llevaba en el camarote un aparato de salvamento extraordinario y voluminoso (tal vez varios), escondido con gran cuidado en un cajón secreto que ningún camarero había visto abierto nunca. Y hasta decía, que habiendo sido rechazado bruscamente una mañana que había ido á hacerle una visita, sospechaba que estaba probándose en aquel momento algún vestuario vistoso de gutapercha.

—Son los armadores—continuaba entre tanto diciendo el abogado cada vez más acalorado,—los que nos mandan á ser pasto de los peces. El Código marítimo, es música celestial. Debería ser una ley aplicada en serio, que los mandase á pudrirse en un presidio.

El Segundo lo contradecía, y él insistía con

más calor, tanto que poco á poco se agruparon en torno de ellos varios para entretenerse con aquel espanto morboso que el avanzar de la noche, agravaba.

Pero la conversación fué interrumpida de improviso por el grito de un pasajero de tercera desde el castillo central:—¡El mar arde!

Todos nos volvimos hacia el mar. El barco, corría con efecto haciendo saltar á lo largo de sus flancos, surtidores de topacios y de diamantes, y dejando detrás de sí una estela de fósforo líquido, una calle cubierta de oro fundido, que parecía salir de su popa como de una mina en combustión. En algunos puntos era oro, en otros plata; el espacio luminoso se extendía á gran distancia, disminuyendo por grados en una mansa claridad blanca, que hacía pensar en lo que los holandeses llaman mar de leche ó de nieve, visto ya por muchos navegantes en el Pacífico, en el golfo de Bengala y en el archipiélago de las Molucas. Pero cerca de nosotros, el agua ardía y vivía; era una belleza, un perseguirse y encontrarse de fuegos fatuos, un tremolar infinito de estrellas y de pequeños soles que se aproximaban al buque y saltaban á lo lejos, y se levantaban y se bajaban sin esconderse, dando á las olas una transparencia admirable, como si fuese un mar al que iluminaran por debajo los fabulosos astros de Platón

y de Proserpina, radiantes en el interior del globo. Se comprendía bien entonces que los antiguos navegantes, al ver por primera vez aquel mar resplandeciente, sintieran turbada su razón. No se podía apartar de él la mirada: deslumbraba, atraía como si llevase sobre sus espaldas todas las riquezas del universo; daba ganas de meter en él la mano para coger un puñado de piedras preciosas, de caerse en él para salir resplandeciente como los monarcas orientales. Todos experimentábamos la necesidad de hallar comparaciones fantásticas, y de decir cosas extrañas, derrochando la imaginación en aquella inmensidad de tesoros ondulantes, que resplandecían alrededor nuestro como una tentación y una burla. Y todavía creció la admiración, cuando al cabo de una hora de aquel espectáculo, apareció un bando de delfines que se puso á bullir y á saltar en aquel fuego, acompañando al vapor, como para unir á la nuestra su propia alegría. Entonces, se vió una turbada de chispas, una fiesta de espumas y de lloviznas inflamadas, una danza de constelaciones, una locura de esplendores, que hizo prorrumpir á los pasajeros de tercera clase en gritos agudos, en chillidos de alegría, como si fueran turba de muchachos.

El único descontento fué el marido de la suiza, al cual vimos aparecer en el castillo

murmurando, con la cara colorada y llena de despecho. Pero, ¡Dios santo, se la había buscado! Había ido al castillo central, á un grupo de aldeanos, á explicar que aquella fosforecencia de las aguas era producida por una cantidad de animalillos microscópicos, llamados con no sé qué nombre del otro mundo; ó en otros términos, que todas aquellas chispas eran animales. Esta vez, á la verdad, la había inventado demasiado gorda, y la explicación fué acogida con una risotada estrepitosa.

Pero ya un nuevo espectáculo atraía la atención de todos. Habiéndose aclarado el cielo por todas partes, se veían por primera vez en el horizonte las cuatro hermosísimas estrellas de la cruz del Sur, desconocidas en otras latitudes, centelleando en la oscura soledad de los llamados sacos de carbón: los desiertos del cielo austral. De un lado resplandecían limpidísimamente, el *alfa* y la *beta* del Centauro, y del otro la constelación Argos, ó El Navío, con el espléndido sol Canope. Todo el firmamento brillaba terso y tranquilo.

La estrella polar había desaparecido por completo.





XIV

EL OCÉANO AZUL

Aquí, en el 17.º día, encuentro anotado en la carta de Berghaus, que se debía pasar la famosa línea trazada por Alejandro VI para dividir el mundo entre Portugal y España, y al lado encontré estas palabras: — *Buen tiempo fuera y dentro.* — El humor con efecto de aquella multitud de emigrantes seguía con fidelidad admirable las variaciones del mar. Así como al hablar con un personaje poderoso al cual pedimos un favor y que nos puede perjudicar, nuestro rostro refleja inadvertidamente todas las expresiones del suyo, así los pensamientos y las conversaciones de toda aquella gente se hacían negros, amarillos, grises ó azules, según el color de las aguas que atravesábamos.

Exactísimo es decir la *cara del mar*, porque el allanarse y el arrugarse de su superficie, las sombras que se agitan y las tintas pálidas ó tétricas que lo cubren de pronto, semejan de admirable modo los movimientos del rostro humano, el cual refleja la agitación de un alma móvil y desconfiada. ¡Cuántos cambios se sucedían en pocas horas, sin dejar de hacer buen tiempo! El Océano, que parecía viejo y cansado, se rejuvenecía en pocos minutos, recorrido por un estremecimiento de vida que lo cambiaba todo. Después se aquietaba, pensativo, y se aburría y se adormecía, para despertar luego como forma sacudida, inquieto, cejijunto, ofendido de aquella cáscara de nuez llena de hormigas que le pasaba sobre el cuerpo y parecía que meditaba una mala pasada; después recaía en una indiferencia desdeñosa, ó perdonaba y decía sonriendo: — Pasad, pasad. — Mudaba rápidamente con ello el aspecto de la embarcación, como si aquellas mil seiscientas personas hubiesen tenido un solo sistema nervioso.

A las diez, todos tendidos, silenciosos, con el aspecto de gentes que no tuviesen ya nada que esperar en este mundo, daban al *Galileo* la apariencia de un lazareto flotante: una hora después, por efecto de un soplo que barría el horizonte ó de un rayo de luz que doraba al proa, todos en pie, todos en movimiento, y un

murmullo, una alegría de la que ellos mismos estaban admirados. Y así cambiaban sucesivamente las disposiciones de ánimo de ellos hacia nosotros, y las formas de acogida que nos hacían en sus camarotes. Por la mañana, miradas traicioneras, volverse de espalda y hasta malas palabras silbadas en los oídos, y que reflejaban clara antipatía hacia los *señores*. La tarde de aquel mismo día, por el contrario, miradas benévolas, advertencias á los niños de que nos dejaran pasar, y aun palabras sueltas de agrado echadas á volar para intentar trabar una conversación, y también en esto hacíamos lo mismo que ellos. Pensábamos á veces, mirándolos, cuando hacía buen tiempo: — ¡Pobre y buena gente! ¡Al fin son nuestros! ¡Qué no haríamos por verlos contentos! ¡Qué bueno sería que nos quisieran! — Y en otros momentos, cuando el cielo se encapotaba: — ¡Qué raza de perros! ¡Perros que nos ahorcarían á todos si pudiesen! ¡Y nosotros, imbéciles, pensábamos en acariciarlos!

*
* *

Pero aquel día el cielo estaba azul, á través del buen humor de los pasajeros de tercera,

como por una transparencia moral, se podían hacer muchas observaciones psicológicas. Porque hay que hacerlo notar: bajo la trama de los despechos y de los odios que se había urdido en aquellos diez y seis días de viaje, se había formado otra de simpatías, de cariños y de afectos, bastante más varia y rica que aquella. El comisario lo sabía todo, ó casi todo, por sí propio y por lo que iban á contarle, sin que él preguntase nada, quince ó veinte comadres informadas de todos los chismes, las cuales ejercían, á proa, el mismo oficio que tenían á popa la madre de la pianista y el agente de cambio. Y era una diversión impagable oírle presentar el cuadro de las pasiones, en la cámara del capitán, con los ojos fijos sobre la multitud, indicando, uno por uno, á los personajes, con aquel hablar lento de juez municipal, muy cómico por dentro y por fuera grave.

La proa, toda negra de gente, se extendía por abajo como un vasto escenario descubierto, acariciado, en aquel momento, por una brisa suave, que hacía ondear la ropa blanca puesta á secar y agitarse las puntas de los pañuelos y los cabellos, sobre las sienes de las mujeres. Y él contaba... Los amores eran muchos, y viéndose obligados á permanecer la mayor parte siempre, ó casi siempre, en los límites de una vigorosa castidad, se habían venido encendiendo y

exasperando, puede decirse que á ojos vistos, como no sucede nunca en la ciudad ni en el campo. No había mujer joven, casada ó soltera, que no tuviese sus adoradores impúdicos ó prudentes, á las claras ó encubiertos, correspondidos ó no correspondidos, incautos ó cautos. La continencia y el tener siempre el objeto amado á la vista, casi en contacto, viéndolo en el desorden del vestido por la mañana, en el abandono del sueño durante el día ó la noche y en la libre desnudez de la maternidad, había hecho nacer caprichos y pasioncillas vivas, aun en las rústicas matronas semiseculares que, por su continente, no hubieran sido dignas ni de un pelízco.

Las jóvenes, á menos que fuesen feas hasta infundir pavor, todas tenían verdaderos asedios de enamorados; algunos de éstos, al cabo de algún tiempo, se cansaban y se dedicaban á revolotear alrededor de otra belleza, dejando el puesto vacío para otro; así los grupos se iban cambiando. Eran concupiscencias pasajeras y contemplaciones platónicas, que tenían por objeto, más que otra cosa, pasar el tiempo; ó eran amores de broma, sin otro fin que el de divertirse los compañeros de viaje. Pero había también enamoramientos serios, fuertes y que llegaban al alma, de una audacia, de una brutalidad tales que desafiaban la luz del sol y la

disciplina del barco; tercios y celosos como árabes, que no admitían la concurrencia en derredor suyo y que amenazaban con cuchilladas á diestro y siniestro.

Estos tenían, todos, sus puestos fijos durante el día, y, cuando no podían intentar nada, perseguían al objeto de sus adoraciones con ojo de gavilán que acecha su presa é injuriaban hasta á los que, al pasar, les interceptaban sus miradas. Se habían encendido en este fuego hasta ciertas cabezas grises, algunas cotorronas de piel de rinoceronte, en las cuales se hubiera dicho que la chispa no se podía ya encender sino por fricción. Uno de éstos, con cara de jabalí, se había enamorado de la labradora de Capiccotta, cuyo rostro redondo de imagen mal lavada, coloreado por el reflejo de un pañuelo con rosas encarnadas, había hecho perder también la chabeta á otros, á pesar de la presencia de un largo marido barbudo.

Las dos coristas, que iban de un lado para otro desde la mañana hasta la noche, riendo con todos, tropezando con todo el mundo, dándose encontrones por todas partes, parecía que tenían un goce particular en hacer pecar á los buenos maridos; las mujeres las odiaban como la peste y las apostrofaban sin reparo, delante y detrás, amenazando con acudir al comisario para que limpiase de ellas la proa, porque era

una cosa que daba asco. Pero no eran las únicas: había otras, con caras estropeadas, que seducían á los padres de familia con un poco de harina en el rostro y alguna porquería en el pañuelo, y pasaban delante de las mujeres bien educadas con cierta sonrisa burlona, echándoselas de señoras: una infamia: ¿qué hacía la policía de Génova? Pero era penosá, sobre todo, la compañía de aquella negra del Brasil que parecía una mona, á quien no se veía mas que á las horas de comer y por las noches; pero que había encendido una verdadera fragua de pasiones: parecía imposible—decían—con aquella nariz tan chata y aquel hedor á chotuno, y todos alrededor ó detrás de ella, como perros, para oler aquella suciedad y comer en su compañía. Ya, por ella, habían estado dos maridos á punto de irse á las manos: uno había tenido con su mujer un altercado que se había oído hasta en la máquina; á otro le había dado la suya una sonora bofetada, que él le había devuelto puntualmente, reservándose el pagarle los intereses en América. La gruesa boloñesa, al menos, conservaba cierto decoro, pudiendo llevar intacto al otro mundo—decía el comisario—su nombre de *muchacha honesta*: se decía, sin embargo, que tenía el corazón herido por un emigrante suizo, y que su conducta por la noche era muy dudosa; pero de día, entre la

gente, conservaba una dignidad de archiduquesa, tanto más altanera y desdeñosa, cuanto más crecía en derredor suyo la insolencia de las suposiciones hechas acerca del misterio de su inseparable bolsillo.

Había, sin embargo, otras muchas que, aun en el amor, daban buen ejemplo: muchachas morigeradas, ó al menos tímidas, que llevaban decorosamente sus honrados amores con los jóvenes, los cuales ó eran amigos del corazón ó amantes con buen fin, que estaban todo el día, constantemente cosidos á sus faldas, en lánguidas y respetuosas posturas, á la vista siempre de los padres.

Pero, en general, la galantería adoptaba unas maneras y hablaba un lenguaje que debía acelerar y perfeccionar de especial modo la educación de los niños y de muchas chiquillas de diez á catorce años que había á bordo, y que en aquel gentío lo veían y lo oían todo. Los más bajos instintos, domados en la vida ordinaria por el trabajo, ó dormidos en la quietud solitaria de los campos, se habían despertado poco á poco como culebras en el pecho de toda aquella gente amontonada y ociosa con los calores tropicales; y cuando la oscuridad de la noche animaba á los circunspectos y quitaba todo freno á los tímidos, se veían y se oían cosas capaces de ruborizar á un soldado de caballería. En

cuanto á la forma, claro está, siendo pornográfica en gran escala; que, en cuanto á la esencia, era la misma que en muchas salas elegantes se observa y se traga, dorando la píldora, sin que nadie se escandalice.

Y después... ¿qué sucedía después? Preguntado sobre este particular, el comisario se atu-saba el bigote, meneando la cabeza. Sin duda el reglamento estaba claro: el capitán no transigía, y el jorobadito era incorregible; pero la proa era grande y estaba poco alumbrada, llena de ángulos oscuros y rincones oportunos, y entre los emigrantes podía más que la envidia y los celos, que hubieran impulsado á descubrir algo, el sentimiento de la solidaridad, fundado en el *hoy por mí, mañana por ti*, que les inducía á protegerse. Además de que, durante la noche, el jorobado no estaba siempre allí, en la escalera de los dormitorios, haciendo la guardia, y con frecuencia se dormía; y entonces había unas fiestas furtivas, una tarantela de pecados mortales que, si la veían las estrellas de la constelación de la Cruz, espectadoras de los amores al aire libre de los indios, podían decir con propiedad que todos los hombres son hermanos. En las noches sin luna y sin estrellas principalmente, y cuando era muy fuerte el calor, no hubiera bastado un batallón de vigilantes.

Precisamente mi buen jorobado, pasó, mien-

tras hablábamos de él, con una botella de aceite en la mano, y siguiendo quizá el curso de sus pensamientos, me dijo:—Es peor una rubia que siete morenas.—Después, recogióse un momento y levantando el índice, añadió:—Si las porquerías pesasen, nos habíamos ido ya á fondo desde hace diez y seis días.—Y ahora, ¿qué ocurre?

*
* *

Eran los muchachos de proa, que aplaudían la maniobra de alzar las velas, de modo que el navío se encontraba con todas sus grandes alas desplegadas, y se deslizaba sobre el mar azul en toda la plena majestad de su belleza. En el mismo momento, como para festejarlo, una bandada de aves acuáticas del Brasil vino á dar tres vueltas alrededor de los mástiles, y después, desaparecieron. Nunca me había parecido tan hermoso el *Galileo*, ancho y poderoso, pero las ondulantes curvas de sus lados y su gran longitud le daban la gracia de una desmesurada góndola.

Sus altísimos mástiles, enlazados entre sí por una trama de cuerdas, parecían troncos de gigantescas palmeras, ya podadas, unidas por ramas sin hojas, y las anchas bocas rojizas de los

tubos de ventilación hacían el efecto de colosales cálices de flores, atraídos por la América, en vez de serlo por el sol. Los lados negros y severos de alquitrán, la cubierta erizada de máquinas de hierro y envuelta en nubes de oscuro humo; este aspecto rudo, de vasto taller, alegrado por las azules lanchas que se cernían á los costados, por las altas velas blancas é hinchadas, por puentes móviles cuyo perfil se recorta en el cielo, por cien reflejos de metales, de maderas, de cristales, por mil objetos y formas diversas y raras, que representan cada uno una comodidad, una elegancia, una defensa, una industria, una fuerza... Y el ruido de la máquina, los golpes profundos del propulsor, las paletadas de la hélice, el chirrido de las cadenas del timón, el silbido del sulcómetro, el ruido de las anclas, el sonido de los cristales, formaban una música difusa y rara que acariciaba el oído, y entraba en el alma como un lenguaje misterioso de gente esparcida é invisible que, en voz baja, se incitaba recíprocamente al trabajo y á la lucha. La popa se estremecía bajo nuestros pies, como el esqueleto de un cuerpo vivo; el coloso tenía agitaciones repentinas, de las cuales no se sabía la causa, y que parecían estremecimientos de fiebre; sacudidas bruscas y sin gracia, que parecían actos de despecho y movimientos repetidos de proa que semejaban sacudimien-

tos de una cabeza que piensa. Se deslizaba, por el contrario, otras veces, durante largo rato, tan seguro é igual sobre el mar agitado, que ni una bola de marfil se movería sobre las tablas de la cubierta, pareciendo que ni aun le lamían las olas.

Iba sin descanso, por la niebla, en la oscuridad, contra el viento, contra las olas, con un pueblo encima, con cinco mil toneladas en su interior, de uno á otro mundo, guiado infaliblemente por una pequeña plancha de acero que podía servir para cortar las hojas de un libro y por un hombre que hacía girar una rueda de madera con un ligero esfuerzo de las manos.

Recorriamos, con el pensamiento, la historia de la navegación; y saltando desde el tronco de un árbol á la canoa, de la piragua á la barca con remos, y pasando por todas las formas de la nave, engrandecida y fortificada por los siglos, nos deteníamos en aquella forma última para compararla con la primera, y el corazón se nos henchía de admiración, preguntándonos qué otra obra mecánica tan maravillosa había inventado la raza humana. Más maravillosa que el Océano mismo que rompe y devora, á cuya amenaza continua responde con el infatigable ruido de su conjunto:—Tú eres inmenso, pero ignorante: yo soy pequeño, pero soy un genio; tú se-

paras los mundos, yo los uno; tú me rodeas, mas yo paso sobre ti; tú eres muy poderoso, pero yo soy quien soy.

*
*
*

¡Ah! ¡pobre orgullo humano! Mientras estaba yo bajo la impresión de estos pensamientos, corrió un estremecimiento de proa á popa, y cien voces inquietas, mil semblantes pavorosos se preguntaban mutuamente. El vapor iba á detenerse. Muchos se agolparon á los costados y miraban hacia abajo, sin saber qué se proponían; otros corrieron á buscar al capitán; algunas señoras estaban á punto de desmayarse; el buque se paró.

Es imposible expresar la siniestra impresión que produjo aquella parada repentina y qué triste figura de pobre juguete destrozado tomó, de pronto, aquel enorme bajel inmóvil y silencioso en medio del Océano. — ¡Cómo se desvaneció, de repente, la confianza en sus fuerzas y en el poder del hombre! Y en el mismo instante se reveló la perversidad humana que goza con el terror y las angustias del prójimo; los pasajeros corrían la voz de que estaba á punto de reventar una caldera de que se había roto la quilla y de que entraba el agua en la bodega. Se oyeron gritos de mujer. Los fogoneros,

que, terminado su servicio, subían sobre cubierta con el cuerpo desnudo y negro, fueron rodeados y acosados con ansiosas preguntas. Los empleados iban de aquí para allá diciendo palabras que el murmullo de la multitud no dejaba oír. Al fin se extendió de proa á popa una noticia tranquilizadora:—No era nada: el calentamiento de un cojinete del eje motor; se estaba reparando; dentro de una hora estaríamos en marcha. Todos respiraron; algunos, á quienes antes no les llegaba la camisa al cuerpo, se encogían de hombros, diciendo que lo habían adivinado desde el principio; pero la mayor parte volvió en sí como sucede cuando se ha sentido una punzada ó un latido irregular en el corazón.

Aquella máquina, de la que nadie hablaba antes, se convirtió entonces en el asunto de cien conversaciones, todas llenas de una solicitud y de un pueril respeto que hacía sonreír. Porque, después de todo, ella era el corazón de la nave, ¿no es verdad? El capitán es el cerebro, y si el cerebro enferma, se puede vivir aún; pero si el corazón se para, todo ha concluído. ¿Y cómo se llama el maquinista? Tenía el aspecto de un hombre inteligente y práctico. No hablaba nunca. Debía haber estudiado mucho. Habría sabido sacarnos de apuros. Todos le elogiaban sin conocerlo. Solamente el molinero

meneaba la cabeza con una sonrisa de lástima, paseando por el buque su vanidosa panza. ¡Maquinistas italianos! De ellos hay que esperar lo peor. Debían ser americanos ó ingleses. Pero la tacañería nacional no quiere comprenderlo.—*Faltan patacones*—le respondía el capellán.—Pero, al cabo de media hora, las conversaciones languidecían; aquella maldita hora no acababa de pasar, y las inquietudes renacían.—¡Pero que se necesite tanto tiempo ¡vive Dios! para enfriar un cojinete!—exclamaba más de uno que no sabía, por supuesto, qué fuera esto.—¡Es una vergüenza!—Pero ¿qué hacen allá abajo? ¿Quién ha visto cosa como esta? ¡Ah, por fin!—La máquina dió señales de vida, se movió la hélice, el mar se agitó á nuestro paso.—¡Gracias á Dios! ¡Ya andamos!

*
* *

Y, sin embargo, lo que me hizo más efecto á mí en aquella ocasión fué la mirada que cambiaron dos personas: tan verdad es, que el espectáculo más interesante para el hombre es siempre el del alma humana.

En el momento mismo en que, no conociéndose aún la causa de la repentina parada, se podía temer un peligro grave, y todos lo temie-

ron, encontrándome yo solo sobre el puente, vi á mi vecino de camarote volverse á mirar á su mujer, que estaba abajo, apoyada en el costado del buque, y á ésta, como si hubiese previsto este acto, fijarse en él. Fué una de aquellas miradas que revelan un alma como un rayo de luz examinado en el espectroscopio demuestra la naturaleza química del cuerpo de donde parte. No eran la ansiedad ni el miedo, ni mucho menos una simple curiosidad, sino una mirada fría y tranquila que expresaba la profunda certeza que tenían ambos de la indiferencia absoluta del uno para el otro hasta delante de aquel peligro desconocido, del cual podía originarse la muerte. Se habían dicho mutuamente con los ojos:—Yo sé que no te importaría nada perderme; tú sabes que tu pérdida me daría á mí el mismo cuidado.

Así que la señora se separó del costado del buque, el marido la miró de nuevo. Este hubiera sido su último adiós si una desgracia los hubiese separado para siempre. Pero ¿qué había sucedido entre ellos para que al mismo tiempo se odiaran de aquella manera y continuasen unidos? Siempre me hacía interiormente, á pesar mío, esta pregunta. Y pensaba si habría hijos de por medio que los obligasen á estar juntos, ó un hijo único, que en caso semejante es un lazo mucho más fuerte que

cuando hay varios. Nadie á bordo los conocía. Aquella continua sonrisa forzada y casi temblorosa que tenían ellos, inspiraba á todos cierta repugnancia, aunque ella, adivinando aquel sentimiento, se esforzaba en vencerlo, procurando dar á su voz y á su rostro una expresión de bondad y de tristeza, como si estuviese resentida, pero resignada, con los falsos juicios. El hablaba con muy pocos. Parecía estar violento entre la gente, como todos los que saben que su desgracia es pública y se avergüenzan ó se sienten ofendidos por la lástima que inspiran. Se adivinaba, por otra parte, en ciertas rápidas expresiones de sus ojos y de su boca, que debía haber sido otras veces de corazón abierto é inclinado á las amistades alegres, y bueno, sin embargo; pero que todas las energías de su naturaleza se habían gastado primero y apurado luego en una larga lucha contra un adversario más fuerte y más tenaz que él. Era fácil comprender, en efecto, que temía á su mujer, pero que ella no le temía. Se comprendía por su recelosa mirada que giraba en derredor suyo cuando cambiaba alguna palabra con la señora argentina ó con la brasileña, delante de las cuales estaba en aquella actitud de respeto amable y triste que suele tener con las mujeres de los demás quien es infeliz con la suya propia y ve en cada una de aquéllas la

imagen de una felicidad, ó al menos de una vida tolerable que á él no le es concedida. Y daba mucha más pena aquella timidez de chiquillo atormentado en aquel hombre alto y recio, en quien se notaban aún los rasgos de cierta belleza viril. Mirándolo de cerca, se le veía aquel estremecimiento frecuente de los músculos de los labios que caracteriza á los hombres acostumbrados á reprimir su cólera y aquel modo de fijar los ojos en el vacío sin mirar á ninguna parte por mucho tiempo, que es propio de las tristezas que conducen al suicidio. Y jamás mostraba el aburrimiento ó la impaciencia de los otros pasajeros: parecía indiferente al tiempo, como los prisioneros condenados á penas perpetuas. Yo no me hubiera admirado nada de que se hubiese oído decir cuando menos se pensara que se había arrojado entre las ruedas de la máquina.

Quizá en su casa hubiese tenido la distracción del trabajo ó del movimiento, algún amigo ó un vicio con el que tratara de aturdirse; por lo menos, en algunas horas no hubiera visto á su mujer. Pero allí, sobre los cuatro palmos de tablas, estar precisado á verla y á rozarse con ella de continuo, á odiarla y á ser odiado á los ojos de todos, y á respirar su aliento en un recinto estrecho, sin luz y sin aire, era sufrir juntos tres suplicios: el de la reclusión, el estar

en berlina y el de la galera. ¡Y ni una persona con quien desahogarse! Porque á nadie le había hecho aún la menor confidencia, que se hubiera sabido, por más que todos aguzaban el ingenio para penetrar su secreto. Y, sin embargo, el secreto era elocuente.

Eran dos tumbas cerradas, en cada una de las cuales se agitaba un monstruo vivo sepultado, sin pedir socorro ni piedad.



Aquella noche, sin embargo, yo creí estar á punto de descubrir el misterio. La brisa casi había cesado y el mar dormía, de modo que la noche, tarde, cuando bajamos á acostarnos, corriendo el buque sin sacudidas ni crujidos, se oían los mas ligeros ruidos de un camarote á otro, como en aquellas peligrosas hospederías con tabiques de madera de ciertas pequeñas ciudades del Rhin en las que la guía recomienda «*ser discretos*.» Cuando entré en mi camarote oí la voz ahogada de la señora que hablaba rápidamente con un tono áspero y monótono, como si hiciese una larga recriminación, volviendo al pasado y recordando hechos y personas; y la voz del marido respondía bajo, á intervalos, con resignación:—No es verdad, no es verdad, no

es verdad.—Pero haciéndose cada vez más fuertes y ásperas las recriminaciones, las negaciones de él también se iban haciendo cada vez más acres y vivas.

El infeliz, impotente para luchar, y procurando, sin embargo, conservar siempre en la disputa la dignidad de hombre, estaba reducido á la miserable defensa de la muchacha que repite constantemente la misma palabra, temiendo que el silencio absoluto no le acarree algo peor. Pero de pronto se estremeció y empezó á vomitar larga serie de palabras incomprensibles, furibundas, ultrajantes, desesperadas, interrumpidas por un aullido de perro rabioso que me hizo temblar. Iban á irse á las manos. Ella se echó á reir. Estuve un momento en escucha, esperando el ruido de una bofetada ó un grito de ella. Y oí, al contrario, al principio la voz de él, pero humilde y suplicante, que pronunciaba muchas veces un nombre: *Attilio*; la voz de un hombre que se confiesa vencido, que pide perdón, que consiente en todo con tal de que le concedan una cosa. *Attilio* debía ser un hijo, y su padre uno de aquellos hombres de fuertísimo temperamento á quien el amor paternal hace pusilánimes, y que se pone de hinojos, con los brazos en cruz, bajo el imperio de una mujer que le puede herir de muerte en aquel único afecto. No me parecía posible que á aquella humil-

de súplica no respondiese la voz de la mujer compadecida y puse el oído. No oí la contestación.

Sonaron las anillas de un camarote; la señora se había acostado sin responder. Entonces oí como el ruido de una mano que buscase con prisa y con violencia en el fondo de una maleta, y se me ocurrió si buscaría un revólver. Pero ella seguía callando. Aquel desgraciado no tenía ya ni el consuelo de ser creído capaz de un acto de desesperación. Mientras estaba ansioso esperando oír el tiro, se presentó un hombre en mi camarote, y á la incierta luz que penetraba por los quicios de la puerta, reconocí al agente.

No oí bien sus primeras palabras por atender á mi vecino; pero no se oyó ningún tiro: quizá le había faltado el valor como otras veces; oí, por el contrario, el ruido de un cuerpo que se deja caer como rendido, y el golpe de una mano sobre la frente. El agente no se había enterado de nada. Tenía en otra cosa el pensamiento. Venía á desahogar su cólera conmigo. Su camarote se había hecho inhabitable... para un hombre. Se había puesto un gabán, y desde hacía media hora paseaba en zapatillas por los corredores, esperando que sus dos vecinos se durmiesen.—La gramática española—dije.—Precisamente la gramática española; no era

mas que esto: la consultaba muy á menudo en el capítulo de las interjecciones. Le importaba demasiado que aquella señora de estuco de Luca acabase siempre diciendo: *Ave María*.

Lo peor era que, mientras los primeros días sus golpes de tos y sus codazos contra el tabique les intimidaba, ahora se había acostumbrado á todo los oídos de ellos, y no les importaba. Tenían verdaderas orgías en su gabinete particular, roían dulces traídos de la mesa, sorbían aguardiente, les parecía que hasta hacían juegos de gimnasia de salón con saltos y brincos; un cúmulo de picardías que no se hubiera uno imaginado nunca al verlos arriba con aquella timidez hipócrita de santitos. El día siguiente se vengaría: pensaba perseguirlos de popa á proa como un policía, sin dejarles descansar un momento, y hacerles poner verdes en la mesa. ¡Qué fachas!

Nada más insoportable á bordo que el séptimo sacramento, cuando se trataba de recién casados. Mientras tanto, andaba tan de prisa, que parecía galopar. Pero no había perdido el tiempo. Saliendo del camarote, había visto aparecer en el fondo del corredor transversal á un fantasma blanco, y había reconocido á la señora suiza; pero no había logrado descubrir por dónde se había metido, no pudiendo ser en busca del argentino del antejo, porque los argen-

tinios se habían recogido todos en el camarote del *gaucho*, de donde salía rumor de voces; ni del toscano, porque hacía dos noches que estaba en la proa, donde parece que tenía un *arreglito*.

Sospechaba del descendiente de los incas, pero había necesidad de cerciorarse de ello. En cuanto al profesor, creía que estaba en el puente esperando una lluvia de estrellas errantes: cuando la señora quería despacharle, se quejaba del calor: decía que los dos en el camarote se ahogaban, y entonces subía él á estudiar las constelaciones. Es verdad que aquella camarrera genovesa que por la noche estaba siempre de guardia en la encrucijada de los corredores no debía estar allí sólo para vigilar á su Ruy Blas, sino también para proteger las escapadas de ella, pues de otro modo no sería creíble que lo pasase allí de pie con tanta desenvoltura. También le había parecido ver deslizarse la sombra de la negra, y se le había metido en la cabeza que el marsellés había comenzado un curso de estudio sobre la raza etiópica. Y hasta le parecía que la camarera veneciana andaba aquella noche por los corredores con hocico concupiscente que inspiraba sospechas. En suma, era una noche agitada: nadie dormía, y habría mucho material para la crónica menuda del día siguiente. Se había visto dos ó tres veces asomar

la cabeza por la puerta á la madre de la pianista, espiando en torno suyo con una curiosidad febril.

Y á propósito: seguía con la vista á la hija, que asomaba su rostro de vez en cuando siempre que pasaba alguien; pero quién fuese éste no lo había podido descubrir aún, porque siempre, cuando había visto una de aquellas iluminaciones instantáneas, pasaban varios, y la joven estaba tan pronta para recoger la mirada, que no había conseguido nunca comprender su dirección. ¡Oh! una pasioncilla sin consecuencias, un fuego oculto; estaba prendida con alfileres; todo habría concluído con una carta y un tijeretazo... Pero algo habría, y todavía había que averiguarlo. ¿Y no había oído la novedad del día? Había mandado llamar á escape al capellán napolitano, que había salido corriendo metiéndose la sotana. — Alguien debe de estar malo á proa. Basta — concluyó; — voy abajo á la *repostería* á beber un vaso de cerveza, y luego vuelvo á ver si se han aquietado los ánimos. Buenas noches.



Fué una noche malísima. Eran cerca de las doce, y casi todo el mundo aún estaba despierto.

El calor ahogaba á todos, y, por añadidura, parecía que aquella noche el dormitorio se había transformado en una enorme caja armónica, en la que cada suspiro se hacía sonoro y se oía de un extremo á otro de los corredores. En el camarote detrás del mío roncaba el molinero, y á cada instante cambiaba de postura, exhalando un gemido y exclamando:— ¡Ah, pobre Italia! —que debía ser su pesadilla. De vez en cuando oía, debilitados por la distancia, los golpes de tos de la señorita de Mestre, que dormía al otro lado del barco. El niño más pequeño de la brasileña, enfermito, lloraba y oía la monótona y triste cantinela de la negra, una especie de sollozo lastimero que me hacía recordar los melancólicos cantos de los esclavos de Africa sepultados en las bodegas de inmóviles barcos de vela, bajo el ardiente sol del Ecuador. Enfrente de mí charlaban, sin miramientos para nadie, el abogado y el tenor, y oí que hablaban de Grecia. Oí exclamar:— ¡Jorge Byron! —Después, el abogado decía:— ¿Conque usted no tiene en cuenta la fuerza del panslavismo?

— ¡Ah! —respondió el tenor;— no me hable del panslavismo. Por lo que más quiera, no me hable usted á mí del panslavismo. — Oí fragmentos de conversaciones del sacerdote napolitano con el chileno, que debían estar de pie, en calzoncillos, cada uno en la puerta de

su camarote. — *Cuando se produce un movimiento de baja en el precio del oro acuñado...*— Al fin todos se callaron. Pero cuando no se coge pronto el sueño en esas noches ardorosas, dentro de aquellos camarotes tan estrechos, no hay ya que esperar mas que un estado angustioso de dormivela, en el cual el sentido de la vista y el del oído quedan como velados, pero no adormecidos; y el sueño, si se le puede dar este nombre, toma una marcha y un vuelo vertiginosos, transportándonos sin descanso desde el mar á nuestra casa y desde aquí al mar, y después otra vez á casa, con una lucidez de visión y una brutalidad de desengaños, que es un suplicio. Y cuantas veces en casa, luego, algunos años después, se vuelven á tener aquellos mismos sueños como si se hubiesen quedado grabados indeleblemente en el cerebro, lo mismo que las cosas reales, distinguiéndoles de otras innumerables, como si hubiesen sido impresiones de otra vida. Recuerdo el ruido del agua que pegaba contra el lado del buque, á pocos centímetros de mi cabeza, y que en aquel silencio se oía más vivo que nunca un murmullo continuo é igual durante muchos ratos, que rompía en palabras más altas, en risas contenidas, en silbidos sutiles, se apagaban en ruidos ligerísimos; después, de repente, un bofetón rabioso, y luego otra vez un murmullo de oración, como

si el monstruo pretendiese entrar prometiendo que no causaría mal á nadie y jurando que era sensible é inocente. ¡Ah hipócrita! Y sin tregua él reza, raspa, lame, juega, busca una hendidura, se enoja porque no la encuentra y está todo cerrado, se lamenta, se asombra de que desconfíe de él, y, perdiendo de nuevo la paciencia, al cabo de un rato vuelve á llamar, á tocar á la puerta como un amo desdeñado. Y á aquel hablar infatigable se unen dentro toda clase de sospechosos rumores, el picaporte de las puertas, las botellas de agua, las lámparas colgantes; á veces juraríais que duerme otro á vuestro lado, que alguien se pasea por vuestro camarote y anda en la maleta. Dais una sacudida de repente: una persona ha entrado, en efecto, y se acerca. Es el camarero que viene á ver si está cerrada la ventanilla, y que, después de mirarlo, desaparece. Entonces oí otros ruidos sobre cubierta, pasos precipitados como de gente que acude á un peligro, estrépitos incomprensibles que, en el silencio de la noche, parecen enormes y hacen temer un desastre; el ruido de los pasajeros que salen de sus camarotes, subiendo á ver lo que pasa y vuelven á bajar. Nada: era que dos marineros sacaban una cuerda. Volvéis á cerrar los ojos y comenzáis á soñar de nuevo: os despierta sobresaltados un ruido sordo y terrible: ¿qué habrá sucedido

ahora? Después una explosión: ¡se ha hecho pedazos la popa! Nada, un chubasco. ¡Ah, al fin se podrá dormir! Pero á través de la ventanilla aparece una ligera claridad. Despunta el alba. ¡Maldición! ¡Aún quedan cinco días!





XV

EL MUERTO

AÚN quedan cinco días! Esta era la exclamación de todos aquella mañana, y parecían más largos los cinco días que quedaban que los diecisiete transcurridos. Porque hay que observar que, en virtud de no sé qué ley de inercia psíquica, el lento crecimiento del tedio y cansancio general seguía latente aun en los intervalos de tiempo sereno y de buen humor, cesando los cuales cada uno sentía agravada su odiosa carga á proporción del tiempo transcurrido, sin la más pequeña disminución de peso, como si ya fuésemos á estar siempre fastidiados. Y aquel 18.º día se presentaba mal. Nubes negras y grises pasaban en todas direcciones sobre el mar, el cual por una parte tenía color de aceite agitado y por otra parecía ceniza mojada,

y aquí y allá manchas de negruzco betún que se hinchaban ó se sumergían.

A proa y á popa se formaban muchos corrillos, y circulaba una noticia: durante la noche había muerto el viejo Labrador piamontés enfermo de pulmonía. El acta de defunción había sido extendida y firmada por dos testigos al rayar el día en la cámara del capitán y con la correspondiente certificación del médico. Este suceso, aunque se comprendiese que no era raro entre tanta gente en estos largos viajes, despertó una inquieta tristeza, como si fuese una amenaza para todos. El médico fué detenido en el puente por las señoras, que querían saber pormenores, y los contó con su tranquila cara de Nicotera amansado. Había sido una escena dolorosa. El viejo, antes de morir, había querido ver á la señorita de Mestre para entregarle el poco dinero que tenía y sus papeles, y decirle que los remitiese á su hijo.

Pero había tenido una agonía desesperada. El capellán no había conseguido hacerle aceptar la muerte con resignación. En la mirada que dirigía á los enfermeros y en torno suyo, en aquel extraño hospital, se veía una angustia inmensa y un pueril miedo á morir allí, en medio del Océano, á no tener sepultura... y se agarraba con las dos manos al brazo de la señorita, no diciendo mas que: — *¡Oh, mi hijo, mi pobre*

hijo!—sacudiendo la cabeza en actitud de desesperación infinita. Después de muerto, se había quedado con la cara contraída y con expresión de espanto, é inundado de lágrimas todavía. A la señorita la habían querido llevar sobre cubierta, y á duras penas pudieron llevarla hasta la popa.

*
* *

Me fuí á proa. Había allí la agitación que se observa por la mañana en una plaza donde se ha cometido un delito la noche antes: había corrillos en los que se hablaba mucho del asunto, sobre todo por las mujeres, que, bajo la máscara de la tristeza, manifestaban el placer de tener un hecho extraordinario que comentar; y sentían también lo que se experimenta siempre al saberse una muerte: un mayor apego á la vida. Se discurría sobre la sepultura, cuándo se haría, de qué modo, por qué lado lo arrojarían al agua, y si de pie ó de cabeza. Y hacían las suposiciones más estrambóticas: que lo echarían desnudo y con una bala de cañón atada al cuello; que lo tirarían al mar metido en una caja embreada para preservarlo de los peces, como estaba prescrito por la ley. Al-

gunos decían que habían visto ya acercarse al barco algunos peces, atraídos por el olor del cadáver, y otros miraban al mar para verlo. Mucha gente se agolpaba á la puerta de la enfermería para subir á visitar al muerto; pero un marinero puesto de guardia impedía el paso. Entretanto, sobre el castillo de proa en medio de su acostumbrado círculo, el viejo del gabán verde hacía una oración imprecatoria, agitando el índice hacia arriba.—¡Uno menos!...

—Adelante...

—La carne de los pobres se arroja á los peces. Aquel, por supuesto, estaba condenado á muerte desde el primer día. ¡Ya lo sospeché yo; no lo alimentaban!

Decía que, en vez de buen caldo, le daban agua de fregar, y que lo habían dejado morir sin ponerle una almohada bajo la cabeza. Y ya se susurró por la noche cierto rumor, que él insinuaba, de que no fuese aquella la primera muerte que hubiera ocurrido durante el viaje; pero que á los otros les habrían podido tener escondidos y después arrojarlos al mar, á media noche, por la parte de popa.—Pero tiene que venir—decía en voz alta—el día del juicio.

Y él y su auditorio me miraban fijamente, haciéndome renunciar á seguir oyendo, por lo que me fuí á saber noticias del pequeño Galileo.

*
* *

Encontré á la puerta de la cámara de segunda al padre sentado sobre una maleta, con uno de los chicos sobre la rodilla y la pipa en la boca.—*El pequeño está bién*—me dijo con su acostumbrada cara risueña. Después dirigiendo la vista hacia el viejo del castillo de proa, cuya voz llegaba hasta allí, me dijo en voz baja:—*Ese está chiflado.*

Luego añadió:—*Lo que es yo, desde el momento en que voy al nuevo mundo, ¿qué me importan las cosas del mundo viejo?*

Esta pregunta era como un sondeo que él hacía para ver si yo era un señor intratable ó uno de aquellos con los que se puede alternar. Pero sin que le respondiese mas que con un movimiento de cabeza, me pareció que mi cara le inspiraba confianza porque, dando un salto, dijo con franqueza:

—En cuanto á mí, dispénseme, pero creo un disparate el que tantos señores se burlen de América y digan que se mueren todos de hambre, que vuelven más desesperados que antes, que hay peste, que los gobiernos son despóticos todos y traidores, y que sé yo cuántas cosas

más. ¿Qué sucede entonces? Sucede que cuando después, llega una carta de allá en la que dice que está bueno, y que prospera, no se cree ya nada de lo que dicen los señores, ni aun lo que sea verdad, y sospechan que habrá todavía engaño y que será siempre la verdad lo contrario de lo que ellos digan. Yo dije que tenía razón y que si no se hubiese dicho más que la verdad, quizás hubiesen partido menos.

—¿Y usted va con buenas esperanzas?—le pregunté.

—Yo—respondió—*yo razono de esta suerte*. Peor que estaba no puedo estar. Todo lo más que me puede suceder es que sufra allí el hambre como la sufro en casa. *¿Digo bien?*

Después, volviendo á llenar la pipa, continuó:

—*No emigre, no emigre*, me decía el señor Careti (¿quién sería este señor Careti?); usted hace mal, usted hace mal. Me decía que cada emigrante que se va tira á la calle un capital de cuatrocientos francos. Tú vas á consumir y á producir fuera, y así haces daño á tu país. Me decía también que no debía lamentarme de las tasas, por que si las tasas son fuertes, tanto más trabaja el labrador y, por consiguiente tanto más produce.—Yo no sé nada de estas cosas —le respondí.—Sé que reviento trabajando y que no gano bastante para mi mujer y para mí. Emigro para ganar más. Allí me aconsejaban

que esperara; que yo ganaría trabajando en la Cerdeña, ó en las marismas ó en el saneamiento del campo romano; y que el gobierno estaba resuelto á mejorar la condición de la Agricultura. Pero, ínterin, no se come...

Animado por mi asentimiento, alargó la conversación y comenzó á exponer las ideas generales que todo hombre del pueblo tiene, más ó menos confusas, en la cabeza, acerca de lo mal que andan las cosas; se gasta todo en mantener soldados, muchas armas y cañones y barcos y nadie piensa en el pobre pueblo; las cosas de siempre; pero que no parecen nunca tan verdaderas y tristes como cuando se oye decir á uno que siente los efectos de la propia miseria y á los que no se les puede dar ningún consuelo, ni siquiera de palabra. Y así lo pensaba yo mientras que él me decía que después de un día de trabajo no encontraba sobre la mesa mas que una triste sopa de cebolla, y que por la noche se despertaba con hambre, no atreviéndose á comer por no quitar el pan á sus hijos, que ya lo tenían escaso.

Pensaba entonces de qué me habrían servido todas las mejores razones que le hubieran ocurrido á mi inteligencia de necesidades históricas, de sacrificios del presente al porvenir y de dignidad nacional. La sociedad que, en nombre de esas cosas, le exigía tantos sa-

crificios, no le había enseñado, sin embargo, á comprenderlas y me hubiera parecido que, al decirlas, insultaba su miseria. Y le estaba oyendo con aquel aire casi avergonzado, con el que siempre escuchamos todas las quejas de las clases pobres, convencidos de una gran injusticia á la que no encontramos nada que objetar en nuestra inteligencia, y de la cual todos, vagamente, sentimos que nos remuerde la conciencia, como por una culpa heredada.

—¡Ah no!—dijo meneando la cabeza.—*Tal como el mundo está ahora, es esta una cosa que no puede durar: es mucha la gente á quien le va mal.*—Y me habló de las miserias que veía en torno suyo, de las lamentables historias que oía á proa: y oyéndolas le parecía que él no era tan desgraciado. Había quien no había comido un pedazo de carne hacía muchos años; otros que hacía tiempo no llevaban camisa mas que los días de fiesta; que no habían descansado jamás sus huesos sobre una cama, y sin embargo, habían trabajado siempre inclinándose hacia la tierra. Había quienes, hechos los gastos del viaje, llegarían á América con un duro en el bolsillo, y que todos los días dejaban aparte, en un saco, un poco de galleta para tener algo que comer en tierra, y no tener que empezar pidiendo limosna si no encontraban trabajo los primeros días. Conocía á más de uno que, para

no llegar á América descalzo, tenía atado alrededor del pie con un hilo de bramante aquel único par de zapatos, hecho pedazos, que le quedaba y se los ponía sobre la cabeza por las noches para que no se los robasen.—*Y oiga—*añadió—*los hay que han pasado tan mala vida, que van ya demasiado tarde y van á morir á América.*—Me señaló á un labrador de unos cuarenta años, sentado cerca de él con la cabeza descubierta y sudosa, apoyada entre las descarnadas manos y temblando. Tenía una fiebre, que no le remitía nunca, cogida en los arrozales, y no le paraba nada en el estómago. Una noche (no debía saberlo nadie) él le había sujetado cuando quería arrojarse al mar y tenía ya medio cuerpo fuera; y desde entonces su mujer no lo pierde nunca de vista: una desgraciada que daba más compasión que él:—*¡Mírela usted cómo está!*

Y decía todo esto con tristeza, pero sin acrimonia; no por consideración á mí, sino por aquella confusa conciencia, común á muchos entre el pueblo, y derivada en parte de la idea religiosa y en parte de la propia intuición de que la miseria de la mayoría no es mas que otro efecto de una ley del mundo, como la muerte y el dolor una condición necesaria de la existencia del género humano, que ningún sistema social podría cambiar radicalmente.

—Basta—concluyó guardando la pipa en el bolsillo y poniendo las manos sobre la cabeza de su niño.—¡Que el Señor me dé suerte! ¡Si en América encontrara, al menos, la buena gente que he encontrado aquí á bordo! Porque, oiga, señor; si aquella pobre enferma no va á la gloria, es que no entra allí nadie. Les lleva la comida á las amas, les da besos á los pobres, les regala ropa blanca á los que no la tienen, y es la bendición de todos. *¡Y luego dicen que el mundo es tan malo!* — *¡Voy en seguida!*—gritó dirigiéndose al camarote.—*Con permiso, señor; mi mujer me llama.*

*
* *

De repente empezaron á caer del cielo gruesas gotas como granos de uva, y poco después una lluvia torrencial copiosísima que cubrió todo de un velo como si el barco hubiese entrado dentro de una nube. Una turba de pasajeros invadió en tropel el sitio cubierto donde yo me encontraba, y, echándome para atrás unos diez pasos, me arrojó á un sitio oscuro de donde no podía salir, á un estrecho círculo de hombres con chaquetas mojadas, con un olor muy fuerte á pobreza y miseria. Y allí ocurrió una es-

cena digna de contarse. Habían transcurrido apenas diez minutos cuando un movimiento de multitud apretada y una explosión de risas y de silbidos me hicieron comprender que se había promovido una riña; y, levantándome sobre la punta de los pies, ví una mano por el aire que caía con movimiento rápido y regular, como un mazo, sobre una cabeza invisible.—¿Quién es? ¿Qué ocurre?—Todos daban voces, y no se comprendía nada: acudieron dos marineros, llegó el comisario, y los contendientes fueron separados y llevados fuera, entre murmullos.

Suponiendo que irían á la *prevención*, ya también corrí hacia allá, cortando por la cocina de los de tercera; y, llegando en el momento en que entraban, me admiré mucho al ver que los dos detenidos eran el padre de la genovesa, ciego de cólera, y el escribanillo de Módena, pálido, sin sombrero, con una cara que era un verdadero recibo de pescozones. Un cortejo de caras risueñas los seguía. Los detenidos entraron en el camarote del comisario: la comitiva se agolpó á la puerta.

Lo sucedido fué lo siguiente. Al empezar el aguacero, el escribano se había refugiado con otros en el sitio cubierto y había permanecido encerrado allí, en prensa, con los demás, como sardinas en banasta.

Pero á la vez, por fortuna suya, ó por desgracia, se había dado el caso de que enteramente delante de él, con las trenzas contra su cara, con la espalda contra su pecho, estaba aprisionada entre la multitud la muchacha genovesa; y detrás de él, sin haberlo visto el otro ¡infeliz! el suegro de sus pecados. El pobre joven, muerto de amores desde hacía diez y siete días, embriagado por el perfume, encendido por el contacto, estimulado por la oscuridad, había perdido el juicio y se puso á dar beso sobre beso en el cuello y en los hombros de su ídolo, con tal fuego, con tal locura de amor, que no había sentido siquiera la primera descarga de los vigorosísimos golpes paternos. A la segunda volvió en sí como quien vuelve de un delirio y se sintió anonadado.

El juicio fué una deliciosa escena cómica.

El padre, fuera de quicio, clamaba todavía: — ¡*Pícaro!* ¡*Bandido!* ¡*Puerco!* ¡*Voy á romperle el espinazo!* y alargaba la mano para cogerlo.

El otro daba lástima; no negaba nada: decía que había perdido la cabeza; pedía perdón; afirmaba que era un joven honrado, quería enseñarle una carta del alcalde de su pueblo (Chiozzola, me parece), y se cogía la cabeza con las manos, llorando como un chiquillo, y demostrando á las claras su desesperación. — Pero si digo que he perdido la cabeza... que he sido un

bestia... lo juro por mi honor... lo he hecho sin malicia... estoy pronto á dar mi sangre... Y bajo su dolor sincero, y al través de su vergüenza, se dejaba ver la fuerza de una pasión noble que le había impulsado á aquel disparate; uno de aquellos violentos amores que arden en un cuerpo, como llamaradas de gas dentro de los faroles de cristal.

Pero el padre no se dejaba conmover, indignarlo aún más y como ofendido en su orgullo paterno de que tal acto de audacia se hubiese cometido por un personaje tan mezquino, por aquel hombrecillo que llevaba su alma tan á flor de tierra y que después se entregaba de aquel modo. Y continuaba gritando: — ¡Bruto! *A mi hija!* ¡*Y en mi presencia!* Y quería pegarle otra vez.

Y entonces el otro alargaba los brazos, desconsolado, en actitud de decir: — Aquí estoy; haced de mí lo que queráis. — Y después volvía á jurar que era un caballero, á pedir perdón y á enseñar la carta del alcalde.

El comisario estaba muy perplejo para resolver el juicio. VÍ pasar por sus ojos una sonrisa que debía responder á la tentación teatral de proponer un matrimonio. Pero el padre no estaba para burlas. Al fin se le ocurrió hacer una gran intimación al joven sobre el respeto debido á las señoras, y ordenándole que no se deja-

ra ver por un poco de tiempo sobre cubierta; y al otro le recomendó que se tranquilizara, que la cosa no perjudicaba en lo más mínimo á la reputación de su hija, que gozaba de la estimación general.

Después les dijo á los dos que se fueran, suplicando al padre que se fuese á proa por lo pronto. Este se alejó, volviéndose aún para atrás, amenazando con la mano y lanzando dos ó tres calificativos genoveses escogidos. El joven, cuando se quedó solo delante del comisario, se llevó una mano al pecho y dijo con acento dramático:—Crea, señor comisario... palabra de honor... ha sido una desgracia... un momento de...

Pero aquí el amor le hinchó el pecho y le ahogaba la voz, y alzando los ojos al cielo con una expresión cómica, pero muy sincera, que resumía toda la historia de su pasión oceánica, exclamó:—¡Si usted supiese!... — Pero no pudo decir más, y se fué con la cabeza baja y con su flecha atravesada en el corazón.

*
* *

La figura de aquel pobre enamorado que se alejaba quedó unida en mi memoria á un as-

pecto nuevo del mar y del cielo, que se habían esclarecido después del chaparrón: el cielo se veía á trechos con un azul purísimo, como lavado y refrescado, y esparcidas aquí y allá nubes inquietas. El mar, verde en vastos espacios, entre los cuales se extendían anchas fajas de azul oscuro; de modo que parecía verse una pradera inmensa, cortada por inconmensurables canales que rebosaban por las orillas, y se experimentaba la extraña ilusión de haber entrado en un continente que fuera la mitad de tierra y la otra mitad de agua, abandonado por sus habitantes ante el peligro de una inundación, y daban ganas de buscar con la mirada en el horizonte las veletas de los campanarios y de las torres, como en las grandes llanuras de la Holanda. Y después, habiéndose encrespado un poco las aguas que dieran á aquella pradera el aspecto de una vegetación más lozana, cambió la ilusión y me vino á la idea el amplio espacio del Océano cubierto de la espesa capa de algas, que detuvo por veinte días á las célebres carabelas y espantó á los marineros de Colón.

Algunos pájaros blancos surcaban el cielo á lo lejos; el sol hacía brillar aquí y allá como islillas cubiertas de esmeraldas y se respiraba en el aire un tibio ambiente de primavera, en el cual parecía percibirse fragancias terrestres que hablaban al alma, como un eco de voces

muy lejanas, llevadas allí por los vientos de las pampas.

*
* *

Pero el mar verde y el episodio del enamorado no habían despejado mas que por pocos minutos la faz sombría que aquel día reinaba en el *Galileo*. Solamente la señora rubia representaba la alegría á bordo, paseando del brazo de su marido, á quién iba acariciando con la voz, con la mirada y con el abanico, como si fuese una recién casada; quizás para compensarlo de alguna grave falta que le preparaba para más tarde y cuyo pensamiento se le notaba en el brillo de sus pupilas; mientras él, como de costumbre, encorbaba su espalda y hacía con los ojos entornados y la punta de la lengua aquella ligerísima sonrisa burlona para sí, para ella, para los demás, para el universo entero, que era como el gesto simbólico de su tranquila filosofía.

Sobre todos los demás parecía que extendía una sombra de tristeza el pensamiento de aquel muerto que había á bordo y que se debía arrojar al mar durante la noche, y todos los ojos se

volvían entretanto á proa, inquietos como si hubiesen temido todos verlo aparecer de un momento á otro resucitado, para maldecir su espantosa sepultura. Y era el asunto de todas las conversaciones, las cuales se hacían gradualmente más negras, como si á medida que crecía la oscuridad aquel cuerpo se alargase y debiese llegar á media noche con sus pies hasta popa y llamar á la puerta de los camarotes. La comida fué un poco más alegre. Entre el capitán y el viejo chileno se empeñó una discusión lúgubre sobre este asunto: si el cadáver, arrojado al mar con un peso á los pies, llegaría antes al fondo, ó si, por efecto de la presión enorme de las aguas, deshaciéndose y separándose los tejidos, no llegaría mas que el esqueleto. El capitán era del segundo parecer. El chileno, á su vez, sostenía lo contrario, diciendo que la presión de la masa de agua que está encima, transmitiéndose por la que impregna el cuerpo, de modo que se sintiera en todas direcciones y por todos los lados opuestos, se deducía de aquí que el cuerpo debía bajar ileso.

Después, discutiendo sobre la velocidad inicial, sobre el aumento de velocidad en el descenso y sobre la profundidad máxima del Atlántico, calcularon que el cadáver habría empleado una hora en concluir su viaje vertical.

—Sin embargo, poco á poco—dijo el chileno;

—el cadáver puede encontrar corrientes que le empujen hacia arriba á una gran altura.

Al oir esta imagen del cadáver que volvía hacia arriba, advertí que mi vecino el abogado empezaba á temblar. Sin embargo, se quedó allí quieto, animosamente. Pero el genovés tuvo la mala ocurrencia de referir la descripción, leída en un periódico de Nueva-York, del descendimiento de un buzo, el cual había encontrado en el casco de un buque que había ido á pique los cadáveres de los náufragos monstruosamente hinchados, rígidos en el agua, con los ojos fuera de las órbitas y los labios caídos; cosas horribles, en fin, para vistas á la luz de la lámpara; por lo que, helándosele la sangre en el corazón, había el buzo emprendido la fuga como un loco; y ante aquella escapada, el abogado no pudo ya contenerse: dió un salto, y, dejando el tenedor en el plato:—Un poco de consideración, señores—exclamó, y tomó la puerta. El capitán, irritado por aquella escena, no habló ya, y la comida concluyó en silencio. Pero, en el momento de levantarnos, el genovés se me acercó con la cara alegre y me dijo al oído:—Es para media noche.

*
* *

La sepultura se había fijado secretamente para las doce de la noche, para evitar el tumulto.

to de los pasajeros de tercera, entre los cuales el comisario había hecho correr la voz de que iba á ser á las cuatro de la mañana.

A las doce de la noche, el cielo se había vuelto completamente negro y no quedaba en el horizonte mas que una faja clara, larga y muy sutil, hacia Occidente, como un respiradero que quedaba abierto en la inmensa capa negra del cielo antes de extenderse sobre el globo y dejarlo en una oscuridad completa, convirtiéndola en un mar de tinta y en un aire muerto. Si no fuera por algunas luces que había sobre cubierta, hubiéramos andado á tientas, como en la bodega.

Yendo hacia proa, oí, en la oscuridad, la voz del marsellés que hablaba con acento enfático de la poesía de ser sepultado en el Océano y de ir á dormir en aquella soledad infinita, y decía: — ¡*Cuánto me gustaría!*— Algunos pasajeros salían del dormitorio de tercera, en silencio, mirando en derredor suyo. A la toldilla llegó el capellán napolitano, de sobrepelliz y estola, que iba á pasos largos y lentos, precedido de un marinero que llevaba el agua bendita en una escudilla.

A poco, cerca del dormitorio de las mujeres, encontré un corrillo iluminado por una linterna que tenía el jorobado; allí estaba el capitán y el comisario, con algunos pasajeros de prime-

ra; más allá algún marino; unos veinte emigrantes estaban junto á la hostería, como escondidos: y alguna figura aparecía sobre el castillo de proa. Cuando el capellán llegó todos se movieron, como para ponerse en semicírculo y aparte apareció la cara de cera del fraile.

En el mismo momento oí un ruido detrás de mí; y volviéndome, ví á la señorita de Mestre y la tía, que se detuvieron en la oscuridad debajo del puente.

Creyendo que, según costumbre, se arrojaría el cadáver por la extremidad del castillo de proa, no comprendí por qué se detenían todos allí; cuando, á una señal del capitán, dos marineros abrieron el portillo lateral de la obra muerta, y lo comprendí.

Entretanto parecía que el buque iba aflojando en la marcha; al cabo de pocos minutos, con mi asombro, se paró. No sabía que se arrojan fuera los cadáveres teniendo el barco parado por evitar que el remolimo del agua le lleve bajo la rueda de la hélice.

Entonces todos se callaron, y á la luz de la linterna vieron el rostro encarnado y somnoliento del comandante, que, al parecer, estaba irritado por tener que asistir á aquella ceremonia, y fijaba los ojos sobre una tabla tendida á sus pies delante de la abertura de la puerta.

Oyóse una voz y todos se volvieron; una luz

brilló bajo el castillo de proa, é inmediatamente después se vió que por la puerta de la enfermería salían tres marineros llevando una cosa informe, como una cama hecha pedazos.

Todos se apartaron; adelantáronse los marineros y depositaron en tierra su carga, sobre la tabla. Pero se habían puesto al revés.

El comandante dijo en voz baja:—*Por derecho, brutos.*

Colocáronse mejor, y pusieron poco á poco el cadáver con los pies vueltos hacia el mar; los gruesos ganchos de hierro que le habían atado á los pies cayeron ruidosamente sobre el madero.

El muerto estaba envuelto en un lienzo blanco, cosido en forma de saco y que le cubría la cabeza, y luego tendido sobre su colchoneta doblada encima por los dos lados, y liado todo á su alrededor con una cuerda; los ganchos quedaban fuera del envoltorio. El conjunto presentaba el aspecto miserable de un paquete de mercancía hecho á prisa y corriendo por un mozo de mudanzas. El cuerpo parecía tan pequeño y acortado, que hubiérase creído que era de un niño. Por un descosido del lienzo, en un extremo, salían los dedos desnudos de un pie. La nariz aguileña y la barba, formando un saliente en la tela, me recordaron la expresión de atención presurosa con que aquel infeliz había

buscado la dirección de su hijo la primera vez que lo había visto en su litera. Y tal vez el hijo dormía á aquellas horas en cualquier caseta de madera próxima á la vía, y soñaba con gusto que dentro de pocos días vería á su pobre viejo. Todos tenían los ojos fijos en la forma de aquella cara, como si hubiesen esperado ver que se movía. El silencio y la calma de todo á nuestro alrededor eran tan solemnes y profundos, que cualquiera habría creído que nosotros éramos los únicos vivientes en el mundo.

—Vamos, padre—dijo el comandante.

El sacerdote se colocó junto á la porta y empapando la mano en la escudilla del marino, roció el cadáver y le bendijo.

Todos nos descubrimos; unos cuantos pasajeros de tercera se hincaron de rodillas. Me volví hacia atrás; también la joven se había arrodillado en la sombra ocultando el rostro entre las manos.

El sacerdote empezó á recitar apresuradamente:—*De profundis clamavi ad te, Domine; exaudi vocem meam.*

Muchas voces contestaron:—*Amén.*

Las dos linternas sostenidas por los marineros arrojaban su luz rojiza sobre rostros inmóviles y tristes, tras los cuales había una sombra infinita. Entre los demás, ví en segunda fila al garibaldino, y me sentí herido al encontrar

aquel rostro cerrado y duro como siempre, y que no mostraba el más ligero signo de piedad, como si fuese un saco de lastre lo que iba á tirarse al mar, y volví á preguntarme cómo era posible que la amistad de aquella santa criatura arrodillada detrás de él no hubiese podido nada sobre su ánimo; y me avergoncé por haberme engañado otra vez tan puerilmente, imaginando que hubiese una gran alma en el pecho de aquel hombre sin corazón.

El sacerdote murmuró cada vez más de prisa los demás versículos del *De profundis* y el *oramus absolvo*. Roció luego nuevamente el cadáver con agua bendita. Al *requiem aeternam* todos se levantaron.

—*Vamos*—dijo el comandante.

Dos marineros cogieron la tabla por los dos extremos, la levantaron lentamente, colocándola sobre la borda del barco, inclinándola un poco hacia adelante, de modo que quedase fuera como una cuarta parte de él. En el momento en que lo levantaban, ví que algo negro se movía en el pecho del cadáver, y, acercándome, reconocí la cruz negra de la joven.

Los que tenían las linternas las levantaron.

Los dos marineros cogieron la tabla por la parte de la cabeza, y empezaron á levantarla poco á poco; el cuerpo empezó á deslizarse...

En aquel momento volví á oír en mi interior

aquellas palabras desconsoladoras del moribundo, como si las hubiese dicho una voz muy fuerte, con un inmenso grito que cubriese el ruido del Océano:—*¡Oh, hijo mío! ¡pobre hijo mío!*

Cayó el cuerpo, desapareció en las tinieblas, haciendo un remolino profundo. Entonces los marineros cerraron rápidamente la porta, y, como sombras, desaparecieron todos por un lado y otro. Antes que hubiéramos vuelto á popa, el buque proseguía su camino, y el pobre viejo seguía ya muy lejos de nosotros su descenso solitario hacia el abismo.





XVI

LA JORNADA DEL DIABLO

Si es verdad que en toda navegación larga hay una que se llama «jornada del diablo», en que todo va de mal en peor, y el barco se convierte en un infierno, creo yo que el *Galileo* tuvo la suya al día siguiente de aquel entierro, al menos en sus tres cuartas partes, porque, gracias al cielo, no acabó como había empezado. Algo pudo contribuir á ello aquella muerte á bordo, el saber que hacía dos días se andaba poco y con mar feo, semejante á una inmensa placa de platino, la cual reflejaba una bóveda de nubes sin color, de la que parecía que llovían dilatadas llamas de fuego como sobre los blasfemadores del infierno dantesco. Pero todo esto no basta á explicar semejante jornada, y tenemos que admitir una misterio-

sa influencia del trópico de Capricornio, que se debía pasar dentro de veinticuatro horas.

*
* *

Apenas desperté, sentí que el aire estaba cargado de electricidad: una explosión de celos de la camarera genovesa excitaba de tal modo su pasión, que estallaba en gritos por los corredores contra el infiel Ruy Blas, repitiéndole cien veces el nombre del negro animal, sin consideración á nadie, y como si se hallase á la sazón en medio de la plaza Cargamento; con trabajo llegó el agente de cambio á hacerle cerrar la fuente de los insultos, amenazándola con dar parte al comandante. Subo arriba y me encuentro al capitán fuera de sí, agitando en el aire un papel, preguntando al comisario, y amenazándole con pisotearle las tripas á él y á los cuarenta y siete. Poco antes le habían entregado una carta firmada por los cuarenta y siete pasajeros de tercera, los cuales se quejaban del alimento, solicitando especialmente «mayor variedad en la provisión de los platos de carne», que era siempre la misma, *lo cual*, decía la protesta, *debe cesar*. La protesta había sido promovida por el viejo toscano del gabán

verde, y estaba escrita en una hoja de papel que denunciaba un instintivo aborrecimiento al lavabo en todos cuantos la suscribían; cosa que exasperaba hasta lo increíble la cólera del capitán, que sospechaba en esta *porquería* una intención de ofenderle, y quería hacer un ejemplar. Entretanto ordenaba una información. Además, el comisario le contaba que durante la noche no se sabía qué pasajeros de tercera habían cortado con las tijeras el vestido de seda negra de aquella cierta señora, sin motivo alguno, puramente por maldad, y que esta vez la pobre señora, tímida y paciente hasta aquel día contra todo género de groserías, había perdido su mansedumbre habitual y había corrido á pedir justicia, sollozando, sofocada por la angustia y por la ira. Tratábase de descubrir á los culpables. Y no era esto solo. No se sabía quién, por no verse en la necesidad de ir á beber en los grifos, y obligar á los marineros á servir el agua á cada uno, había hecho pedazos todas las emboCADURAS de los depósitos del agua dulce. Pero estaban ya sobre las huellas de los culpables, y se trataba de señalar el castigo. El día empezaba mal.

*
* *

Subí sobre cubierta, donde estaban casi todos los pasajeros con caras de gente que ha pasado

la noche sobre espinas. Las antipatías recíprocas habían llegado hasta aquel último límite que separa el silencio despreciativo de la injuria desembozada. Pasaban unos al lado de otros sin saludarse. La misma «domadora», que hacía unos cuantos días vivía en una especie de efervescencia de amor materno hacia todos, estaba ahora aparte, abatida, como si en el corazón se le revolviera todo el Chartreuse de su dispensa secreta. El genovés vino hacia mí, con cara cruel, y, mirándome con su único ojo, me dijo de mala manera:

—¿Sabe usted lo que hay de nuevo esta mañana? Pues nada. Que se ha roto la máquina, y el marinero se ha cortado una mano. Es la segunda vez. ¡Es una infamia!

Estaba negro; hizo ademán de alejarse, pero volvió pies atrás y me preguntó mirándome de reojo:—¿Y aquella fritura de ayer noche?

Y, sonriéndose con ironía, se alejó. También mi vecino de camarote, apoyado en el palo de mesana, estaba más trastornado que de costumbre, y todo en su rostro y en sus ropas indicaba que había pasado la noche sobre cubierta para evitar el tormento de su carcelero. Hasta los dos esposos, sentados uno junto á otro en un sofá de hierro, afectaban cierta expresión de aburrimiento y permanecían mudos como si por vez primera se sintieran cansados é irritados

contra aquel lecho de Procasto, en que se les obligaba á estudiar el español en tres semanas.

Que sonrieran, no había allí mas que la señora argentina, vestida con un lindísimo traje verde oscuro, cuyos colores se reflejaban, como en un espejo, en el rostro de la madre de la pianista; y la señorita de Mestre, que andaba dando vueltas, con una carita dulce y melancólica y un papel en la mano, buscando dádivas para el campesino de las calenturas y su mujer, con el fin de que no llegasen á América sin ropas ni zapatos.

Y era cosa que daba lástima por ella ver los rostros fríos y casi huraños con que la recibían, y con qué modales descorteses después de charlar mucho, escribían su nombre la mayor parte. Pocos hablaban, y estos pocos se comprendía, por sus oblicuas miradas, que decían pestes de todo y de todos con la acritud de la gente que tiene alterados los nervios. Oíase, entre otros, al molinero, que se lamentaba de que á bordo de un barco como aquel se permitiese á los pasajeros subir sobre cubierta en zapatillas, y señalaba con los ojos al sacerdote napolitano, que arrastraba con los pies dos verdaderas góndolas de Venecia, con las cuales se acercaba por detrás de la gente, sin ser oído, como un espectro, y cuando menos lo esperaban, cosa que á más de uno molestaba. El descoco de aquel rene-

gado come-harinas me hizo volver la espalda á toda aquella antipática compañía. Y me fuí á proa.

Pero lo que aquí me encontré fué peor. La sofocación y el hedor habían arrojado fuera á todos; nunca allí se había visto tanta gente; desde la cocina hasta la punta de proa había una muchedumbre densa, y todos inquietos como si aguardasen algún acontecimiento, y extraordinariamente desgredados, descompuestos en su vestir y sucios como si no hubieran dormido en varios días. Véase que todos estaban ya hasta la coronilla del mar, del buque, de la cocina y del reglamento, y que habría bastado muy poca cosa para sacarlos de quicio. Nadie jugaba, no cantaba nadie. Hasta el grupo del buen humor, en el castillo central, estaba mudo; el campesino chato dormía, el cocinero enciclopédico se paseaba solo, el álbum pornográfico del portero no tenía lectores; sólo el barquero véneto dejaba oír de cuando en cuando su aullido lamentable de perro ladrando á la luna, con el cual expresaba, al parecer, el sentimiento común de aquella multitud. Y los emigrantes agrupados hacia popa miraban la puerta del salón y á los pasajeros de primera con ojos más torvos que de costumbre, en los cuales se leía que aquella mañana habrían hecho algo peor que hablar de las mudanzas.

Porque, después de todo, nosotros éramos quienes les robaban parte del barco, ocupando, aunque no éramos mas que ciento, tanto espacio como ellos, que eran todo un pueblo; nosotros éramos quienes engullían aquellos platos finos que ellos veían pasar sobre la plazuela dos veces al día, y cuyo olor les daba en las narices; y por nosotros corrían y se afanaban todos aquellos camareros vestidos de negro, mientras á ellos se les obligaba á arreglar-se las escudillas en las artesisas y tender la mano en la cocina, como mendigos. Y, en el fondo, tenían disculpa. Nosotros hubiéramos mirado con igual despecho... ¿igual? peor tal vez, á una clase privilegiada, si la hubiese habido, de pasajeros millonarios, hartos de faisanes y borrachos de Johannisberg.

Estaban fastidiados al fin de aquel obligado contacto con las conveniencias sociales descuidadas, al sentirse como presos en la propia miseria, dentro de aquel palomar lleno de andrajos y de malos olores. Y no pudiendo pegarla con nosotros, la pegaban con ellos mismos. Ya por la mañana á las ocho la habían emprendido á bofetones y á patadas dos aldeanos celosos de la negra, y el capitán los había mandado á los dos á la argolla del terrado de entrepuente, obligándoles á estar rígidos, uno enfrente del otro, tocándose por las narices; y habiéndose pe-

gado allí también, los había encerrado en dos rincones. Además, la boloñesa, ofendida por una mala contestación del panadero de á bordo, le había largado un cachete mayúsculo, por lo cual habíala llamado el comisario. Y, como sucede siempre, porque el ejemplo es contagioso, habían surgido otras quimeras; algunas mujeres tenían el moño deshecho y la cara arañada. Los niños, por su parte, se peleaban enroscándose ocho ó diez á un tiempo, y rodaban sobre el tablado en revuelto grupo, que los padres corrían á separar prodigando azotes y puntapiés á ciegas, y cargándose de injurias entre sí. La irritabilidad había invadido hasta la cocina, donde, por rivalidad en la venta del contrabando, había estallado una furiosa disputa entre el cocinero y los pinches, que se oía en toda la proa, acompañada de un furioso estrépito de cacerolazos.



Para nosotros, las cosas se pusieron mal en el almuerzo, que fué malo y resultó peor por el silencio y el ceño trágico del capitán, el cual estaba preocupado con un negocio bastante grave, á más de aquel de los cuarenta y sie-

te. Una hora antes se había presentado con mucha dignidad la madre de la pianista, y había hecho una protesta en toda forma contra las escapadas nocturnas de la señora suiza, la cual, á horas increíbles, pasaba muy ligera de ropas por delante de su camarote, al contiguo de ella, con gran escándalo de la muchacha; pero no era lo peor el escándalo, sino que esto sucedía siempre que enviaba á su marido á estudiar el cielo estrellado y se quedaba sola en el camarote. En esto debía servir de intermediario alguna persona de la servidumbre; á popa no se hablaba de otra cosa; aquello no podía durar; el señor capitán hubiera debido poner remedio. Y el capitán, atacado en su lado más débil, había echado sapos y culebras, y prometido bajo juramento decir cuatro palabras á aquel buho de profesor, y á la señora, si llegaba el caso, y á aquel ó á aquellos á quienes tuviera que hacer entender que el barco no era lo que ellos se figuraban, y que estaba dispuesto á conseguir que se respetase la decencia; vive Dios! aun á costa de poner marineros de centinelas en los corredores. Y había dicho solemnemente al terminar;—*No quiero porquerías á bordo.*

Era, pues, de esperar una escena; durante todo el almuerzo no hizo mas que lanzar miradas de Torquemada á la señora rubia, á quien otros miraban también hablándose al oído sin que

ella advirtiera nada. Envuelta en una deliciosa chaqueta color de tórtola, más fresca y más avispada que nunca, llenaba el oído á su marido de charlatanerías y de trinos, sonriendo á todos sus amigos con dulces ojos de inocencia, semejantes á dos hermosas ventanas de una sala vacía, mostrando de mil maneras sus blancos dientes, sus manos pequeñas, el brazo torneado, el alma compasiva. Y después del almuerzo volvió á empezar sus paseos sobre cubierta, interrumpido para desaparecer de improviso; á lo que seguían reapariciones esperadas, ignorante, la pobre, de la espada de Damocles que pendía sobre sus rubios rizos; de este modo, más viva y más alegre cuanto más crecía el fastidio que la rodeaba, y como animada por un ardor de heroína que alentase á unos sitiados que estuvieran ya *in extremis*, diciendo con los ojos que no podía hacer más en sacrificio de la humanidad doliente, pero que hacía cuanto podía. No había duda de que había entrado en serias relaciones con el argentino; pero el tenor y el toscano no estaban del todo abandonados, y, al parecer, el Perú estaba próximo á entrar en la confederación.

Pero á eso de las tres se marchó para no volver ya á subir, y habiendo desaparecido aquel único rostro alegre, la sombra cayó otra vez sobre cubierta, más sofocante que anteriormente.

Por un momento, sin embargo, nos distrajo un aventura cómica que le ocurrió al abogado. Venciendo su instintiva repugnancia por el agua salada, había ido á darse un baño, y, una vez dentro de la tina, había dejado que el agua le llegase hasta el pecho; pero cuando luego alargó la mano para cerrar la llave, sea que ésta no girase bien ó que por turbación no la manejase en el sentido que debía y la echase á perder, el hecho es que no logró mas que dejar salir otro chorro más fuerte, una verdadera columna de agua impetuosa, que en pocos minutos llenó el recipiente, inundó el camarote, le estropeó, la ropa y le hizo salir medio vestido, con la barba chorreando y un pavor de náufrago. Le vimos pasar corriendo por la plazoleta, gritando á los camareros que fueran á cerrar, que el barco se iba á pique. Pues esto no fué mas que un relámpago que apenas hizo sonreir á cinco ó seis personas. Habiendo aumentado el calor, y haciéndose pestífero el olor que venía de los dormitorios de tercera, la mayor parte de los pasajeros transportaron su cuerpo medio estropeado, de la cubierta al salón, donde se extendían por los divanes ó alrededor de las mesas. ¡Oh! ¡Qué gente más insoportable! Conocía yo las actitudes y los menores gestos habituales de todos, y los títulos de todas las novelas que se leían hacía dos semanas, y la nota musical del bostezo de

cada uno. Creía asistir por centésima vez á una estúpida representación de un teatro mecánico.

No era ya aburrimiento, sino una verdadera melancolía que me oprimía el corazón. No se veían allí mas que caras alargadas, frentes hundidas entre las manos, ojos velados é inmóviles; la pianista tocaba no sé qué música fúnebre; el brasileño fué á rogarla respetuosamente que se callase, porque su mujer, acostada en la litera, padecía un terrible ataque de nervios: la joven cerró el piano con un golpe seco, y se marchó. El agente me dijo que la señora gruessa lloraba en su camarote. ¿Por qué? No lo sabía. Efectos del Capricornio. También una joven de la familia, vestida de luto, en segunda clase, lloraba. En un rincón empeñóse de pronto una agria disputa entre un argentino y el marsellés, porque el primero decía que desde el observatorio de Marsella no se podían ver mas que dos estrellas del Centauro, las que marcan la cabeza y el hombro, mientras el otro sostenía que se veían todas ellas. — ¡Las siete, caballero, las siete! — Pero es un absurdo. — ¡Caballero, tiene usted unos modales!...

La presencia del capitán, que con adusta mirada parecía buscar á alguno, los apaciguó. La sala volvió á caer en fúnebre silencio.

No pudiendo resistir más, salí para dirigirme á la tribuna del comandante. Pero aun

estaba en el paso cubierto cuando oí un grito de espanto y ví que mucha gente se aglomeraba al pie de la escalerilla del puente.

Un niño, que había subido hasta el último peldaño, se había precipitado desde allí, dando con la cabeza en el suelo. Creyéndole muerto, su madre se arrojó sobre él con desesperación, y estrechándolo en sus brazos empezó á dar gritos como una loca.

—¡*Me lo han tirado al mar!* ¡*Me lo han tirado al mar!* ¡*Pobrecito mío!* ¡*Hijito mío!*— Y hacía como si lo defendiera, amenazando á todos, rechinando los dientes, separando á la multitud. Llegó el médico y envió á la madre y al hijo á la enfermería. Este accidente suscitó un gran cúmulo de lamentaciones contra el barco, que estaba lleno de peligros, y contra la dirección, que no ponía un marinero de guardia en la escalera. El viejo del gabán verde se puso á declamar rabiosamente en el castillo de proa con la cabeza descubierta y el dedo índice levantado. Pero otros contratiempos se sucedieron. El escribanillo, cuyo crédito á proa había realzado la escena de los besos, porque consideraban el acto como una afrenta inferida «á la princesa», llevaba dos días asaltado de cumplimientos grotescos, como si hubiese ido más adelante de lo que había ido en realidad (y ya puede pensarse hasta dón-

de); y él se resistía, negaba, se lamentaba.

Por último, al recibir una felicitacion más brutal que las demás, se había puesto á dar patadas y puñetazos como un loco furioso; pero el pobre, para llevar la peor parte (porque le cogieron entre tres ó cuatro, y sujetándole de los brazos y las piernas, le restregaron la cara con el sombrero), y se pudo dar por afortunado al conseguir escapar al dormitorio con la nariz despelejada. Busqué á la genovesa; estaba en su puesto habitual, trabajando, hermosa y muy compuesta como siempre, pero con una sombra de desdén en los ojos; porque ya adivinaba la insolencia obscena de las palabras, y sentía las miradas de odio que la asaeteaban, y hacía dos días que su padre la vigilaba, en pie á su lado, resuelto á romper á alguno la cabeza. Pero el prurito de andar á las manos lo tenían todos. Cada media hora se formaba un grupo alrededor de dos pasajeros, que se ponían los puños en los hocicos ó se cogían de la corbata. Cuando la presencia de un empleado les impedía venir á las manos, se desafiaban en debida forma.—¡A proa!—¡A proa!—¡Esta noche!—¡A la noche!

El castillo de proa era el campo cerrado que escogían generalmente los caballeros. Por lo demás, tres ó cuatro veces se dieron pronta y santa satisfacción primero dos, luego tres, luego media docena, produciendo un movimiento on-

dulatorio en toda la multitud, y tuvieron que acudir los jefes y marineros. Dos borrachos, que tenían el vino triste, se fueron el uno contra el otro, como dos fieras, y se magullaron las costillas, cayendo los dos juntos sobre las ruedas del cabrión. Esta vez acudió el capitán furioso, con el manifiesto propósito de dar algunos mojicones notables para hacerse la mano. Pero no llegó á tiempo.

Tal se ponían las cosas, que yo estaba esperando ver antes de la noche á toda aquella gente chocar y revolverse en un montón informe de miembros, como en la refriega guerrera de Gustavo Doré, y rebasar fuera de los parapetos hacia el mar. Pero en vez de sentir aversión en aquellos momentos lamentables, lo que yo sentía sobre todo era compasión hacia su miseria, y como un impulso afectuoso y triste hacia ellos; porque bajo la expresión provocativa de todos aquellos rostros adivinábase un eclipse pasajero de toda esperanza, un gran estancamiento de la vida, un llanto secreto que se resolvía en ira; y veíase que sufrían y que, en el fondo, tenían lástima unos de otros y cada uno de sí mismo. La imagen viva del estado general de ánimo eran aquellos dos viejos aldeanos del castillo de proa, marido y mujer, que aun ahora estaban sentados juntos encima de dos toneles, con los codos clavados en las rodillas y la cabeza abando-

nada entre las manos, mostrando los cuellos secos y rugosos, que revelaban cincuenta años de sufrimientos sin compensación. Mientras yo estaba mirándoles, una mujer embarazada cayó con un accidente sobre la cubierta acristalada de la compuerta del dormitorio, ocultando la pálida faz en los brazos de su vecina. Y de pronto se oyeron cien voces:

—¡Ha muerto una mujer!

—¡Ha muerto una mujer! Yo me fui.

*
* *

¿Adónde ir? Faltaban seis horas eternas para que fuese de noche. Volví al salón y empecé á hojear el álbum de á bordo en que habían escrito varios pasajeros; pero estaba plagado de necedades, de lugares comunes y de mentiras.

Entonces bajé al camarote, como último refugio, para intentar dormir. Pero el camarote me parecía más estrecho, más asfixiante, más odioso que jamás me había parecido. Los pasajeros debían haber bajado casi todos; sin embargo, no se sentía á ninguno, como si aquellas cien paredes de madera no encerrasen mas que cadáveres. No se oía mas que la salmodia lamentable de la negra, como un canto solitario camino de una necrópolis. Y me parecía que

me pesaban en el alma, no sólo los míos, sino todos los tedios, todos los recuerdos amargos, y los afectos lacerados y los tristes presentimientos que había amontonado al aire libre entre aquellos mil seiscientos hijos de Italia que iban á buscar otra madre al lado allá del Océano. Y era inútil que tratase de tranquilizarme, analizando el estado de mi ánimo, para demostrarme á mí mismo que no tenía un motivo para verlo todo hosco aquel día como los demás, mientras, por el contrario, y al revés de todos los demás, lo veía todo de buen aspecto. Los pensamientos adustos, tenidos por un momento con un esfuerzo fuera de la mente, volvían, apenas cesaba aquella, como la onda de un torrente, é invadían todos los rincones. No sé cuánto tiempo permanecí bajo aquellos pensamientos; al cabo me dormí. Pero tuve un sueño horrible: mi casa de noche—un vaivén de luces y de caras que no conocía—un ronquido en un cuarto cuya puerta no podía encontrar—y luego, cambiada la escena en un abrir y cerrar de ojos, un grito espantoso:—¡Sálvese quien pueda!—y el desorden desesperado de una embarcación que se hunde en el abismo...

En aquel momento, un fuerte ruido me despertó. No puedo decir si había dormido tres horas ó cinco minutos. En el camarote brillaba un rayo de sol. Crecía el rumor sobre mi cabe-

za. Era un vocerío de gentes que se llamaban por su nombre, ruido de pasos precipitados, una confusión como el anuncio de un peligro. De un salto salí fuera; de todos los demás camarotes salían corriendo los pasajeros y se lanzaban hacia la escalera. Subí sobre cubierta y me encontré rodeado de gente. Miré hacia proa: cuanto tenía vida en lo más profundo del barco, había salido fuera; una especie de pantano negro corría de un extremo á otro; todos se arrojaban contra el parapeto de la derecha, subían sobre los cabos capones en las serviolas de las anclas, sobre los bancos y sobre las escalas de cuerda, mirando al mar. No veía nada; un baluarte de espaldas me ocultaba el horizonte. Interrogué á dos que pasaban, que escaparon sin contestarme. Entonces subí al entrepuente.

*
* *

¡Ah! ¡Bendita aparición! ¡Divina cosa la que ví! Un barco enorme y negro, con gallardetes y banderas, venía majestuosamente hacia nosotros, surcando el mar azul bajo el cielo limpiísimo, con la proa alta y las velas hinchadas, dorado por el sol, echando humo, alegre, que pa-

recía haber surgido como un prodigio desde el seno del Océano. Era el *Dante*, de la misma *Sociedad de Navegación* que el *Galileo*, procedente del Plata, con rumbo á Italia, cargado de emigrados que volvían á la patria. Era la primera nave grande que encontrábamos desde la salida del Mediterráneo y era un hermano.

A cada resoplido de sus grandes chimeneas estrelladas se agigantaba y aparecían más claramente las mil figuras humanas que le coronaban. Las dos muchedumbres, como locas, sobre ambas proas, se miraban en silencio, pero todos se estremecían. El *Dante* se nos aproximó tanto, que una ondulación inesperada nos hizo girar con violencia. Cuando estuvo lo más cerca posible, al alcance de nuestras voces, presentándonos toda la longitud de su soberbio costado, un fuerte grito, prolongado por mucho tiempo, estalló casi al mismo tiempo en ambos grupos, acompañado por un frenético ondear de sombreros y pañuelos; un grito interminable de augurio y de despedida, de tonos extraños, diferente de todo otro grito del pueblo, que no se ha oído nunca, una aglomeración de voces violentas y trémulas en que se esparcían y confundían las tristezas del viaje, el recuerdo de la patria, la alegría de tornarla á ver en breve, la esperanza de volver á ella algún día, la admiración y la alegría afectuosa de encontrar her-

manos, oir la voz y el aliento de Italia en la soledad del inmenso Atlántico. Fué cosa de pocos momentos. Unos minutos después, el *Dante* no fué mas que una mancha negra en el azul, coronada por las mil cabezas confusas de sus pasajeros. Pero aquella rápida visión lo había cambiado todo á bordo del *Galileo*; había resucitado la esperanza de buena fortuna, despertado los cantos, las risas, la benevolencia, la vida.—¡Señor!—oí que decían á mi lado.—Me volví; era la joven de Mestre que tocaba en el hombro al garibaldino con el abanico. Volvióse aquél, y la muchacha, con el rostro como iluminado por un relámpago del alma, señalándole con la mano descarnada el buque que se alejaba, le dijo con su voz dulcísima:

--¡Ahí va la patria!





XVII

IN EXTREMIS

A la mañana siguiente saludáronse todos sobre cubierta con las mismas ó parecidas alegres palabras:

—¡Tres días aún!

—Estamos en lo último.

—¿Conque pasado mañana?...

¡Es extraño! ¡Qué benevolencia no acostumbrada entre los pasajeros! Nacía en gran parte del pensamiento de que ya al poco tiempo se verían libres unos de otros. El tiempo era bueno, el aire tibio; la proa parecía un pueblo en día de fiesta. Andando, encontré al marinero jorobado, meditabundo, que tenía en la mano un par de botas; me paré un poco, y me dijo en voz baja:

—Las mujeres son malas cuando juegan, pero son peores cuando ríen.

Y me explicó su juicio, fundado en la experiencia. El día en que reinaba sobre el buque una gran alegría, como la del día antes, sucedía casi siempre que la tarde y la noche eran una desesperación, para él, se entiende, y por aquellas *ciertas* razones... La noche pasada, por ejemplo, le había pasado una gorda.

—¿Cosas importantes, pues? — le pregunté.

Subió los ojos al cielo, y luego dijo bruscamen-

te :
— ¡Estoy harto de hacer el *rufián* !

Y se fué al ver que se acercaba el agente. El cual también estaba pensativo, atormentado por dos misterios que no alcanzaba á penetrar: uno, el ya dicho, saber quién era la aspiración secreta de aquel célebre tipo de la pianista, cuya mirada cogía siempre al vuelo, pero nunca al mirado, como si tuviese amores con un espíritu; y otro el no haber visto ningún indicio, ni siquiera ligerísimo, en el rostro de nadie, de las escenas que el capitán había prometido proporcionar á la señora suiza. Y daba risa ver á aquel hombre con los cabellos blancos, preocupado seriamente de aquellas dos bagatelas, como un ministro ante el cáriz de una conjura de Estado. ¡Y dicen que el Océano engrandece el alma! Y sin embargo, él conocía al capitán; no era és-

te hombre de haber amenazado en balde en asunto de tal naturaleza: ¿quién podía haber conjurado la tempestad? ¡Oh, lo habría descubierto si hubiese querido gastarse el cerebro y apostarse tres días y tres noches como un cazador de tigres!



La buena disposición de ánimo de los pasajeros favorecía sus estudios. Poco después de las nueve, casi todos estaban sobre cubierta, y los grupos y sus posturas me quedaron impresos en la memoria, como suelen quedársenos los que presentaba nuestra familia el momento antes del anuncio ó de la realización de una desgracia doméstica. Los argentinos formaban un grupo, cerca del timón de mano, con el marsellés, que se balanceaba en son de burla delante de la dama *porteña*; la cual le miraba con aquella ambigua sonrisa finísima de la mujer que distingue la cortesía de la chacota. La familia brasileña, sentada en el banco aislado, giraba alrededor silenciosamente sus doce ojos negros, como si viese por primera vez á todos los presentes; y á los pies de la señora, y como un perro, hallábase echada la negra. Próximo al palo mayor es-

taba en pie *el ladrón, el ahorcado*, y el *director de la sociedad del esputo inodoro*, que andaban siempre juntos, durante varios días, sin hablar nunca, como tres amigos sordomudos.

El abogado dormitaba sobre una larga silla, con su libro sobre el vientre. La señora rubia estaba sentada en un sofá, entre el tenor y el peruano, cuya rodilla cubría con la saya, y parecía que el contacto de aquella tela hiciese relampaguear á los graves ojos del *quichua* la visión de las mil quinientas sacerdotisas del sol, pero del tiempo de la corrupción. Y sobre el último asiento hacia popa hallábase la joven de Mestre, más pálida que los otros días, excepto en los pómulos de las mejillas, que le quemaban; la cual hablaba con una especie de excitación febril, pero con una sonrisa de inexplicable dulzura, al garibaldino sentado junto á ella, con la fuerte y hermosa cabeza un poco inclinada, en la actitud del hombre triste que oye una música que le recuerda tiempos felices, pero sin dejarle ilusión alguna. Los demás paseaban con el andar irregular y vivo de la gente que está alegre.

*
* *

El horizonte estaba velado por una ligera niebla, y había en el aire cierta pesadez que hacía sentir de vez en cuando la necesidad de respirar fuerte. Pero la temperatura era agradable, comparada con la de días anteriores. Los argentinos decían que ya sentían los aires de la patria. A la sazón, debíamos hallarnos próximamente á la latitud de Santa Catalina del Brasil.

*
* *

Hubo un momento en que subió sobre cubierta el genovés, restregándose las manos, y me dijo al pasar:

—El barómetro baja.

Pensando en sacudir el mortal aburrimiento que le invadía el alma, deseaba la tempestad. Pero no debía tener en mucho sus predicciones el pajarraco del mal agüero. Ya otra vez había dado un salto el barómetro, pero el mar no se había alterado. Puede decirse del mar lo que se dice del pueblo: que cuando se ve en

calma, no se comprende cómo pueda irritarse, como tampoco parece posible que pueda sose-garse una vez que se le ve furioso. El velo del horizonte, sin embargo, iba haciéndose más y más espeso; componíase ahora de una gran faja de vapores grises, que cubría el sol; y el mar, de color de plomo, se encrespaba.

Estaba yo, no obstante, tan lejos de prever el mal tiempo, que me divertía en observar al abogado, el cual, con la cabeza erguida, paseaba sobre el gran enemigo una lenta mirada, en la cual se veía cómo crecía la inquietud; luego tornaba la vista al camarote del capitán, y más lejos, al puente. Un grito agudo de pája-ros me hizo levantar los ojos: eran gaviotas que giraban junto á los palos. Realmente, aquello era mala señal. Pero lo que causó más impresi-ón fué ver surgir de pronto en el horizonte una nubecilla de forma extraña, espesa y oscura, orlada de blanco por la luz pálida del sol, y que se levantaba rápidamente arrojando una sombra tétrica sobre el mar, el cual empezaba á moverse. Y casi hacía frío.

*
* *

Ya los pasajeros habían advertido el cambio.
Los que leían habían cerrado sus libros; todos

se habían levantado de su asiento y miraban al horizonte como se mira una cara desconocida en que presentimos que nos va á hablar de algo grave. Un rayo y un rumor de trueno lejano, al que siguió un movimiento de balanceo del navío, provocaron algunas exclamaciones:

—¿Eh?—¿Qué es esto?—¡Mal empieza!

Las señoras buscaban con los ojos al capitán. El abogado había desaparecido ya. Algunos otros se fueron, *á la francesa*. Esto bastó para que varios de los que se quedaron mostrasen un buen humor extraordinario y tomasen enfrente al Océano posturas y actitudes de almirantes sin miedo, mirando á las damas con el rabillo del ojo. El marsellés iba de grupo en grupo diciendo alegremente:

—¡Esto se enmaraña, esto se enmaraña! ¡Vamos á presenciar un soberbio espectáculo!

Verdaderamente, el espectáculo parecía que no iba á hacerse esperar mucho. El nubarrón estaba ya casi encima de nosotros, y otras nubecillas corrían velozmente, alguna de las cuales, larga y sutil, nos pasaba por encima tan baja, que parecía que tocaba los mástiles. El viento, entretanto, se hacía más fuerte, y el mar empezaba á ondular, y el barco á cabecear más que nunca lo hubiese hecho, tanto que todos tuvimos que agarrarnos á las bordas y los asientos. Algunos había, sin embargo,

que aun no creían que hubiera tempestad.

—No es mas que un chubasco—decían.

Pero los que ya habían hecho muchos viajes movían la cabeza, guiñando un ojo.

*
* *

Recuerdo perfectamente que, observándome á mí mismo más que á los otros, esperaba yo con cierta psicológica curiosidad, cuándo y cómo me habría entrado en el alma ese sentimiento cuya confesión nos da tanta vergüenza; y me hacia la ilusión de poder mantenerme sereno á su lenta aproximación, sin sospechar que me debiera venir encima de golpe, el momento en que, cayendo en la balanza del alma el instinto de propia conservación, el platillo de la curiosidad debía saltar por el aire.

En resumen, estando en tierra había yo deseado muchas veces encontrarme en una tempestad en el mar. He aquí, pues, una fortuna para el artista. Pero cuando, al volverme para mirar sobre cubierta, ví que en torno del capitán corrían oficiales, maquinistas, marineros, camareros; cuando ví al jefe gesticulando como si diese á toda prisa órdenes urgentes, y desparramarse todos por una y otra parte, y lan-

zarse y asegurar las lanchas, acudir á las caponeras, cerrar las escotillas con precipitación, abrirse paso á empujones por entre la muchedumbre que huía á los primeros chorros de agua del mar, entonces, digo la verdad, busqué en mí al artista y no lo hallé. Me pareció que se había marchado hacía un cuarto de hora.

*
* *

Los relámpagos se espesaban, el trueno rugía más fuerte, mujían los bueyes. Miré á mi alrededor; no había mas que rostros pálidos. Pero en algunos la curiosidad, en otros la aversión á bajar á encerrarse en el camarote, prevalecía aún. Las señoras se apretaban contra el brazo de sus maridos. Los hombres se interrogaban de cuando en cuando con una mirada, tomando cada uno ánimo y firmeza del rostro del otro, que le parecía más feo de lo que suponía el suyo propio. En un punto, pasó sobre cubierta un golpe de agua violento, y se oyó un—*¡Nom de Dieu!* y luego una risa forzada. El marsellés había sido destocado y remojado de la cabeza á los pies. En aquel mismo momento salieron corriendo cuatro marineros á retirar precipitadamente el sofá y los asientos. Luego llegó el comisario gri-

tando:—¡Abajo, señores! Va á cerrarse el salón, márchense.

Entoncesse oyó un grito del alma:—¡Oh Dios! ¡Dios mío!—Era la esposa. No puede imaginarse el eco íntimo que tiene en todos ese primer grito, esa primera confesión irresistible del terror de la muerte (la cual todos sienten), disfrazando violentamente el estado de ánimo que ocultan á los demás y á ellos mismos. Y entonces fué una fuga desordenada y rápida á través de la llovizna de los chapuzones que ya saltaban en toda la anchura de la cubierta, en medio de una confusión de voces irritadas y discordantes:—¡Oh! ¡Pablo! ¡Pablo!—Pronto, señores, pronto—¡Santa María bendita!—Estamos aviados!—¡Dios mío!—¡Maldición!—¡Valor, Nina!—¡*Qué relámpagos!*—*Váyanse pronto, por Dios vivo!*

Apenas tuve tiempo de ver la punta de los palos que describían en el aire grandes arcos de círculo, y una infernal confusión de gente á la puerta del dormitorio de tercera, y fuí empujado en el salón. Una señora resbaló y cayó cuan larga era delante de la puerta. En un momento ví sobre el puente al comisario, como envuelto en una nube de agua, oí el relincho lejano de un caballo. Cerraron la salida. Y al mismo tiempo un estallido formidable y próximo del rayo y un espantoso movimiento de babor á estribor de la

embarcación, que lanzó á los pasajeros parte sobre el tablado y parte contra las paredes, alejaron toda duda á los que aún conservaban alguna esperanza: era una tempestad.

*
* *

Agarrándose á las tablas y á los asientos fijos de la mesa, y vacilando como heridos en la cabeza, la mayor parte de los viajeros se dirigió á sus camarotes. Otros se tendieron en los divanes. Algunas señoras lloraban. El estruendo del barco y del mar ahogaba las voces. Parecía casi de noche. Yo creía que habían cambiado los lugares y las personas. En aquel momento solemne, todas las afectaciones, todos los fingimientos caían, y aparecía en toda su desnudez el animal aterrado, dominado completamente por su furioso amor á la vida; había allí como rostros nuevos, voces desconocidas, movimientos y miradas que revelaban lados del alma no adivinados al principio. En la media oscuridad de los corredores, donde todos buscaban vacilantes el propio camarote, chocando torpemente unos contra otros, entreví semblantes descompuestos de condenados á muerte, que á primera vista no comprendí de quiénes eran.

Cuando llegué á mi rincón, sonaban ya aquí y allí los primeros síntomas del mareo, voces empapadas en lágrimas llamaban á las camareras, las puertas se cerraban con estrépito, las maletas y los cajones bailando, chocaban contra los tabiques: era el desorden y el vocerío extraño y lúgubre que se oye al entrar en un manicomio, donde están vueltas del revés todas las costumbres de la vida.

Un súbito movimiento de cabeceo me arrojó en el camarote como un saco; cerróse por sí misma la puerta; un relámpago me desvaneció, y una idea de improviso me heló la sangre:—¡Si no saldré ya de aquí dentro!... Y me sentí en una inmensa soledad como si yo mismo me hubiera encerrado en la tumba.

*
* * *

Sí; es la verdad, y la digo toda. Este es el pensamiento que se me fijó en el cerebro, claro, frío, inmóvil, como un estilete de acero, y todos los demás pensamientos é imágenes que se siguieron en mi mente durante varias horas, no hicieron mas que girar en torno de él vertiginosamente. Una idea cien veces rechazada volvía á presentarse otras tantas: la

del rumor que habría hecho el agua metiéndose en el barco; en cuántos segundos habría obstruido la salida; la oscuridad repentina; la primera ola de agua en la garganta, y aquella duda horrible de si se sufriría mucho tiempo. Confusamente trataba de acordarme de noticias leídas y oídas sobre aquel particular que me confirmasen en la esperanza de una agonía breve. Y me acuerdo de que el pensamiento de haber deseado una vez por curiosidad una borrasca, me parecía cosa insensata, monstruosa, increíble, ajena á la naturaleza humana. ¡Allí estaba aquella realidad que yo, loco, estúpido, había deseado!

Pero estos pensamientos era como si saltasen por los vigorosos esfuerzos que debía hacer para mantenerme asido á la orilla saliente de la litera, de rodillas, sobre el entarimado: que era la única manera de no ser estrellado allí dentro como el topo en su madriguera; y aniquilado también por los fragores ensordecedores que se sucedían encima, en el salón, donde la cristalería de los armarios, sacudidos, se rompía en pedazos, y torres de platos se caían rompiéndose, y el piano, separándose de la pared, andaba de aquí para allá chocando en las columnitas y las mesas. Pero bastante peor que aquel estrépito de palacio saqueado, peor que los gemidos humanos y el mugido del mar, eran el ruido

que hacían los miembros del barco, un rechinar siniestro de edificio dislocado desde sus cimientos, una música de estallidos, de quebrantamientos, de lamentos agudos, como si el cuerpo vivo del coloso sufriese y gritase, y corriesen gemidos de terror por sus largos y sutiles huesos, próximos á deshacerse.

Intentaba yo darme ánimos con la estadística de los naufragios: uno, por tantos miles de viajes y qué sé yo qué más, y con la idea de la gran solidez de aquellos enormes buques que las olas no pueden destrozar: aquella música desmentía todas las estadísticas y se mofaba de todos los consuelos.

Entretanto el mar seguía engrosando, la lluvia caía á torrentes, los rayos menudeaban, el trueno rugía casi sin cesar, el barco daba tales saltos, que, cerrando los ojos, me parecía estar sobre un gigantesco columpio de cuerda que describiese arcos de media milla, y á todo vuelo perdía el aliento para no cogerlo mas que en los pocos momentos de calma que pasaban de una y otra embestida. Y aquel permanecer entregado en absoluto á una fuerza prodigiosa que no me permitía ni moverme ni pensar, me daba una sensación inexplicable de envilecimiento físico, como el de un animal atado y girando en el vacío de una grúa colosal; y la idea de que aquel suplicio pudiera durar diez horas,

un día, tres días, me abrumaba el alma, como el concepto del infinito.

Sin embargo, hasta cierto punto conservé lúcida la inteligencia; tanto, que ahora me acuerdo de casi todo lo que entonces pensé. Pero al cabo de una ó dos horas creo que creciendo sin medida la furia de la tempestad, se me produjo una gran turbación en la cabeza, y de aquello que pensé entonces sabré decir poco. Recuerdo la voz inmensa del mar, más extraña y más formidable que todo lo más espantoso que puede imaginarse, una voz como de toda la humanidad enloquecida y agrupada que aullase, mezclada á los rugidos y bramidos de todas las fieras de la tierra, á los fragores de ciudad que se derrumba, á los hurras de ejércitos innumerables, á las carcajadas epilépticas de pueblos enteros; y dentro de aquella voz el silbido estridente, agudísimo del viento en el cordaje, un torbellino de notas amplias, sonoras y discordantes, como si cada cuerda fuese un instrumento tocado por un demonio; gritos de desesperación y de delirio que parecían exhalados por los prisioneros de una cárcel incendiada, y silbidos que hacían estremecer como si en torno de las entenas se retorcieran millares de serpientes furiosas.

A un terrible movimiento de cabeceo se unía un rugido violentísimo, como si el barco

quisiera acurrucarse ora sobre un costado, ora sobre otro, y á cada oleada en los flancos, todo, desde la cubierta á la carena, temblaba, como si chocase con un escollo ó tropezase con otra nave; y los tabiques se estremecían á mi alrededor, exhalando ayes capaces de hacer temblar de pies á cabeza, como al silbar de las balas ó al sentir el frío del acero en la carne. Se percibía á cada ola como el golpe de martillazo gigantesco que cayera sobre el buque arrancándole un pedazo; oíase el choque tremendo de cientos de toneladas de agua que caían sobre cubierta lo mismo que si un torrente se volcase desde inmensa altura, y luego el rumor tenue de mil arroyuelos que se deslizaban en todas direcciones con la precipitación de una horda de piratas que hubiese asaltado el barco al abordaje.

En cuanto á los movimientos del buque, no comprendía absolutamente nada, ni siquiera podía presumirlos: parecía como impulsado á fuerza de puntapiés y bofetadas, levantado por brazos potentísimos y estrellado después contra el fondo, apaleado y volteado por las manos de un titán. La máquina ofrecía detenciones repentinas y silencios imprevistos como herida por súbita parálisis; el eje de la hélice tenía sacudidas parecidas á las del terremoto, y daba golpes irregulares de loco, sintiéndose á ve-

ces las paletas de la hélice voltear furiosas fuera del agua, sumergiéndose de pronto con un terrible choque seco.

En los intervalos, entre los rumores más grandes, se oían encima pasos precipitados, timbres eléctricos, gritos lejanos de resonancia extraña, como eco de los valles cercados por montañas nevadas, y acá y allá lamentos desgarradores en los camarotes, propios de gentes entregadas á la desesperación y que vomitaban las entrañas.

Llegados á un cierto punto, percibimos una sacudida de abajo á arriba tan violenta, que la botella del agua saltó fuera de su soporte y fué á estrellarse contra el techo. Aquel fué el principio de un nuevo y más demente desencadenarse de los elementos y de una sucesión de vuelcos del barco, que creía bailaba saltando de la cima de un monte á otro, salvando abismos inconmensurables; y en cada salto pensaba yo llegada la última hora diciendo para mis adentros:—¡Se acabó! Fingía mi mente ilusiones tan vivas como raras; yo creía rajada la cubierta, los costados rotos, la quilla quebrada, el cordaje desatado, la armadura deshecha... —¿Todavía no? Entonces ahora... Y un caos de pensamientos, una rapidísima sucesión de recuerdos de la vida recientes y remotos, una fuga vertiginosa de caras y lugares iluminados

todos por relámpagos de lívida luz, confusos é informes como los de una congestión cerebral, acompañados de un tropel igualmente rápido y desordenado de llantos, de ternuras, de remordimientos, de mudas oraciones, todo se desvanecía y tornaba como en el remolino del viento mismo de la tempestad. De cuando en cuando se sucedían breves intervalos de estupor, y el reposo que produce la acción del cloriformo en un principio; pero después el sentimiento de la realidad, más tremendo que antes, se presentaba de nuevo, cual si dos brazos fornidos me sacudiesen por los hombros; despertándome de mi cuasi letargo, una voz brutal, gritándome cara á cara:—¡Eres tú, tú el que estás aquí y que debes morir!...

¡Oh!... ¡qué absurda me parecía la idea que se tiene en los tiempos normales, de que tanto da morir de un modo como de otro!... ¡Ah! morir de un balazo en el corazón; morir en la propia casa rodeado de las personas queridas; ser sepultado, tener un pedazo de tierra donde los hijos y los amigos puedan ir alguna vez á decir «aquí está»; todos estos pensamientos destilaba mi mente en confuso tropel, y me parecía que la tormenta empezaba á disminuir de su primitiva furia. Pero no, una nueva formidable oleada, un nuevo vertiginoso voltear de la hélice, levantada como si la popa saltase

por el aire, me arrancaba la engañosa ilusión.

Y me acuerdo de una repugnancia invencible para mirar al mar, de una sensación de profundo asco, semejante á la que debe sentir la víctima hacia el asesino, como si en aquellos momentos tuviese en verdad conciencia de que el Océano constituyera una cierta animalidad y del odio de este organismo contra los hombres: y se me me figuraba que al asomarme á la claraboya del camarote debería encontrar mil horribles ojos fijos en los míos.

Miraba alguna vez, pero volvía la vista inmediatamente apenas percibidos los monstruosos contornos de las montañas negras que avanzaban el perfil de sus ciclópeas murallas amenazando arruinar todo, al derrumbarse; imaginábame que entre la lluvia de centellas que regaba con fuego la masa espantosa de las caliginosas nubes, distingüfase una luz jamás vista en el mundo, hasta el punto de no poder decirse si era de noche ó de día: la luz indeterminada del paisaje de los sueños, en el cual no debe brillar nuestro sol.

Igualmente se perturbó por completo en mí la idea del tiempo. No habría podido asegurar cuántas horas hacía que empezó la borrasca. Creía que debía durar un tiempo incalculable no dejando adivinar una causa bastante poderosa por cuya fuerza concluyera aquella espan-

table conmoción. Juzgaba increíble que no ya todo el Océano, sino el mundo entero dejase de estar como aquel mar se encontraba; imposible que más allá pudiese haber aguas tranquilas y gentes pacíficas en la tierra, ocupadas en los negocios ordinarios de la vida. Pero mientras cruzaban por mi mente estos pensamientos, breves respiros del alma, sentí un empujón en aquel flanco del buque, semejante á un cañonazo por su estrépito; otro salto tremendo de la nave como de ballena herida en el corazón; otro estremecimiento del velamen, de los mástiles, del cordaje, de las colas, de los tablones, del maderamen que gemía; la sensación de la inminencia del desastre; la amenaza de la muerte, un adiós á todo... sentí, en fin, la angustia de un año en un minuto. ¡Eterno Dios! ¿Cuánto durará esta agonía?



Duró muchas horas. Siete ú ocho iban ya pasadas, supongo, cuando la ilusión, continuamente perdida y renaciente, de que aplacase la tormenta me pareció que se prolongaba más que otras veces; luego se cambió en una esperanza en que la imaginación se resistía á creer,

pero que todos los sentidos iban afirmando poco á poco.

Los movimientos del barco seguían siendo impetuosísimos, pero aquel horrible silbar y maullido rabioso del aparejo parecía haberse aplacado, y el oleaje, si no menor en fuerza, era menos frecuente. Consideré como buena señal el sentir todo el cuerpo dolorido de los ejercicios acrobáticos á que tanto tiempo me había visto sujeto, mientras que hasta entonces no había reparado en ello, y como buena señal, al propio tiempo, sentir curiosidad por saber lo que había ocurrido y lo que á la sazón ocurría cerca de mí. Entre las sacudidas de los tabiques y los mugidos del mar oí el llanto del niño brasileño y otros llantos, también infantiles, pero que debían ser de señoras. Voces afanosas llamaban de todas partes á los camareros, sonaban las campanillas, los baúles viajaban aún por los corredores como si saltasen dentro de ellos otros tantos animales furiosos.

Aprovechando un momento oportuno para no romperme el cráneo contra las paredes, di un salto y me agarré al quicio de la puerta de salida para mirar fuera, y ví dos ó tres cuerpos humanos que se movían, manteniéndose aquí y allá, con pasos y traspiés de borrachos con las ropas descompuestas y los cabellos encrespados, entre los cuales reparé en el marsellés, cuyo as-

pecto acusaba un maldito miedo, ya en parte pasado, pero que no quería acabar de pasar. Entretanto, un vuelco del buque y un golpe repentino como de romperse diez tirantes hicieronme volver atrás y buscar la litera á dos manos, con el terror de que volviese á empezar el baile más endemoniado que antes. Entre una y otra recrudescencia presté oído hacia el camarote de al lado, curioso de ver si la angustia del peligro común había templado un poco entre mis vecinos la tirante cuerda del odio; y un momento permanecí aturdido, oyendo una respiración interrumpida y unos gemidos continuos que podían hacer sospechar una reconciliación más que amistosa; pero pronto me desengañó una voz precipitada que silbó estas palabras:—Esperabas que todo hubiera terminado, ¿no es verdad?—Pero no oí la contestación.

La primera nota alegre que llegó á mí fué un conjunto de varias voces que vino del lado de los argentinos. Enfrente oí la voz del tenor, una tentativa de gorgorito bruscamente interrumpida por un golpe sordo que me pareció de una cabezada. Después, durante un rato, no oí más voces humanas. El estrépito del barco y del mar eran ensordecedores, y el ruido capaz de hacer consternar á un cuadrúpedo. Pero se podía intentar una salida. Asiéndome aquí y allá,

y pensando bien cada paso, logré arrastrarme hasta la encrucijada de los corredores. ¡Qué espectáculo! Por las puertas de los camarotes, que se abrían y se cerraban continuamente, veíase dentro un indescriptible barullo de muletas, de almohadas, de las mantas, de las cabezas inclinándose sobre los grifos, cuerpos rígidos como cadáveres, piernas de señoras descubiertas hasta la rodilla, ropas entreabiertas, rostros pálidos, pañuelos y frascos diseminados sobre el piso. Animado por la disminución del movimiento, di la vuelta hacia el corredor principal, y me encontré frente á frente con el genovés que venía adelante bamboleándose á lo largo de la pared, con la cabeza vendada, blasfemando.—¿Qué ha pasado?—le pregunté. Me contestó encendiendo una vela. Luego se explicó: muerto de hambre, se había arrastrado hasta la despensa para coger dos lonchas de jamón, un pedazo de asado, cualquier cosa, en fin. Y á lo mejor, un salto del vapor le había arrojado de frente contra un ángulo de los armarios y se había hecho una herida. En aquel punto percibí una voz clara que salía del camarote de los argentinos:

Hijo audaz de la llanura
y guardián de nuestro cielo...

Aquellos pobres cantaban al viento *pampero*

á quien éramos deudores de aquellas ocho horas de muerte. Pero aunque el mar seguía agitadoísimo, el viento había caído casi del todo. Algunos se atrevían á salir fuera de las puertas, con aire interrogante, y luego volvían á entrar precipitadamente.

Una voz que me pareció la del Teniente, gritó desde lo alto de la escala. — ¡Señores, ha pasado! — Y varias aclamaciones de los camarotes contestaron. — ¡Oh dios mío! — ¿Pero és de veras? — ¡*Laudate dominum!* — ¡*Llévete el diablo!* — ¡Ah! voy medio muerto... Pero un estremecimiento de vida corría por todas partes como en un cementerio subterráneo, donde los muertos empezaran á restregarse los ojos y estirar los brazos. Sentí que me tocaban en el hombro; era el agente, de bata, con un cardenal en la barba, pero alegre.

— ¡Ah! qué escena! — dijo — lo he oído todo. — Hablaba del matrimonio: en el momento del peligro se habían puesto á rezar, y luego habían cambiado un adiós, sollozando; él la había pedido perdón por haberla inducido á aquel viaje, había dado el beso supremo, es decir, muchos besos supremos — ¡*Ah, niña mía!* — ¡*Ah, pobre mío!* — Y... ¡nada de español, oh, nada! Dicho esto, desapareció, pero volvió al cabo de un minuto haciendo zig-zag, indicándome que fuera pronto, que había algo que ver. Le

seguí lo mejor que pude; se detuvo delante del camarote del abogado, que estaba abierto, y me dijo que mirase, dando una carcajada. ¡Oh, monstruo nunca visto! Al pronto no reconocí un ser humano en aquella masa informe que ví tendida en el suelo, y de la cual salía el estertor que finge Enrique Rossi bajo la máscara de Luis XI aterrado por Nemours. El abogado boca abajo metido en no sé qué saco de salvación, inglés ó americano, envasado en corcho, tenía una joroba en el pecho y otra en la espalda, cubiertas por una especie de coraza de algodón fuerte y una corona de vejigas hinchadas alrededor del pecho, que le daban la apariencia de un extraño animal de mamas colosales, tendido en tierra sin sentido, vencido por los dolores de una extraordinaria exuberancia de leche. Aquel cargamento enorme de ridiculeces sobre aquel pobre hombre tan destrozado y tan infeliz, despertaba una compasión infinita. El agente se inclinó para volverlo á la vida, y yo le dije que hiciese aquella obra de misericordia.

*
* *

En esto subí al salón, donde había ya muchos pasajeros: el marsellés, el molinero, el tosca-

no, el comisionista parisiense, el sacerdote alto y otros. Ninguna señora. Todavía caían algunos rayos, pero el trueno sonaba más apagado y más lejos; el mar seguía hinchado y negro, y nadie podía mantenerse derecho. ¡Admirable naturaleza humana! En el modo de presentarse las personas se conocía ya que también la tempestad se había convertido en satisfacción de amor propio, como si el no haberse ido á fondo fuese efecto del valor personal de cada uno, y todos saboreaban el orgullo con que, mucho tiempo después, durante toda la vida, tendrían que contar haber hecho frente á aquel peligro, sin miedo.

Era asombrosa la desenvoltura con que más de uno, á quien yo había visto pálido como un moribundo, se ponía la careta del valor frente á aquellos á quienes había mostrado poco antes señales vivísimas de su terror. Algunos daban unos cuantos pasos de un lado á otro, haciendo ostentación de *pie marino*, y reían á cada paso con los labios pálidos todavía y sin sangre.

El marsellés decía:—*Me he divertido muchísimo.*—El molinero fingía leer el álbum de á bordo. Los camareros, entretanto, referían las primeras noticias. El mar se había llevado varias lanchas, arrancando y revolviendo las caponeras, provocando otros desperfectos, ahogando dos bueyes, destrozando un postigo de la obra

muerta de proa. Un marinero, arrojado contra el palo trinquete, habíase herido gravemente en la cabeza. La repostería había sido medio derribada. Pero el poderoso cuerpo del *Galileo* no había sufrido otros daños y no se había parado un minuto: y ante aquella noticia renacía y se veía resplandecer en los ojos de todos, el sentimiento poco ha humillado del orgullo humano, la fe audaz en la obra de la industria y de la ciencia de nuestros semejantes, sobre la cual aquella cruel fuerza del Océano hostil no había podido hacer más amenazas é insultos, que apenas habíamos advertido, y que ya se habían olvidado. Y sin embargo, al abrirse las puertas de la sala, que equivalía al permiso de salir, arrojaron todos un suspiro de satisfacción, como si ahora solamente se estuviera verdaderamente seguros de que todo había concluído.

*
* *

¡Ah, hé aquí otra vez al formidable animal! Nos volvemos á mirar cara á cara. ¡Pero qué feo es todavía y de qué mal agüero! Grandes olas negras, blanqueando de espuma en la cresta, se apresuran en tumulto, cerrando el horizonte por todas partes, bajo una bóveda te-

nebrosa de nubes, rota aquí y acullá por rasguños grises de luz crepuscular, y como agitada por una cantidad de nubes bajas, móviles y malignas, que quisieran volver á comenzar la lucha. El vapor se hallaba todo mojado, como si en aquella sed de ocho horas hubiese estado sumergido de una punta á otra. Por todas partes corrían arroyuelos y se ensanchaban charcos de agua sucia. Los techos, las paredes, los palos, las lanchas goteaban como con el sudor de la batalla. A popa y á proa se agitaban aún los marineros con grandes zapatones, empapados de pies á cabeza, con los sombreros encajados hasta la frente y hasta la nuca, estropeados por la fatiga. Encontramós en el pasadizo cubierto al capitán, encarnado como la grana, sudando y encolezado, que pasó á nuestro lado sin mirarnos. Y dando encontrones y codazos á derecha é izquierda del pasadizo, vadeando, tropezados por las personas ocupadas de la tripulación, llegamos á proa.

Aquí había ya mucha gente que había salido de los dormitorios; estaban con los salvavidas en las manos, tendidos á través de la cubierta para el uso de los marineros, presentando el compasivo aspecto de una multitud escapada hacia quince días delante de un ejército invasor. El comisario, que había bajado muchas veces á los dormitorios, nos hizo descripciones que oprimían

el corazón y levantaban el estómago. Había visto allá, bajo la masa intrincada de cuerpos humanos, los unos encima y á través de los otros, con el espinazo sobre los pechos, los pies contra las caras y los vestidos al aire; enredadas las piernas, los brazos, las cabezas, con los cabellos sueltos, apretados unos, arrastrándose otros, rodando sobre el entarimado inmundo todos, en un aire fétido en que por todas partes percibíanse llantos, quejidos, invocaciones de santos y gritos de desesperación. Mujeres arrodilladas en grupos, con la cabeza inclinada, rezaban el rosario, dándose golpes de pecho; algunas hacían en alta voz el voto de ir descalzas á ciertos santuarios apenas hubiesen tornado á la patria; otras querían á toda costa confesarse, y rogaban al comisario, llorando, que mandase llamar al cura, el cual, mientras tanto, estaba confesando á algunos en el dormitorio de los hombres. Varias mujeres habían pedido suplicando que las dejaran ir á saludar por última vez á sus maridos antes de morir, y otras poder subir un momento sobre cubierta, un momento sólo, para arrojar al mar una imagen de santo ó una crucecilla que hubiera calmado las olas. Las había, también, que rogaban en nombre del cielo que hicieran girar el barco para volver atrás.

Una de las más aterradas había sido aquella falsa leona boloñesa, que sollozaba y se me-

saba los cabellos, apostrofando al destino como una actriz de circo... Contaba el sobrecargo ejemplos curiosos de miedo. Una pobre vieja la había llamado desde su jergón, y, con la voz ahogada por el llanto, colocándole en la mano setenta pesetas en plata, rogábale, ya que el destino era irse á pique, que tuviese la caridad de hacer llegar aquella suma á su hermano, en Paraná, como si cualquiera que fuese el desastre, que hubiera de venir, fuera una ley de la naturaleza que los oficiales de un buque debieran llegar salvos á su destino. Una pobre labradora, cayendo de una litera del segundo piso, había abortado. Otras, del espanto, habían perdido la palabra, y no pronunciaban sino voces inarticuladas haciendo gestos de delirio.

En aquel momento todavía había muchas que no querían creer que hubiera cesado el peligro, y estaban siempre agarradas convulsivamente á su litera, rechazando toda palabra de consuelo. ¡Pobres mujeres! Estas daban aún más compasión, porque no escondían por orgullo su ánimo. Aquellas que habían salido ya sobre cubierta, algunas con la cabeza vendada, muchas con chichones en la cara, todas aniquiladas y como entontecidas, que, mirando al mar con aquellos ojos que según se dice son propios de los groenlandeses, casi petrificados por la visión habitual de un infinito lúgubre,

presentaban una dolorosa imagen del estado á que debían estar reducidas las de abajo.

La vivacidad locuaz que suele suceder á los peligros de los cuales se ha escapado, no había nacido todavía. Todos estaban aún agitados; de modo que á cada oleada más gruesa y á cada balanceo fuerte del buque iban á pegar la espalda contra las bordas, arremolinándose, prontos á recaer en el terror de antes, dirigiendo los ojos dilatados hacia el puente de mando para consultar la cara de los oficiales.

No comenzaron á serenarse mas que cuando vieron salir de la máquina, con los torsos desnudos y las caras enrojecidas y sudosas, orgullosos de su victoria, los fogoneros de relevo, que iban á descansar de sus fatigas extraordinarias; porque durante la tempestad todos habían sido llamados, debiendo los que trabajaron en el fogón ser sustentados por los brazos de otros compañeros para no romperse la nuca contra las calderas ó quemarse la cara en los hornillos.

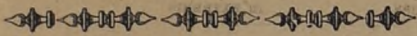
*
* *

Pero al despuntar la primera estrella renacieron la despreocupación y la alegría, surgiendo tal charlatanería por todas partes, que parecía

que los mil setecientos pasajeros hablasen á la vez. Todos describían, todos contaban, y eran relaciones concisas, pero interminables y diez veces repetidas por mil pequeños incidentes insignificantes que el miedo había ajigantado en la imaginación de cada uno, y que asumían en la exageración del discurso importancia de hechos dignos de poema y de historia.

La mitad de los pasajeros, olvidando ó negando el miedo propio, dibujaba con colores cómicos, fingiendo desdeñar y aun despreciando realmente el miedo de la otra mitad. Después de la cena se sintió á proa un rumor extraordinario de cantos y de gritos de borrachos. Y aun en nuestra mesa hubo fiesta. Todos se atracaron como lobos, contentos de la vida, chanceándose con el Océano. Y la comida concluyó cómicamente con un brindis que hizo el marsellés á la *fría intrepidez* del capitán, con el acento y la sonrisa consiguiente del que sabe lo que dice. Pero no estaba el abogado. Y, con amargura de todos, faltaba también la señorita de Mestre, que desde la primera de aquellas ocho horas de perturbación había sido profundamente emocionada produciéndole un vómito de sangre.





XVIII

¡MAÑANA!

A la mañana siguiente, el cielo y el mar estaban espléndidos, y toda la población del *Galileo* en movimiento incesante; porque si el tiempo continuaba hermoso, se llegaría á América la tarde siguiente, acaso á hora de desembarcar; y era necesario preparar el equipaje con comodidad y ponerse un poco de acuerdo entre amigos y conocidos sobre lo que hubiera que hacer. El negocio más grave era la inscripción para el desembarque; esto es, decidir si convenía ir ó no al comisario y hacerse anotar entre aquellos que entendían valerse de las ofertas del Gobierno argentino, el cual pagaba el gasto del desembarque á los emigrantes que lo solicitasen, dándoles alimento y albergue por cinco días; y á aquellos que se trasladaban á las provincias del interior, viaje gratuito.

Aquel acto de hacerse ó no hacerse inscribir era llamado por los emigrantes «declarar querer ser ó no con la emigración». Ciertó, que las ventajas eran grandes; pero eran más grandes todavía las desconfianzas, porque aquella generosidad del Gobierno (¡un Gobierno al fin y al cabo!) hacía sospechar que se escondiese algún engaño en ello, y que, al aceptarla, entre otras cosas, fuese un vínculo desde aquel momento la propia libertad con respecto á la elección de sitio y á las condiciones de los contratos.

Esto no obstante, los más aceptaban, y era una procesión continua á la oficina del comisario, que parecía reducida á una agencia. Entraban, y dando el nombre, estropeaban de cien maneras aquella única palabra difícil que tenían que decir: — Me apunte con la emigración. — Acepto la *an*migración. — Voy con la *in*migración. — O, bien, sin mas: — Fulano de Tal, *migración*. — Muchos, de otra parte, iban sin haber tomado todavía una resolución, como se va á consultar á un hombre de leyes, y después de haberse hecho dar muchos informes, rehusaban.

Las más perplejas eran las mujeres, las cuales, casi todas, se paraban á reflexionar aún alguna vez en el dintel, rascándose la frente, como si se hubiera tratado del destino de toda la vida; y algunas, después de haber dado su

nombre y salir, tornaban á la oficina con prisa media hora después á borrarse, porque habían sabido que el Gobierno *hacía traición*.

Con éstas agrupábanse otros emigrantes que venían á tomar informes respecto á la aduana, sobre si por tal cosa tenían que pagar ó no, y cuánto, y hasta acerca de si hubiese modo de evitar la visita, por vía de favor ó de astucia.

Y conmovía el oír de qué cosas tan pobres se trataba: de regalos las más veces, que llevaban á parientes ó amigos de América; quién una botella de vino *especial*, quién un queso, quién un embutido ó un kilogramo de sopa de Génova ó de Nápoles, un litro de aceite, una caja de higos secos, hasta un pañolón lleno de judías, pero de la propia casa, de tal rincón del huerto, del cual el pariente ó el amigo tenía que acordarse seguramente. Y venían á preguntarsi estaba sujeto á impuesto una zampoña, un pito, un cofre lleno de sartenes y de ollas usadas ó algo por el estilo.

Todos parecían oprimidos por el terror á la aduana de Montevideo y de Buenos Aires, de la cual habían oído contar cosas fabulosas, y hablando como del paso por intrincada selva de mala fama, donde estuviera apostada cierta tropa que los iba á dejar sin camisa. Pero aquellos que daban más compasión eran los enfermos y los viejos solos; los unos temerosos de que

su fea cara llamase la atención al médico americano, en la visita de llegada, y que éste los hiciese meter en un lazareto; los otros atormentados por la duda de que no vinieran á bordo á tiempo, según aviso, el hijo ó el pariente próximo que debía garantizar sus medios de subsistencia; sin lo cual, la justa ley argentina que rechaza las bocas inútiles de sesenta años, no hubiesen podido desembarcar. Los unos y los otros acudían á pedir al comisario, ansiosos, qué cosa les sucedería á ellos en cualquiera de estos dos casos desgraciados y salían bajando la cabeza tristemente.

Y el comisario escribía y escribía; y volvían á pasar uno tras de otro los protestantes de la montaña á quienes había reprendido; las muchachas que le habían roto la cabeza con sus amores; las mamás que le habían fastidiado con los celos; los enamorados imprudentes, las comadres entrometidas; los pendencieros que se había visto obligado á separar ó á castigar; y á cada uno mostraba reconocerlo con una sonrisa ó con una inclinación de cabeza y con una buena palabra. Y yo, al lado de él no me can-

saba de mirar aquel cuarto lleno de registros y notas, pensando en cuántas relaciones de miseria y de mentiras novelescas de muchachas, iras de litigantes y llantos de mujer, habría ya escuchado. Y más que otra cosa me llamaba la atención las sacas del correo acumuladas en un rincón, atadas y selladas. Porque estaban allí dentro los fragmentos del diálogo de dos mundos; quién sabe cuantas cartas de mujer que por la tercera ó cuarta vez pedían dolorosamente noticias del hijo ó del marido, que no daban señales de vida hacía años: ó de súplicas porque volvieran ó los llamasen al lado de ellos: peticiones de socorros, anuncios de enfermedades ó de muertes: retratos de los muchachos que los padres no habrían jamás reconocido; y reclamos desolados de novios y mentiras desvergonzadas de mujeres infieles y últimos consejos de ancianos: todo esto mezclado en cartapacios orlados de cifras de banqueros, epístolas amorosas de bailarinas y de coristas, prospectos de comerciantes de vermut, fajos de periódicos esperados con ansia por la colonia italiana, ávida de noticias de la patria; quizás la última poesía de Carducci ó la nueva novela de Verga: una confusión de paquetes de todos colores, escritos en chozas, en palacios, en oficinas, en desvanes, riendo, llorando, temblando. Y todos aquellos sacos serían desparramados dentro de po-

cos días desde las emboCADuras del Plata á los confines del Brasil y de Bolivia, hasta las orillas del Pacífico, en el interior del Paraguay y más abajo de las laderas de los Andes, provocando alegrías, remordimientos, dolores, temores; los cuales después, y á su vez, recogidos en otros sacos, habrían hecho en dirección opuesta el mismo viaje, amontonados en otro cuarto como aquel, donde deberían ver pasar otras procesiones de gente pobre que volvía al mundo viejo, puede ser que menos pobres, pero no más felices que cuando lo habían abandonado con la esperanza de mejor suerte.

*
* *

Entretanto, la procesión continuaba.—Tal de tal: está con el Gobierno.—Mengano: con la migración.—Cayo: desembarco y asilo...—El trabajo fué interrumpido por una aparición improvisada de la boloñesa, que venía con toda su furia encima á lamentarse de una nueva y sangrienta ofensa de un gran canalla, el cual, pasando á su lado y tocándole la bolsa misteriosa, le había dicho con evidente alusión aquella cierta probabilidad irrepetible:—Pagan derechos.—Esta lo quería ver sobre el puente de

mando con grillos en los pies y esposas en las manos, ó proclamaría delante de todos los cónsules de América que los empleados del vapor tenían mano y connivencias con todos los más descarados perdidos de tercera, para deshónrar las muchachas honestas. Estando cerca de América, no hablaba mas que del pariente periodista. El comisario la despachó sin alterarse, prometiéndole que, concluída la inscripción, haría justicia, volviéndose indiferente hacia dos labradores irritados, los cuales volvían para borrarse de la lista, para no caer en las manos de aquella *partida de ladrones* que se ofrecían á desembarcar gratis á los emigrantes para ser los primeros en saquearlos y en hacer proposiciones poco lícitas á sus mujeres. Eran evidentemente noticias recogidas en caliente en proa, donde los agitadores trabajaban por aumentar el fuego de las cabezas. Marchándome allí, en efecto, ví sobre el castillo al viejo del gabán verde, que peroraba en medio de un auditorio más numeroso que el de ordinario, apoyándose, puede ser que por simpatía política de color rojo, al ancla de la esperanza, sacudiendo al viento sus cabellos grises. La reprensión del capitán por la protesta de los cuarenta y siete, no le había infundido miedo; él había respondido que se habría *hecho oír en los periódicos*. Ahora, pues, la proximidad á la tierra de la libertad lo alentaba todavía más, y

no sólo no bajaba más la voz cuando algún *sangrador* del pueblo pasaba por aquella parte, sino que la hinchaba, ronca y ruda como el sonido de una trompa, hinchándosele las cuerdas del cuello hasta parecer que iba á saltarle el pellejo.

Daba consejos y amonestaciones que dejaban suponer que no hacía aquel viaje por vez primera: que se guardasen de los argentinos, de los hacendistas de la colonia italiana, de los cónsules, de los protectores de todos matices, pues estaban todos de acuerdo; todos bribones que tendían á engordar á expensas de la emigración. Miren sobre todo, al desembarcar, á los equipajes, que serán robados á mansalva: no quitan ojo á las mujeres y las hijas, pues se habían dado casos funestos de violencias consumadas por los agentes del Gobierno, á la luz del sol, á la vista de los padres y de las madres. Y nada de asilos, que eran barracas ruinosas, donde llovía en las camas, y no quitaban el hambre, ó metían en la sopa porquerías para entontecer á la gente, reduciendo á un hombre á no saber hacer la cuenta más simple, y entonces venían después las bribonadas en la proposición de los contratos.—¡Alerta, hijos míos!—gritaba;—muy alerta, ó seréis asesinados peor que en la patria!—¡Desdichado del que se confíe!—Pero no era él solo el que arengaba; otros

charlatanes acá y allá estaban actuando de oradores; fui de aquí para allí, toda la mañana. Sobre el castillo central pronunciaba una conferencia el ex cocinero doctor, aficionado á la ocarina. Él había visto de todo, sabía todas las cosas, tenía un consejo franco y seguro para todos, para cualquier parte de América donde anduvieran, como si en cada país hubiera estado muchos años y hubiese ejercido todos los oficios. Hablaba de las perversidades que se cometían con los emigrantes que tenían alguna cosa: «cesión de tierras lejanas por un pedazo de pan: tierras fértiles y regadas, donde se habrían hecho ricachones en diez años»: y los mirlos, vaciada la bolsa y marchados, encontraban después desiertos de arena, aires de miasmas pútridos, los indígenas á pocas millas, los leones al llegar la noche, y serpientes de cinco metros que se colaban en las casas. Y obligados á escapar del hambre, debían viajar á pie centenares de millas antes de encontrar un lugar habitable, azotados por la lluvia semanas enteras, arrastrados por viento infernal que llevaban en volandas perros y vacas como hojas secas. A tales discursos, algunos, sospechando la exageración, se encogían de hombros y se marchaban: pero otros se lo bebían todo y quedaban pensativos con los ojos en el entarimado. En otros grupos, sin embargo, predicaban los optimistas: un mun-

do nuevo, no más tasas, no más levass, no más tiranías: la tierra germinaba apenas tocándola con el arado, la carne á cincuenta céntimos el kilo, países de cuatro mil almas donde no se veía el entrecejo de un «señor». Y citaban casos de rápida fortuna, los graneros atestados, los trabajadores del campo que pagaban un profesor particular para los hijos. «¡Viva América! ¡Se acabaron las tribulaciones, vive Dios!»



En aquella preocupación general se reconocía á primera vista que el eterno femenino había pasado á segunda fila, que muchas parejas amorosas debían haber quedado reducidas á *ases*; no se veían ya todos aquellos adoradores de ojos fijos, que arrullaban las horas enteras á su bella, ó andaban á su alrededor medio día para aprovechar el momento de decirla una palabra al oído ó darle un pellizco en el brazo. Pero aquella preocupación dejaba más pronto libres á los pocos que habían sido fieles. Entre éstos, noté al pobre escribanillo modenés que había vuelto á la antigua contemplación, apostado un poco más lejos que antes, pero más inmóvil, más extático, más apasionadamente enamorado

como si los malos tratamientos, los pescozones, y las humillaciones ¡pobrecillo! no hubieran logrado otra cosa que hacer aparecer más bello y más querido el objeto adorado por el que había sufrido tanto. Yo lo observé un rato desde el puente de mando, y no lo ví ni mover el cuello, ni plegar la cintura, ni desviar los ojos, sino por la duración de un suspiro, de la muchacha; la cual estaba sentada, en el sitio de siempre, haciendo calceta, pegada á su hermanito, erguida sobre su bello torso de virgen robusta y sana, más blanca, más limpia, más fresca que nunca.

Tenía siempre aquella su cara plácida, que desde algunos días se había ligeramente hecho sombría; pero no tardé en advertir que la humilde é infatigable adoración de aquel pobre muchacho, solo, débil, feo, ridículo, debíale haber despertado un sentimiento de piedad y benevolencia de amiga y de hermana, que ella sin duda se creía en deuda de dejar trasparentar, por gratitud; porque en el momento en que estaba yo para alejarme, mientras ella giraba en derredor su tranquila mirada de costumbre, ví sus ojos fijarse por algún momento con expresión clarísima de bondad y de simpatía—y no me parece que debiera ser la primera vez—sobre aquella cara. ¡Ah, Dios del cielo! Aquellos ojos resplandecieron como un espejo al sol, ruborizóse, se estremeció, y después

echó un gran suspiro, pasándose la mano por la frente y mirando alrededor, como asombrado de que todo el barco no hubiese advertido el prodigioso acontecimiento que acababa de ocurrir.

Pero ninguno á su alrededor los miraba. Y aquella fijeza de todos en un pensamiento, sólo me sirvió á mí, sin embargo, para poder dar vueltas un rato, libremente, en medio de la multitud, y coger al vuelo muchas conversaciones. Aquella inminencia de la llegada había finalmente despertado en casi todos una cierta curiosidad de saber alguna cosa de la ciudad y de la provincia donde se debían ir á establecer, y muchos interrogaban ora á un oficial, ora á otro ó á los pasajeros más instruidos de proa, sacando las cartas manoseadas de los parientes ó amigos, gesticulando por lo bajo, dándolas á leer y volviéndolas á leer juntos, con aquella consideración extraordinaria que muestran las personas poco leídas ó enteramente ignorantes por toda especie de documento escrito en que suponen siempre la posibilidad de variadas y delicadas interpretaciones. Sentía pronunciar por muchos aquellos nombres de colonias agrícolas que después me debían ser tan queridas: Esperanza, Pilar, Cavour, Garibaldi, Nueva Turín, Candelaria. Pero, Dios mío, era una pena ver la ignorancia tenebrosa en que anda-

ban á tientas casi todos; la ninguna idea de la división de los Estados y de las distancias, como si América del Sur fuese una isla de cien millas de circuito, donde todos los países se encontrasen á un tiro de fusil uno del otro. Buenos Aires, Tucuman, Mendoza, Asunción, Montevideo, Entre-Ríos, Chile, Estados Unidos, formaban en la mente de los más un indescriptible é intrincado laberinto de ideas falsas ú oscuras, donde el más listo y paciente hombre del mundo no habría sabido qué hacer para introducir un principio de orden y una débil luz en aquella confusión.

Y el pensamiento de que sin duda muchos de ellos, de los más jóvenes, debían haber ido á la escuela y haber aprendido á leer y á escribir, hacía que se me cayesen los brazos. Acá y allá, en las tertulias de familia, calculaban el gasto por los dedos. — «Conque, cinco por el desembarque, tres por la hospedería, pongamos por el primer día...»

Oí, entre otras cosas, que corrían malas noticias sobre la señorita de Mestre, á la cual contaba más de uno dirigirse para obtener consejos y recomendaciones. Hablábase de una caída grave; algunos la creían nada menos que moribunda; ciertas mujeres decían que había ya muerto, pero que guardábase secreto porque tenía la culpa (de qué modo, no lo sabían) el

capitán. El labrador de Mestre me preguntó noticias ansiosamente. Toda su familia había vuelto á recogerse en el antiguo sitio, entre la cabaña y los toneles, bajo una tienda de ropa extendida para secar, á la sombra de la cual el pequeño Galileo, rojo como un cangrejo, mamaba cual una ternera, entre los brazos de la mamá sonriente.—¡Ah, pobrecilla! — exclamó el labrador.

Él tenía fe en el gobierno y habíase inscrito con la *amigración*, no podía creer en todas aquellas *paparruchas* que andaban diciendo los *locos* del castillo de proa. Después me preguntó si era verdad aquello que decía el ex cocinero sabio del castillo central con respecto á las aguas del Ecuador. Pero se interrumpió para exclamar:—¡He ahí nuestros nuevos padrinos!

Eran cinco argentinos, que en compañía del cura napolitano venían por primera vez á proa á dar un vistazo á sus huéspedes. El cura debía explicar al diputado algún proyecto suyo de empresa financiera, porque le decía fuerte, agitando la mano como un abanico: — *Sí, se encontrarán los accionistas para un gran Banco agrícola-colonizador...* — ¡Y yo me uní á ellos empujado de la más viva simpatía, en aquellos días, últimos por los hijos de aquel país, á los que tantos conciudadanos míos estaban para confiarles la suerte de su propia vida. Y busca-

ba sobre la cara de todos ellos las impresiones de su ánimo. Pero ellos miraban y no decían nada.

Sus ojos, por lo demás, y cada mínimo acto de los mismos revelaban la satisfacción de orgullo que sentían al ver toda aquella gente, la cual iba á pedir apoyo á su patria, la mayor parte para siempre, cuyos hijos por venir, nacidos ciudadanos de la República, habrían hablado su lengua y jamás aprendido la propia, mostrando probablemente vergüenza, como demasiado á menudo ocurre, de su origen extranjero. Puede ser que ellos, mirándolos, se representasen en la imaginación todos aquellos *comedores de tierra* y traficantes ligures de la obra; y veían agitarse las barcas cargadas sobre las aguas del Paraná ó del Uruguay, ensancharse á través de la floresta los nuevos caminos de hierro de los Estados tropicales; levantarse las cañas de azúcar en los campos de Tucuman, y las viñas sobre las colinas de Mendoza, y las plantaciones de tabaco en el Gran Chaco, y las casas y los palacios surgir de mil en mil, y miriámetros cuadrados de desiertos reverdear y dorarse bajo la lluvia de sudor de mis compatriotas. Una oleada de cosas que decirles me vino entonces á la boca.

Vosotros acogéreis bien esta gente, ¿no es verdad? Son voluntarios valerosos que vienen á engrosar el ejército con el cual conquistaréis un mundo. Son buenos, creedlo; son trabaja-

dores, lo vereis, y sobrios, y pacientes, que no emigran por enriquecerse, sino por dar de comer á sus hijos, y que se aficionarán fácilmente á la tierra que les dará de vivir. Son pobres pero no por no haber trabajado: son incultos, pero no por su culpa, y orgullosos cuando se toca á su país, pero porque tienen la idea confusa de una grandeza y de una gloria antiguas: y alguna vez son violentos; pero vosotros sin embargo, nietos de los conquistadores de Méjico y del Perú, sois violentos también. Dejadlos que amen todavía y ensalcen de lejos su patria, porque si fueran capaces de renegar la propia, no serían capaces de amar la vuestra. Protegedlos de los traficantes poco honrados; restituidles justicia cuando la pidan y no les hagáis sentir ¡pobre gente! que son intrusos y tolerados en medio de vosotros. Tratadlos con bondad y con afabilidad. ¡Os quedaremos tan agradecidos! Son nuestra sangre, los amamos, sois una raza generosa, os los recomendamos con toda nuestra alma!

Y no sé qué reserva ridícula — que en aquel caso era peor que ridícula, vil — me contuvo para decirles aquellas cosas. Ellos me hubiesen escuchado con estupor, cierto: pero quizás no sin conmoverse. ¡El mar estaba tan hermoso!... parecía que cada uno lo debiera reflejar dentro de sí... Desde la mañana se habían visto en el

horizonte veleros y buques de diversos países dirigidos al Plata, y varias bandadas de pájaros alrededor del *Galileo* gritando la bienvenida. Concluído aquel barullo para la inscripción, todos se habían aquietado y se mostraban inclinados á la benevolencia. Algunos emigrantes que les habían dejado entrar en primera clase á buscar suscripciones para dos loterías, de un reloj de plata y de un viejo grabado de la Virgen, á beneficio de dos familias pobres, recogieron un montón de firmas y sesenta céntimos; la extracción, decía el cuaderno, sería hecha por la mañana del día siguiente «con la garantía exigida, delante de la carnicería.» Después al medio día no renació disputa alguna á bordo. La tercera clase obtuvo un plato de carne con patatas, que ablandó muchos corazones.

Y aun nuestro almuerzo fué tal de hacer brillar de satisfacción hasta el único ojo del genovés, y hecho más sabroso aun, por la idea aquella de «alguna cosa después» que, según dice Brillat-Savarin, debe estar en la expectación de los comensales, para que una comida resulte verdaderamente gustosa; y esta cosa era para nosotros el pensamiento del espectáculo que nos habría ofrecido el buque al día siguiente, al aparecer la tierra.

Las conversaciones, que sufrían ya la fuerza de atracción de América, giraron todas acer-

ca de los países vecinos, como si ya hubiéramos estado. Dentro de tres días se habría oído el *Poliuto* en el teatro Colón, en el *Solís Crispino* e la *Comare* con Baldelli. Se discutió el plano de la nueva plaza Victoria de Buenos Aires y del nuevo Hospital italiano en Montevideo. Los presidentes de las dos repúblicas fueron anatomizados fibra por fibra, y se hicieron muchos comentarios prolijos y calurosos sobre los periódicos benévolos y hostiles á nuestra emigración en las dos capitales. Solamente el garibaldino callaba, con un velo de tristeza sobre la cara, más caído y espeso que en días anteriores. Y callaban también mis dos vecinos de camarote. Pero sobre sus caras había algo de insólito: la expresión del odio, como siempre, pero animada de un pensamiento nuevo, como si á su llegada tuviera que ocurrirles algún acontecimiento, que cada uno de los dos esperaba favorable á sí mismo y desagradable al otro, del cual debiese depender en cierta manera la solución de sus contiendas; no se miraban á la cara, pero se adivinaba una lucha muda y provocada entre ellos, como si se cosiesen los costados á puñaladas bajo el mantel. Habiendo extendido la mano á un mismo tiempo para tomar un salero, y advirtiéndolo á la vez que sus manos se iban á tocar, las retiraron los dos en el mismo instante y continuaron comiendo sin

sal. Y con la idea de que, llegado á América, no tendría más delante de mis ojos aquel espectáculo miserable, aumentó mi alegría.

*
* *

A un cierto punto observé que faltaba la señora del Chartreuse y la madre de la pianista; y no pudiendo suponer que con aquel tiempo padeciesen el mareo, pedí noticias al agente, que estaba sentado entre el abogado y yo. ¡Pero cómo! ¿No sabía nada? Tenía ya la cabeza en América... ¡Oh, una escena de teatro!

Desde algunos días, la «domadora» había oído que la otra la difamaba, y adivinaba el argumento de la maledicencia: lo veía reflejado en la cara de ciertos pasajeros, que á ciertas horas la miraban sonriendo, que fijaban los ojos en el ventilador de la puerta, pasando por delante de su camarote. Pero aquel día su camarera, encargada de espiar, lo había oído todo: aquella sierpe con falda, decía que estaba afectada de incipiente *delirium tremens*, haciendo descripciones abominables de su camarote —donde había estado, sin embargo, varias veces á chuparle el marrasquino de Zara—como

verdadera cantina de licorista, con las botellas hasta debajo de los cojines de la cama, con las copas sucias en todos los rincones y una colección completa de aguas minerales, de polvos y de pastillas para reparar por la mañana los desconciertos gástricos producidos por las bebidas del día. Pero de aquí en adelante decía que no había más reparo posible, porque el mal había avanzado demasiado, y citaba una opinión desconsoladora del médico, recomendando á los señores no pasar de cerca con el cigarro encendido. Escuchada esta relación, en un momento preciso que tenía el humo en la cabeza, la gruesa señora no había hecho otra cosa que correr derecha hacia el cuarto de la buena amiga, y, encontrándola en medio del corredor, en presencia de algunos, le dijo con voz desatada las verdades del barquero—pero con el acento y la mirada de su profesión y de aquello que puede inspirar solamente la Chartreuse estacionada, aquella verdadera y auténtica de los Frailes beneméritos, cuando se bebe en dosis convenientes.

La otra, con una cara impertérrita, le respondió una sola palabra, dosilábica, pero que valía por aquellas otras juntas en un ramo. Y entonces... las camareras estaban advertidas, y las contendientes, convulsas, habían vuelto á entrar tempestuosas cada cual en el propio ca-

marote, donde se habían desmayado media hora después.

*
* *

Pero, diciendo esto, el agente pensaba en otra cosa, y parecía que estuviese observando una correspondencia de miradas entre dos personas lejanas en la mesa. En efecto, después de algunos minutos, le entendí modular en baja voz el largo grito de *Amleto* delante del teatrillo de la casa real:—¡Ooooooh profética alma mía!— Y en seguida me aferró por el brazo y me confió al oído su maravilloso descubrimiento:— Mire, pues, sin que se aperciban—me dijo después. Y yo miré y no tardé en penetrarme del hecho.

Cada dos ó tres minutos, los bellos ojos azules y vacíos de la señora rubia, se fijaban por algún momento sobre el capitán y sobre su ancha caraza roja y malhumorada; relampagueaba una chispa, una imperceptible sonrisa medio escondida en el entrecejo y en los bigotes erizados, semejante á una pequeñísima franja azul que aparece por entre el girón de un cielo nublado, y cuyo azul en seguida es recu-

bierto; pero fijando de nuevo los ojos azules, el girón volvía á abrirse y el azul volvía á mostrarse: no existía la menor duda; el juego gentil se repetía regularmente; existía secreta inteligencia entre la cabellera rubia y el cabezón rojo; la sirena había cantado, el oso polar había dado oído, el *Galileo* había capitulado.

—¡Ah! ¡Ahora comprendo—decía el agente picado—por qué aquella *escena* se ha convertido en humo! ¡Oh! ¡No quiero porquerías á bordo! ¡Ah, pedazo de criadilla de mar! ¡Esto es demasiado!—Pero su fondo estaba satisfecho de haberse librado de la pesadilla de aquel misterio, y cuando subimos á la toldilla se frotó las manos, diciendo:—¡Uno más! No queda por descubrir sino el afortunado á quien la señorita dedique su próximo tijeretazo... si le queda todavía alguna cosa por cortar.



Y él y otros se recreaban de todo corazón, mas tarde, señalando el espinazo redondo del profesor que apoyado contra la borda daba explicaciones al cura sobre la constelación de Orión. Era una noche encantadora, agradableísimo agüero para el buen término del via-

je. A occidente, sobre el cielo espléndidamente estrellado, se levantaba la luz zodiacal, en forma de una gran pirámide resplandeciente que tocaba casi el zenit con el vértice y abrazaba cerca de una cuarta parte del horizonte. El trecho de vía láctea que corre entre el Escorpión y el Centáuro y los cuatro diamantes bellísimos de la Cruz del Sur, aparecieron admirablemente vivos. Y las nubes de Magallanes, las vastas nebulosas solitarias que hacían palpar el corazón y brillar la pluma de Humboldt, formaban alrededor del polo austral dos maravillosas manchas blancas sombreadas en el infinito. Y se veían caídas de estrellas á cada momento, como una lluvia serena de flores de fuego que llenaban el cielo de luz plateada, rosada, dorada, azulada; pero más grande todavía en apariencia, por efecto de la mayor pureza atmosférica, de lo que se puede ver sobre nuestro horizonte. La claridad del cielo era tal que el buque dibujaba en las aguas con limpidez, sus cordajes y arboladura, y mirando desde la pequeña plaza, se veían estrellas entre los obenques; estrellas por entre las cofas, en todos los vanos, alrededor de las entenas; y estrellas también se reflejaban en el mar tranquilo, de manera que no parecía que se navegaba, sino que se volaba sobre una flota aérea dentro de los esplendores del firmamento. Y, sin embargo, ca-

si ninguno miraba. Cada uno de aquellos mil setecientos átomos vivientes tenía dentro de sí una esperanza, ó un temor, ó un remordimiento, en comparación del cual todos aquellos millones de mundos les importaba lo que una nubecilla de polvo levantada de la tierra con el pie.

A proa, con efecto, se oía un murmullo vivísimo de conversaciones; pero mas recogido y más igual que las otras noches; nada de canciones ni de gritos: se comprendía que todos hablaban de intereses, de obligaciones, de cosas serias. En el momento de la separación de las mujeres de los hombres, se oyeron las «buenas noches» llenas de alusiones, y cien voces vibrantes:—¡Hasta mañana, pues!—Es la última noche!—¡Mañana en tierra!—Dentro de veinticuatro horas en América! Y estaban ya debajo hacía gran rato, cuando todavía desde la escalera de los dormitorios subía un murmullo sonoro y como la respiración de una muchedumbre conmovida. Era el flujo de un mar de almas al acercarse á un mundo.





XIX

AMERICA

UÉ agradable despertar! Aquellas palabras de « hoy sentiremos la tierra bajo nuestros plantas », en las cuales se expresaba el pensamiento de todos, eran para nosotros como un sonido y una fuerza nuevos, y se experimentaba al repetir las cierta especie de placer físico, como el que se siente apretando el brazo alrededor de una columna de granito. Además de otras razones, se deseaba con impaciencia el llegar también, por la razón de que al final de una larga navegación se está cansado, irritado hasta el punto de no poder más con aquella perpetua danza de líneas, con aquella continua abreviatura, con aquel plegarse y retorcerse obligados siempre á percibir la angustia de todos y de aquel eterno olor de salazón, de alquitrán

y de madera. ¡Qué alegría será la de volver á ver las calles, sentir el aura del campo y recogerse entre cuatro muros verticales no sintiendo de la casa que nos acoge más que un latido de vida propia de la cual depende la nuestra!

Precisamente se había pasado de noche cerrada por delante de las islas Canarias y las de Cabo Verde, y por la misma razón no se había visto tampoco aquella pequeña isla de Fernando de Noronha, del Brasil, que deseaban todos distinguir por ver rota, al menos un momento, la monotonía de aquel interminable mar. ¡Ni un palmo de tierra desde el estrecho en adelante, en dieciocho días. Me parecía que si hubiera tenido un poco de tierra entre las manos, lo habría revuelto y adorado con placer como un fruto prohibido.

Al fin, dentro de pocas horas íbamos á tener para saciarnos: dos pedazos de treinta y ocho millones de kilómetros cuadrados en forma de dos magníficas peras alargadas equivalentes cada una á unas setenta Italías.

*
*
*

Como quiera que se creía llegar á Montevideo en pleno día, desde la madrugada hasta el

alba, comenzó entre los emigrantes un trabajo de limpieza general, apresurado y rudo, que quería salvar en lo posible el decoro nacional, no presentándose en América con el aspecto de pordioseros sucios y selváticos. El agua dulce habíase distribuído con profusión por ser el último día, y era una lavadura furiosa, como de una multitud de cavadores salidos de una mina de carbón; un zambullirse de cabezas en las jofainas, una música de alientos y resoplidos y un regado de agua por todos lados, que parecía como si lloviese. Muchos apretaban vigorosamente el peine atravesando florestas capilares que habían quedado vírgenes desde la misma Génova; otros con los pies descalzos se limpiaban los zapatos á salivajo limpio y con trapos viejos, quien cepillaba, quien sacudía, quien pasaba revista á sus ropas desplegadas y raídas.

El barbero véneto, imitador de los perros, había abierto tienda al aire libre, cerca de la obra muerta de la izquierda, donde los que iban á ser descortezados, sentados en larga fila como los turcos en la plaza de Stambul, esperaban su turno, rascándose las mejillas á dos manos y burlándose entre sí. Véanse blanquear á centenares cuellos y brazos desnudos de niños desca-misados y de mujeres en basquiña. Algunas se peinaban recíprocamente ó despoblaban la cabeza á los muchachos; otras remendaban con

furia chaquetas y pantalones, ó vaciaban sacos y maletas usadas en busca de paños nuevos ó de ropa blanca, y en aquella alegría que hacía revivir la cordialidad, las familias se prestaban mil pequeños servicios con grandes expresiones mutuas de insistencia y de gratitud en voz alta. Un estremecimiento de vida juvenil corría por todas partes.

Y por encima del murmullo vivo de la muchedumbre se oían de vez en cuando los gritos de:—¡Viva América!—ó de trinos agudos en falsete, como hace la gente del pueblo de la alta Italia al concluir el verso de cada canción. En el desayuno, alegrado por un sonido de flautas y de zampoñas, se hizo una distribución extraordinaria de galleta, de la que todos se llenaron los bolsillos, y se sirvió con profusión rom y aguardiente como las cantineras de los regimientos hacen el día de la batalla. Después de esto, todos los pasajeros apoyados en el parapeto ó sentados, se volvieron hacia occidente para esperar la aparición del Nuevo Mundo.

*
* *

Pero las horas pasaban y la tierra no aparecía. El cielo estaba cuajado de nubes, pero el

horizonte desembarazado, y el mar presentaba siempre su línea azul clarísima sin una sombra de tierra prometida. Pasado el medio día los pasajeros comenzaron á dar señales de cansancio. Aquella gente que había tenido tanta paciencia por tres semanas, no le quedaba más de una migaja para las últimas horas. Y muchos se desesperaban y se lamentaban... ¿Cómo no se veía nada? Los marinos habían pues equivocado los cálculos. La tierra *se habría debido ver ya*. De aquí en adelante... no llegaremos en todo el día. Dios sabe cuándo se llegará.—¡Buques italianos!—estaba dicho todo: gracias que se llegase dentro del año.

Y hacían alusiones malignas cuando pasaba un marino, mirándolo con mal ojo. Muchos, por el contrario, afectando no creer que se llegaba nunca, se encojían de hombros y volvían la espalda al mar, fingiendo ocuparse de otra cosa. Pero cada vez que el oficial de guardia, que estaba en el puente, miraba con el anteojo, fijaban todos sus ojos sobre él, con gran silencio: y no comenzaba el murmullo sino cuando se perdía toda esperanza por el acto de indiferencia con que él bajaba el instrumento. Él, sin embargo, no se movía de la extremidad de la terraza: lo que hacía creer que esperase de un momento á otro ver alguna cosa. El labrador de la nariz truncada, porfiado en ser el primero en anun-

ciar la América, estaba derecho en mitad de la escala del puente, dispuesto á coger al vuelo el primer movimiento del marino, para lanzar el grito; y á cada movimiento del anteojo, hacía con la mano, dirigiéndose á la multitud un gesto magestuosamente bufo, como el de un tribuno que imponga silencio á las masas en el momento supremo.

A popa, entretanto, todos esperaban también, las señoras sentadas, vueltas á occidente; los hombres excitados, haciendo lazos para el castillo. La señorita de Mestre estaba en el sitio de siempre, entre el garibaldino y su tía, más pálida de semblante, y más caída que otros días; pero no más triste: antes bien con mayor fuego y viveza en sus ojos, tal como no lo había visto hasta entonces, y con expresión tan extraordinaria de bondad, que parecía una belleza nueva que le había sobrevenido, después del vómito de sangre. Por primera vez se hallaba vestida toda de negro, y la claridad diáfana de sus carnes tomaba con aquel traje un relieve que daba espanto: como si una cara viva saliese de debajo de un paño mortuario. Ella y su tía tenían sobre las rodillas cartas y pequeños envoltorios de telas, liando los picos de papel con la punta de los dedos. Estaban también la madre de la pianista y la señora gruesa, sentadas á la extremidad opuesta del castillo; la primera con

su acostumbrada cara de histérica, enseñando magníficos dientes con una expresión de ferocidad recrudescida; la otra con su caraza benigna, retocada de beatitud alcohólica, como si lo hubiera olvidado todo.

Todas las demás señoras daban con sus vestidos claros, una mancha de colores alegres como larga fila de banderas marinas desplegadas en señal de fiesta. Pero aun aquí se comenzaba á manifestar impaciencia; los pies golpeaban el pavimento, las manos atormentaban los abanicos, las cabezas se agitaban, las conversaciones iban tomando un tinte verduzco, y aunque no se decía contra el capitán las picantes tonterías de los emigrantes, se pensaban, y saltaban á la vista en las pupilas de todos.

*
* *

A una cierta hora la señorita se levantó, apoyándose en el brazo de su tía, y las dos, con sus envoltorios se dirigieron hácia la tercera clase. Sobre la plazoletilla se unió á ellas la camarera véneta, que las esperaba, sujetando entre los brazos otras cosas. Siendo aquella la última visita que hacían á proa, curioso por observar, atrevesé por el pasadizo de segunda

clase, y cruzando por el castillo central, me coloqué sobre el puente de mando.

Quizá había elegido aquella hora para ser menos vista, teniendo los pasajeros puesta su atención en el horizonte. Desde el entrepunte pude seguir todos sus movimientos por entre la multitud, quedando maravillado de la gente que conocía, y á cuántos había socorrido en tan pocos días.

Puso en manos del campesino enfermo de fiebre y en las de su mujer el fruto de la colecta; dió sopa á otra familia que estaba cerca del palo trinquete; á otros ofreció tarjetas y cartas; luego se aproximó á la muchacha genovesa, y no ví bien porque se arremolinó la gente, pero me pareció ver que le ponía un anillo en un dedo. Los muchachuelos corrían á encontrarla; una manada de los más chiquititos la seguían; ella les acariciaba sus cabecitas y les regalaba dulces ó monedas de cobre. Fué á visitar á la familia de Mestre, y besó al pequeño Galileo. Varios hombres se le acercaron con el sombrero en la mano, y estuvieron hablando con ella un momento, como si le pidiesen consejo. Aquí y allá iba dando apretones de manos, como si se despidiera.

Su carilla blanca y sus cabellos de muerta se perdían entre las gentes; luego reaparecían de nuevo; se escondió en la sombra que proyecta-

ba el castillo de proa; reapareció á poco; desapareció por la escalera de la enfermería; volví á verla junto al torno y cabrión en medio de un grupo de mujeres que le presentaban los niños de pecho para que los tocase.

Por donde pasaba, las caras que reían recomponíanse; los que alborotaban bajaban la voz; todos dejaban el paso libre y volvían la cabeza. Su rostro mostraba un mortal cansancio, pero siempre con aquella especial sonrisa, un temblor luminoso en sus ojos velados y en sus labios de muerta, en el cual parecía que se hubiese condensado toda la vida, como el último resplandor del sol sobre una rosa blanca ya encorvada hacia tierra. Cuando llegó al pasadizo cubierto para volverse hacia la popa, se detuvo un momento y respiró, oprimiéndose el pecho con una mano. Allí acudió la campesina de Mestre, que le besó la manga del vestido y echó á correr. Ella siguió su camino lentamente.

*
* *

¡Y la tierra aún no despuntaba! Por mi parte, ya no tenía impaciencia alguna. Estaba irritado conmigo mismo porque, después de suspirar tanto por la llegada, la inminencia del su-

ceso no me producía emoción alguna. Era otro fenómeno moral semejante al que en los primeros días de viaje había experimentado ante el mar Amarillo; una especie de síncope del sentimiento de la curiosidad y del placer. Como si no me quedase ni uno solo de los mil ardientes deseos con que había salido, el pensamiento de la tierra nueva no me producía más que un sentimiento de enojo, acompañado de la preocupación mezquina de los fastidios del desembarque y de la molestia de una gran picazón de garganta que me había dejado un mal cigarro. Y me encoraba la agitación de los demás— ¡necios!—que parecían ansiosos de volver á las fatigas y afanes de todos los días, como si las tres semanas de navegación que habían transcurrido no hubiesen sido para todos uno de los períodos menos tristes de la vida. Tanto, que por no verlo fuí á sentarme al cuarto del comisario, y allí me estuve largo rato leyendo un número atrasado del *Caffaro*, maldiciendo entre columna y columna los libros, las relaciones de viajes, las estampas y las conferencias que nos familiarizan con los países más remotos y nos envían á verlos con la mente llena ya hasta la saciedad de su imagen, incapacitados para toda fuerte impresión. ¡Dios mío, así es! Debería avergonzarme de confesarlo: á pocas millas del continente americano, me atormen-

taba el cerebro resolviendo una charada del periódico genovés, de la cual no podía atrapar la *segunda*.

«La *segunda* está siempre en movimiento»; y recorreía con el pensamiento todos los reinos de la Naturaleza para rastrear aquel secreto, mientras el marinero de la joroba, completamente indiferente también por América, limpiaba la manecilla de latón de la puerta, tarareando una cancioncilla ligur:

Gh' èa na votta na bella figgia

con voz rasposa y nasal que me daba sueño.

De pronto deja de cantar: su atención parecía atraída repentinamente á otra parte; entonces oí como si saliera del entrepuente un fuertísimo grito largo, interminable, lastimero:

—¡América!

Un frío penetrante corrió por mis venas. Fué como el anuncio de un gran suceso inesperado, la visión inmensa y confusa de un mundo, que removi6 en un punto la curiosidad, la maravilla, el entusiasmo, el placer, y me hizo ponerme en pie de un salto, subiéndome precipitadamente una oleada de sangre á la cabeza.

Mil voces unidas en un sólo grito, contestó al primero, y al mismo tiempo el vapor se inclinó fuertemente sobre la derecha bajo el peso de la multitud que acudía.

Corrí sobre el castillo, busqué en el horizonte... Durante un rato no ví nada. Luego, aguzando la vista, distinguí una lista rojiza que se perdía á derecha é izquierda en dos delgadísimas lenguas, semejante á ligerísima nubecilla que lamiese la superficie del mar!

Estuve mirando unos minutos embobado, como todos, y sin saber de qué.

En torno mío prorrumpían múltiples exclamaciones.

— ¡Estamos en casa! ¡Ya llegamos finalmente! — ¡Las cuatro y veinticinco minutos! — exclamó el marsellés mirando su reloj. — ¡La hora que había previsto! — ¡Ahí está la verdadera tierra del progreso! — gritó el molinero. — Al tenor no le ocurrió más que decir con aire de profunda meditación: — ¡América! — La señora gordinflona, sobreexcitada, llamaba fraternalmente cuándo á uno, cuándo á otro, por sus nombres, suplicando á todos que mirasen, que celebrasen aquel confín de tierra que quizá ella viera mucho mayor que nosotros. El único semblante que permanecía impenetrable era el del garibaldino, y al contemplarlo sentí otra vez repulsión hacia él: me parecía demasiado; era una miseria innoble el pretender que todo el universo estaba muerto porque lo estuvieran cuatro pobres ilusiones de nuestro pobre corazón.

Corrí precipitadamente á proa, donde al primer tumulto siguió un gran silencio. Todos tenían sus ojos clavados en aquella faja de tierra desnuda, donde no veían nada, inmóviles y abortos, como ante el rostro de una esfinge, á la cual quisieran arrancar el secreto de su porvenir, y como si más allá de aquella mancha rojiza apareciesen ante su vista las vastas llanuras sobre las cuales encorvarían sus frentes y dejarían sus huesos.

Pocos, muy pocos hablaban. El vapor volaba, la faja de tierra se iba levantando y alargándose. Era la costa del Uruguay. No se veía ni vegetación ni población alguna. Varios que esperaban descubrir una tierra maravillosa, parecían desencantados; decían: — ¡Pero si es lo mismo que nuestro país!

Hablaban en un corro de Garibaldi, que peleó en aquella costa. Se comprende bien que, después de tantos días de viaje, el encontrar una tierra desconocida donde aquel nombre estaba vivo como en la patria, ajigantase desmesuradamente su gloria en concepto de ellos. Una campesina joven, sentada cerca de la puerta del

dormitorio, con un niño en los brazos, lloraba, y su marido la llamaba tonta, dándole con el codo en la espalda. Pregunté á una vecina suya qué tenía. — Una manía — respondió. Como si la vista de América le hubiera persuadido de que había abandonado irrevocablemente á su patria, sintió oprimírsele el corazón y rompió á llorar. Seguí más adelante hasta llegar al castillo de proa. Tropecé con dos operarios de Turín sentados sobre la obra muerta... ¡Ah, no lo podré olvidar nunca! Sobre las aguas del Océano, frente al Nuevo Mundo y al porvenir nuevo, en aquel momento solemne discutían sobre la situación precisa de la casa de comidas de Casal Borgone: si estaba en el cruce de la calle del Depósito y de la calle del Carmen, ó en el de la calle del Carmen y la de los Cuarteles, y uno de los contendientes se enfadaba.

En general, las mujeres se mostraban más pensativas que los hombres; muchas parecían atontadas. Verdaderamente alegres, no se veía sino á los jovenzuelos, que les retozaba la alegría en el cuerpo tirándose pellizcos y dándose puntapiés. De los viejos algunos, volvían la espalda al mar, acurrucados en su rincón, en actitud de gentes que nada tienen que esperar de aquella faja de tierra roja, como no fuera morir en paz. Los dos viejos cónyuges del castillo de proa, sentados sobre sus dos toneles, dormían.

Al poco tiempo, habiendo cesado el primer efecto de la operación, como si fuera cosa convenida, estalló en la proa una alegría fuera de tono, un coro de cantos y de silbidos, y una gritería de la gente que se agolpaba en torno de la hostelería alzando los vasos y los jarros, un bulle bulle general, que no parecía sino que en pocos minutos se hubiesen tragado bodegas enteras de vino generoso. Todos los graciosos se dieron al espectáculo. El viejo del castillo central se puso á modular los gemidos imitativos, acurrucado en medio de un círculo de gente que reía con las bocas abiertas de oreja á oreja; el campesino desnarigado ridiculizaba las caras de las mujeres aterradas por la tempestad, provocando otra tempestad de aplausos; luego bajó el saltimbanqui del castillo de proa con su tétrica faz, á hacer la rueda sobre cubierta entre dos filas de mujeres encantadas. Y en un acceso de gozo, el ex portero de la cabeza pelada, deshaciendo el famoso álbum de obscenidades, fué distribuyendo las hojas entre sus compañeros, que, esparciéndose por entre la multitud, formaron otros tantos círculos de

curiosos que se reían con grande estrépito; de suerte que al poco rato se apoderó de todos un ataque ruidoso de hilaridad pornográfica, que agitó las panzas y abrió de par en par todas las bocas, desde la cocina al matadero, produciendo un escándalo ensordecedor en que se percibían sonidos de instrumentos, versos recitados por beodos, y chillidos, entre los cuales de vez en cuando descollaba el grito prolongado y lastimero del barbero ladrando á la luna.

*
* *

El sol había descendido ya bajo el horizonte, precisamente delante de nosotros, más allá de tierra, gozando de un crepúsculo maravilloso, bello como el que más de todos los que habíamos visto en los trópicos; espectáculo frecuente en aquella parte de América, por efecto de la gran cantidad de vapores que se levantan de las aguas del Plata y de los dos ríos enormes que le forman. Estos vapores, acumulándose en lo alto cuando el aire está tranquilo, se tiñen de luz y la degradan y refringen con tal riqueza de colores, que no es posible imaginar cosa parecida. En el horizonte no se veía mas que una faja que despedía llamaradas, pero rota en mil for-

mas de catedrales de oro, de pirámides de rubíes, de torres de hierro enrojecido y de arcos triunfales de brasas vivísimas, que deshaciéndose lentamente, daban lugar á otras arquitecturas más bajas y caprichosas, que acabaron por presentar el aspecto de ruinas ardiendo de una ciudad interminable, y luego larga serie de gigantescos ojos sanguíneos que nos miraban.

Por cima de esto el cielo estaba oscuro, y en la parte baja el mar, negro. Ante este espectáculo se rehizo el silencio en la proa, y los emigrantes miraban asombrados, como si fuera un fenómeno misterioso, propio de aquel país. Llegamos á entrever algunos islotes: Lobos á la izquierda, Gorriti á la derecha, luego la isla de Flores, por fin, los faroles de los bancos de Arquímedes. Tan profundo era el silencio en la proa, que se oía con toda claridad el estrépito de la máquina. El vapor filaba como una barca por un lago.

Un emigrante exclamó:—¡Qué hermoso mar!

—Ya no estamos en el mar,—le hizo observar un marinero, que estaba á mi lado.—Estamos en el río.

El emigrante y los demás que estaban cerca se volvieron en busca de la orilla opuesta, y no alcanzando á ver más que la línea pura del horizontemarino, se quedaron perplejos. Pero con efecto, navegábamos ya en el Plata, cuya orilla

derecha distaba de nosotros más de cien millas.

Cuando la última luz crepuscular se extinguió, vimos titilar los faroles de Montevideo, y una faja lejana y confusa de casas, iluminada vagamente aquí y allá, y un bosque de barcos, de las cuales no se veían más que las puntas de los palos. Todo el mundo sabía ya que no desembarcaríamos, y la gente estaba rendida de las emociones del día; mas todos se quedaron sobre cubierta por gozar del placer de ver parar el barco.

Efectivamente, al poco rato, el vapor comenzó á acortar la marcha y la respiración; luego, parecía como si no se moviera; y por último aquel monstruoso corazón de hierro y de fuego que hacía veintidós días latía afanosamente, dió su palpitación última y el coloso se detuvo, muerto. A un silbido que sonó desde el entrepuente, las dos áncoras enormes se desprendieron de los flancos, cayendo con gran estrépito, arrastrando con la velocidad del rayo sus grandes cadenas, que arrancaron chispas de las dos argollas; el mar hirvió por delante, se agitó el barco y de nuevo reinó silencio. Sus dos gigantescas garras habían aferrado el fondo del río.

Los emigrantes aun siguieron algunos minutos más gustando la sensación nueva de la inmovilidad y del silencio, y luego fueron descendiendo en largas filas, lentamente, á los dormi-

torios, y los pasajeros de primera, que no gustaban de las seducciones del aire, se retiraron.

*
* *

Me quedé casi solo, asombrado de que después de haber hallado tantas veces el viaje insoportablemente largo, me pareciera en aquel momento tan breve y vago como un sueño, mientras recordaba tantas cosas de él.

No habiendo visto nada por el camino que me señalase las distancias en la mente, con imágenes bien claras y distintas unas de otras, todos los días se confundían en mi imaginación en uno solo, pareciéndome haber recorrido aquel espacio interminable de un vuelo. Ningún momento del viaje, como no fuera el de la tempestad, se me quedó impreso con igual fuerza que este en el alma. El río inconmesurable parecía inmóvil, como si sus aguas reposasen cansadas de las dos mil millas de curso, que habían recorrido desde las montañas del Brasil; el cielo estaba oscuro y tranquilo, Montevideo dormía, en la rada ningún movimiento ni ruido, el vapor mudo; un silencio profundo pesaba sobre todas las cosas; y parecíame que veía de lejos, de los otros grandes ríos, de las interminables llanuras, de

las florestas inmensas, de las mil cimas de los Andes: el silencio misterioso y formidable de un continente adormecido.

Vino á sacarme de la meditación el capitán, que pasó á mi lado restregándose las manos —cosa inusitada,—como si dentro de su erizada cabeza de oso marino gozase ya por anticipado de la noche tranquila que había de pasar. Tentado estuve por repetirle su estribillo favorito:—*Porquerías á bordo...* Me preyino él, sin embargo, preguntándome con cara seria:—¿Qué harán en casa de usted á estas horas?

—Miré el reló y respondí:—A estas horas, mi casa está á oscuras y todos duermen.

Se echó á reir.—¡También usted ha caído! —dijo.—A estas horas está dando el sol en su casa, y los muchachos piden el café con leche.

No había pensado en ello. Pero el bueno del capitán, que estaba verdaderamente contento, me preguntó, además, si antes de embarcarme había rogado al armador que comunicase á mi familia la llegada del vapor apenas se recibiese el aviso. Le contesté que sí.

—Pues bien—añadió,—dentro de tres horas sabrá su familia que ha llegado á América con buena salud.

Tampoco en esto había pensado, y bajé, contento también yo, á dormir mi último sueño en el vientre del *Galileo*.



XXI

EN EL RÍO DE LA PLATA

DORMIR? ¡Engañosa esperanza! Como sucede siempre después de una jornada llena de agitación á la cual ha de seguir positivamente otra no menos agitada, los pasajeros no durmieron más que lo que el cansancio imponía irresistiblemente: á eso de las dos de la noche casi todos despertaron, y entre suspiros de señoras, bostezos varoniles y conversaciones en voz baja, que en el silencio que reinaba en el barco inmóvil semejaban al zumbido de tábanos, no fué posible la tranquilidad. Una hora antes del alba oyéronse pasos apresurados y la voz del médico que acudía en socorro de la señorita de Mestre, que le había dado un mareo; el esfuerzo que en el día anterior había hecho para subir al castillo y visitar por última vez la proa, habíale producido un ataque.

Poco después oyóse chillar al brasileño menudo y entonar su canto fúnebre á la negra: todos saltaron entonces de sus camarotes, poniéndose á arreglar con gran estrépito sus cosas, charlando sin consideración á nadie. Cuando al despuntar el día, y después de haberse desahogado insultándose durante media hora, el camarero y las camareras entraron en los cuartos, se encontraron que los pasajeros estaban levantados, lavados y estirados, y con la propina en la mano.

*
* *

Ruy Blas, al presentarme la bandeja con la corrección de un camarero de teatro, hizo votos por que mi permanencia en América fuese venturosa; pero con una voz tan lánguida y con unos ojos tan mortecinos, que un niño hubiera podido leer en ellos la pretensión de aparentar una gran tristeza por la inminente separación de la misteriosa criatura que le amaba. Mientras yo sorbía el café, él miraba el cielo por la ventanilla, mordiéndose el labio inferior como queriendo reprimir la voz del corazón herido; y luego, al recoger la propina, corrigió la hu-

mildad del ademán con una reverencia elegante y llena de dignidad.

Salí casi detrás de él y alcancé á verle cuando entraba en el cuarto del cura; al poco rato oyóse la gruesa voz de éste, que iba contando con lentitud:—*Dos, tres, cinco, seis...*—pesetas (me imaginé) que Ruy Blas debía recibir en su mano abierta, como un mendigo, tembloroso y agitado de vergüenza por su reina.



Sobre cubierta encontré al comandante del buque y á los oficiales en sus faenas. Acababan de subir á bordo un empleado galoneado del puerto de Montevideo y un médico,—aquél un hombrachón con un hilo de voz; éste, en cambio, un hombre de medianas proporciones con voz de gran resonancia;—los cuales una vez informados del estado sanitario de los pasajeros, se encaminaron hacia proa, para contar el personal del equipaje. Todos los pasajeros de tercera, entretanto, ibanse reuniendo en el castillo central para desfilar ante el empleado uruguayano que les tenía que contar, y por delante del médico, que hubiera hecho una selección de las caras sospechosas. Desde el castillo

central debían avanzar uno á uno, pasar por el puente que cerría por cima de la «plazoleta» y luego descendiendo del castillo por la escala de la derecha, volver á proa. Todo el castillo central, tan amplio, estaba cuajado de gente: una muchedumbre apretada, como regimiento en columna cerrada, cubría todo de un extremo á otro, sin que se dejase oír mas que un leve murmullo.

El cielo estaba encapotado; el río inmenso, de un color amarillento; y la ciudad de Montevideo, aparecía á los lejos, como una banda blanqueza que se destacaba sobre la oscura orilla, levantada en su parte occidental en una solitaria colina, el Cerro, que recuerda á Garibaldi: un paisaje vasto y sencillo, que silencioso esperaba el sol. Muy lejos veíase humear á los vaporesillos que se dirigían hácia nosotros.

*
* *

Subí por última vez al castillo para ver á mis mil seiscientos compañeros de viaje. A los pocos minutos se presentaron el empleado y el doctor uruguayano, el capitán, los oficiales y el médico de á bordo. Y comenzó la triste procesión. Triste, no sólo en sí misma, sino

porque aquel recuerdo, como si se tratara de un rebaño y sin que á nadie importase conocer los nombres de las personas, hacía pensar en si toda aquella gente, era contada para ser vendida; y en que más bien que desfilan ciudadanos de un Estado europeo, iban pasando víctimas de una *razzia* de ladrones de carne humana hecha en alguna plaza de Africa ó de Asia. Los primeros pasaron lentamente. Una indicación de impaciencia del empleado del puerto y un signo del capitán, sirvió de señal para que comenzasen á apresurar el paso, desfilando casi á la carrera. Las familias iban unidas: el padre primero, después las mujeres con los niños en brazos y los muchachuelos de la mano, los viejos detrás; casi todos llevaban bajo el brazo ó á la espalda los envoltorios de la ropa más fina, que no se habían atrevido á dejar en el dormitorio. Muchos iban limpios y vestidos con sus ropas mejores, reservadas para aquel día; otros muchos, de aspecto más harapiento aún que el día de la salida, embadurnados con toda la porquería que se pueda recoger arrastrándose durante tres semanas por los rincones de un barco, con las barbas largas, el cuello desnudo, los dedos de los pies asomando por la punta de los zapatos; algunos hasta sin sombrero, y más de uno teniendo que sujetar con las manos la chaqueta desprovista de botones para po-

der esconder la desnudez del velludo pecho.

Muchachas guapas, viejos encorvados, jovencillos de veinte años, obreros con la blusa del trabajo, pastores con las greñas colgando, campesinas calabreses con el corpiño verde, moviendo las piernas, bailando, gentes de la Brianza con el nimbo de agujas en el rodete, montañesas piamontesas con la cofia blanca, se sucedían unas á otras, poniendo uno el pie en el mismo sitio que había ocupado el de delante, como si fueran comparsas sobre un puente de teatro en un espectáculo que representase la fuga de un pueblo. Algunos iban saltando, haciendo cómica ostentación de alegría; otros con cara torva, sin mirar de frente á nadie, y como si estuviesen ofendidos por semejante presentación. Los burgueses, las señoras de mediana categoría que llevaban encima algunos restos de la antigua holgura, pasaban cabizbajas y como avergonzadas.

Los viejos pesados y las mujeres ocupadas con los envoltorios veíanse lanzados á un lado ó empujados brutalmente hacia delante por los que venían detrás; los niños lloraban de miedo de verse precipitados de lo alto; los empujados blasfemaban. ¡Cuántas caras conocidas veía pasar! Ahí va el hombrecillo del telegrama á su mujer con la cara llena de arrugas, que todavía lleva trazas de creer en él; el viejo del verde gabán pasa luego corriendo con sus

grises cabellos sueltos, mirando con aire provocativo y de desprecio á los pasajeros de primera clase aglomerados en el castillo; ahí van el saltimbanqui tatuado, las dos coristas calaveras la familia de Mestrè con el pequeñuelo Galileo que almuerza á la carrera; el portero pornográfico, la bella genovesa con su sonrosado semblante y los ojos bajos, la gruesa boloñesa que parece medir el puente con pasos de emperatriz, siempre con su inseparable bolsón colgado, y el homicida putativo del castillo de proa, y la virgencilla de Capracotta, y el barbero ladrador y la pobre viuda del asesinado. Según iban desfilando unos detrás de otros representábanse en mi imaginación los accidentes tristes y cómicos de aquella extraña vida de veintidós días, con todos los sentimientos variables de simpatía, de desprecio, de afecto y de desconfianza que aquella gente me había inspirado, dominados todos en este último momento por el sentimiento único y profundo de una piedad dolorosa y llena de ternura.

No acababan de pasar nunca, como si se hubieran duplicado durante la noche. Familias y más familias, muchachos y más muchachos, caras de ciudad y del campo de la alta y de la baja Italia, figuras de gente honrada, de contrabandistas, de enfermos, de ascetas, de viejos soldados, de mendigos, de rebeldes, corriendo

con más furia cada vez, como si les apremiara el terror de no llegar á tiempo para encontrar su parte de tierra ó de pan en América.

¡Oh qué desfile de miseria tan interminable! Y sin poder sugetar la imaginación, veníanse-me á las mientes con obstinación y como por escarnio, al ver tanta miseria hambrienta, las llamaradas patrióticas de la gente ociosa, de los bien acomodados y de los ilusos, vociferando con entusiasmo carnavalesco por las plazas de Italia llenas de banderas y de esplendores. La humillación que sentía hacíame apartar la vista de mis compañeros de viaje extranjeros, cuyas afectadas exclamaciones de compasión y de estupor llegaban á mis oídos como injurias á mi país. No cesaban entre tanto de pasar ropas andrajosas y tristes miserias, mujeres macilentas y criaturas sin patria: desnudeces, vergüenzas y dolores. El espectáculo duró media hora, que me pareció eterna. Entre los últimos desfiló, lentamente, el fraile de cara de cera, con las manos metidas en las mangas. Pasó luego el pelotón de suizos con sus gorros encarnados. Y como Dios quiso, se acabó.

*
* *

Llegó en esto el primer vaporcillo, y subieron al *Galileo* una porción de gentes, parientes

y amigos de los pasajeros, que se desbandaron de popa á proa, buscando con la mirada y llamando por sus nombres á las personas; por todas partes se oían besos, abrazos y saludos se sucedían sin interrupción. Tres señores se acercaron al supuesto «ladrón» y cuando todos esperábamos que le arrestasen, los tres se descubrieron, inclinándose profundamente, y diciendo uno de ellos:—*¡Oh, señor ministro!...* ¡Cáspita! Nos quedamos atónitos. ¡Para que se juzgue á las personas por el exterior! Abajo de improviso llamó la general atención una escena muy penosa. Un jovencillo bien portado, guapo, pero antipático, corría al encuentro de mis dos vecinos de cuarto, que ambos se lanzaron hácia él exclamando:—¡Atilio!—Pero, á dos pasos de distancia se detuvieron, esperando que eligiera á uno ó á otro para abrazarle primero como si aquella preferencia hubiera de ser expresión de un juicio decisivo de su pasado y de una sentencia irrevocable de su porvenir. El joven titubeó un momento, sin conmovirse, mirando á los dos, y luego se arrojó en brazos de la señora, que lo oprimió contra su pecho con muestras de grandísima ternura, desmentida en el acto por la satánica mirada de triunfo que lanzó á su marido. Este palideció como un muerto, girando la vista en torno suyo; todos temieron que cayera herido de muerte sobre el entari-

mado. Pero, se mantuvo en pie, haciendo un titánico esfuerzo, y sonrió... con una expresión que daba compasión y pavor.

Una vez separado de la madre, se acercó á él y le dió sobre las pálidas mejillas un beso frío, que el padre no tuvo fuerzas para devolver. Todos volvieron sus ojos hacia otra parte con un sentimiento de repulsión como si se tratase de la presencia de un asesino. Y yo me dirigí á escape hacia la proa, sin tener valor ni para echar una mirada sobre aquel desgraciado.

En la proa me esperaba otra escena lastimosa. Un corro de viejos, mujeres y hombres, rodeaba al comisario, pidiéndole protección y consejo, llenos de angustia y de espanto, temblando sus labios. Eran de aquellos sexagenarios que no podían desembarcar sin que un próximo pariente se presentase á la llegada, comprometiéndose á proporcionarles medios de subsistencia.

Ahora bien; los parientes que esperaban no se habían presentado, porque naturalmente tenían que desembarcar en Buenos Aires, y confundiendo en aquel momento el Uruguay con la República Argentina, y, encontrándose solos, creíanse perdidos. ¿Qué sería de ellos? No hay palabras con que expresar la angustia y la humillación de aquella pobre gente, que, des-

pués de haber abandonado Europa, se creían rechazados de América como inútiles restos humanos, ni siquiera aptos para abonar la tierra, imaginándose que tendrían que emprender un desesperado regreso á la patria, donde ni afectos, ni casa, ni pan tenían ya. El comisario trató de persuadirles de que no habíamos llegado á la República Argentina, sino al Uruguay; que en Buenos Aires, allá en la otra parte de aquel río que veían, acudirían sus parientes; que se tranquilizasen y depusieran toda inquietud.

Ellos no entendían de razones, se hallaban como alielados por la angustia, y aun les hacía parecer más tristes y más infelices, la alegría ruidosa de los jóvenes que al pasar les empujaban gritando en sus oídos:—¡Hay que estar alegres, viejos!—¡Viva la República!—¡Viva América!—¡Viva el Plata! Me costó gran trabajo librar de ellos al comisario, solo por un momento, para saludarle; y él fué quien entonces me dió noticia del joven escribanillo, el cual, desesperado al tenerse que separar de la genovesa, que desembarcaba en Montevideo, sufrió un acceso de convulsiones y estaba alborotando el dormitorio. Fué luego á saludar á los demás empleados, á quienes volvía á ver al cabo de dos meses en Buenos Aires, después de haber atravesado otras dos veces el Océano, No quise

tampoco dejar de decir adiós á mi pobre jorobado, á quien encontré en la puerta de la coci-
na con una sartén en la mano.—¡Oh! ¡al fin!—
exclamó dando un suspiro de satisfacción,—es-
taremos libres de mujeres doce días.—A pesar
de todo-- le dije—acabará por casarse.—¿Yo
—respondió señalándose con el dedo—casarme?
—Añadiendo con rara entonación declamatoria:
—Eso, ¡jamás!—Y luego al oído con alegría:
—¡Doce días!—pero viendo que el capitán
se acercaba, dijo apresuradamente:—¡Señor,
buen viaje!—y apretándome la mano, me vol-
vió la jiba y se fué.

Ya otros vaporcillos habían ido acercándo-
se y uno de ellos estaba al pie de la escala
real. Volví al castillo á saludar á los pasajeros
de primera que bajaban en medio de una con-
fusión de equipajes y de un cambio vivo de
apretones de manos y de buenas esperanzas.

Nueva ocasión se me ofreció entonces de com-
probar lo difícil que es conocer á la gente en
viaje. Ciertos pasajeros, con quienes todo aquel
tiempo había yo tenido una familiaridad casi
de amigo, se iban sin decir por ahí te pudras ó
saludando apenas con el sombrero, como si ya
se hubiesen olvidado de mí; otros á quienes
nunca había hablado, se acercaron á despedirse
con sincera y afectuosa expansión, que me dejó
parado. Y á otros muchos les pasó lo mismo.

El marsellés estuvo cordial: me repitió que amaba á Italia, porque los hombres como él eran superiores á los odios de los gobiernos, y que haría todo lo que pudiera por conciliar los ánimos de italianos y franceses en la Argentina. Trate usted de hacer lo mismo entre sus compatriotas. En cuanto á mí, ya me conocen en las dos colonias. Ya se sabe que yo soy el mensajero de la paz. ¡Adiós! concluyó con un gesto solemne.—El agente de cambio presentóse á saludar á los esposos; ambos se intimidaron, presintiendo el flechazo del Parto.—Ahora—les dijo—no encontrarán ya dificultad alguna en la lengua de América, porque... sea dicho sin ofensa, han hecho un buen ejercicio durante la travesía. Bajaron precipitadamente la escalera, y entonces él apostrofó al abogado, que iba á bajar con un envoltorio redondo al brazo, que debía ser un salvavidas: Abogado, ya estáis tranquilo.—Éste, lanzando una mirada oblicua al río, murmuró:—Nunca está uno seguro. A veces este perro río es más infame que el Océano Atlántico... Y comenzó la bajada con mucha precaución, sin responder á los saludos de nadie. Descendieron la señora rubia y su marido, mis vecinos de cuarto con el hijo, la «domadora,» la pianista y su madre, los franceses, el cura, los pasajeros de segunda y otros.

Cuando todos estaban abajo, sentados en la

pequeñita popa del vaporcillo, el agente me dió con el codo, exclamando:—¡Eureka! —haciendo á la vez un signo con la cara. Miré á mi derecha, sobre el castillo del *Galileo*, y ví asomado á la borda, con estudiado ademán de amante pensativo y lleno de aflicción, á Ruy Blas, con sus ojos fijos en el vaporcillo; y siguiendo la dirección que sus miradas indicaban, fuí á dar con la mía sobre el rostro de la menuda pianista, como siempre impasible, pero con las pupilas clavadas en él, con una fijeza aguda y tenaz que no dejaba lugar á duda, y que prometía en la primera ocasión una de aquellas cartas locas y de aquellas decisiones temerarias en que desde lejos se desahogaban sus furibundas pasioncillas comprimidas.—¡Ah, María de Neubourg en pequeño!—exclamó el agente, —¡reina de las gatas muertas!

El vaporcillo se alejaba. Casi todos nos saludaron con la mano. La señora gruesa envió un beso al *Galileo* con impetuoso ademán. Aún pude observar una vez más á mi pobre vecino de cuarto sentado aparte del hijo y de la madre, para el cual se abría una nueva vida de angustias y de torturas. Cogí al vuelo un saludo original de la señora suiza, que, no sabiendo á quién dirigirse de los muchos amigos que la contemplaban, abrazó con una amplia y dulce mirada de gratitud toda la popa del *Galileo*.

El último que observé fué el profesor, sentado al lado del anterior, con el cuerpo encorvado, sonriendo con los ojos entreabiertos y la lengua en un ángulo de la boca, con traza de mofarse de la mujer, de los amantes, del Atlántico, del viejo continente y del nuevo. Pronto se confundieron todas las caras, perdiéndose á mis ojos para siempre.

Otro vaporcillo se había acercado entretanto, al cual debían bajar los argentinos, la familia brasileña y todos los demás. Nadie, por delicadeza, quiso bajar antes que la señorita de Mestre, que sabíase había de ser transportada en una silla, y que no se había presentado sobre cubierta aquella mañana. El capitán se encogía de hombros cuando se le preguntaba. Todos la estuvieron esperando á la puerta del salón, formando calle. Primero, salió el garibaldino, que, tomando aquella respetuosa demostración por una mera curiosidad, miró en derredor con desprecio. En seguida, se presentó la señorita, sentada sobre una silla de brazos que llevaban dos marineros, y á su lado la tía con los ojos encendidos.

La desdichada enferma, vestida de negro, blanca como un cadáver, tenía su cabeza apoyada en el respaldo y las manos puestas sobre las rodillas, como si le faltasen fuerzas para moverlas; pero en sus ojos que casi carecían de

mirada y en su boca, de la cual no parecía salir hálito alguno, erraba todavía aquella ligerísima sonrisa suya, triste y de infinita dulzura. Cuando pasó, todos se descubrieron, y ella contestó con un movimiento suave de los labios, sin articular palabra. Los marineros se detuvieron al llegar á la portezuela de la escala. La saludó el comandante del barco con la gorra en la mano, con aquel laconismo seco con que los hombres ásperos esconden la emoción:— ¡Buen viaje, señorita... que usted se cure!— Volviéndose luego bruscamente para mandar que se contuviera á los emigrantes que habían acudido, y que á toda costa querían rodear á la muchacha y á quién hubiérandle arrebatado la respiración. Contenidos, subieron murmurando al castillo central, para verla bajar y partir. El garibaldino fué el último que la saludó, cuando estaba ya en el descansillo de la escala. Ella le presentó la mano, besándosela él, y luego, levantando el índice como con aire de cariñosa reproche y sonriente, le dijo una palabra, que yo no pude oír. Él inclinó la cabeza, sin responder. Los dos marineros comenzaron á bajar con gran cautela, uno sujetando la silla por delante y el otro por el respaldo, y advirtiéndole á la enferma que se agarrase bien á los brazos: la tía la tenía hacia atrás, recomendándole que no mirase al agua. Cuando llega-

ron á lo último de la escalera, un marinero del vaporcillo ayudó á los otros dos, y, sin sacudidas, la depositaron en la popa, vuelta hacia el *Galileo*. Todos los demás bajaron y ocuparon sus sitios: solo el garibaldino se quedó á bordo, apoyado en la borda cerca de mí. El vaporcillo emprendió su marcha.

Entonces entre los emigrantes, que se habían agolpado sobre el parapeto del castillo central, prorrumpió la admiración y la gratitud por aquella criatura angelical á quien tantas veces habían visto entre ellos, apiadarse de sus miserias, dulce con todos como una hermana, y de quien muchos habían recibido consuelos y beneficios: no se oyó ni un grito, solo un murmullo prolongado de saludos, en los cuales derramaron toda la bondad y todo el afecto que las amarguras y los rencores de una existencia trabajada habían dejado en aquella muchedumbre.—¡Buen viaje, señorita!—¡Dios la bendiga!—¡Dios la ponga buena!—¡Acuérdese de nosotros!—¡Buen viaje á nuestra amiga!—¡Adiós!—¡Adiós! Y agitaban al aire los sombreros y los pañuelos. Ella respondió con un saludo fatigosamente con la mano, y luego, con la misma mano, levantando una vez más todavía los ojos velados y dulcísimos hacia su amigo, reprodujo aquel ademán del índice, como diciéndole:—¡Acordáos!

Ya estaba lejos el vaporcillo, y todavía se destacaba su figura muy distintamente en la popa, como una flor negra en medio de un mazo de varios colores confundidos. Cuando no aparecía más que como una manchita negra pequeñísima, vióse que una cosa blanca se movía sobre su cabeza: era un pañuelo que se agitaba. —Era para él.—Él se limitó á mirarle. ¡Ah! ¡aquello era demasiado! ¡Ni siquiera en aquel momento se conmovía! No, en el mismo punto que me decía esto á mí mismo, su frente se contrajo, temblaron sus labios, se hinchó su pecho y estalló repentino un sollozo que partía del corazón; uno solo, cortado, profundo, violento como el grito de un hombre á quien se eleva toda el alma como una ola del Océano. Luego se cubrió el rostro con las manos.

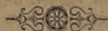
¡Al fin vino el llanto! Era quizá la bondad, el amor, la patria, la piedad de las humanas miserias; eran todas las fuertes y dulces virtudes de su generosa juventud que invadían otra vez impetuosamente su amplio pecho de hierro por el vano que en él había abierto aquella manecita de moribunda; era quizá la humanidad que volvía á hacer presa en su soldado, el cual se echaba en sus brazos después de un largo olvido, como si fuera una madre á quien pide perdón; prometiéndole volver á amarla y á servirla como en los primeros años de fe y de entu-

siasmo. La visión habíase desvanecido, la benéfica criatura moriría, pero quizá aquella sonrisa última suya, que no era ya de un ser humano, le habría iluminado el camino hasta su término, y aquel pañuelo, agitándose en los aires, quedaría para siempre sobre el horizonte de su vida, como la enseña de su redención.

Él continuó inmóvil contra la borda, con los brazos cruzados, como clavado allí por un pensamiento nuevo y profundo que absorbiera toda su alma, y aún seguía allí cuando, en pie sobre un nuevo vaporcillo, y en medio de un grupo de amigos, veía yo cómo el colosal *Galileo* iba poco á poco descendiendo y acortándose, mostrando siempre, sin embargo, todo á lo largo de su borda las mil cabezas de emigrantes, como el hormigueo de una multitud asomada á los bordes de una fortaleza solitaria en medio de una llanura sin fin. Y recorriendo en la mente aquel viaje de veintidós días, parecíame en verdad como si hubiese vivido en un mundo aparte que, reproduciendo en pequeño los sucesos y las pasiones del universo, me hubiera facilitado é iluminado el juicio sobre los hombres y la vida humana. Mucha tristeza, muchas fealdades, muchas culpas, pero bastantes más miserias y dolores. La mayor parte de las criaturas humanas es más infeliz que malvada, y sufre más de lo que hace sufrir.

Después de haber cordialmente odiado y despreciado á los hombres sin otro punto que amargarnos la vida y exacerbar á nuestro alrededor la maldad que nos les hizo odiosos y despreciables, volvemos al único sentimiento útil y prudente, cual es, el de una gran compasión para todos; de la cual, poco á poco, renacen los demás afectos buenos y fecundos, vigorizados por la santa esperanza de que, no obstante las apariencias contrarias pasajeras, el peso inmenso de los dolores disminuye lentamente en el mundo, y el alma humana mejora.

Cuando eché pie á tierra, me volví á mirar una vez más al *Galileo*, palpitó mi corazón al decirle adiós, como si fuese un pedazo flotante de mi país, que me hubiera traído hasta aquella playa. No se veía mas que como una raya negra en el horizonte del interminable río; pero se veía aun la bandera que ondeaba bajo el primer rayo del sol de América como si fuera un último saludo de la Italia que recomendase á la nueva madre sus hijos desterrados.



ANUNCIOS

OBRAS DE HERMENEGILDO GINER DE LOS RÍOS

(En las principales librerías.)

- Filosofía y Arte*, con un prólogo de D. Nicolás Salmerón, 3,50 pesetas
- El Colegio de Bolonia* (en colab.), obra ilustrada, 6,50.
- Filosofía moral*, para la 2.^a enseñanza.—(Agotada.)
- Biología y Ética* (2.^a ed.), para la 2.^a enseñanza, 3.
- Programa de Filosofía moral*.—(Agotada.)
- Programa de Psicología, Lógica y Ética*, 1.
- Programa de Biología y Antropología*, 1.
- Proyecto de ingreso en el Profesorado*, etc.—(Agotada.)
- Teoría del Arte é Historia de las Bellas Artes en la antigüedad*, con un Programa de Arte y su historia, 1,50.
- Fragmentos y refajos*.—(Agotada.)
- La Enseñanza obligatoria*, trad. de Tiberghien (2.^a ed.), 2,50.
- Moral elemental para las escuelas*, id. de id., 2,50.
- Krause y Spencer*, id. de id., con biografía del autor, 2.
- Mendelssohn*, id., de Selden, con historia de la música, 1.
- París en América*, por Laboulaye, id. (2.^a ed.), 1,25.
- Obras de Maistre*, id., 2.
- Mentiras*, id., de Paul Bourget, 2,50.
- Recuerdos de viaje*, id. de P. Loti, 2,50.
- Discordia entre la Iglesia y la Italia*, trad. del italiano, 2,50.
- Pío IX y su sucesor*, por Bonghi, trad. del italiano, 3.
- León XIII y la Italia*, por el mismo, id. id., 3.
- Anuario de la Institución libre de Enseñanza*.—(Agotada.)
- Mar de fondo*, por Rebollo, borrador corregido de una novela, y con un prólogo, 1,50.
- Milton*, drama en un acto, original y en verso, 1.
- A tiempo*, comedia en un acto y en verso (en colab.), 1.
- Los parientes del difunto*, sainete lírico en verso (id.), 1.
- Historia de un crimen*, drama en 3 actos, en prosa, 3.
- El último sacrificio*, drama en uno en verso (en colab.), 1.
- En busca de protección*, juguete original en verso (id.), 1.
- Fiera domada*, diálogo en un acto y en verso (id.), 1.
- Teresa Raquin*, drama en cuatro actos y en prosa, 4.
- Por ir al baile*, comedia en dos actos y en prosa, 2.
- Portugal*.—Impresiones para servir de guía al viajero.—Año 1.^o—1888.—(En colaboración con D. Francisco Giner.) 2,50 pesetas.

BIBLIOTECA ANDALUZA

OBELISCO, 8, MADRID

PRIMERA SERIE

- 1.—I. *Ni franceses ni prusianos*, por Un amigo de la neutralidad.
- 2.—II. *Gibraltar (Ecos de la patria)*, por D. Antonio Fernández García.
- 3.—III. *El libro de las madres*, por D. Cándido Salas, médico.
- 4.—IV. *Málaga contemporánea*, por D. Augusto Jerez Perchet, periodista.
- 5.—V. *Los temblores de tierra*, por D. Cesáreo Martínez, catedrático de Historia Natural.
- 6.—VI. *Poesías de Ríos Rosas*, coleccionadas y precedidas de una biografía del autor, por don H. Giner de los Ríos.
- 7.—VII. *La cueva del tesoro*, estudio prehistórico, ilustrado con grabados y cromos, por D. Eduardo J. Navarro.
- 8.—VIII. *La guerra. — Asociación y ahorro. — Estudios sociales*, por D. Santiago Casilari.
- 9.—IX. *Un hombre de corazón*, por D. A. Luis Carrión.
- 10.—X. *Un hombre de corazón* (t. II), por el mismo.

SEGUNDA SERIE

- 11.—I. *Sociedades cooperativas*, por el Excmo. señor Don Manuel Pedregal y Cañedo, ex ministro de Hacienda.
- 12.—II. *Leyendas*, por D. Eugenio Olavarría Huar-te, ex profesor de la Academia Militar.
- 13.—III. *Economía política para los principiantes*, por Mrs. Fawcett, con prólogo de D. Gumersindo de Azcárate.
- 14.—V. Segundo tomo de la *Economía*.
- 15.—IV. *Filipinas*, notas de viaje y estancia, por J. Fernández Giner, con un prólogo de D. Luis de Rute.
- 16.—VI. *Literatura clásica griega*, por D. A. G. Garbin, catedrático de la Universidad de Granada.
- 17.—VII. (En prensa.) *Discursos académicos de Ríos Rosas*.

- 18.—VIII. (En prensa.) Labra.—*Literatura lusitana*.
19.—IX. (id.) *El Derecho al alcance de todos*. (El nuevo Código Civil).

PRECIO DE LOS ANTERIORES TOMOS:

Por suscripción, á una peseta.—Tomos sueltos, á una peseta cincuenta céntimos.—Encuadernados, á una peseta cincuenta céntimos y dos pesetas respectivamente.

AGUSTÍN JUBERA

Campomanes, 10.—Madrid.

LA

COCINA MODERNA

PERFECCIONADA

Tratado completísimo de cocina, pastelería, repostería y botillería; contiene gran número de recetas de ejecución fácil y segura, según la práctica de los más afamados cocineros españoles y extranjeros, comprendiendo todos los útiles de cocina, el servicio completo de la mesa y arte de trinchar, el método mejor para elaborar excelentes pasteles, helados, licores, y todo cuanto se refiere á la pequeña y á la grande cocina española, extranjera y americana, seguido de un *Tratado de economía doméstica*, etc. Ilustrado con más de 100 grabados intercalados en el texto.—Última edición.—Un elegante tomo en 4.º, de más de 500 páginas: tres pesetas en rústica y cuatro encuadernado en tela.

AGUSTÍN JUBERA, Editor.—CAMPOMANES, 10, MADRID

BIBLIOTECA MORAL, CIENTIFICA Y LITERARIA

OBRAS PUBLICADAS

A. Laurie.	<i>Los Desterrados de la Tierra.</i>	Cuaderno 1. ^o
"	"	Cuaderno 2. ^o
"	"	Cuaderno 3. ^o
"	"	Cuaderno 4. ^o
Daudet.	<i>Cuentos escogidos para la juventud.</i>	Cuaderno 1. ^o
"	"	Cuaderno 2. ^o
"	"	Cuaderno 3. ^o
H. Malot.	<i>Román Kalbris.</i>	Cuaderno 1. ^o
"	"	Cuaderno 2. ^o
"	"	Cuaderno 3. ^o
Benedict.	<i>La Madona de Guido Reni.</i>	Cuaderno 1. ^o
"	"	Cuaderno 2. ^o
"	"	Cuaderno 3. ^o

Precio de cada cuaderno: Una peseta.



